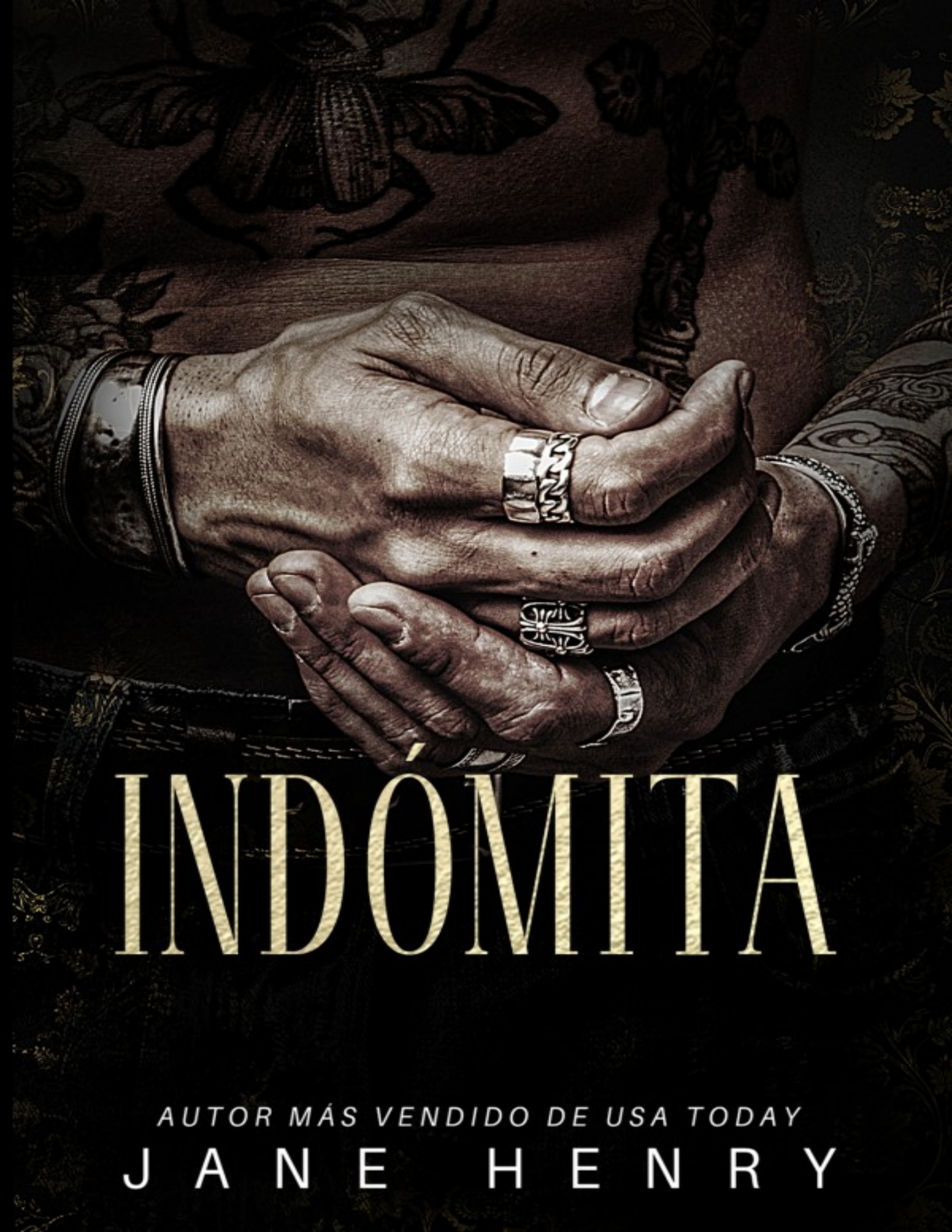

INDÓMITA
AUTOR MÁS VENDIDO DE USA TODAY
JANE HENRY

Indómito

un romance oscuro de matrimonio forzado con la bratva

Reyes de la bratva

Libro Dos

Jane Henry

TRADUCIDO POR

Miguel Cruz



Indómito: un romance oscuro de matrimonio forzado con la bratva

Copyright © 2024 por Jane Henry

Todos los derechos reservados.Esta es una obra literaria de ficción. Cualquier nombre, lugar o incidente es producto de la imaginación del autor. Las similitudes o parecidos con personas reales, vivas o fallecidas, acontecimientos o establecimientos, son puramente coincidenciales.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en reseñas de libros.

La reproducción, transmisión, distribución no autorizadas o el uso de la obra con derechos de autor en el entrenamiento de Inteligencias Artificiales (IA) es ilegal y constituye una violación de la ley de derechos de autor de EE. UU.

Índice

Agradecimientos
Advertencia de contenido sensible
Sinopsis

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo

Preestreno
Acerca del Autor

Agradecimientos

¡Un enorme agradecimiento por las inestimables opiniones que recibí de las *influencers* Catherine y Sierra! ¡Gracias, gracias, gracias!

También quiero agradecer a Michelle Lancaster por el fantástico trabajo de pintura en la máscara facial y la fotografía, a The Book Brander Boutique por dar vida a mi visión de Rodion Kopolov, a mi increíble editora Steph de KLS Literary Services por tu humor, comentarios y paciencia ayudándome a desarrollar esta historia y responder a mis interminables preguntas. Y como siempre, gracias a Jessie y Michael por apoyarme y encargarse de todo para que yo pueda centrarme en lo que más me gusta hacer: contar historias.

Advertencia de contenido sensible

Aviso para los lectores: *Indómito: un romance oscuro de matrimonio forzado con la bratva* contiene violencia gráfica y menciones explícitas de agresión sexual.

Sinopsis

Cuando la ficción se encuentra con la fantasía, no todo son diversión y juegos...

No solo sueño con antihéroes posesivos.

Los anhelo.

Los oscuros y peligrosos que rezuman energía de la bratva, los que te reclaman con una sola mirada y hacen que el mundo se arrodille a tus pies solo para mantenerte a salvo.

—Tócala y muere... —Vivo para eso.

—Mi esposa... —Mi favorito.

Todo es una fantasía inofensiva.

Hasta que deja de serlo.

He construido un séquito de seguidores en línea fanáticos de novios literarios como él.

Y él lo sabe.

¿El único problema? Rodion Kopolev no solo encarna a los oscuros antihéroes que amo... él es uno de ellos.

Así que cuando su obsesiva atención se fija en mí, me siento como la heroína de uno de mis libros.

Sus palabras posesivas me reclaman.

Su toque dominante me marca.

Y cuando intento huir, él me persigue...

Pero cuando las amenazas de mi pasado se acercan sigilosamente y necesito protección contra un acosador peligroso, Rodion es el diablo dispuesto a protegerme... Por un precio.

Resulta que, cuando la fantasía se convierte en realidad, no es tan inofensiva después de todo...

Capítulo Uno

Rodion

El bajo zumbido de la música de baile late constantemente, como el latido del submundo de California. Las luces de neón atraviesan la pista de baile, proyectando sombras irregulares sobre las siluetas danzantes de las mujeres. Las observo con pereza. Adoro a las mujeres de todas las formas y tamaños. No me importa el color de su piel o de su pelo, si son bajas o altas, con curvas o delgadas, o si llevan gafas, tienen pecas o lo que sea. Las mujeres son el regalo de Dios para los hombres, y, joder, echo de menos tener una en mi cama. Ha pasado demasiado tiempo.

He intentado ser bueno. Responsable. *Maduro*.

Dios.

California puede que brille, pero echo de menos la familiaridad del hogar. Aquí, bajo estas luces de neón, me siento intocable y distante, como un tigre merodeando, observando el mundo desde detrás de los barrotes de una jaula.

Quiero salir.

Doy sorbos a mi vaso de la pobre excusa de vodka del bar (una porquería local barata que no le llega ni a la suela de los zapatos a

lo que bebemos en casa con cualquier excusa para celebrar una victoria) y miro mis manos.

Joder. Por un segundo, juraría que veo manchas de sangre del trabajo que terminé antes. Pero no, son solo las luces jugándome una mala pasada. Me lavé las manos en el baño del ático tantas veces con agua hirviendo que están medio escaldadas.

No es que importe. Rafail, mi hermano mayor y el *pakhan* de nuestra familia, gobierna con mano de hierro y espera que cada trabajo se termine de forma limpia, perfectamente arreglado. ¿A mí? Me gustan los recordatorios de lo que soy capaz.

Quizás eso me convierte en un sociópata. Prefiero pensar que me mantiene humano.

Me queda un trabajo más por hacer aquí.

Una explosión de risas capta mi atención. Miro y veo una mesa de mujeres risueñas. Me acerco más a la barra, deslizándome entre las sombras para poder observar sin ser notado. Seis de ellas, vestidas con tops escotados y faldas cortas, están sentadas en una mesa abarrotada de vasos vacíos. Una joven morena con cabello brillante hasta la cintura empuja su móvil bajo la nariz de otra mujer. La segunda lleva algo sobre los hombros. ¿Una banda?

Entrecierro los ojos.

Futura Novia, se lee en letras doradas. Ah. Una despedida de soltera.

Qué mono.

—Te lo digo, ¡son los posesivos! Como con energía de «me perteneces». —Una rubia se ríe con su bebida. Su amiga pone los ojos en blanco, pero no discute.

Mis oídos se agudizan. *«Energía de me perteneces»*.

Tengo cosas mejores que hacer que espiar conversaciones, pero estoy aburrido como el infierno y necesito acostarme con alguien. Rafail me mataría por no ceñirme al plan.

La cagué, y a lo grande, y me envió aquí para mantenerme al margen mientras él gestiona las consecuencias. Resultó que podía utilizar mis habilidades mientras estaba aquí para el bien mayor de mi familia, así que no puedo perder el foco ahora.

Aparto la mirada de ellas.

Mi móvil vibra con un mensaje.

> **Rafail**
> Aviso. Semyon la ha jodido... En lugar de campanas de boda, parece que tendrá que limpiar el desastre y dar algunas lecciones.

Mierda. Ha pasado un año desde que Rafail se casó con su esposa, Polina, lo que significaba que era hora de que uno de nosotros se casara. Teníamos que hacerlo. Al asumir la posición de liderazgo tras la muerte de mi padre, Rafail no perdió tiempo en establecerse como el mayor casado porque, en el mundo anticuado y despiadado de la bratva rusa, un hombre casado tenía más poder. Respeto. Un hombre como *yo*, salvaje y libre, indómito por el amor de una mujer, estaba sin ataduras, pero era impredecible... *y* ejercía menos poder.

No tenemos tiempo para citas casuales ni el lujo de jugar. El matrimonio, los hijos, la estabilidad de los votos son imprescindibles.

Semyon estaba listo para casarse antes de que la tinta se secara en el certificado de matrimonio de Rafail y Polina. No tenía tiempo ni paciencia para nada menos.

¿Qué pasaba con nuestra suerte, de todos modos? El primer intento de matrimonio de Rafail había sido un fracaso épico, y ahora Semyon...

> **Rafail**
> Así que, quizás... si por casualidad encuentras una esposa en California, haz que suceda. Al menos por ahora. La gala Romanov es en un mes, y necesitamos mostrar nuestra fuerza cuando asistamos.

Por supuesto que sí. Rafail no "bromeaba". Las nupcias jodidas de Semyon nos dejaban con pocas opciones, y una de ellas dependía de *mí*.

Dios.

Encuentra una esposa, dice. Como si fuera tan simple. Ya actúo como su ejecutor, su peón. ¿Ahora quiere que también haga de novio? No permita Dios que no me incline ante el legado familiar.

Pongo los ojos en blanco y levanto la mano, a punto de pedir otra copa, pero la camarera se me adelanta, deslizando un vaso en mi palma extendida.

—Toma —dice, sonriendo—. Esto es mejor que el vodka de aquí. ¿Me haces un favor? Pareces un tipo decente.

Poco sabe ella. Aun así, le muestro la sonrisa que derrite bragas y añado un guiño. Su cuello se enrojece, pero domina su expresión rápidamente, inclinando la cabeza hacia el extremo de la barra.

Doy un sorbo de *bourbon* (fuerte, potente, ahora sí vamos bien) y sigo su gesto.

—No se supone que deba intervenir a menos que los clientes crucen una línea —dice, en voz baja—. Pero ese capullo ha estado comprando bebidas para esa mesa de mujeres, aunque claramente están intentando evitarlo. No me gusta. Pareces... lo suficientemente intimidante. No es asunto mío, pero ese tipo no trae nada bueno. Quizás podrías situarte por allí.

Asiento. Hacer de guardaespaldas silencioso para una desconocida no está en mi agenda, pero me aparto de la barra de todos modos,

bebida en mano, y me dirijo hacia allí.

El bar vibra con un bajo profundo. El aire apesta a colonia cara, tequila y sexo barato. Sacudo la cabeza. Odio California. Demasiadas reglas, demasiada gente que piensa que el dinero los hace intocables.

Pero esta noche no se trata de mí; nunca lo es. Estoy aquí por la bratva, por mi familia. Por el hijo recién nacido de Rafail, tan pequeño que ni siquiera puede sostener su cabecita todavía. Por mis padres, que fueron enterrados demasiado jóvenes, con toda la vida por delante.

Estoy aquí porque Rafail y el honor familiar lo exigían.

Uno de los objetivos es un arrogante cabroncete que pensó que podía engañar a la mafia rusa y salir ileso. Y vine aquí para recordarle hasta dónde llega la lealtad cuando va envuelta en alambre de púas.

Sé inmediatamente de quién habla la camarera. Examino al empresario con traje arrugado. Tiene uno de esos peinados que intentan disimular su línea de cabello en retroceso y una cadena de oro alrededor del cuello. Miro su mano, donde la marca en su dedo indica que se ha quitado recientemente el anillo de boda.

Suspiro. Tan predecible.

No soy un héroe. Demonios, algunos días apenas soy humano. Pero conozco las líneas que un hombre no cruza. Y cuando veo a este tipo acosándola, todo lo que puedo pensar es *ya he cruzado demasiadas líneas. ¿Esta? No esta noche.*

Se inclina sobre la mesa y empuja una copa hacia una de las mujeres.

Ella sacude la cabeza.

—No, gracias.

—Lo he comprado para ti —dice el gilipollas regordete, empujándoselo de nuevo. Oh, por el amor de... Rafail cogería un avión solo para darme un puñetazo en la garganta si supiera que me estoy metiendo en esto, pero no puedo evitarlo.

No hay nada que me guste más que ayudar a una damisela en apuros. *Y* me ha permitido acostarme más veces de las que puedo contar.

Mi voz es baja cuando encuentro su mirada y le devuelvo la copa.

—Oye, colega. Ha dicho que no. Bébetela tú. Mejor aún, ¿por qué no la dejas en paz de una puta vez y no vuelves? —Siento sus ojos sobre mí, pero me centro únicamente en este tipo.

Sus ojillos se entrecierran mientras se yergue en toda su estatura. *Vaya.* Cree que puede salirse con la suya. Casi siento lástima por el pobre cabrón.

Soy fácilmente una cabeza más alto que él, y tengo una herramienta más en mi arsenal que probablemente él no tiene: *A mí* no me importa derramar la sangre de otro hombre esta noche.

—¿Quién coño te ha pedido que te metas? —dice el capullo trajeado —. Le he comprado una copa. Ella quería una.

—¡Yo no quería *nada*! —Me giro para mirarla y por poco evito que este imbécil me suelte un puñetazo. Pivoto, le agarro la muñeca justo a tiempo y niego con la cabeza con un pequeño *tsk*.

—No deberías haber hecho eso —le digo en un susurro, retorciéndole la mano hacia atrás hasta que el dolor baila en sus ojos y aprieta los dientes—. Te lo prometo. Te vas a arrepentir. ¿Qué tal si damos un pequeño paseo?

Todavía agarrando su muñeca, lo arrastro hacia mí y discretamente lo empujo delante de mí.

—Lo-lo siento —empieza, pero yo niego con la cabeza.

—Demasiado tarde para disculpas, amigo —digo, sintiendo crecer mi mal humor—. Has faltado al respeto a una mujer.

Sigo pocas leyes, pero *nunca faltar al respeto a una mujer* es una de ellas.

Mientras nos dirigimos hacia la salida, puedo oír las risitas de la mesa de las despedidas de soltera.

"Dios mío, es como uno de los chicos de los libros".

"¿Habéis visto esos músculos?"

"¡Se parece al del vídeo que publicó Mafia Queen!"

Mafia... ¿qué? Echo un vistazo a la pantalla. ¿Qué coño es *eso*? Intento mirar otra vez, pero mi amigo, el depredador, trata de aprovechar mi distracción para zafarse de mi agarre.

Ni hablar.

Envuelvo mis manos alrededor de su nuca y le ayudo a centrarse en hacer lo que yo diga. El letrero de neón *Salida* parpadea en el centro de la entrada sobre un pasillo oscuro.

—Esto es lo que vas a hacer —le digo mientras nos acercamos a la puerta—. Vas a largarte de aquí y a fingir que esta noche nunca pasó. Fingirás que nunca hablamos, que nunca intentaste imponerte a una mujer que te dijo que no.

La sangre late en mis venas; es lava fundida rebosante de destrucción.

—No puedes...

Me acerco. Está a medio suspiro de conocer mi puño.

—Tengo una navaja en el bolsillo y una pistola en la funda de mi espalda. Puedo hacerlo y lo haré.

Lo sostengo con mi mano derecha para poder mostrar discretamente el signo de la bratva, un tatuaje universal que todos los hombres de nuestra familia reciben cuando cumplen dieciséis años.

Veo cómo sus ojos se abren al reconocerlo. Bien. Pateo la puerta para abrirla.

—Buen viaje —murmuro mientras lo empujo fuera y cierro de un portazo.

La camarera capta mi atención y me hace un gesto de aprobación con el pulgar. Las mujeres se ríen y me saludan con la mano, pero yo solo hago un gesto con la cabeza y vuelvo a sentarme en el otro extremo de la barra. Le mando un mensaje a mi primo menor y mejor amigo, Matvei.

Tío, ¿has visto esas publicaciones sobre la mafia de las que hablan estas chicas? ¿Qué coño? Acabo de asustar a un tipo que no las dejaba en paz y estaban RIÉNDOSE. He oído algo sobre libros de mafia.

La respuesta llega inmediatamente.

Matvei
¿Tienes la cabeza metida en el culo otra vez? ¿De verdad no sabes lo que leen estas chicas de novela romántica hoy en día? Asesinos en serie, hombres enmascarados, acosadores... Me etiquetaron en una publicación. Esto es increíble.

Resoplo y niego con la cabeza. No diría que es *increíble*, pero es divertido, sin duda.

Toco la pantalla mientras me siento de nuevo en la barra y bebo. Él envía un mensaje grupal.

Joder, Matvei. Deja a Raf fuera de esto. Lo mantenemos al margen de cualquier cosa remotamente divertida.

Matvei
¿Habéis visto esta mierda en internet?

Pongo los ojos en blanco y me hago el tonto.

Estoy hasta las narices de estos capullos en California. Tengo el cerebro frito. Tal vez necesite encontrar uno de esos bares de oxígeno que existen o algo así. ¿De qué coño hablas?

Matvei

Todas esas chicas en internet están babeándose por hombres de la mafia.

El hielo me golpea los dientes y dejo el vaso sobre la barra mientras echo un vistazo a las chicas que están susurrando entre ellas y lanzándome miradas discretas.

Semyon
¿De qué coño estás hablando ahora?

Matvei
Redes sociales, imbécil. Al parecer, están babeándose por hombres peligrosos y tatuados que les hacen cosas sucias y las convierten en sus esposas.

Me meto un cubito de hielo en la boca como si estuviera comiendo palomitas. Esto es entretenido, pero necesito comida de verdad que no sea en forma líquida y con 45% de alcohol. Mi mirada cae sobre la mesa de mujeres risueñas y ligeras de ropa.

Esta vez, observo con más atención.

Es algún vídeo con un hombre enmascarado sujetando un hacha. La está balanceando con fuerza, cortando leña en pleno invierno. Con el torso desnudo. Joder. ¿Quién *hace* eso? Ponte un abrigo, idiota. Hasta a mí me duelen los pezones solo de pensar en ese paisaje helado.

Los estadounidenses romantizando las cosas más extrañas.

Mi móvil vibra de nuevo y considero tirarlo por el váter más cercano cuando aparece un vídeo de Matvei.

Hago clic en el triángulo. Tengo que descargar una maldita aplicación solo para ver la cosa y enseguida tengo que bajar el volumen de mi móvil cuando una estúpida música de baile suena en la pantalla.

Es una chica... no, una mujer... hablando de sus fantasías sobre hombres oscuros y posesivos de la mafia. Debería ser absurdo, ridículo. Pero hay algo en su forma de decirlo, con un tono cargado de vulnerabilidad juguetona. Como si quisiera ser arrastrada, pero no pudiera confiar lo suficiente en nadie para permitir que suceda.

Y está... llorando. Sé que es actuado. Sé que es solo para el espectáculo, pero algo en mí se quiebra al ver a una mujer con lágrimas. Mis manos se aprietan en puños.

¿A quién tengo que castigar?

Su leyenda dice: «*¿Quién más sueña con ser secuestrada y 'torturada' por un atractivo, multimillonario y enmascarado hombre de la mafia? Pregunto para una amiga.*»

Mis labios se curvan en una sonrisa burlona. No es gran cosa, señorita. Aunque... quiero decir... cumplo con todos *esos* requisitos.

Solo necesito una máscara. Eso es bastante fácil.

Matvei envía otro vídeo.

Matvei
Esta mierda se ha vuelto viral.

Semyon
¿Es esto una broma de mal gusto?

Rafail
¿Qué coño es esto?

Matvei:
Tenéis que prestar atención. Hay TRAMPAS DE SEDUCCIÓN MAFIOSAS. Nos desean. O sea, realmente nos desean.

Rafail, no lo mantienes lo suficientemente ocupado.

Pero solo por joderlo un poco, hago clic en el enlace.

Y miro. Una preciosa rubia con grandes ojos azules y pestañas gruesas se relame los labios mientras en el lado derecho de su pantalla se ve a un hombre enmascarado con tatuajes y músculos.

Pongo los ojos en blanco. Es jodidamente enclenque comparado con *mis* hermanos, ¿y de verdad pensaba que esos pectorales eran reales? Qué va. Puedo ver desde aquí que usó un filtro como un maldito cobarde.

Casi cierro la cosa y me pido otra copa cuando ella empieza a abanicarse con su móvil... no, no es un móvil; es demasiado grande para ser un móvil. Miro más de cerca. ¿Es eso un libro electrónico?

Es entonces cuando me fijo en el muro de libros que tiene detrás, como una especie de maldito santuario a una librería, pero no es cualquier estantería. Están coordinados por colores en un arcoíris, con lucecitas rosas entrelazadas con plantas, dándole un aspecto festivo.

—Esto es todo lo que quiero, chicas —dice, limpiándose una lágrima gorda de la mejilla—. Trabajo sesenta horas a la semana en un trabajo ingrato, y cuando llego a casa, quiero a *este tío* esperándome. —Baja la voz. —¿Es mucho pedir?

Hum.

Deslizo.

Y deslizo.

Y deslizo.

Siento que mis labios se curvan en una sonrisa burlona, del tipo que normalmente hace que mis enemigos reconsideren sus decisiones.

¿Nos quieren... a *nosotros*?

No, no, realmente *no* nos quieren.

Creen que nos quieren; las promesas de alambre de púas, los lobos al acecho justo más allá de la luz del cuento. Pero lo que quieren es la ilusión de nosotros, no la cruda y despiadada verdad. Ninguna mujer quiere mi mano callosa y manchada de sangre en su pelo, o, más exactamente, alrededor de su garganta, inmovilizándola contra mi cabecero, o... *je*. Quizás *sí* fue una buena copa.

Me golpeo la mandíbula con el dedo. Todavía tengo un trabajo que hacer antes de volver a casa, pero enero en Moscú es jodidamente gélido, y si soy sincero, puede que no quiera mudarme aquí, pero este clima se siente francamente agradable. Y es bueno no tener que soportar la mirada inquisitiva diaria y la crítica constante de mi hermano mayor.

Vuelvo a mirar hacia las chicas que ríen en la fiesta. Están pegadas a sus pantallas, con expresiones soñadoras mientras se ríen de vídeos obviamente falsos con impostores: hombres con máscaras de una maldita tienda de disfraces; sus armas son una farsa. Es como una especie de *cosplay* que ha salido mal.

No puedo evitar resoplar cuando algunos de los vídeos tienen *tres* hombres, cuerdas en la mano, máscaras ocultando quién sabe qué, con un gruñido bajo de voz masculina. «*Vamos a por ti. Y cuando te encontremos, ten cuidado...*»

Es tan jodidamente *falso*.

Obviamente, un hombre de verdad no *comparte*. Esta es la mierda más estúpida que jamás he...

Mi mano se cierne sobre la *x* en la parte superior de la página, lista para cerrarlo, cuando la veo... a *ella*.

Pelo rojo fuego recogido en una gruesa coleta y una chispa traviesa en sus ojos verde jade.

Es tan diferente de los otros vídeos que he visto, tan auténtica. A diferencia de las falsas trampas de seducción o los vídeos fuertemente editados, ella parece sincera y entusiasmada, como si no pudiera esperar a hablar de su último libro.

Parece... *real*. Fuerte. Y aunque lleva una simple camiseta blanca y unos vaqueros, la chica los *llena bien*. Tiene el cuerpo de una gimnasta, tenso y poderoso. Mi respiración se ralentiza mientras la observo: ojos verdes brillantes, una fuerza en cada uno de sus movimientos que hace que me piquen los dedos por tocarla, por comprobar si es tan real como parece.

—Chicas —dice, sacudiendo la cabeza.

¿*Chicas*? ¿Es completamente inconsciente del absoluto magnetismo que una mujer como ella ejercía sobre un hombre como yo?

Me invade al instante una rabia irracional hacia cualquier otro hombre que ponga sus ojos en ella. Es diferente a cualquiera que haya visto antes.

—Dejad lo que estáis haciendo *ahora mismo* y leed este libro. —Sostiene un libro negro y dorado con letras en relieve, con los bordes rociados de oro, mientras lo hojea. —Nunca habéis oído hablar de él antes. Nadie lo ha hecho. Es diferente a cualquier cosa que haya leído antes. Y este libro… —Niega con la cabeza y se muerde el labio.

Ese único gesto, sus dientes rozando su labio, enciende algo primitivo. Es la señal más pequeña. He perfeccionado mis habilidades de observación y sé cómo leer el lenguaje corporal. Es parte de mi trabajo, y en parte por eso puedo detectar mentiras tan fácilmente. Ella realmente *quiere* lo que está leyendo.

Esta chica *quiere* rendirse, aunque aún no lo sepa. Yo me aseguraría de que aprendiera lo que eso significa.

Trago saliva y sigo viendo.

Baja la voz a un susurro. Contengo la respiración, hipnotizado por su voz, por la forma en que habla, incluso por la manera en que sus dedos agarran el libro en su mano. Imagino cómo sería tener esas manos extendidas sobre mi cuerpo o sujetas con una mano mientras agarro su precioso pelo con la otra. Me la follaría contra esa estantería hasta que suplicara clemencia... hasta que supiera la diferencia entre ficción y realidad y nunca más cayera por un maldito novio de libro cuando me pertenecería a *mí*.

—Parece inofensivo, ¿verdad? Una pobre maestra de escuela de vacaciones en los salvajes páramos escoceses. Un padre soltero, lamentando la pérdida de su esposa mientras navega por el mundo solo... —Su voz baja. —Solo que *este* tipo está en la mafia, y no se *detendrá ante nada*... —Su voz baja aún más. —*Nada* para reclamarla.

Sacude la cabeza. Contengo la respiración. Acaricia los bordes dorados y mi polla cobra *vida*.

—Cuando os digo que no hay *ninguna línea* que este hombre no cruzaría por ella... —Niega con la cabeza, como si estuviera completamente sobrepasada por la emoción. —La persigue por el bosque... La secuestra en la parte trasera de su coche... Se la folla con los ojos vendados en un almacén abandonado mientras la suspende de...

Se cubre la boca como si hubiera dicho demasiado.

—Tendréis que creerme.

Tengo la boca seca. Esta mujer *ignora por completo* con qué está jugando. No se da cuenta de la línea que está cruzando: romantizar lo mismo que podría destruirla.

—Cuidado con lo que deseas —murmuro entre dientes antes de terminarme el resto de mi *bourbon*.

La camarera me sirve otro sin que se lo pida. Levanto el vaso en señal de silencioso agradecimiento antes de que mi mirada regrese a mi objetivo, la razón por la que estoy aquí.

Todavía ocupado con la rubia, todavía ajeno a todo.

Todo lo que tengo que hacer esta noche es vigilarlo y confirmar que está engañando a su esposa antes de chantajearlo y extorsionarlo por diez veces lo que nos debe.

Pan comido.

Exhalo y vuelvo a mirar mi móvil como si me estuviera recompensando por un trabajo bien hecho. Con la boca seca, hago clic en el botón de *seguir* en la parte superior de la página.

Compruebo los mensajes que han estado vibrando en mi bolsillo como un furioso enjambre de abejas. Hay una nueva notificación en nuestro chat grupal.

> **Rafail**
> No sé en qué estupideces estás perdiendo el tiempo, pero si no haces lo que te digo, te mostraré exactamente dónde voy a meterte el maldito móvil

Rafail es impaciente en sus mejores días. Rafail, privado de sueño y padre de un recién nacido, es una auténtica bestia.

Bueno, puede enfadarse con nosotros todo lo que quiera. La realidad es que *él* está felizmente casado mientras Semyon lame sus heridas y planea la opción B, y yo estoy pensando en...

No. No estoy pensando en nada.

Guardo el móvil en mi bolsillo. No puedo permitirme distracciones, y menos aún involucrarme en fantasías de internet irreales y completamente preparadas. Este es mi trabajo, mi deber, y...

Mi móvil vibra.

Con un gruñido de fastidio, lo saco de nuevo. Mi corazón da un vuelco.

Es una notificación. Sigo exactamente a una persona en línea, y aquí está ella, y... Dios mío. Está en pijama.

Trago saliva con dificultad.

Está en la *cama*, una cama con un cabecero robusto y un grueso edredón mientras se muerde juguetonamente el labio sosteniendo un libro de bolsillo.

Es tan condenadamente adorable. Si tan solo supiera lo lejos que está la vida real de sus historias. Los príncipes no existen en nuestro mundo; solo los lobos y sus presas.

Aun así, mis dedos se ciernen sobre la pantalla. Una idea estúpida se desliza en mi mente, una por la que Rafail probablemente me golpearía.

¿Y si yo...? Me termino la copa y miro alrededor. Iluminación tenue. Es perfecta.

Abro mi cámara, coloco el móvil para captar el brillo de mi funda de pistola bajo la chaqueta del traje y pulso grabar.

El vídeo es rápido, justo lo suficiente para mostrar el arma y un destello de barba incipiente y una sonrisa burlona. Añado un pie de foto:

> **Cuidado con lo que deseas, @dreammafiaqueen.**

Es un juego imprudente y peligroso. Uno que podría desentrañarlo todo. Pero mientras el vídeo se sube, siento como si hubiera saltado al vacío, desafiándola a seguirme.

Y, sin embargo, mientras pulso *publicar* y aparto el móvil, no puedo evitar la risa que retumba en mi pecho. Autocrítica, amarga, pero

divertida al mismo tiempo. ¿Le gusta la bratva? Le seguiré el juego.

—Voy a arrepentirme de esto —murmuro.

No me permito distracciones. No cuando hay sangre en juego. Pero mientras me deslizo entre la multitud, de camino al hotel, mi mano roza el frío acero del cuchillo sujeto a mi cadera, y me encuentro preguntándome…

¿A qué sabría una mujer como ella? ¿A inocencia o a fuego?

¿Y qué haría si realmente conociera a su hombre de fantasía en la vida real?

Mi móvil suena con una notificación. Frunzo el ceño ante la pantalla y luego hago clic mientras una lenta y maliciosa sonrisa se extiende por mi rostro.

Respuestade @dreammafiaqueen



Capítulo Dos

Ember

La euforia de la sesión de fotos de hoy todavía vibra en mi interior. Me duelen los brazos de sostener el equipo y las rodillas de agacharme para conseguir los ángulos perfectos. No recuerdo cuándo fue la última vez que comí, y el sol de California ha dejado mi piel caliente y tirante. Probablemente mañana estaré dolorida, pero vale la pena.

No hay nada como conseguir la toma perfecta para recordarme por qué hago esto, por qué he luchado tanto para construir algo que sea mío. Es el único momento en que soy intocable.

¿Y esta noche? Tengo un libro delicioso esperándome. Lo necesito después del día de hoy.

—¡Eh, Ember! —Levanto la mirada para ver a Victoria, una de las otras fotógrafas, apresurándose a través del aparcamiento con mi móvil en la mano. —¡Te has olvidado esto!

—Oh, Dios, ¡gracias! —Lo tomo de su mano con una sonrisa agradecida, aunque se me hace un nudo en el estómago. El móvil vibra en mi palma como un cable con corriente.

Nadie en mi vida real conoce mi trabajo secundario.

Ella duda un momento.

—Eh... quizás deberías revisarlo. Tu móvil no ha parado de vibrar. ¿Tienes fans o algo así?

Mierda. Mantengo mi trabajo y mi vida personal separados por una razón, y la idea de que alguien tropiece con esta última... es suficiente para hacerme sudar.

Lo disimulo con una risa.

—Oh, probablemente solo es un grupo de chat explotando. Ya sabes cómo es.

—Ya lo creo. ¡Hasta luego! —Sonríe, se despide con la mano y corre hacia su coche. Inocente como un ángel.

Suspiro y guardo mi móvil en el bolsillo trasero mientras me dirijo a mi coche. Lanzo mi bolsa de la cámara al asiento del copiloto y me miro las manos. Las costras en mis nudillos de la sesión de la semana pasada apenas han empezado a curarse. Había sido una sesión de retratos urbanos con un artista grafitero, y había pasado la mitad del día agarrándome a los bordes afilados de los andamios para conseguir la toma perfecta desde la azotea.

Pero vale la pena. Cada moratón, cada dolor, cada riesgo. Ser fotógrafa independiente es impredecible, de todo o nada, pero me encanta. Me encanta contar historias con mi cámara, crear algo permanente a partir de momentos fugaces.

Esto es lo que controlo, en lo que realmente puedo apoyarme.

¿El trabajo como *influencer*? Esa es otra historia. Por alguna razón, eso ha *despegado,* así que estoy planeando aprovecharlo al máximo mientras dure, porque quién sabe cuánto tiempo va a durar.

De alguna manera, he conseguido un superfán y no puedo sacármelo de la cabeza, por mucho que lo intente.

Lanzo mi bolsa de deporte al asiento del copiloto de mi coche y me quito los guantes, tratando de no hacer una mueca al ver el nuevo arañazo en mis nudillos. ¿Cómo me habré hecho este?

Echo un vistazo a mi móvil.

Me permito el breve lujo de revisar las notificaciones y leer los comentarios. Es divertido; una escapada de la realidad hacia la burbuja segura de mi mundo de libros donde los novios literarios no pueden hacer nada mal. O nada malo que no podamos perdonar fácilmente, sabiendo que viene un final feliz.

Suspiro.

Cuando llego a casa, el apartamento está tranquilo, justo como me gusta después de un día lleno de caos coordinado. Me quito las botas de una patada, me dirijo a la cocina y abro una cerveza fría, pensando ya en el vídeo que publicaré esta noche.

En cierto modo, desearía tener un dulce perrito esponjoso que me recibiera en la puerta, pero mis horarios son demasiado impredecibles y, si soy sincera, *yo* soy demasiado impredecible y no estoy preparada para la responsabilidad de cuidar de otro ser vivo. Eso no significa que no tenga una carpeta llena de vídeos de cachorros guardados para sonreír cuando estoy estresada. Simplemente no es el momento.

He sobrevivido a demasiado... *No.* No dejaré que mi mente vaya por ahí. Leo novelas románticas por una razón: para recordar que hay suavidad en el mundo. Después del trabajo, adopto ese papel, no para olvidar, sino para recuperar lo que me quitaron.

Para soñar un poco.

Deslizándome en el sofá, acerco mi portátil y empiezo a navegar buscando inspiración.

Victoria no exageraba. Las notificaciones están que arden, y no son solo los comentarios y los «me gusta» en mis publicaciones. Tengo

que desactivar esas para poder ahorrar batería durante una sesión, pero sigo recibiendo mensajes privados.

Esta noche, mi cronología está llena de caras conocidas: amigas. Otras chicas como yo que han dominado el arte de mezclar sus vidas reales con sus fantasías ficticias. Colectivamente babeamos por todos ellos: hombres de la mafia, guardaespaldas millonarios, romances prohibidos, vampiros sexis. Y entonces algo me llama la atención.

Tengo veinte mensajes privados y todos son de mis amigas enviándome el vídeo. *El tipo de anoche.*

Me preguntaba si mis mensajes le habrían asustado. Me divertí un poco diciéndole que los impostores como él eran muy comunes.

Pero no.

Solo la miniatura me llama la atención: esta vez, lleva una máscara y sus ojos se encuentran con los míos en la pantalla. Está acariciando una pistola como si fuera su talismán personal. Trago saliva con dificultad. Hay algo... sensual en ello. Rompe las reglas de las redes sociales, y le pondrán restricciones o le eliminarán la cuenta por ello.... eventualmente.

Levanta su máscara lo justo para sonreír con suficiencia y acariciarse la barbilla. La barba incipiente a lo largo de su mandíbula promete un roce delicioso, y ¿esa sonrisa? No solo es arrogante, es depredadora, como si ya hubiera imaginado exactamente lo que te haría si te acercaras demasiado.

Pero algo en él parece... peligroso.

Demasiado peligroso.

Mi dedo se cierne sobre el botón de reproducción.

¿Qué daño puede hacer?

Lo pulso.

El vídeo es rápido. Como anoche, solo unos segundos de él ajustándose la chaqueta para mostrar el arma. Luego aparece el pie de foto.

Has sido una chica mala, @dreammafiaqueen.

Se me corta la respiración. De alguna manera, mi cuerpo ha decidido que es tanto una emoción *como* una amenaza.

¿Es esto una broma?

Mi estómago se retuerce. El nombre del perfil es simple, genérico, pero es la insinuación lo que hace que mi corazón se acelere. ¿Me *conoce*? No. No podría.

Publico un comentario.

Esto está tan preparado que ni siquiera tiene gracia, chicas. Quedémonos con los novios de los libros.

Aun así, mi dedo tiembla mientras me desplazo hasta su perfil. No hay nada más publicado. Solo dos vídeos y, de alguna manera, ya tiene miles de «me gusta». Los comentarios son un desastre de respuestas lascivas.

¡Cásate conmigo!

¡Vibra de papi, Dios mío!

¿Dónde me apunto para que me secuestren? Pregunto por una amiga.

Forma extraña de proponer matrimonio, pero acepto.

Trago saliva con dificultad, olvidando mi bebida sobre la mesa.

¿Quién es este tipo?

¿Se está burlando de mí?

He tenido troles antes. Son gajes del oficio, pero esto se siente diferente. Mi cerebro me dice que probablemente sea solo algún

imbécil intentando aprovecharse de la última moda. Muchos tíos lo hacen. Se ponen una chaqueta de cuero, se colocan una máscara, publican una foto provocativa y, de repente, son la fantasía del momento y ganan dinero a espuertas, especialmente los tíos con voces masculinas. Madre mía, algunos probablemente aún estén en el instituto, y aquí estamos.

Pero mi instinto me dice que este... Este es diferente.

Algo en sus músculos, en la forma en que maneja sus armas... Parece diferente. Algo en su forma de moverse, lo cómodo que se ve con la pistola... Se siente *real*.

Me río de mí misma por siquiera considerar la idea de que alguno de estos hombres sea más real que el último, pero es una risa temblorosa, el tipo de risa que delata lo tensa que estoy. Doy otro sorbo a mi cerveza y me digo que esto es absurdo, pero una parte de mí, la parte que se deleita en la fantasía y los finales felices, se lo pregunta de verdad.

Tengo que tener en cuenta que hay una diferencia entre la fantasía y la realidad, y no hay ninguna razón para creer que este tipo sea legítimo.

Sacudo la cabeza, intentando salir de este estado. Es ridículo. No creo en estas cosas. No realmente. Claro, me encantan las historias, la tensión, la evasión que proporcionan, pero sé perfectamente que hombres así no existen en realidad. Hombres así no acechan a mujeres en internet. No les importa lo suficiente como para jugar a estos juegos. Están demasiado... Ocupados... Haciendo... Cosas ilegales.

¿Verdad?

Mi móvil vibra, rompiendo el hechizo. Miro la pantalla. Es un mensaje directo de una de mis amigas, Bookbabe, que siempre parece enterarse de todo antes que yo.

Bookbabe
Chica. Este tío te ha etiquetado. Está loco. 😳🔥

Sí. ¿Qué demonios?

Bookbabe
¿Estás flipando? Porque yo estoy flipando POR ti. ¿Y si es legítimo? ¿Crees que es real?

Hago una pausa, mirando fijamente su pregunta.

¿Creo que es real?

Los vídeos se repiten en mi cabeza y me doy cuenta de que no tengo respuesta. Por supuesto que es *real*. No hay abdominales acuosos que indiquen inteligencia artificial ni susurros que sugieran que es falso. Pero sé a qué se refiere.

Ten cuidado con lo que deseas.

Abro su perfil de nuevo, con el corazón en la garganta mientras veo cómo su contador de seguidores sube como un ejército silencioso. Miles de desconocidos están viendo mi nombre junto a su amenaza, y cada segundo que pasa hace que se sienta más... real. Mi nombre, *dreammafiaqueen*, sigue en el pie de foto como un maldito faro, atrayendo aún más atención. Observo que sus «me gusta» son todos públicos, y todos son a *mis* vídeos.

Y aunque sus seguidores se disparan, a quien *él* sigue, es… Una sola cuenta.

Yo.

Mi pecho se tensa, y mis instintos de lucha o huida se activan.

Solo hay una forma de averiguar si esto es una broma.

Hago clic en el botón de mensaje y mis pulgares se ciernen sobre el teclado. Por un momento, dudo. Mi cerebro racional me grita que cierre la aplicación, que olvide su sonrisa y la promesa en sus

palabras. Pero la parte de mí que anhela la emoción y la atención de un hombre como él, la parte que lee los libros que leo, susurra: *«Solo un mensaje más. Es ficción. Es inofensivo»*.

Escribo las palabras antes de poder detenerme.

Pero antes de que pueda pulsar enviar, la aplicación suena con otra etiqueta. Mi respiración se detiene mientras otro vídeo llena la pantalla.

No. Esto no puede estar pasando.

Oh, *Dios mío*. Es él de nuevo, pero esta vez no hay chaqueta de cuero, nada más que su pecho desnudo, y ¡*vaya pecho desnudo*! A diferencia de otros hombres que se tapan con chaquetas de cuero o sudaderas, él está *en muy buena forma física*. Manos fuertes y poderosas ancladas en sus caderas, vaqueros lo suficientemente bajos como para mostrar un atisbo de vello oscuro.

Tengo la boca seca. Trago saliva, pero no ayuda. Los otros vídeos insinuaban lo fuerte que era, pero...

Me atraganto con un grito ahogado mientras no paran de llegar comentarios.

¿Necesitas una mamá para tus bebés? ¿Tenemos que mantener tu línea de ADN activa por el bien de poblar la Tierra? Estoy soltera. 🤰

¿Vienes con manual de instrucciones o lo improvisamos? Lo pregunto por una amiga. 😉

Señor, con todo respeto, ¿CÓMO SE ATREVE? 🥵

¿Quién te ha dado permiso para arruinarme el día entero con esto? 😩🔥

Vaqueros bajos, mandíbula alta, confianza POR LAS NUBES. Si se pone un pantalón de chándal gris, voy a entrar en combustión espontánea. No estoy bien. 😵‍💫

No me importa si esto es un montaje, ¡ME ENCANTA y a mis ovarios tambiéénnn!!!

Pongo los ojos en blanco y apenas me abstengo de recordarles gentilmente a algunas de estas chicas que me ha etiquetado a *mí* y solo a mí, y que pueden mantener sus sedientas manitas lejos de él, pero eso suena muy infantil.

Oh.

Oh, espera. El *mío* es el único comentario al que ha respondido. Conteniendo la respiración, me desplazo hacia abajo.

No es un montaje.

Oh, *claro*, es un mafioso guapo buscando algo de atención. ¡Y yo soy la madre Teresa! Pongo los ojos en blanco cuando mi móvil suena con una notificación.

Es un... *¿mensaje?*

Bratvabloodline
¿Qué te hace pensar que esto es un montaje?

Dios, su nombre de usuario es Bratvabloodline.

Con el pulso acelerado, escribo rápidamente un mensaje.

Porque imagino que hombres como... supuestamente tú... tienen mejores cosas que hacer que publicar fotos provocativas.

Bratvabloodline
¿Mejores cosas que hacer que llamar tu atención?

Pongo los ojos en blanco. Siento la piel extrañamente caliente y con hormigueo. No podemos salirnos del tema.

Pero todo esto del montaje de la mafia...

Bratvabloodline
Como he dicho, no es un montaje. Obviamente, no puedo hablar.

Vaya. Bien jugado.

No puedo evitar hacer preguntas. Si REALMENTE eres de la mafia (JA, JA), ¿de qué tipo eres?

Me decepciono cuando no responde de inmediato. Quizás *está* chateando con otras mujeres, ¿y por qué eso me pone celosa? Quizás está...

Mis mejillas se sonrojan cuando vuelvo a su pantalla, solo para darme cuenta de que ha publicado otro vídeo.

Está de pie en lo que parece... ¿un ático? Lleva los vaqueros caídos sobre la cintura, con los ojos clavados en la pantalla.

Has sido una chica traviesa, @dreammafiaqueen. A estas alturas ya deberías saber lo que les pasa a las chicas malas.

Espera. ¿Ha dicho que he... sido una chica mala? La respiración se me entrecorta.

Lentamente, con los ojos mirándome fijamente a través de la pantalla, comienza a desabrocharse el cinturón. Estoy absolutamente hipnotizada; tengo la boca seca mientras saca el cuero por las trabillas con un audible *chasquido*.

¡Ahhhhhhh!

Caminando hacia un sofá precioso, coloca los cojines en forma de... oh, Dios. No. ¿En serio va a hacerlo?

Con destreza practicada, dobla el cinturón en su mano grande y muy masculina, y lo hace chasquear sobre la parte más mullida del cojín.

Dejo escapar un pequeño chillido.

Planeo una rápida búsqueda en internet sobre los tatuajes que tiene, pero acabo sumergiéndome en su significado. Una calavera coronada, tatuada en el antebrazo, simboliza la autoridad ganada a través del poder despiadado. Las estrellas grabadas en sus clavículas, tatuajes carcelarios, lo marcan como alguien que no se inclina ante nadie. La telaraña tatuada sobre su codo, un símbolo de tiempo cumplido. Y el que más me intriga: una intrincada escritura en sus nudillos que deletrea una frase en ruso que se traduce como «Lealtad hasta la muerte».

Si está fingiendo, se ha esforzado de manera asombrosa para que parezca real.

Vale, seamos racionales.

O son tatuajes falsos, o...

Vuelvo a su pantalla y me quedo mirando. Hago clic en el pequeño triángulo cuando me doy cuenta de que está *hablando*.

—Acércate un poco más —susurra, haciendo un gesto hacia la cámara y, *Dios mío, su voz*—. Áspera y ronca, grave y varonil, y *con un toque de acento ruso*.

Esto es todo. Mañana dejo mi trabajo y me dedico a ser *influencer* a tiempo completo.

¿Así que ahora eres un jefe de la bratva? ¿Debería empezar a practicar mi ruso?

Bratvabloodline
Tú dirás, gatita.

Uff, ¿por qué me encantaaaa esooo?

No me lo creo.

Bratvabloodline
Cuidado.

La piel se me eriza. La palabra cae como una chispa en yesca seca. Hay una advertencia en su tono que siento en la columna.

¿Por qué me estás acosando?

Bratvabloodline
Dijiste que te gustaban los hombres de la mafia, gatita.

Gatita otra vez. Mis dedos flotan sobre la pantalla, listos para escribir una respuesta apropiadamente mordaz, pero nada me parece lo suficientemente afilado.

Lo haces sonar como si te hubiera elegido en una aplicación de citas. Solo estaba... intrigada. Curiosa.

Bratvabloodline
La curiosidad no tiene por qué ser fatal. No si eres cuidadosa.

¡Qué osadía! Mi corazón late con fuerza, pero no voy a dejar que lo sepa.

Oh, por favor. ¿Estás intentando ser misterioso o es solo un efecto secundario de todo ese aire taciturno de tus fotos?

Bratvabloodline
¿Taciturno? Me hieres.

Sobrevivirás.

Bratvabloodline
Suenas segura de eso. Me hace preguntarme qué más crees saber sobre mí.

Prácticamente puedo oír su voz en mi cabeza: baja, burlona, irritantemente suave. Esto es solo un juego de palabras. Nada más. ¿Verdad?

Sé que probablemente no eres tan intimidante como quieres hacer creer a todos.

Bratvabloodline
Suposición atrevida. ¿Lista para comprobarlo?

¿Comprobarlo? ¿Qué significa eso? Mi pulso se entrecorta y, por un momento, solo me quedo mirando las palabras.

Paso. No me va la postura de macho alfa.

Bratvabloodline
¿Es eso lo que crees que es esto? ¡Qué mona!

Mona. Como si fuera una ingenua con la que puede jugar. Mis mejillas arden y estoy a punto de escribir algo mordaz cuando aparece otro mensaje.

Bratvabloodline
Dime algo, Ember.

Me quedo helada. Ha usado mi nombre. Mi nombre real. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, con los dedos suspendidos sobre la pantalla.

¿Cómo sabes mi nombre?

Bratvabloodline
Está en tu perfil. Relájate, gatita. No te estoy acosando.

Gatita, de nuevo. La palabra se desliza a través de mis defensas, como una caricia deliberada que se siente tan posesiva como inquietante.

Bratvabloodline
A menos que quieras que lo haga.

Mi estómago se tensa. ¿Está bromeando? Tiene que estar bromeando.

¿Qué te pasa?

Bratvabloodline
Muchas cosas. Pero no estamos hablando de mí. Todavía no.

La confianza en sus palabras hace que mi piel hormiguee.

Solo intento entender por qué un tipo como tú está perdiendo el tiempo chateando conmigo.

Bratvabloodline
Porque estoy intrigado. Y créeme, no pierdo mi tiempo.

Suena tanto a una advertencia como a un cumplido. Una emoción me recorre a pesar de mi buen juicio.

Ni siquiera me conoces.

Bratvabloodline
Todavía no. Pero aprendo rápido.

Hay una pausa, lo suficientemente larga para que mi ritmo cardíaco se estabilice y luego se dispare de nuevo cuando llega su siguiente mensaje.

Bratvabloodline
Disfrutaría conociéndote, Ember. A fondo.

Se me entrecorta la respiración. Mis manos tiemblan mientras leo y releo las palabras, con el calor subiéndome por la cara.

Trago saliva con dificultad, con la mente acelerada y los nervios a flor de piel.

Bratvabloodline
Sigue hablando. O mejor aún, deja de hablar y déjame contarte lo que sucede a continuación.

No debería responder.

¿Qué estoy haciendo?

Todos mis instintos me gritan que pare, que borre la conversación y olvide que esto ha sucedido. Cuando no respondo, me envía otro mensaje.

Bratvabloodline

Pórtate bien o lo descubrirás con todo lujo de detalles.

Y así sin más, no solo estoy enganchada.

Estoy atrapada.

No. No voy a responder. Tengo que controlarme y ser razonable.

Me sirvo otra cerveza, aunque todos mis instintos me advierten que pare.

Hay una de dos opciones: o está mintiendo y no debería tener ninguna interacción con un hombre que miente (no tengo relaciones, pero especialmente no tengo relaciones con mentirosos poco fiables y egocéntricos), o dos, *no* está mintiendo, lo que significa que... debería mantenerme muy, muy lejos.

Pasa una hora.

Dos.

Mi móvil vibra cuando me etiquetan en otro vídeo. Miro fijamente mi móvil en la esquina del sofá mientras intento obedientemente ignorarlo y concentrarme en mi libro.

Pero la historia de la vida real es mucho más interesante que la que estoy leyendo. Finalmente, no puedo resistirme más y cojo el móvil de nuevo.

Me ha etiquetado en otro vídeo.

Capítulo Tres

Rodion

Me despierto decidido. Hoy tomaré decisiones que mis hermanos puedan respetar, decisiones que demuestren que soy más que el temerario e impulsivo comodín que esperan.

Este es el día en que cambiaré las cosas.

Anoche, cuando ella dejó de responder a mis mensajes, la etiqueté en otro vídeo. Y aunque recibí la notificación de que lo había visto, siguió sin responderme.

Me doy la vuelta y algo frío golpea mi pecho. Mi móvil. Lo miro con desaprobación y lo empujo bajo una almohada cerca de la cabeza.

No.

Aléjate de mí.

Pasé toda la noche coqueteando con una mujer que no he conocido y nunca conoceré, dejando que sus palabras se colaran en lugares donde no deberían estar.

Temerario. Estúpido.

Adictivo.

Es culpa mía estar aquí, en California, mientras el resto de mi familia está en Rusia.

Todavía puedo oír a Rafail, con la decepción en su voz peor que cualquier castigo que pudiera haber impuesto.

Tienes que controlar tu ira, Rodion. Ya no eres un niño.

Tenía razón, por supuesto. No tenía por qué montar un espectáculo público al castigar al maldito traidor.

Me paso la mano por la frente y suelto un suspiro.

Puedo hacerlo.

Y no la cagaré coqueteando y arriesgándolo todo exponiéndome en las estúpidas *redes sociales*.

Sacudo la cabeza y me pongo de pie cuando otro zumbido de mi móvil suena.

Miro fijamente la almohada, que vibra con un mensaje tras otro.

Si fuera Rafail y lo ignorara...

Me rasco el bíceps y pongo los ojos en blanco. Todo el mundo tiene que orinar o prepararse un jodido café... ¿Verdad? Falso, cuando se trata de mi hermano. Puedo oírle ahora: «Solo necesitas una mano para ir al baño. Usa la otra para revisar mis mensajes».

Voy a ganarme el favor de Rafail cueste lo que cueste. *Demostraré* que no soy el segundón que él cree que soy.

Alargo la mano hacia mi móvil y compruebo los mensajes.

Menos mal.

Rafail
Vi el trabajo que hiciste ayer, leí los archivos y tu informe. Bien hecho, Rodion. Los rumores se han calmado, la gente está empezando a olvidar.

El orgullo florece en mi pecho. Yo todavía era un niño cuando murieron mis padres y Rafail se convirtió en el tutor de mi familia. Es como un padre para mí, y complacerle es importante. Semyon, cuatro años menor que Rafail, pero aun así mayor que yo, es más frío, más distante, pero esa es simplemente su personalidad. Es tan fiel a mi familia como cualquiera de nosotros y odio que le jodieran.

Tengo que arreglar esto.

Todo.

> Uno menos, quedan dos. Seguí a Dovinsky anoche y sigue siendo tan predecible como siempre. ¿Algo más que necesites compartir?

Los pequeños puntos junto al nombre de Rafail aparecen, pero, en lugar de un mensaje de texto, aparece en la pantalla una imagen de su hijo recién nacido.

Dios mío.

Se me hace un nudo en la garganta. No he llorado desde que recibimos la noticia de la muerte de mis padres. Ni siquiera lloré el día que los enterramos. Semyon, Rafail y yo, junto con dos de mis primos, fuimos los portadores del féretro. Como es tradición, fuimos los primeros en arrojar tierra sobre el ataúd. Mi hermana pequeña, Zoya, lloró abiertamente mientras la abrazaba; fue la única de nosotros que lo hizo. Yana no era cercana a mi padre y tenía sus propias luchas, que se guardaba para sí misma. Semyon estaba casi estoico (y habría jurado que estaba tallado en hielo si no hubiera visto cómo se derretía con la pequeña Zoya), y Rafail era una estatua.

Pero hay algo en ver a ese bebé... Ese precioso pequeño, envuelto en una manta, con su pequeño puño en la boca, con cabello rubio platino como el de su madre coronando su cabecita perfectamente redonda. Mueve algo dentro de mí. Trago el nudo que tengo en la garganta.

Rafail
Este pequeño campeón durmió cinco horas seguidas. Nos sentimos medio humanos otra vez. Está comiendo sin parar y ya le quedan pequeños los pijamas de recién nacido.

Contengo un resoplido. Rafail Kopolov, el más temido de Moscú, hablando de pijamas de recién nacido y de su pequeño campeón. Tengo los ojos un poco borrosos. Siempre he tenido debilidad por los vulnerables. No puedo evitarlo.

Tiene tus ojos, hermano. Se parece mucho a ti, excepto por el pelo.

Rafail
Todo lo que veo es a mi mujer cuando lo miro, pero no podría estar más orgulloso.

Semyon
Qué suerte la suya. Podría haberle ido bastante mal.

Dale tiempo. Todavía podría heredar la actitud de no tomar prisioneros de parte de su padre y su mal carácter. Es pronto para saberlo.

Pasamos de la conversación sobre el bebé a nuestras hermanas. Yana está en Ciudad del Cabo con su marido, Danila; Zoya ha comenzado su primer año en la universidad; el abuelo se ha aficionado al golf a pesar de acercarse a los ochenta y dos, y mi tío y mi tía se han tomado lo que Rafail llama «unas vacaciones muy necesarias en el Mediterráneo». En otras palabras, quería quitárselos de encima.

Echo de menos a mi familia. Echo de menos mi hogar. Echo de menos la cocina de mi hermana pequeña, Zoya, y la actitud dura de Rafail. Echo de menos entrenar con Semyon y beber vodka con Matvei.

No la cagaré esta vez.

La culpa me atormenta. Si supieran lo que hice… Que me expuse para que todo el mundo me viera… Que estaba coqueteando con una *influencer* y usando mi identidad como bratva para aprovecharme de la situación…

Pero no. Nadie puede realmente saber que soy bratva, a menos que conozcan el significado de mis tatuajes.

Tengo que eliminar esta cuenta. Es una estupidez de proporciones épicas, y mi yo lógico y sobrio, a la luz del día, se da cuenta de la idiotez que he cometido.

Tengo que borrar esto antes de que alguien lo descubra.

Pero es mi único vínculo con ella.

Me dirijo a la ducha cuando mi móvil vuelve a vibrar. Lo cojo para ver qué se olvidó de decirme alguno de mis hermanos cuando veo… que no es una notificación de mensaje.

Frunzo el ceño. Pensaba que había desactivado las notificaciones de mi cuenta, que está creciendo a pasos agigantados. Solo ha pasado una semana y ya tengo decenas de miles de seguidores. Mi vídeo con el cinturón y las malditas almohadas ya tiene más de dos millones y medio de visualizaciones.

¿Qué puedo decir? La descarga de dopamina es real.

Y también lo es mi creciente atracción por Ember.

Miro mi móvil con el ceño fruncido. Si fuera mía, la castigaría sin piedad por hacer que su nombre real sea tan fácil de encontrar. Quizá un error de principiante. Pero ¿y si algún imbécil decidiera acosarla?

Me acaricio la barbilla.

No es mala idea, la verdad…

Dios. No puedo hacer esto. NO PUEDO.

La pequeña notificación me suplica en la pantalla. Niego con la cabeza.

No lo haré. No puedo. Soy un hombre adulto, por el amor de Cristo, no un adolescente que necesita la admiración en línea de mujeres sedientas para alimentar su maldito ego. Mi dedo se cierne sobre el botón que dice *Eliminar cuenta*.

Es lo correcto.

No debería estar aquí. Es peligroso, imprudente y jodidamente infantil.

Aun así, antes de irme… podría echar un último vistazo a esos preciosos ojos verdes suyos. Solo uno más antes de cerrar esta mierda para siempre y hacer algo responsable con mi vida.

Camino hacia la cocina con desayunador del ático como si hacer algo práctico con mi tiempo de alguna manera lo arreglara todo y borrara mi culpa.

Café. Necesito café.

Me veo reflejado en el microondas. Tengo el pelo revuelto, pero justo ayer vi un vídeo de un tío preparando café en calzoncillos, y las mujeres se volvieron locas. Si yo…

No.

No, no, no, no, NO.

Tengo cosas mejores que hacer que publicar vídeos intentando llamar la atención de Ember.

Aun así, estoy completamente solo aquí, sin mujer en absoluto, muriéndome por un buen polvo. ¿Quién podría culparme si quiero otra pequeña dosis de dopamina? No me importan tanto los comentarios coquetos aleatorios que recibo de las mujeres en línea, pero mis notificaciones me avisan cada vez que ella me ve, y hasta ahora, esta semana, ha visto todos mis vídeos.

Es inofensivo.

No me la estoy *follando*.

Quiero decir, no es que no lo haría si tuviera la…

No. PARA.

Mi mente sortea el débil intento de madurez.

¿Quién es ella?

¿Qué le gusta?

¿Qué la hace feliz o triste?

¿Es extrovertida o reservada? ¿Tiene mascotas?

¿Es vainilla?

Gimo por la erección instantánea que me provoca imaginarla atada y suplicándome, pero quizá… Quizá esos vídeos son solo para conseguir clics. No puede… *realmente* estar interesada en esa mierda de la que habla.

¿O sí?

No importa. Agarro mi voz interior por el cuello y lanzo mi falta de concentración contra la pared.

Necesita una *severa* reprimenda.

CONTRÓLATE, JODER.

Lanzo mi móvil por la encimera y hago una mueca cuando se desliza más allá de la cafetera y golpea contra la pared.

No pretendía lanzarlo *tan* fuerte. Avergonzado, me acerco, lo recojo y lo compruebo. Gracias a Dios, estos trastos están hechos con cristal de calidad militar. Sin daños.

Suelto un suspiro y cierro los ojos, centrándome en el aroma del café fuerte.

Café.

Gimnasio.

Comida. Batido.

Trabajo.

En ese orden, y punto.

Tomo mi taza de café, abro el mini refrigerador, le echo un poco de crema y me apoyo en la encimera mientras lo sorbo, como un adulto maduro que tiene su vida en orden y va a planificar su día.

Activo la cámara de mi móvil y pulso esa cosa de la aplicación de filtros que encontré en una búsqueda de Google, cuando mis ojos captan la esquina de una de las máscaras que usé para grabar un vídeo anoche. No soy un tío de una sola máscara como algunos de los perdedores arruinados que veo que creen que quitarse la camiseta es todo lo que hace falta para satisfacer las necesidades exigentes de estas mujeres de Internet.

Para nada.

Ellas quieren a un hombre de verdad. Un hombre con algo de volumen, algunos tatuajes, que se cubre la cara para mantener un poco de misterio, no porque tenga una cara de bebé lampiña que pertenezca detrás de la pantalla de un monitor de videojuegos, en lugar de mujeres maduras y respetuosas como *mis* seguidoras.

Agarro la primera máscara que tengo a mano y me la pongo en la cabeza.

Una más por el bien de los recuerdos.

Levanto mi café.

> **Mi tiempo aquí ha llegado a su fin, preciosa. Tengo trabajo que hacer, y todo esto es demasiado distractor.**

Niego con la cabeza con una tristeza fingida, aunque, honestamente, no es tanto teatro. Durante las últimas noches, interactuar con Ember en línea, con su ingenio y lengua afilados, se sentía un poco menos... solitario.

Pero tengo que parar esto antes de meterme en un verdadero problema. Antes de que Rafail lo descubra.

Busco rápidamente una banda sonora. No edito mis vídeos. Me gustan crudos e indómitos. Publico el vídeo y dejo el móvil.

Lo veo aparecer en la pantalla.

Suspiro.

Ya tengo cincuenta «me gusta» y la mitad de comentarios.

Sonrío para mis adentros por ellos.

> ¿Así que vamos a ignorar el hecho de que te has despertado luciendo como un dios romano? ⚡

Agito la cabeza con timidez. Bueno, yo no iría *tan* lejos.

> Esto es un nivel ilegal de atractivo. Voy a llamar a las autoridades (o sea, yo misma). 🚔👮❤️

> Ese café tiene suerte. Ojalá estuviera tan cerca de tus labios. ☕🥵

No es Ember, así que... tranquilízate.

> ¿Vienes con etiqueta de advertencia o simplemente nos consumimos en silencio por aquí? 🔥🥵🔥

Me rasco el pecho con un encogimiento de hombros autocrítico. Bueno, gracias.

Sigue sin ser Ember.

No me importan. Es mono e incluso dulce, pero no me importa quiénes sean estas mujeres. Incluso si estuvieran la mitad de interesadas en mí de lo que aparentan tras la seguridad de un teclado... no son *ella*.

Debería estar borrando esto.

Aun así... no ha respondido en horas.

Espera. ¿Está bien?

Mi ritmo cardíaco se dispara.

Pulso rápidamente los mensajes en la aplicación y abro el último chat que tuvimos. *Hace doce horas.* No hay nada que indique que haya estado conectada desde entonces.

¿Qué coño?

Voy a su página y veo que subió un vídeo justo antes de enviarme mensajes y no ha estado en línea desde entonces.

En la parte inferior del vídeo, pequeños mensajes aparecen con corazones, flechas y «me gusta» mientras estoy desplazándome por los últimos comentarios.

> ¡No escuches a ese imbécil, Mafia Queen! ¡Bórralo y bloquéalo!
>
> Nadie debería hablarle así a mi mejor amiga. ¡Déjamelo a mí, hermana! 😠

Espera, yo no... *No*.

¿Están hablando de otra persona?

Entrecierro los ojos mirando la pantalla. Aquí estoy, con una puta máscara en mi cocina mientras me tomo el café, ¿y alguien le ha faltado el respeto a mi chica?

¿Quién coño ha hecho eso?

Me desplazo hasta que veo el comentario.

Luego el segundo.

Y el tercero.

Mi mirada se vuelve instantáneamente borrosa, y mis nudillos se ponen blancos al agarrar el móvil con tanta fuerza.

> Las novelas románticas no compensan el hecho de que eres básica como el demonio. Prueba con una afición de verdad. 📚🙃

Le voy a dar una verdadera afición que incluya mi puño y su puta cara. Hago clic en su foto de perfil. Un calvo y cuarentón gilipollas con papada.

Se me cae la mandíbula cuando veo otro comentario. ¿Qué se habrá creído?

¿Por qué no ha borrado esta mierda?

> Con todas esas fantasías, y aún así pareces que aburrirías a un tío en cinco minutos. 😴👋

¿Cinco minutos? Yo lo liquidaría en uno. El jodido hijo de la grandísima...

> Leer sobre tipos de la mafia no hará que uno te desee. Quédate con los cuentos de hadas, cielo 🥀📖

¿Tipos de la mafia de verdad? Le voy a dar tipos de la mafia de verdad.

Davay posmotrim, kak tebe ponravitsya, suka blyad.

Vamos a ver cómo le gusta *esto* al pequeño cabrón.

Mi móvil vibra con mensaje tras mensaje que ignoro. Antes de poder detenerme, escribo una respuesta al capullo ese.

> **Bratvabloodline**
>
> **¿Quieres hablar de eso con un hombre de verdad, princesa? Qué mono. Fáltale el respeto otra vez y te recordaré cuánto pueden doler esas manos de guerrero de teclado cuando están rotas.**

Apuñalo la pantalla.

En cuestión de segundos, mi comentario recibe «me gusta», y los comentarios de debajo empiezan a inundarse.

> ¡La está defendiendo! ¡Como un verdadero mafioso! ¡Ah, que se detengan mis agitados ovarios! 🍷

> Oooooh. Los hombres de verdad existen, y aquí hay uno. Muy acertado, señor. Muuuy acertado. 😂 👏🏻

No puedo hacer esto. *No debería estar haciendo esto.*

Cierro los ojos y respiro por la nariz.

Solo es un comentario en línea. Relájate.

Ese hijo de puta no tendría el valor de decírmelo a la cara.

Un comentario en línea de un tipo real que ha herido a una chica real a la que yo realmente...

No. Ni siquiera la conozco.

Miro fijamente la pantalla, deseando que me responda, cuando veo que aparece otra notificación.

Es ella.

Con el corazón acelerado, hago clic en su vídeo.

Ahí está.

Mi chica.

El pelo rojo llameante cae en ondas, y esos vibrantes ojos verdes están mirándome directamente. Ni siquiera escucho lo que dice y no leo el pie de foto. Es otro libro, pero esta vez noto algo en el fondo.

Es una pequeña taza blanca en la esquina de la pantalla con las palabras *Brookie Bites* en letras de máquina de escribir.

Hago una captura de pantalla del vídeo y la amplío. Está borrosa, pero sé exactamente qué logo es porque pertenece a la cafetería *justo al final de mi calle.*

No. Es imposible.

Hago clic en su perfil, pero no tiene activada su ubicación, solo un general *Sur de California.*

Buena chica.

Mi corazón late más rápido.

Sabía que la había visto antes.

¿Dónde?

Mi móvil suena y vibra, y casi se me cae mientras ignoro los mensajes de mis hermanos y busco rápidamente la cafetería en Google. Seguramente, tiene que haber...

No.

Hay UNA, y está justo aquí en California.

No puede ser.

Está aquí mismo, en mi ciudad.

Cierro los ojos y me pellizco el puente de la nariz. Tengo que recuperar la compostura, y *ahora*.

AHORA.

Con esfuerzo, hago clic en la pantalla y voy a los mensajes de mis hermanos.

Por suerte, están hablando entre ellos y no han notado mi ausencia.

Rafail me ha enviado datos sobre el tercer cabrón al que estoy siguiendo hoy. Este será más difícil. El primero, un contable de mediana edad con vínculos con varias empresas fantasma, se derrumbó como un castillo de naipes tras la rotura de algunos huesos. El segundo, un aspirante a tipo duro escondido tras una identidad falsa, no aguantó más de unos minutos bajo presión.

¿Pero este tío? Es un hijo de puta escurridizo. Arnold Prokhorov, exbratva convertido en operador independiente, sabe cómo desaparecer. Múltiples alias, cuentas en el extranjero y un don para escabullirse por las grietas; incluso a los mejores rastreadores les cuesta seguirle. Lleva años jugando al gato y al ratón con la familia, dejando un rastro de negocios sucios y socios muertos.

Pero, bueno, me gusta el desafío.

Dejo un cuchillo sobre la encimera que me llevaré y envío una respuesta rápida a Rafail: *Me encargo.*

Primero, el gimnasio.

Después, Prokhorov.

Aun así... Mi mente está en Ember. El imbécil que le faltó al respeto, el fuego en sus ojos.

¿Estará sintiendo la atracción entre nosotros? ¿Es por eso que no me ha respondido?

Gruño cuando mi móvil suena con otra notificación. Tengo que ir al gimnasio y centrarme en el sudor y el trabajo duro para dejarme ya de estas tonterías.

Pero cuando miro el móvil... es ella.

Mi corazón da un vuelco en el pecho. Abro el mensaje.

Dreammafiaqueen
No necesitas luchar mis batallas en línea con esos comentarios interesados, muchas gracias. Puedo arreglármelas sola. No contesto a capullos. Los dejo porque cuanta más interacción tengan mis publicaciones, más seguidores tendré, y a diferencia de algunos, no hago esto solo por llamar la atención.

Miro fijamente la pantalla y frunzo el ceño. Mis dedos vuelan sobre la pantalla.

Perdóname por defender tu honor. El capullo se lo merecía. Si yo...

Su respuesta llega antes de que termine la mía.

Dreammafiaqueen
No tienes que amenazar al tipo. Eso es ilegal y podrían expulsarte de aquí, ¿sabes?

Merece la pena. Y no era una amenaza.

Dreammafiaqueen
Oh, por Dios. Como si fueras a rastrear a algún perdedor anónimo y defender el honor de una mujer que nunca has conocido por un comentario estúpido. Tío, contrólate.

Entrecierro los ojos mirando la pantalla. Me controlaré, sí, controlando ese cabello rojo como el fuego envuelto en mi puño que captaría su atención alto y claro.

Creo que has escrito mal «gracias».

Pulso enviar y cierro la conversación antes de que ella tenga la oportunidad de responder. Tiro el móvil en el sofá y dejo que las palabras floten en el aire. Cree que estoy fanfarroneando. Cree que esto es solo un inofensivo tira y afloja en línea.

Supongo que no puedo culparla.

No me conoce. *Todavía*.

Cojo el móvil, con el corazón martilleando con algo agudo y hambriento. Me desplazo rápido, centrándome en un nombre que ha demostrado ser útil: un intermediario de mi último trabajo en Los Ángeles.

Una llamada. Un favor. Su ubicación es mía antes de colgar el teléfono.

Perfecto. Gimnasio del lado oeste. Mi labio se curva y la adrenalina aumenta mientras la dirección parpadea en mi pantalla; es un punto vivo y pulsante, como si me estuviera esperando.

Está *justo ahí*, balanceándose a mi alcance como si la hubieran colocado en mi camino a propósito.

Me desnudo, me pongo ropa de entrenamiento y me deslizo el móvil en el bolsillo.

Durante todo el camino, siento como si estuviera persiguiendo algo que estoy destinado a atrapar; como si tuviera que llegar más rápido o se me escurrirá entre los dedos.

Cuando entro en el gimnasio, el olor a colchonetas de goma y sudor ligeramente metálico me llena la nariz. Una recepcionista levanta la vista y sus ojos se ensanchan ligeramente ante mi imponente figura.

—¡Hola, señor! ¿Viene a inscribirse?

Miro alrededor y aún no la veo. Por suerte, ella no me reconocería.

Primero, no llevo máscara. Parece que esas máscaras tienen un propósito. Segundo, llevo una camisa de manga larga que me cubre los tatuajes. Ya ha escuchado mi voz, pero no necesito hablar con ella.

Asiento con la cabeza y le entrego mi tarjeta de crédito sin vacilar.

—Sí. Inscríbeme. Rellenaré los formularios que necesites más tarde —digo, y me inclino para mostrarle mi sonrisa más encantadora—.

Voy con prisa. ¿Podrías hacer eso por mí?

Sus mejillas se sonrojan y tartamudea rápidamente:

—C-claro. Tendré el papeleo para que lo firme cuando salga.

Con la tarjeta de vuelta en la mano, paso por delante del mostrador, escaneando el espacio hasta que la encuentro. *Ember*. Está en la jaula de sentadillas, con la barra equilibrada sobre los hombros mientras ejecuta las repeticiones con fuerza. Su cabello de fuego está recogido, pero algunos mechones sueltos se adhieren a su piel húmeda.

No me quedo mirando. Eso me delataría. En su lugar, me dirijo a las pesas libres cercanas, cojo unas mancuernas y preparo un banco. Desde aquí, puedo verla sin que sea obvio.

Termina su serie, descansa un momento y mira alrededor. Mantengo mi atención en el press de pecho, fingiendo no notarla. Cuando su mirada pasa sobre mí, no hay ningún indicio de reconocimiento. Bien.

La tensión en el aire cambia ligeramente cuando ella se acerca, ahora en la máquina de remo de la misma sección. Su concentración es afilada como una navaja, y cada movimiento es preciso y deliberado.

Es humilde; puedo verlo. A menudo se graba a sí misma con ropa cómoda y chándal, acurrucada en una manta con una taza de té y un libro. ¿Aquí? Va en serio, y eso me encanta.

Su pelo está recogido en una coleta alta, con algunos mechones rebeldes enmarcando su rostro mientras se concentra en su siguiente serie. El rubor en sus mejillas no es maquillaje, es puro esfuerzo, ganado con cada levantamiento y cada gota de sudor que se desliza por el lado de su cuello.

No está tratando de impresionar a nadie. Eso es lo fascinante. Sin sonrisas falsas, sin poses para llamar la atención. Solo pura

concentración sin filtros en sí misma. Es embriagadora, la forma en que se mueve con su tranquila confianza, como si estuviera en su propio mundo. Y, por un momento, me permito pensar lo fácil que sería atraerla al mío.

Su fuerza es magnética, pero es la dualidad lo que me atrapa. Es letal, pero no lo ostenta. Hermosa, pero completamente inconsciente de cuánto domina la sala sin siquiera intentarlo. Es crudo, es real, y es *imposible* apartar la mirada.

Mantengo mi entrenamiento constante, sincronizando mis series con las suyas y quedándome lo suficientemente cerca para mantenerla en mi visión periférica.

Aún no lo sabe, pero ya la he convertido en mi objetivo.

Y yo nunca, jamás fallo.



Capítulo Cuatro

Ember

Miro fijamente el vídeo. Mi portátil resplandece y mi corazón late con fuerza cuando hago clic en «Iniciar». Este es... diferente.

El vídeo comienza con una vista borrosa de la cara de un hombre en una videollamada. Está sentado en una habitación desordenada, con el rostro en sombras, pero el blanco aterrorizado de sus ojos mira a la pantalla. Su voz tiembla.

—L-lo siento, ¿vale? No lo decía en serio. No quería...

—*Más alto.* No pares hasta que suene como si lo dijeras de verdad y no solo porque temes que te localice y te dé una paliza. —Dios mío. Es... es su voz.

El hombre se estremece y mira a cualquier parte menos a la cámara.

—Lo-lo siento por lo que dije. Siento haberla acosado.

La voz de mi hombre enmascarado es más cortante, insistente.

—¿A quién?

—A Dream Mafia Queen —dice atropelladamente—. Lo siento.

Me quedo mirando, horrorizada y, de alguna manera... cálida de placer. Él... ¿ha hecho esto... por mí? Es como la versión en línea de acorralar al matón del patio con un puño bajo su nariz.

—Bien. Lo dejaré pasar. Ahora borra los comentarios y borra tu cuenta. Todo.

Asiente frenéticamente y sus dedos se mueven a toda prisa sobre el teclado. Vuelvo a mis comentarios tan rápido como mis dedos pueden moverse y veo que todos los comentarios de odio en mis publicaciones han desaparecido.

Mis manos tiemblan y mi respiración es entrecortada. Ha hecho esto en línea. No puede amenazar a alguien así, conseguirá...

Oh. Espera.

Es entonces cuando me doy cuenta de que este vídeo es solo para mí.

Miro y parpadeo, negando con la cabeza. ¿Qué ha hecho?

Dejo el móvil, con las emociones a flor de piel.

Esto... Esto cruza una línea, tiene que saberlo. Estoy negando con la cabeza, incrédula, todavía intentando procesar cómo me siento sobre esto, cuando mis mensajes directos suenan.

Bratvabloodline
No volverá a molestarte.

Cierro la aplicación y me quedo mirando la pared.

Nunca nadie me había defendido antes. No sabía que se sentiría así. No puedo...

Realmente necesito centrarme.

El gimnasio es mi iglesia. Aquí es donde rindo culto.

Necesito sudar.

Me pongo mi equipación y me dirijo al gimnasio, donde puedo controlar el caos y canalizarlo en algo tangible.

Las pesas no mienten. La barra de dominadas no juzga. Aquí soy fuerte.

Intocable.

Me encanta ponerme los auriculares, subir el volumen de la música y desconectar. Soy solo yo contra mí misma.

Se siente *bien*. Se siente *correcto*.

Y por fin estoy superando las emociones encontradas por la disculpa. Así que esa sensación de inquietud en la nuca me cabrea.

Al principio, la ignoro. Siempre hay miradas en el gimnasio, vistazos fugaces que me sacudo como el sudor de la frente. Pero, ¿esto? Esto parece diferente. Es más intenso. Más deliberado.

Por el amor de Dios.

¿Quién me está mirando? Sí, tengo un buen culo (gracias a interminables sentadillas y empujes de cadera), pero es *mi* culo, y no me gusta que alguien lo recorra con su mirada no deseada.

Me bajo de la barra de dominadas como una gata y aterrizo ligeramente sobre los pies con un golpe suave. Me giro hacia la fuente de esa mirada invasiva, ya erizada de molestia.

No me equivoco.

Pero tampoco estoy en absoluto preparada.

Está apoyado despreocupadamente contra el soporte de las mancuernas, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa arrogante curvando sus labios. Es alto, ridículamente alto, con una cara que mi abuela habría llamado «despreocupada como el diablo». ¿Su cuerpo? Construido como si pasara la vida en lugares como este, todo hombros anchos y músculos esculpidos.

Pero no son solo los músculos. Ni siquiera la altura. Es la forma en que me mira: aguda, conocedora, como si ya estuviera dos pasos por delante. Como si me conociera.

Espera... Tal vez me *conoce*. Parece extrañamente familiar. ¿Lo conozco de algún sitio?

Aun así, no debería mirarme así, como si... No, mi condicionamiento romántico se me está adelantando otra vez.

—¿Necesitas algo? —espeto, con la voz lo suficientemente afilada como para cortar.

Su sonrisa se hace más profunda y en su mejilla se forma un hoyuelo justo lo suficiente para enfurecerme. Y sí, vale, está bueno. Demasiado bueno. Y por la forma en que se comporta, él lo sabe.

—Estás haciendo trampas —dice, con un tono irritantemente suave.

Parpadeo.

—¿Perdona?

—Las manos —dice, señalando perezosamente hacia la barra de dominadas—. Están demasiado juntas. Lo hace más fácil.

Esa voz...

No. No puede ser.

Giro el cuello con una paciencia exagerada.

—Ah, ¿sí? Entonces, ¿me has estado observando el tiempo suficiente para criticar mi técnica? —Lo miro con los ojos entrecerrados, y la molestia se convierte en algo más afilado. —¿Y qué tal mi culo? ¿También le has echado un buen vistazo?

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

—En realidad, no lo he hecho —dice, apartándose del soporte con una flexión irritantemente despreocupada que hace que cada

maldito músculo de su cuerpo se destaque. Trago saliva con fuerza, odiándome por notarlo—. Pero si quieres darte la vuelta... —Hace girar su dedo en el aire, sonriendo como si fuera el dueño del mundo.

—Me daré la vuelta —digo dulcemente, y en su lugar le hago un corte de mangas. Luego me giro completamente hacia él, lo que, genial, le da una vista perfecta de mi pecho. Mi estúpida y endeble camiseta de entrenamiento no hace nada para ocultar el contorno de mis pezones.

Sus ojos bajan durante una fracción de segundo, justo lo suficiente para que me den ganas de lanzarle una mancuerna. Su sonrisa crece y niega con la cabeza como si acabara de confirmar todo lo que ya suponía.

—Era de esperar que tuvieras esa boca —dice, suspirando como si ya se hubiera resignado a alguna verdad cósmica—. Era de esperar que me gustara una mujer con esa boca.

Y odio lo mucho que eso me hace querer sonreír.

—¿Vas a hacer una serie de verdad o ya has terminado?

Mis labios se entreabren con incredulidad.

—¿Perdona? —repito.

Señala con pereza la barra de dominadas, mientras su sonrisa se ensancha. No es solo un hoyuelo, sino *dos*. El atractivo rudo de este hombre es difícil de resistir: tiene barba incipiente en la mandíbula y, aunque llevaba una camiseta de manga larga, podía ver el contorno de sus fuertes músculos bajo la tela. Su voz es suave y profunda y le hace toda clase de cosas a mi cuerpo.

—Pensé que, con la forma en que las hacías, tal vez te estabas tomando tu tiempo.

¿Tomándome mi tiempo?

Aprieto los labios. Si está intentando provocarme... Lo está consiguiendo.

—¿Así que eres el experto residente aquí? ¡Qué curioso!, no llevas ninguna placa y no recuerdo haberte visto por aquí antes.

Cuando da otro paso más cerca, mi primer pensamiento es... *Dios, ¡qué alto es!* Intimidantemente alto. Pero su presencia se siente... depredadora, de una manera que me hace querer más.

Realmente *necesito* dejar de pasarme cada hora de vigilia leyendo novela romántica oscura.

—No soy un experto —dice, encogiéndose de hombros—. Aunque sé lo que hago en una barra de dominadas. Y tú pareces una mujer a la que le gusta desafiarse a sí misma. —Me guiña un ojo y mi estómago da un vuelco.

Me gusta desafiarme, sin duda. Ahora mismo, quiero desafiarme a madurar de una vez y largarme de aquí antes de que deje que el Sr. Ligón me afecte.

Inclino la cabeza. No haría daño echar un vistazo, ¿verdad?

—Demuéstralo.

No duda. Se coloca bajo la barra, salta y la agarra con facilidad practicada. Sus músculos se flexionan mientras se impulsa hacia arriba, lento y deliberado, con una forma irritantemente perfecta. Cada movimiento es controlado y suave, como el de un gimnasta olímpico. Para cuando llega a quince, tengo la mandíbula tensa.

—Presumido —murmuro.

Se deja caer y se encoge de hombros mientras me encara.

—Deberíamos hacer una competición. Me encantaría verte intentar superarme.

Resoplo.

—No hay competición posible. Estás predispuesto a tener mayor fuerza en la parte superior del cuerpo. —Señalo con la barbilla hacia las máquinas de piernas. —Aunque podría aplastarte el cráneo con los muslos.

Su mirada se vuelve depredadora mientras recorre la longitud de mi cuerpo.

—Si es una amenaza, puedo vivir con ello. Si es una promesa...

El pensamiento de su cabeza entre mis piernas hace que mis mejillas se acaloren al instante.

Debería estar furiosa por su audacia, pero, sinceramente... Me lo he buscado yo sola.

—Las damas primero —dice, retrocediendo con una sonrisa socarrona.

Agarro la barra de nuevo, ignorando que mis palmas están resbaladizas por el sudor. Mis músculos protestan, pero continúo, igualando su ritmo con determinación obstinada. Siento sus ojos sobre mí, pesados, como un peso en sí mismos. Recorren la línea de mis brazos, se detienen en mis hombros y bajan por la curva de mi espalda.

Para cuando llego a diez, mi cuerpo me está gritando que pare, pero no cedo. No con él mirando. Me dejo caer al suelo, aterrizando con ligereza a pesar del ardor en mis piernas, y me giro para encararlo, un poco sin aliento.

—Tu turno —digo, levantando la barbilla en señal de desafío.

Se acerca, con su sonrisa ampliándose mientras sus ojos se clavan en los míos. Hay algo no expresado en su mirada, una chispa que se siente eléctrica.

—Intenta no decepcionarte demasiado —murmura, con voz baja y suave. Me envía un escalofrío inesperado por la columna.

Agarra la barra con una confianza despreocupada que hace que apriete los dientes. Sus movimientos son rápidos pero controlados, juguetones de una manera que se siente irritantemente deliberada. Para cuando llega a trece, disminuye la velocidad, suelta la mano derecha y alarga la última dominada solo con la izquierda, como si estuviera saboreando el momento. Cuando finalmente cae al suelo, apenas está sin aliento, y se seca las manos en sus pantalones cortos con una facilidad exasperante.

—Podría haber hecho más —dice, con una voz que rezuma arrogancia—. Pero no quería avergonzarte.

Me río, de forma brusca y corta, ocultando el calor que sube por mi pecho.

—Oh, créeme. No lo has hecho.

Nuestras miradas se encuentran y, por un momento, es como si el resto del gimnasio desapareciera. El zumbido de las máquinas se desvanece, el tintineo de las pesas se esfuma. Solo está él, con su mirada recorriéndome, deteniéndose una fracción de segundo más en mis labios. Mi pulso resuena en mis oídos, más fuerte de lo que debería.

Salto una vez más... Y me derrumbo en la duodécima. Es jodidamente difícil, *uf*.

Entonces, el estruendo de unas pesas en la distancia rompe el hechizo. Él da un paso atrás, con los labios curvándose hacia arriba como si supiera exactamente lo que ha hecho.

—No está mal —dice, con un tono lleno de arrogancia juguetona—. Para ser una principiante.

Bufo y me cruzo de brazos.

—¿Principiante? Tienes mucho valor.

Su sonrisa se profundiza y sus ojos brillan con algo perverso.

—Tengo muchas cosas —dice, con su voz descendiendo a un tono que hace que se me entrecorte la respiración—. Nos vemos pronto, guapa.

Y así, sin más, se da la vuelta y se aleja, dejándome allí de pie, con el corazón golpeando mi caja torácica. No estoy segura de si quiero poner los ojos en blanco o correr tras él.

Algo en él se siente peligroso. Incluso familiar...

¿Dónde demonios tengo la cabeza? Es como si hubiera conocido a dos hombres salidos directamente de mis libros últimamente, y necesito volver a centrarme en la *realidad*.

Mi móvil suena, vibrando en el suelo junto a mi botella de agua. Me quedo paralizada a medio camino, sin saber por qué el repentino sonido envía un escalofrío de inquietud por mi espina dorsal. Es solo una notificación, otra dosis de dopamina esperando a ser reclamada. Pero algo me detiene, una negativa obstinada a dejar que mi curiosidad gane.

Cuento hasta diez antes de finalmente comprobarlo, manteniendo la respiración constante. Probablemente solo sea otra...

Ver el nombre en la pantalla me deja sin aliento. El móvil se me escurre de la mano, golpea contra el suelo y reprimo un grito que amenaza con abrirse paso por mi garganta.

No. Ahora no. Aquí no.

> **Shawn**
> Hola, hermanita. He vuelto a la ciudad. ¿Quieres tomarte algo?

Ha vuelto a la ciudad.

Ha vuelto a la ciudad.

El mensaje es corto. Incluso inocente. Pero, viniendo de él, es una bomba, un fantasma del que llevo años huyendo y que finalmente

me ha alcanzado. El hermanastro que convirtió mi infancia en una pesadilla ha vuelto y, de repente, soy de nuevo una niña temblorosa.

Ojalá no lo hubiera leído. No quiero recordar.

Meto el móvil en el bolsillo a la fuerza, como si eso pudiera enterrar el pasado junto con él. Mi reflejo en el espejo me llama la atención: firme, ardiente y fuerte. Repito la mentira en mi cabeza como un mantra: *Ya no eres ella. No eres débil. No estás indefensa.*

Pero el temblor de mis manos dice lo contrario.

En piloto automático, me dirijo de vuelta a mi apartamento.

Tengo que salir de aquí. Es difícil dejar un lugar que te es familiar, que es tu hogar, y aventurarse en el amplio mundo de lo nuevo y desconocido.

Pero ahora mi trabajo puede estar en cualquier parte. Bueno, relativamente hablando. Y ahora que mi carrera de *influencer* está despegando...

Cojo un libro de mi mesita de noche, aferrándome a su peso como si fuera un salvavidas. Esta noche me perderé en una fantasía, porque es lo único en lo que puedo permitirme confiar. Un mundo donde mujeres como yo pueden encontrar seguridad en la rendición, aunque sea ante alguien siniestro, peligroso y completamente irreal.

Todavía puedo ver su sonrisa depredadora. Todavía puedo sentir cómo me tenía entre sus garras, aterrorizada y acobardada...

Susurro una silenciosa súplica al universo: *No dejes que me arrastre de vuelta allí.*

No puedo.

Antes de poder evitarlo, compruebo mis mensajes. El corazón me late con fuerza.

Me ha etiquetado en otro vídeo.

Examino cada detalle. No puedo evitarlo. Estoy buscando una pista, algo... Pero no hay nada.

De nuevo, no comento. Horas después, mi móvil está en silencio.

Estoy siendo buena. Sensata. Diligente.

Estoy acurrucada bajo una manta, con el peso de un libro nuevo en la palma de la mano. Mi enorme taza de chocolate caliente reposa junto a mí; su aroma se eleva hacia el cielo y calienta el interior de mi pequeño, pequeñísimo, abarrotado apartamento.

Dejé unas luces de hadas blancas parpadeantes alrededor de la ventana después de Navidad porque me gustaba cómo quedaban. He gastado hasta el último céntimo construyendo este santuario de libros en mi cochambroso apartamento, y ahora es el momento de hacer lo que más me gusta: escapar a mi mundo de fantasía.

Tres capítulos después, estoy tamborileando con los dedos en la parte posterior del libro, esperando a que las cosas se animen. Soy una lectora impaciente. No me gustan las tramas de ritmo lento ni el exceso de información. Quiero acción, y la quiero ya. Sí, entiendo que ella es una maestra tontorrona con suerte y un pasado penoso. Sí, entiendo que él es un padre soltero que necesita una niñera. Ya deberían estar besándose.

Frunciendo el ceño, pongo el libro en mi regazo y me pregunto si hay algo malo en mí. No he sido capaz de meterme en un buen libro desde hace semanas, y lo *necesito*. Tengo vídeos que publicar, maldita sea.

Sorbo los tibios restos de mi chocolate caliente y lanzo un suspiro cuando miro el móvil. La piel me hormiguea de la misma manera que lo hizo cuando el señor Bombón me miraba el trasero en el gimnasio.

Aunque sé cuál es mi verdadero problema. Quiero echar otro vistazo al atractivo señor Falsa Mafia, el que ha estado publicando fotos provocativas y etiquetándome sin piedad. Sin embargo, tengo que

mantenerme concentrada; quiero escapar a mi mundo de fantasía... Pero espera.

¿No es mi presencia en línea mi mundo de fantasía? Allí donde tengo amigos que comparten la misma pasión por el romance y los finales felices, y donde podemos babear colectivamente por los chicos malos de la mafia y los galanes tatuados, como heroínas modernas de novelas de la Regencia y sus atrevidos sinvergüenzas.

Me tomaré un pequeño descanso. Solo uno rápido.

Abro la aplicación en mi móvil y contemplo la interminable lista de notificaciones. Aunque he destacado una, y las suyas están en la parte superior de la lista. El pequeño triángulo en la parte superior de las notificaciones que indica mis mensajes privados.

No he respondido a sus vídeos desde ayer.

Bratvabloodline
¿Me estás haciendo ghosting, gatita?

Pongo los ojos en blanco, aunque el calor sube por mi pecho e intento ignorarlo.

No puedo evitarlo y publico un comentario.

¿Hacerte ghosting? Eso requeriría una relación, me parece.

Bratvabloodline
Touché. Han pasado veinticuatro horas desde que me respondiste y tu último mensaje decía «Ahora vuelvo».

No sabía que estabas llevando la cuenta. Tengo un trabajo, ¿sabes? Lamentablemente, por divertido que sea leer libros románticos y publicar vídeos, no es la fuente de ingresos más fiable.

Bratvabloodline
Por supuesto. Entendido. Pero la próxima vez que digas «ahora vuelvo», espero que vuelvas enseguida.

¿Ah, que *lo espera*?

El pulso se me dispara. Puedo imaginar esas palabras en su voz oscura, con ese acento... Enmascarado y tatuado, con esos músculos flexionándose mientras me agarra la barbilla y me hace mirarlo a los ojos.

Mis manos tiemblan cuando respondo.

Bah.

Bratvabloodline
Ah. Del tipo rebelde.

Escucha, colega. Conozco a los de tu tipo. Antihéroe oscuro y malhumorado con complejo de superioridad que posa con su arsenal de armas para alardear de su poder. He leído todo tu rollo en todas las estanterías de Estados Unidos. Y aunque todo eso es divertido para la fantasía, esto es el mundo real, no uno construido sobre finales felices.

Bratvabloodline
Tienes muchas opiniones sobre mí para ser alguien que no me conoce, pequeña reina.

¿Por qué se me calientan las mejillas con eso? Trago saliva y pongo los ojos en blanco otra vez.

Bah. Eres como el sueño hecho realidad de una fan de la mafia. Pero, ¿en la vida real? Qué va. Eres todo humo y espejos.

Bratvabloodline
Y, sin embargo, no has puesto a prueba esa teoría, ¿verdad? Tampoco me has bloqueado.

Se me corta la respiración.

Trago saliva.

Debes de estar aburrido. ¿De verdad no tienes nada mejor que hacer que intentar llamar mi atención?

Bratvabloodline
No tienes ni idea de hasta dónde llegaría por ti.

Trago saliva con fuerza y me muerdo el labio.

Quizás pienso que todo este numerito es un poco mono.

Espero su respuesta. Me pregunto si he ido demasiado lejos. Me pregunto...

Una rápida notificación aparece:

@bratvabloodline ha publicado un nuevo vídeo.

Hago clic en él como si mi próxima respiración dependiera de verlo. El clip es corto, pero embriagador. Se le da muy bien esto.

Bañado en sombras, el brillo del acero capta la luz mientras monta un arma con precisión. Sus movimientos son fluidos y seguros; cada movimiento de sus músculos, deliberado. Observo, hipnotizada, cómo sus grandes y poderosas manos se mueven con tal eficiencia brutal. Está claro: es un maestro en esto.

Uf. ¿Qué más haría con esas manos?

El tenue murmullo de música rusa llena el fondo y crea un ambiente que es a la vez primitivo y sofisticado. Aunque su rostro está

enmascarado, sus ojos arden con una intensidad a la que no puedo evitar sentirme atraída. Está sonriendo con suficiencia. Lo sé.

Observo, incapaz de apartar la mirada, mientras la cámara se detiene en las venas que recorren sus musculosos y tatuados antebrazos, con las mangas arremangadas para mostrar la curva del músculo. Imagino cómo sería estar atrapada bajo esos brazos, impotente para quitarme su peso de encima...

Sus movimientos son deliberados, sensuales, mientras encaja las piezas en su lugar. Lo entiendo... Esto es cualquier cosa menos *adorable.*

Dios, está jugando con fuego. Le van a bloquear la cuenta muy rápido por esto.

A continuación, destella un cuchillo, un contraste mortal con las líneas suaves de la pistola, cuyo filo capta la tenue luz. Lo hace girar perezosamente entre los dedos como una batuta antes de apretar el mango y clavarlo, de punta, en la mesa. La cámara sube lentamente hasta donde la máscara se ha desplazado ligeramente y alcanzo a ver una mandíbula con barba incipiente, con el ángulo justo.

Finalmente, se inclina hacia la luz y se acaricia la barba incipiente de la mandíbula.

El vídeo termina con él pasando el pulgar por el filo del cuchillo y mirando directamente a la lente.

Íntimo.

Depredador.

Me está mirando a *mí.*

La pantalla se funde a negro y deja solo un pie de foto.

> **¿Todavía crees que esto es adorable, @dreammafiaqueen?**

Dios mío.

Me quedo mirando fijamente. Trago saliva. Menos mal que no puede verme ahora mismo, porque soy incapaz de pensar racionalmente o de hablar un español inteligible.

Esto es mejor que cualquier libro que haya leído nunca y no soy la única que lo nota. La publicación ya tiene cientos de «me gusta» y otros tantos comentarios. Los leo con interés.

¿Trama? ¿Qué trama? ¿Quién necesita trama cuando tenemos ESTO? ⁉️

Alexa, reproduce Toxic en bucle

Me está dando vibras de moralmente ambiguo y yo estoy... moralmente comprometida ⚠️

Los finales felices están sobrevalorados, chicas. No necesito un final feliz. Solo le necesito a ÉL. Preferiblemente encima de mí 🙏

Las rosas son rojas, las violetas son azules, un collar de cinco dedos si el que lo da eres tú 🌹🥰

Espera, ¡ESPERA! ¿Se conocen en la vida real? @dreammafiaqueen no ha dicho nada. ¡¿CHICA!? 😮🤯

Uy, uy.

Vuelvo a mis mensajes, con el corazón martilleándome en el pecho.

Usted, señor, es ridículo.

Bratvabloodline
Señor. Es un comienzo. Buena chica.

Esto no debería ponerme tan caliente y nerviosa. *No debería.*

Te estás burlando de mí.

Bratvabloodline
No lo estoy haciendo.

¿De verdad? ¿Qué viene después, una foto en blanco y negro de ti con una gabardina en un callejón oscuro? Por favor.

Bratvabloodline
No necesito atrezo para demostrar algo.

Y, sin embargo, estás exhibiendo atrezo por todas las redes sociales como si suplicaras que te bloquearan.

Bratvabloodline
No es atrezo. Son herramientas.

¿Crees que das miedo?

Bratvabloodline
Pequeña reina, no durarías ni cinco segundos si realmente quisiera hacerte suplicar.

De repente, la habitación se siente más caliente, y el aire demasiado espeso. Debería tomarme esto a risa, pero mis muslos se contraen involuntariamente.

Hablas mucho para ser alguien que se esconde tras una pantalla.

Su respuesta es inmediata.

Bratvabloodline
¿Y si no lo hiciera? ¿Y si nada de esto fuera atrezo y no me estuviera escondiendo?

Esto me deja helada.

La imagen de él saliendo de las sombras, dominando el espacio que lo rodea, es tan vívida que me hace estremecer.

Que Dios me ayude. Creo que quiero que me lo demuestre.

Eres demasiado confiado. Arrogante. Los tíos como tú sois todos iguales.

Su respuesta llega tan rápido que apenas tengo tiempo de respirar.

Bratvabloodline
Y las chicas como tú siempre fingen que no quieren someterse, que todo es solo una fantasía, hasta que están de rodillas, temblando, suplicando... Solo es arrogancia si no puedes cumplirlo, preciosa.

Oh, Dios.

Se me corta la respiración. *Maldito sea.*

Tienes un ego enorme. Lástima que no tengas cojones para demostrarlo.

¿Qué estoy haciendooooo? Tengo la boca seca y las manos me tiemblan.

Bratvabloodline
Cuidado, pequeña reina. No es un desafío que quieras hacerme. Me estás dando muchas ganas de demostrarte lo en serio que voy.

Hay un dolor entre mis piernas que me *niego* a reconocer mientras mis dedos vuelan sobre la pantalla.

Oh, estoy temblando, estoy tan asustada. ¿Tú, detrás de tu móvil, escondido en las sombras? ¿Vas a detenerme? Por favor.

Ya está. Lo dejo en visto. Me niego a dejar que gane este pequeño... juego, o lo que sea que esté jugando. Cojo el móvil, agarro el libro que estoy leyendo sin mostrar la portada y hago un videíto rápido preguntando a mis lectores si están tan impacientes como yo por llegar al verdadero corazón de la historia… ¿O es solo mi estado de ánimo?

Ni siquiera lo edito esta vez. Normalmente me gusta editar a tope.

Lo publico, comento las respuestas que recibí de mi última publicación y, contra todo mi buen juicio, hago algunos comentarios en la publicación provocativa con la que está intentando anzuelarme.

Poco sabes lo que realmente deseo. Pero buen comienzo. Me tienes intrigada..

Sonrío para mis adentros y me lanzo a la piscina como una idiota, provocándole públicamente.

¿Cuánto de esto es postureo y cuánto podrías realmente cumplir? ¿Te va el rollo de “tócala y muere” o eso es solo para la ficción? ¿“Mi mujer” o meh? ¿Realmente pondrías a tu mujer en un pedestal y la tratarías como a una reina, o solo estás aquí por la atención?

Me muerdo el labio, tiro el móvil y voy a prepararme otra taza de chocolate caliente. Mi móvil vibra una y otra vez, notificación tras notificación.

Realmente necesito cambiar esa configuración.

Dudo. Sé que debería parar. Bloquearlo. Poner fin a esto. Pero en lugar de eso, profundizo más, incapaz de resistir la atracción.

No puedo evitarlo. Abro su último mensaje.

Bratvabloodline

¿De verdad quieres descubrir lo equivocada que estás?

Puede que sí.

La pausa se alarga lo suficiente como para que se me tense el pecho, con la anticipación creciendo como un cable vivo. Entonces llega su respuesta, letal, chorreando dominación.

> **Bratvabloodline**
> Bien. Porque cuando termine contigo, no recordarás lo que se sentía al tener el control.

Mi corazón retumba en mi pecho. Sé que estoy caminando por una línea peligrosa, pero la forma en que sus palabras se hunden en mí me hace anhelar lo que hay al otro lado.

No. Voy a descubrir que todo esto es falso, él revelará su objetivo final y me sentiré abatida y desamparada.

Da igual. Estoy harta de los impostores que piensan que pueden coquetear en línea con una mujer necesitada y alimentar su propio ego. Probablemente esté masturbándose en el sótano de su madre mientras él...

En nuestra línea de mensajes, aparece otro post, directamente incrustado en nuestra conversación.

Me quedo mirando, entrecerrando los ojos. Es... Conozco este lugar. Un escalofrío me recorre al reconocer un rincón sombrío de mi última sesión fotográfica y el pie de foto debajo. No lo ha publicado... Esto es solo para mis ojos.

> **Captada la pequeña reina fotógrafa soñando con su propio antihéroe**.

Me reconozco inmediatamente, con la cámara en mano, apuntando a poinsetias marchitas fuera de una catedral local después de que las desecharan al final de la temporada navideña.

Él está... Esto es... Esa soy *yo.*

Debería bloquearlo.

Debería llamar a la policía y denunciar acoso como una persona razonable y *racional*... Como debería haber hecho hace mucho tiempo cuando mi hermanastro me hizo daño. Sé lo que ocurre cuando ignoras tus instintos.

Pero no confío en la policía. No confío en los *hombres.*

De repente me invade una rabia cegadora. Mis dedos tiemblan sobre la pantalla.

¿Quién coño eres y qué estás haciendo?

Bratvabloodline
Estoy desenmascarando tu farol, pequeña reina. Y ya te dije quién soy.

¿Mi farol? Tío, tienes la cabeza muy dura si piensas por un minuto que realmente estoy considerando algo de esto. Es solo teatro. En la vida real, puedes irte a la mierda.

Bratvabloodline
Ah, ¿sí? ¿Después de todo, ahora estás molesta? Te dije cómo es mi vida, y seguiste con tus jueguecitos. ¿Qué pensabas que era esto?

Lo que pienso es que estás completamente loco.

Bratvabloodline
Quizás. Pero creo que te encantará tu regalito, pequeña reina.

Se me cae la mandíbula. *No* puede ser.

El timbre de mi edificio me hace dar un salto. ¿Qué demonios está pasando? El corazón me late acelerado.

Con manos temblorosas, pulso el intercomunicador, casi esperando escuchar su voz profunda y el acento ruso al otro lado.

—¿Ho-hola? —tartamudeo.

—Hola, Ember. Hay un paquete aquí para ti. ¿Quieres que te lo suba? De todos modos, voy a tu planta para hacer una ronda de seguridad.

Suelto un suspiro y frunzo el ceño.

—¿De quién es? ¿Qué es?

—No tengo ni idea. Está todo envuelto y no hay tarjeta.

Podría ser una bomba. Podría ser un arma. Podría ser...

Vale, está bien, me estoy adelantando demasiado.

—Súbelo. Por favor —añado.

Recorro mi apartamento durante los dos minutos completos que tarda en llegar. No es raro que reciba paquetes. En el último año, desde que mi trabajo como *influencer* ha despegado, he recibido productos de marca, libros de autores y acuerdos patrocinados. Ha sido agradable, realmente. ¿Quién lo hubiera pensado?

Pero el mensaje que dejó... Es tan... *Personal.*

Sostengo el móvil en la mano cuando me doy cuenta de que ha respondido a mi comentario en su publicación.

> **«Tócala y muere» no es sólo una frase... es una promesa. Un hombre de verdad no necesita hacer discursos sobre su devoción. Lo demuestra. En cuanto a «mi mujer», mi mujer no necesitaría preguntarse cuál es su lugar porque lo sentiría cada segundo del día: en la forma en que la protejo, en la forma en que conocería cada parte de ella.**

Bien, entonces. Tengo la boca seca y el corazón martilleando. No puedo evitarlo.

Me estoy derritiendo un poco.

No pones a una mujer en un pedestal para admirarla desde la distancia. La pones allí como recordatorio de lo mucho que vale, para que sepa que es ella quien manda, incluso cuando pueda sentir que no es así.

Trago saliva con dificultad.

Es bueno.

Demasiado bueno.

Pero, que Dios me ayude... Creo que estoy empezando a creerle.

Suena un golpe en mi puerta tan fuerte que doy un respingo.

—¿Quién es?

—Reggie. En la puerta, Ember. ¿Ya se ha olvidado?

Me río nerviosa.

—Solo es la costumbre, Reg. Gracias. —Abro la puerta y encuentro a Reggie con una caja. Este sitio es barato y Reggie probablemente gane el salario mínimo, pero se toma su trabajo en serio y se lo agradezco.

—Gracias —digo con confianza. Todavía no tengo ni idea de quién envía esto, aunque me pregunto...

Reggie me hace un saludo militar y se gira para marcharse mientras yo discretamente empiezo a abrir la caja. Miro el contenido, con las mejillas sonrojadas, mientras rápidamente vuelvo a poner la tapa en la caja y finjo normalidad.

—Ember, ¿esperas alguna visita?

Niego con la cabeza.

—No, ¿por qué?

Él frunce el ceño.

—Creí oír a alguien moviéndose por la azotea. Pensé que quizás tenías compañía. Sé que es uno de tus lugares favoritos. —Se rasca la nariz y se encoge de hombros. —Llámame si necesitas algo.

Mi corazón late tan rápido que me siento mareada. *Es* uno de mis lugares favoritos. La azotea es privada, cerrada con llave. Nadie debería estar allí.

—Probablemente sea solo un pájaro —digo, aunque la excusa suena estúpida incluso para mis propios oídos. Eso no es un puto pájaro, pero si este hombre es realmente quien dice ser, el pobre Reggie no tiene ninguna posibilidad. No puedo arriesgarme.

Mi corazón martillea y me siento un poco temblorosa. Desearía poder ser más racional al respecto, pero una parte de mí... El lado peligroso de mí, la parte de mí que se siente atraída por los antihéroes... Se pregunta.

Seguramente, mi imaginación me está jugando una mala pasada.

¿Verdad?

—Podría ser. Sonaba más pesado que eso. ¿Quiere que lo compruebe?

Niego con la cabeza.

—No, no. Estoy segura de que no es nada —digo, apretando más la caja entre mis manos. Él asiente y se marcha, despidiéndose con un gesto de los dedos, dejándome a solas con esa sensación de inquietud en el pecho y la caja en la mano.

Ahora que se ha ido, abro la caja de nuevo, con la mente dándome vueltas. Me quedo mirándola fijamente. Esto... no puede ser.

Una de las cámaras vintage más preciosas y aún funcionales del mercado, *exactamente* la que llevo meses queriendo. Totalmente fuera de mi alcance económico.

Dejo caer la caja como si quemara cuando las luces se apagan.

Mi corazón late más deprisa.

Solo son las luces.

Solo las luces.

Ocurre constantemente. No tenemos generador aquí y, a veces, la velocidad del viento se descontrola.

Muevo el haz de luz de la linterna de mi móvil por todo el apartamento. Una persona inteligente y lógica llamaría a la policía, pero la última vez que lo hice, me arrepentí.

Por eso entreno tan duro. Por eso llevo un espray de pimienta en el bolso y me he memorizado todos los movimientos de defensa personal que existen.

No necesito que nadie venga a rescatarme. Puedo hacerlo yo misma, joder.

Miro mi móvil, pero no hay ningún mensaje nuevo de mi acosador o lo que sea que es, así que lo tiro sobre la mesa de café y me quedo mirando las escaleras que llevan a la azotea.

No hay ni puta *forma* de que suba allí. No. Ni hablar. O todo esto es una coincidencia o algo ha salido terriblemente mal. En cualquier caso, llamaré a un abogado o lo que sea, pero necesito tener una historia real que contarles.

¿Un desconocido en internet flirteó conmigo?

¿Alguien que no conozco me envió un regalo, cuando recibo regalos a diario de varias fuentes, a menudo sin identificar al remitente?

¿Mi guardia de seguridad escuchó a alguien en la azotea antes?

Cada miedo es legítimo, pero suena estúpido. Necesito más datos, de verdad.

¿Pero no es este tipo de lógica la que disuade a la gente de tomar decisiones lógicas y razonables?

Le envío un mensaje a mi acosador en línea.

¿Qué has hecho?

Sin respuesta.

Pienso en llamar a Reggie otra vez, pero me siento como una cobarde. No puedo hacer eso. Pongo los ojos en blanco y vuelvo a

mirar mi móvil.

Sigue sin responder.

Le suplico mentalmente que responda mientras crece mi enfado. ¿Cómo se atreve a jugar conmigo de esta manera?

¿Lo está haciendo?

Ahora estoy furiosa. Abro la puerta de la azotea y grito escaleras arriba:

—¿Hola? ¿Quién demonios está ahí arriba?

Nada.

Subo las escaleras de dos en dos y me planto con las manos en las caderas al llegar arriba. La luz no es muy buena aquí a menos que haya luna llena, pero ahora mismo hay una luna creciente, un pequeño haz de luz que apenas ilumina, así que está oscuro.

Agarro el móvil con más fuerza, con el pecho agitado. Mi mente me grita que pare, que llame a Reggie o que lo deje estar allí. Pero mi cuerpo, mi estúpido y traicionero cuerpo, me impulsa hacia adelante.

Repaso mentalmente los movimientos de defensa personal por si los necesito.

—¿Quién demonios está aquí arriba? —ladro en la oscuridad mientras muevo el haz de luz por la azotea.

Silencio. Luego, cuando doy un paso más cerca de la esquina, una risa profunda y baja corta la noche.

—Eso es adorable, pequeña reina —dice una voz, suave y pausada, con el acento justo para hacer que mis rodillas flaqueen.

Oh, Dios.

Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios.

El estómago se me encoge y me doy la vuelta, apuntando con el haz de luz hacia donde venía el sonido. La linterna tiembla en mi mano mientras la figura avanza hacia la tenue luz.

No me estaba imaginando cosas. No me estaba inventando nada. Está aquí, en carne y hueso, y yo... No puedo respirar. No puedo hablar. Estoy paralizada, como si hubiera agitado una varita mágica y me hubiera inmovilizado.

Lleva la misma camisa negra de sus vídeos, con los tatuajes que recorren sus antebrazos visibles mientras mete las manos en los bolsillos. Su máscara está firmemente colocada, con los huecos negros de su mirada fijos directamente en mí.

—Tú —siseo, con la voz temblorosa de rabia y... algo más—. Me has seguido —espeto, intentando sonar más valiente de lo que me siento.

Ladea la cabeza.

—Tú me invitaste, pequeña reina.

—Tú y yo tenemos interpretaciones muy diferentes de lo que significa «invitación». Yo no te invité.

—¿No lo hiciste? —Su voz se hace más grave mientras da un paso más cerca. —Todos esos mensajes, todas esas provocaciones. Poniéndome a prueba. Rogándome que te demostrase que estabas equivocada. ¿Pensaste que no descubriría tu farol?

Retrocedo, pero él imita mis movimientos, con pasos lentos y deliberados.

—Estás loco —exhalo, pero mi voz ha perdido su fuerza—. Si me haces daño...

Sus palabras salen atropelladamente, sinceras y cargadas de significado, con las manos extendidas frente a él como un gesto de paz:

—No estoy aquí para hacerte daño. Ya te lo dije.

¿Lo hizo? Sus palabras son silenciosas, pero me atraviesan como el filo de su cuchillo.

Mi espalda choca contra la pared y me doy cuenta de que me he quedado sin espacio. Él se acerca sigilosamente hacia mí, y que Dios me ayude... O he visto demasiados vídeos de hombres enmascarados, o él sabe exactamente cómo jugar a esto, porque se siente como los preliminares más deliciosos que he experimentado jamás. Hay una corriente eléctrica bajo mi piel, un latido de anticipación que resuena en mi pecho mientras el calor inunda mi centro.

Se mueve con una gracia depredadora y fluida, todo músculos y nervios. Esos vídeos no le hacían justicia: es la fuerza y el poder personificados, mucho más alto de lo que imaginaba, mucho más grande; sus hombros bloquean mi visión y el misterio del hombre tras la máscara hace que mi corazón lata tan deprisa que estoy un poco mareada.

Reprimo un chillido cuando llega hasta mí. Sus brazos me encierran, el calor de su cuerpo se filtra en el mío, pero no me toca. Aún no. Con un brazo apoyado contra la pared, su mirada taladra la mía. Me humedezco los labios, con la boca seca.

—Vamos —murmura, con los labios cerca de mi oreja—. Dime que me vaya. Dime que no quieres esto, y me iré.

Abro la boca, lista para gritar, para apartarlo, para decir algo, lo que sea, pero no sale nada.

Imagino que está sonriendo con suficiencia, como si ya conociera mi respuesta. Una de sus manos se levanta y sus nudillos rozan mi mejilla; el contacto es apenas perceptible, pero suficiente para enviar un escalofrío por mi espalda.

—Te gusta tener el control, ¿verdad? —susurra—. Pero ¿y si, solo por un momento, te dejaras llevar? ¿Y si dejaras que alguien más llevara

el peso por una vez? —Acerca su boca a mi oído; sus palabras son un susurro ardiente que hace que mis huesos parezcan de goma. —¿Y si *cedieras* a esa fantasía, pequeña reina?

Abro la boca para decirle que pare, pero no me sale nada.

—Podrías haberme bloqueado la primera vez que te etiqueté, pero no lo hiciste. En el fondo, esto no es una fantasía para ti, ¿verdad?

Cuando no respondo, continúa:

—Dime que me vaya, Ember. —Su voz es baja y ardiente. —Dímelo y desapareceré.

Se aparta ligeramente, lo justo para mirarme a los ojos.

—La elección es tuya. Siempre. Pero no te equivoques; yo no voy de farol.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, cargadas de promesas, mientras retrocede, dándome espacio. Mis rodillas casi se doblan cuando el calor entre nosotros se disipa como el humo.

Le miro fijamente, con el pulso retumbando en mis oídos. Debería decirle que se marchara, que saliera de mi vida antes de que la redujera a cenizas.

Pero las palabras no me salen.

Él se ríe suavemente, sacudiendo la cabeza.

—Eso es lo que pensaba, pequeña reina —dice antes de desaparecer entre las sombras—. Estaré esperando.

Y entonces... desaparece, como Batman. *Puf.*

Me quedo sola en la azotea, con el cuerpo temblando y la mente dando vueltas.

Que Dios me ayude. Creo que quiero que vuelva.



Capítulo Cinco

Rodion

No debería estar haciendo esto.

Realmente, *realmente* no debería estar haciendo esto. Rafail va a cortarme la puta cabeza.

Pero lo que él no sabe...

No quiero aterrorizar a la chica. No soy ese tipo de tío. Pero *sí* quiero desafiar su farsa y no he podido contenerme. Tiene publicación tras publicación sobre ser atada y con los ojos vendados, sobre cómo fantasea con ser tomada en la oscuridad y sometida.

Lo sé bien. He estudiado cada publicación con deleite, tomando notas claras.

Puede mentir todo lo que quiera. Yo lo sé mejor. Ella desea esto. Pude notarlo por la forma en que su respiración se entrecortó y no me dijo que me marchara.

Me aparté de ella con dificultad.

Era aún más hermosa de lo que recordaba.

Me apoyo en el borde de la azotea, observando el tenue resplandor de luz que se filtra a través de las ventanas de abajo. Volví a encender las luces para poder verla de nuevo. Ha vuelto al interior, caminando como una leona enjaulada, con su cabello reflejando el suave brillo de esas luces de hadas que tanto le gustan. Puedo ver su silueta con suficiente claridad como para saber que está furiosa. Confundida. Pero no me dijo que me fuera.

Y esa es la única razón por la que me alejé.

No soy el monstruo que ella imagina que soy. Todavía no.

Aun así, mi sangre canta con el recuerdo de ella: sus grandes ojos verdes destellando con fuego y miedo, la forma en que anclaba las manos en sus caderas e intentaba mantener su posición frente a mí. Estaba temblando, claro, pero no de terror. He visto el terror antes. Esto no lo era. Era algo más.

Excitación.

Incluso mientras la dejaba, podía sentirla; una corriente viva conectándonos, chispeando cada vez que sus labios se curvaban en desafío o su voz se elevaba para retarme. Ella quería luchar y yo quería dejarla ganar solo para ver hasta dónde llegaría.

Pero no puedo. No puedo involucrarme, joder.

Es inocente, envuelta en sus suaves mantas y luces de hadas, con sus libros y sueños. ¿Y mi mundo? Está empapado de violencia y mentiras, con sangre bajo cada uña. No sabe con qué está jugando. No sabe lo que soy.

Aprieto los puños; me duelen los nudillos de lo fuerte que agarro el borde del tejado. Debería dejarla en paz, permitir que piense que esto fue algún extraño sueño febril, un coqueteo que fue demasiado lejos. Se merece vivir su vida en paz, intacta por hombres como yo.

Pero cuando acorté la distancia entre nosotros antes, cuando su respiración se entrecortó y sus pupilas se dilataron mientras me

acercaba...

Joder.

Puede mentirse a sí misma todo lo que quiera. Yo lo sé mejor.

Lo desea. Lo he visto en cada palabra que ha escrito, en cada publicación que ha compartido. La forma en que entrelaza sus fantasías con un anhelo crudo, la manera en que su voz se quiebra un poco cuando habla de rendirse al control.

Lo desea, aunque aún no se dé cuenta.

Ahora no puedo parar.

Mi móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco, sabiendo ya que es ella. Un mensaje ilumina la pantalla.

Dreammafiaqueen
¿Qué has hecho?

Sonrío para mí mismo, con mi pulgar flotando sobre la respuesta. Debería ignorarla. Alejarme. Demonios, debería correr antes de que esto vaya más lejos.

Pero nunca he sido bueno ignorando la tentación.

Te dejé un pequeño regalo, pequeña reina.

Pulso enviar, vuelvo a meter el móvil en el bolsillo y me alejo del borde de la azotea. Es mejor así, al menos para ella. Cree que me he ido. Cree que la he dejado ir.

Pero estaré vigilando.

Solo para asegurarme de que está a salvo, me digo.

Y quizá, solo quizá, para ver si viene a buscarme.

Dreammafiaqueen
No deberías haber venido aquí. No te invité.

Su mensaje destella en mi pantalla, con su desafío prácticamente goteando a través del texto. Sonrío con suficiencia, sacudiendo la cabeza. Está intentando jugar conmigo, tratando de mantener el control, pero no se da cuenta de cuánto se ha rendido ya.

¿Acaso no lo hiciste?

Envío la respuesta y guardo el móvil, paseando por la azotea mientras la adrenalina recorre mi cuerpo. No debería haber venido aquí y, sin embargo... No puedo mantenerme alejado. No cuando he visto cómo responde, su respiración acelerándose, sus ojos brillando cuando me acerco.

No puedo hacer esto. No lo haré. No debería.

Pero la palabra *debería* nunca me ha detenido antes.

Sacando mi móvil otra vez, entro en la transmisión de la cámara que instalé discretamente en su apartamento. Su rostro llena la pantalla, hermoso y furioso mientras camina. La luz de sus luces de hadas suaviza sus bordes, pero no oculta el fuego en sus movimientos. Está murmurando para sí misma, pasándose los dedos por el pelo, mordiéndose el labio por la frustración.

La forma en que se muerde el labio... Mis dedos se flexionan a mis costados, imaginando que trazan la delicada curva de su mandíbula, inclinando su rostro hacia arriba para que no pueda mirar a ningún otro lado más que a mí.

Compruebo el monitor de datos biométricos que instalé antes. Su ritmo cardíaco está elevado; su respiración, rápida y superficial. Está enfadada, claro, pero hay algo más ahí también. Excitación. Anticipación.

Lo desea, aunque no quiera admitirlo todavía.

Y por eso estoy aquí, no para asustarla, sino para recordarle que las fantasías que esconde detrás de su pantalla pueden ser reales si las permite. Si me lo permite a mí.

Pero no puedo presionar demasiado. Aún no. He pasado años teniendo el control, y esto no es diferente. Me tomaré mi tiempo, desenredando sus defensas pieza por pieza hasta que no solo confíe en mí, sino que me anhele.

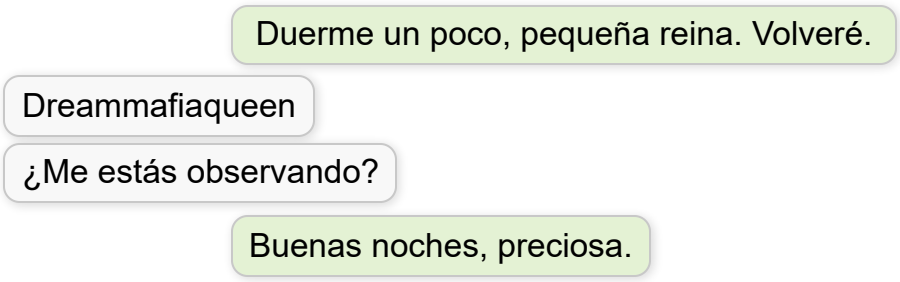
Su móvil se ilumina en la transmisión de la cámara y la veo mirarlo, con el pulgar dudando sobre la pantalla. Mi respuesta debe de haberla sacudido más de lo que esperaba.

Bien.

Cierro la transmisión, con mi pulso firme y tranquilo a pesar de cómo mi sangre arde por ella. Por ahora, permaneceré en las sombras, observando, esperando. Ella vendrá a mí cuando esté lista.

Porque, en el fondo, sabe lo que yo sé.

Ya es mía.



Su paso se ralentiza cuando su móvil se ilumina de nuevo en la transmisión de la cámara. Observo cómo frunce el ceño y aprieta los labios en una línea tensa. Recoge el dispositivo con vacilación y, cuando lee el mensaje que acaba de llegar, todo su cuerpo se tensa.

Sus manos tiemblan mientras responde furiosa y luego se detiene. Su rostro se contorsiona en una expresión que no logro descifrar: miedo, ira, tal vez ambos.

Cambio a los datos biométricos. Su ritmo cardíaco se dispara y su respiración se vuelve superficial. Sea lo que sea ese mensaje, le ha afectado profundamente.

Un segundo después, su móvil vibra de nuevo y capto el destello de pánico en su rostro antes de que lo arroje sobre la mesa.

¿Quién coño era ese?

Accedo de nuevo a la transmisión y hago zoom para captar el nombre en la pantalla.

Shawn Steele

Se me tensa el estómago, como siempre que algo no me cuadra. ¿Quién es este capullo? Parecía alterada, y Ember no se altera fácilmente. Llevo observándola el tiempo suficiente como para saberlo.

Cambio a mi propio móvil y busco cada pieza de información que puedo encontrar sobre Shawn Steele. No aparece mucho: algunas cuentas de redes sociales, un escueto perfil de LinkedIn y una dirección en el Medio Oeste que no parece encajar con la vida de Ember aquí. Está registrado como «hermanastro» en algunos documentos públicos, lo que me revuelve el estómago.

Indago más, examinando las pocas fotos que encuentro. Hay una sonrisa empalagosa, de esas que hacen que me pique el puño por estampárselo en la cara. Pero lo que me llama la atención es la ausencia de ella. Sin fotos, sin publicaciones, sin menciones compartidas.

Miro con más atención, cruzando referencias donde puedo, y finalmente encuentro un vínculo: una mención en una antigua entrada de blog que escribió hace años, antes de construir su base de seguidores.

Se supone que la familia debe protegerte. Cuando no lo hace, depende de ti protegerte a ti misma.

Las palabras impactan como una bala, afiladas y condenatorias.

¿Qué le hizo?

No hace falta ser un genio para unir las piezas. Ember lo odia. Y lo que sea que le acaba de enviar la tiene desquiciada.

Observo cómo vuelve a pasearse, cogiendo su móvil solo para volver a dejarlo, pasándose las manos por el pelo. Está murmurando para sí misma, con palabras demasiado bajas como para que yo pueda entenderlas.

Se me oprime el pecho mientras me apoyo contra la pared de la azotea, mirando hacia el silencioso zumbido de su apartamento. Shawn Steele. No sé qué tipo de control cree que tiene sobre ella, pero si él es la razón por la que está tan a la defensiva, tan precavida...

Aprenderá muy rápido que ya no está sola.

Y si es lo bastante estúpido como para intentar hacerle daño de nuevo, me aseguraré de que lo único que la gente recuerde de Shawn Steele sea el nombre en su lápida.



Capítulo Seis

Ember

El suave resplandor de la pantalla de mi portátil baña la habitación con una luz pálida mientras me acurruco en el sofá, con las rodillas pegadas al pecho. No debería estar haciendo esto; no después de todo lo que ha pasado. No después de que el hombre de los penetrantes ojos grises, la sonrisa conocedora y la audacia de *observarme* tuviera el descaro de dejarme un regalo.

Pero aquí estoy.

Mientras desplazo mis mensajes, mi pulso se dispara cuando veo que su nombre aparece de nuevo. Sé que es él; ni siquiera tengo que comprobarlo. Sus respuestas son siempre cortas, afiladas y endiabladamente arrogantes.

> **Bratvabloodline**
> Nunca pregunté. ¿Te ha gustado el regalo, pequeña reina?

Se me corta la respiración y el calor me sube por el cuello. Entrecierro los ojos mirando la pantalla, odiando que prácticamente pueda oír su voz grave, áspera, peligrosamente tranquila, cuando leo esas palabras.

Escribo mi respuesta con demasiada agresividad, con mis dedos volando sobre las teclas.

¿Crees que dejar una cámara espeluznante en mi puerta te hace encantador?

Los puntos aparecen inmediatamente. *Por supuesto* que está esperando. Siempre lo está.

Bratvabloodline
Si algo tengo, son recursos.

Gimo y me desplomo contra los cojines, mordiéndome el labio para no sonreír. Es exasperante. Enloquecedor. Y, sin embargo, no puedo obligarme a bloquearlo.

Pareces tan orgulloso de ti mismo. Objetivo de acosador desbloqueado. Enhorabuena.

Bratvabloodline
Cuidado, Ember. Empezaré a pensar que te gusta mi atención.

¡Qué descaro! Mi corazón golpea contra mis costillas y me siento más erguida, con los dedos temblando ligeramente mientras escribo.

No me gusta.

Bratvabloodline
Mentirosa. Si fueras mía, te castigaría por eso.

Parpadeo mirando la pantalla, con la garganta seca. Es solo un mensaje, pero golpea como un puñetazo, atravesando mis débiles defensas y obligándome a enfrentarme a la verdad que no quiero admitir. *Sí*, me gusta la atención. No debería, pero me gusta.

¿Y lo peor? Él lo sabe.

Eres un mentiroso de mierda.

Bratvabloodline
Quizás. Pero también tengo razón.

Dejo escapar un suave gruñido, y el sonido resuena en el silencio de mi apartamento. De todos los arrogantes y santurrones... *Dios*, es exasperante. No debería responder. Debería cerrar el portátil e irme a la cama, fingir que esta conversación nunca ocurrió.

Por supuesto que no lo hago. En cambio, escribo una respuesta, con mis dedos dudando antes de pulsar enviar.

¿Qué es lo que quieres, de todos modos?

Los puntos parpadean, encendiéndose y apagándose de nuevo, y tardan más tiempo esta vez. Por un segundo, pienso que quizás ha retrocedido. Quizás se ha dado cuenta de que toda esta situación es ridícula, y que ha cruzado una línea.

Entonces llega su respuesta.

Bratvabloodline
¿Lo que quiero? Quiero que admitas la verdad. Que te gusta la atención. Que quieres a un hombre que te vea a ti, no solo tu cámara, no solo tus publicaciones. A TI.

Trago con dificultad, y mis mejillas se calientan mientras asimilo las palabras.

Estás delirando.

Bratvabloodline
¿Lo estoy? Dime, cuando publicas sobre hombres que te atan, te vendan los ojos, que toman lo que es suyo... ¿estás pensando en alguien en específico?

Mi pecho se aprieta y mi pulso se entrecorta mientras miro fijamente las palabras en la pantalla.

Tengo que irme.

Cierro mi portátil de golpe como si eso pudiera cortar la conexión, pero es demasiado tarde. Las palabras ya están en mi cabeza, resonando con su voz, persistiendo en los espacios donde no las quiero.

Lo peor es que no puedo detener el pensamiento que se cuela, no invitado y no deseado.

¿Es en él en quien pienso?



Capítulo Siete

Rodion

Sonrío con suficiencia cuando su mensaje se corta, con la pequeña notificación indicándome que está desconectada.

Volverá. Siempre lo hace.

Reclinándome en mi silla, golpeo con el pulgar la pantalla, desplazándome por sus publicaciones... Palabras que ella pensaba que compartía para que las vieran desconocidos pero que quizás estaban destinadas a alguien como *yo*.

Puede mentirme todo lo que quiera. Yo sé la verdad.

Y esperaré.

Por ahora.



Capítulo Ocho

Ember

Dormí fatal.

Primero, los mensajes de... sea quien sea él.

El tipo sexi y tatuado con la marca de la bratva. Cada vez... me parece más que está diciendo la verdad.

Estuvo en mi tejado.

Pero no me hizo daño. Ni siquiera me tocó. Hasta ahora, lo único que ha hecho es coquetear descaradamente, regalarme una cámara increíblemente cara que he estado investigando en internet, como si hubiera hackeado mi historial de búsqueda.

Oh, Dios. Si ha visto mi historial de búsqueda... Mis mejillas arden.

No, espera. Sacudo la cabeza y me cubro la cara con el antebrazo. *Vino a mi casa*, lo que significa que me investigó y encontró mi dirección.

Abro los ojos, tengo la visión borrosa y vuelvo a parpadear.

Esto es... Diferente. Shawn nunca me deja en paz. Shawn encuentra cada uno de mis escondites y, aunque me deja tranquila durante

meses, siempre reaparece como una mala hierba persistente, inmune a ser arrancada y destruida.

Pero este tío...

Me incorporo en la cama, mirando mi móvil enchufado en la mesilla como si fuera una serpiente enroscada, lista para morderme.

Me da algo de vergüenza que sepa dónde vivo. Ni siquiera conozco al tipo, pero hay una razón por la que grabo todos mis vídeos frente a la estantería o en la azotea.

Hay una razón por la cual el cien por cien de mis amigos son otros *influencers* que comparten un amor mutuo por la lectura y los chicos malos.

En la vida real, no hago amigos fácilmente. No confío en nadie.

Este apartamento es un estudio de contradicciones, una mezcla ridícula de esperanza enredada con desesperación. El tipo de lugar que se aferra al olor a moho por mucho que friegue o por muchas velas que encienda. Las paredes son finas, la pintura que una vez fue blanca ahora es un collage irregular de esquinas desconchadas y manchas que no se quitan por mucho que frote. Por la noche, el suave resplandor de las luces de hadas que cuelgo disimula las grietas que se extienden por el techo.

He tirado alfombras de segunda mano para cubrir los peores puntos del suelo laminado barato, pequeñas salpicaduras de color con las que esperaba dar un toque *vintage* pero que más bien gritan: «hallazgos de mercadillo».

Mi cama está encajada en la esquina más alejada del estudio, metida bajo una ventana que traquetea en su marco cada vez que el viento arrecia. Sin embargo, la colcha es suave y acogedora, mi único capricho después de una sesión reciente: una cara colcha que compré rebajada, con la tela de un rojo intenso como rebeldía contra el apartamento gris.

Colgué una bonita guirnalda de luces hecha de pequeñas portadas de novelas románticas en la pared sobre la cama, uno de mis pequeños regalos favoritos de un anuncio patrocinado. Me encanta esa pequeña galería de escapismo y ese recordatorio de un mundo que está completamente bajo mi control.

Al contrario que este.

Suspiro.

Antes de levantarme de la cama, mi móvil suena. Mi corazón se acelera y alcanzo el móvil, solo para darme cuenta... de que es Shawn.

Cierro los ojos y deseo que simplemente se vaya. No quiero lidiar con él, con los recuerdos que desentierra y con la forma en que me hace sentir.

> **Shawn**
> Quiero que visitemos juntos la tumba de papá.

Por supuesto que está jugando con mis sentimientos. Solo porque ha vuelto a la ciudad quiere hacerse el bueno. Quiere fingir que nunca pasó nada, que le he perdonado por lo que hizo.

Su padre no era mi padre, sino el marido de mi madre. Lo enterramos hace una década, y yo quería a ese hombre. Fue bueno conmigo, bueno con nosotras.

Excepto el día que trajo a su hijo a vivir a nuestra casa después de que su exmujer renunciara a la custodia.

Aparto las sábanas y me dirijo a la cocina para tomarme un café. Siento como si mi móvil tuviera ojos y me estuviera taladrando con la mirada.

¿Me está observando?

¿Ha instalado cámaras aquí, después de todo?

¿Por qué se tomaría tantas molestias por *mí*?

Llevo la cámara conmigo y la apoyo en la mesa de la cocina, mirándola por un momento como si fuera a alargar la mano y a morderme.

Dios mío, es una preciosidad.

Aparto la mirada. No pertenece a un lugar como este.

La cocinita, si es que puede llamarse así, está al otro lado de la habitación. Un hornillo de un solo fuego se equilibra precariamente en el borde de la diminuta encimera, y el mini refrigerador zumba ruidosamente, ahogando los débiles murmullos del maratón televisivo de mi vecino. Intenté decorarlo con lavanda seca y *paniculata* de un mercado de agricultores, pero no ayudó mucho.

Realmente odio este lugar.

Debería hacer las maletas y mudarme.

Pero aquí es donde tengo mis contactos. Puedo conseguir un trabajo en cuestión de horas y finalmente he empezado a hacerme un nombre, a conseguir clientes. Ahora que el trabajo de *influencer* está despegando, eso es menos urgente, sin embargo. Por primera vez, puedo ser un poco más selectiva.

Tengo metas y aspiraciones, y no la menor es ahorrar cada céntimo que pueda para poder mudarme a un lugar propio. Sufrir un poco y luego comprar mi propia casa.

Donde yo quiera.

Vuelvo a mirar la cámara. Descansa sobre mi mesa de cocina como una serpiente enroscada: hermosa, peligrosa e imposible de ignorar. Su funda de cuero negro, desgastada y suave, contrasta con el brillo afilado de sus detalles de latón. Una antigüedad. El sueño de un coleccionista.

Una nota, escrita a mano en papel texturizado, yace junto a ella: «Úsala con sabiduría».

Mi estómago se revuelve. No está firmada, pero no hace falta que lo esté.

¿Cómo se llama?

—Disculpa. —Estoy hablando al aire como una psicótica, pero no puedo quitarme la sensación de que me está observando. —¿Quién demonios te crees que eres?

Es ridículo. Pero esta sensación, la misma que tuve en el gimnasio, me está provocando un hormigueo en la nuca y no se va.

Mis ojos se dirigen a las esquinas de la habitación, a la ventana, incluso a la pequeña luz parpadeante de mi portátil.

Me ha estado observando. Lo sé.

—¿Crees que esto es un juego? —digo en voz alta, de nuevo, a nadie.

¿Qué estoy haciendo? Me froto las sienes. Estoy perdiendo la cabeza.

Recorro el pequeño espacio de mi apartamento, con los pasos amortiguados por la alfombra gastada. Me ha estado observando, lo suficientemente cerca como para conocer mis puntos débiles, para anticipar que me sentiría atraída por la cámara como una polilla a la llama.

Debería llamar a la policía. Debería quemar esa cosa y acabar con esto.

En cambio, mis dedos tienen muchísimas ganas de tocar la correa de cuero.

La idea me da náuseas y empujo violentamente la silla hacia atrás, haciendo que arañe el suelo. El sonido me sobresalta, anclándome, y

tomo una respiración temblorosa. Esto no es normal. Esto no está bien.

Pero, maldita sea, si no hay una parte de mí, pequeña, traicionera, que se siente comprendida.

Miro fijamente la cámara, desafiándola a revelar los secretos que guarda. ¿Qué hay en el carrete? ¿Qué ha captado?

Algunos fotógrafos modernos ya no usan cuarto oscuro; abrazan completamente el encanto del arte digital y desechan los métodos antiguos. Pero yo... Lo adoro.

Me lleva menos de cinco minutos cargar el carrete en el tanque de revelado, con las manos trabajando automáticamente, con movimientos perfeccionados tras años de práctica.

Hasta que aparece la primera imagen.

Soy yo.

Caminando por Melrose, sin percatarme de que me están observando.

Yo, sentada en un banco del parque, mirando el móvil, completamente expuesta.

Yo, entrando en mi edificio, llaves en mano, ensombrecida por la luz del atardecer.

Golpeo con los puños la mesa y me salpico las manos con la solución reveladora mientras me dirijo al baño. Seguramente no habrá instalado una cámara *ahí*.

Pero cuando llego al baño, la luz fluorescente, parpadeante y deslumbrante, me recuerda que esta es la peor parte del apartamento. Un espacio angosto con azulejos que siempre se sienten húmedos y una cortina de ducha que se pega a mi piel por mucho que intente evitarlo. Es una suerte que apenas mida un

metro y medio, porque cualquiera más alto que yo ni siquiera cabría en esa ducha.

Colgué una lámina enmarcada de un bosque iluminado por el sol en la pared, un toque esperanzador, pero ni siquiera eso puede enmascarar la realidad de los grifos manchados de óxido y el espejo agrietado.

Dios, odio este lugar.

Apago la luz, vuelvo a mi habitación, café en mano, y compruebo mis mensajes.

Tengo un par de cosas que decir.

Efectivamente, Shawn está de vuelta, y hay... Espera. Parpadeo. Miro de nuevo.

Son *cuatro veces más* notificaciones de las que normalmente recibo en una de mis publicaciones.

Miro fijamente, con los ojos muy abiertos, mientras abro la aplicación. Mi mandíbula se descuelga.

Durante la noche, tres insignias diferentes de seguidores aparecen junto a mi nombre, gracias en gran parte a los vídeos en los que me etiqueta la cuenta de mi acosador.

Se me seca la boca mientras hago rápidamente los cálculos. Esto es... Esto va a traer dinero. *Buen* dinero, diez veces más rápido que cualquier trabajo de fotografía que pudiera conseguir, todo mientras estoy sentada en la intimidad de mi hogar.

Podría... Si esto continúa, podría mudarme de este agujero infernal a un lugar propio...

No.

¡NO!

No puedo permitirme caer en esto... *No puedo*.

Tiene que haber otra manera.

Mis notificaciones me dicen que ha publicado otro vídeo.

La semana pasada, estaba felizmente inmersa en mis mundos de ficción, donde todo era... seguro. Y ahora...

Mis manos tiemblan y no puedo apartar la mirada. Pulso el botón.

Exhalo. Ahora que lo he visto en persona, su imagen en pantalla hace que mi corazón golpee tan fuerte contra mi caja torácica que tengo que sujetarme a la cama para mantenerme en pie. La cámara muestra sus mejores ángulos, sí, pero sé lo que es estar junto a él, ver esas venas a lo largo de su cuello cuando se apoya contra la pared, escuchar su voz grave y siniestra en mi oído y ver sus anchos hombros y su poderosa complexión, sabiendo que podría y querría hacer su voluntad conmigo y que nunca volvería a ser la misma.

Además, *olía tan bien*.

Suspiro.

Dios mío. Estoy húmeda y excitada, y ni siquiera me ha tocado.

Trago saliva con dificultad y me permito ver el vídeo.

Este es nuevo, grabado a la luz de primera hora de la mañana con la que estoy tan familiarizada en la azotea. Entorno los ojos y miro más de cerca: No, no está en *mi* azotea. En lugar de las tuberías industriales y el mar de gris, puedo notar que esta azotea es diferente. De mayor nivel.

Por supuesto que lo es.

El vídeo es a la vez hipnotizante e inquietante, grabado con la precisión cruda de alguien que sabe exactamente lo que busca. Él está de pie en el encuadre, con sus anchos hombros llenando la pantalla. Esta vez, no está posando ni pulido; su postura es casual, casi perezosa, aunque, como antes, está de alguna manera *empapada* de energía bratva.

Quizás porque *no está* posando. Quizás porque *es* auténtico.

Puedo *sentir* la corriente subyacente de poder contenido en la forma en que se apoya contra la pared, con los brazos cruzados suavemente sobre el pecho.

La cámara capta cada detalle: las venas a lo largo de sus antebrazos, el poder latente y los tatuajes que gritan *peligro*.

Una vez leí en alguna parte que una mujer se siente naturalmente atraída por un hombre con tatuajes porque *sabe*... que no se andará con rodeos. Es un hombre bien familiarizado con el dolor y los riesgos, un hombre dispuesto a llevarla a nuevas alturas.

No tengo ni idea de si es cierto.

Quiero ver su mandíbula de nuevo. Quiero ver esa barba incipiente, esa sonrisa burlona, pero sobre todo... Quiero ver sus ojos. Puedo notar por la forma en que se mueven sus labios que está hablando.

Trago con fuerza, vuelvo a ponerlo y subo el volumen de mi móvil.

—Quieres a un hombre que te proteja —susurra, su voz baja, áspera y tan sexi que un pulso de necesidad late entre mis muslos. Trago saliva. Ese sutil acento ruso convierte cada palabra en una amenaza envuelta en terciopelo y podría escucharlo hablar todo el día. No soy la única: aparece comentario tras comentario, coqueteando con él, suplicando más, ofreciéndole sus primogénitos y la mano en matrimonio.

Su mirada es inquebrantable, como si se dirigiera *directamente* a mí.

Quizás sea así...

—No quieres a un caballero, pequeña reina.

Trago saliva.

No hay ningún quizás en esto. *Me está* hablando a mí.

La cámara se acerca ligeramente, encuadrando su rostro enmascarado, con esos ojos volviéndose tan serios que se me corta la respiración.

—Un caballero hace lo correcto. Juega según las reglas. —Niega con la cabeza, luego se inclina más cerca, con un movimiento deliberado. Observo las venas de su cuello sobresalir ligeramente mientras habla con tranquila intensidad. —Yo rompería cada regla, cada ley, para mantenerte a salvo.

La pausa que sigue es intencional, casi cruel, con la tensión crepitando a través de la pantalla mientras contengo la respiración.

—No me detendría ante nada. Nadie... —Su voz desciende a un registro más bajo, más áspero. —Y, quiero decir, *nadie,* te haría daño ni en lo más mínimo.

No lo dice, pero escucho sus palabras alto y claro...

Excepto yo.

Aun así, la idea de que Shawn esté en la ciudad y todo lo que eso implica me recuerda lo agradable que sería tener exactamente esto.

No.

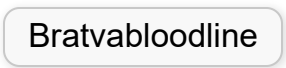
Me acosó. No lo conozco.

No puedo confiar en él.

Por un momento, el silencio persiste, pesado y cargado. El vídeo termina abruptamente, dejando solo el sonido de mi respiración entrecortada y el estruendoso latido de mi corazón.

Con dedos temblorosos, hago clic en mi mensaje mientras me llega texto tras texto. No quiero mirarlos. Son de Shawn, lo sé.

En cambio, abro el de *él.*



Buenos días, pequeña reina. ¿Has dormido bien?

Necesito recuperar algo de control aquí, así que no contesto. En su lugar, abro el mensaje de mi amiga.

Bookbabe
¡DIOS MÍO! Ember. EMBER. ¡Este tío está coladito por ti!

¿Coladito por mí o acosándome?

No puedo decirle la verdad. No quiero. Es... demasiado personal, de alguna manera.

Bookbabe
¿Y si es AUTÉNTICO? ¿Y si realmente es este... tío sexi que está súper interesado en ti?

¿Cómo se lo explico?

Forma extraña de ligar, ¿no?

Bookbabe
Bueno, en realidad no. Él sabe lo que te gusta. Básicamente, es como si tú dijeras, oye, mi rollo es el juego de rol de una chica de libro con un hombre enmascarado, y él va y dice: «Déjame mostrarte la fantasía AQUÍ MISMO Y TE QUIERO».

No ha dicho que me quiera.

Bookbabe
Bah. Tía. Está publicando vídeos dirigidos a ti cuatro veces al día. Algunas de las chicas más desesperadas están un poco celosas porque solo responde a TUS comentarios.

PARPADEO. Espera. ¿Qué? ¿Lo hace?

La cabeza me martillea. Debería haberme hecho ese maldito café.

Trago saliva. Esto se siente... Vale, de acuerdo. Admito que estoy intrigada.

¿Y si pudiera jugar bien mis cartas?

¿Y si...? ¿Y si pudiera hacer que esto funcionara a mi favor?

¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar?

Bookbabe
Haría exactamente lo que estás haciendo. Chincharle en línea. Provocarle. Exprimirlo al máximo. Tus notificaciones se han disparado durante la noche, tus seguidores están aumentando por segundos... Y quizás tantearle un poco. ¿Ya se ha metido en tus mensajes privados o...?

Eh. Sí.

Bookbabe
¡NI DE COÑA! ¿Y bieeeeen?

Es incluso más ligón en los mensajes privados que en público.

Bookbabe
¿¿¿VEEEEES??? Está interesado en ti. Muy interesado.

Eso es lo que me asusta.

Bookbabe
Bueno, ¿se ha propasado?

¿Acosarme, hacerme fotos y luego regalarme la cámara vintage de mis sueños con las fotos dentro se considera propasarse?

¿Buscar la dirección de mi casa y...?

Sí. Sí, lo es.

La pregunta es... ¿Vale la pena?

¿Me importa?

No estoy segura...

Mentirosa, mentirosa, te crecerá la nariz.

Bookbabe
Vale. Así que haz lo que te dije. Diviértete un poco. Tantéale.

¿Y si realmente es de la BRATVA?

Sé que lo es. Tiene que serlo.

Bookbabe
Venga ya, no puede ser realmente...

Tiene un tatuaje de la bratva y acento ruso.

Bookbabe
¿Quieres decir que... realmente existen? ¿Son reales?

Me río en voz alta.

Bueno, sí, obviamente.

Bookbabe
¡Pensaba que eran inventados para el mundo de los libros!

Sonrío ante eso.

Algunos sí, otros no.

Bookbabe

Sonrío con suficiencia.

Bookbabe

Vale, tengo que ir a clase. Puaj, la responsabilidad asomando su fea cabeza una vez más. Ay. ¡Mantenme informada!

Ella es profesora de día, una de las razones por las que *inteligentemente* mantiene *toda* su información identificativa fuera de las redes sociales. Mientras tanto, yo bien podría haberme colgado un cartel de neón al cuello que dijera *Acósame*.

Freud tendría mucho que analizar con esto.

Vuelvo a mis mensajes.

He visto las fotos...

Responde inmediatamente. Mi corazón late tan rápido que me siento un poco mareada.

Bratvabloodline

Y mi último vídeo, ya veo. Te lo prometo, Ember. No estoy fanfarroneando. Hablaba en serio.

Sí.

Me pellizco el puente de la nariz, sin saber cómo responder porque, sinceramente, una parte de mí... *quiere* esto. Hay una razón por la que paso tanto tiempo leyendo los libros. Hay una razón por la que creé esta cuenta. Y, aunque sigo diciéndome que esto es fantasía, que realmente no quiero esto, sería mentira decir que no hay una parte de mí, una parte pequeña, oculta y silenciosa que no comparto con nadie, que fantasea con lo que tengo directamente frente a mí.

Trago saliva con dificultad y no respondo. Rápidamente reviso mis mensajes de texto y se me hiela la sangre.

Shawn me ha enviado doce mensajes desde anoche.

Shawn
Hola, hermana. Realmente quiero verte. Ha pasado mucho tiempo y solo estaré en la ciudad por un tiempo. ¿Qué tal un desayuno?

Cuando no respondí, los mensajes se volvieron cada vez más urgentes e insistentes.

Shawn
¿Por qué me ignoras? Estoy esperando.

Shawn
¿Hola? ¿Estás despierta? Sé dónde vives, Ember. Si no me respondes, iré a verte en persona.

No sé cómo manejar esto. Si le digo que se largue, *seguro* que tomará represalias y convertirá mi vida en un infierno.

Pero no puedo ser amable, no con este cabrón que hizo de mi infancia una pesadilla.

Shawn
Por favor. Las cosas son diferentes. No soy la misma persona que era. Lo siento. Por favor, perdóname. Quiero verte.

Niego con la cabeza cuando una idea brillante cruza mi mente.

Una idea loca, brillante y terrible.

La furia corre por mis venas mientras escribo un mensaje a mi acosador enmascarado. Me tiemblan las manos.

Hola, chico acosador.

Bratvabloodline
Auch. No soy un chico.

Sonrío para mis adentros. No ha negado lo de acosador.

Bratvabloodline
¿Qué pasa?

Mi corazón late tan fuerte en mi pecho que estoy un poco mareada.

Dijiste que no estabas fanfarroneando.

Bratvabloodline
No lo estoy.

También dijiste que no ibas a hacerme daño.

Bratvabloodline
Nunca te haría daño.

Hablar es fácil, pero... Pero...

Si fuera a hacerme daño, ya lo habría hecho.

¿Verdad?

No, Ember, estúpida zorra, me advierte mi voz interior antes de que apague esa mierda y continúe mi conversación.

¿Podemos quedar para tomar un café?

En algún lugar público, al aire libre, donde no pueda hacerme nada.

Mi pulso se acelera mientras los puntos al otro lado del móvil aparecen y desaparecen, vuelven a aparecer y luego desaparecen.

Espero y espero, pero nada.

¿En serio? ¿Menciono un café y mi acosador en línea me ignora?

No puedo pedirle que haga esto. *No puedo*, pero...

Bratvabloodline
Pensé que nunca lo preguntarías. Mira por tu ventana, preciosa. Encuéntrame en la azotea.

Oh, Dios.

Me quedo paralizada, con el pulso retumbando en mis oídos. Me tiembla la mano mientras aparto la cortina... Ahí está él, apoyado con naturalidad contra una farola, con dos cafés en la mano... Completamente enmascarado, antes de darse la vuelta y dirigirse hacia mi edificio.



Capítulo Nueve

Ember

El aire frío de la azotea me muerde la piel, pero no es lo que provoca el escalofrío que me recorre la columna.

Está aquí.

Otra vez.

Así que el tipo es de por aquí. Por un lado, eso debería aterrorizarme.

Por otro…

No voy a mentir. Siento como si estuviera viviendo dentro de las páginas de una novela romántica.

Alzándose sobre mí, su presencia es opresiva, magnética. Levanto la barbilla para encontrarme con su mirada. La máscara negra que cubre su rostro no revela mucho, pero su cuerpo irradia tensión. Cada centímetro de él grita depredador.

Madre de Dios, me encanta.

—Tus publicaciones —susurra con ese acento que hace que mi cuerpo cante, suplicando por más, como un preliminar verbal. Trago

saliva con dificultad—. Todas esas fantasías. No tienes ni idea de lo cerca que estás de vivirlas.

Necesito provocarle un poco.

—¿Qué te hace pensar que quiero vivirlas contigo?

¿Quiero?

Se me hace un poco extraño hablar con alguien que lleva máscara, pero el anonimato, el misterio…Mi corazón late a mil por hora.

Me recuerdo a mí misma que los libros que he leído… son… *fantasía*.

Miro a sus ojos, taciturnos e intensos. Es tan grande que bloquea el sol. Tiemblo.

Cuando su mano se acerca a mí, contengo la respiración. Sus dedos me rozan la barbilla, asegurándose de que mi mirada no abandone la suya.

—Quizás te deje ponerme a prueba… Ver hasta dónde puedes provocarme antes de dejarte ver de qué rey eres reina.

—Pero tú… Ni siquiera me conoces —susurro.

—¿No te conozco? —Se inclina más cerca y pone mis nervios a flor de piel. No me gusta sentir que está entrando en mi mente, como si supiera más de lo que quiero que sepa. Me giro y, cuando da un paso hacia mí, intento pasar de largo.

Me agarra la muñeca y la gira suave pero firmemente hasta que vuelvo a estar frente a él. Mi respiración se entrecorta, y la suya es laboriosa a través de la máscara.

—Quítatela —digo, con una voz más firme de lo que me siento—. La máscara.

Por un momento, no se mueve. La quietud me pone nerviosa. Luego, lentamente, sus manos se elevan. Tira de los bordes de la

máscara con cuidado deliberado, como si estuviera revelando un arma en lugar de su rostro.

Mis manos se detienen sobre las suyas.

—Déjame —susurro.

Una emoción me recorre cuando baja sus manos y asiente. Siento como si estuviera levantando un telón, porque ambos sabemos que, una vez que esa máscara desaparezca, no hay vuelta atrás. Es un paso hacia el otro que no podemos deshacer.

Mi corazón se acelera mientras levanto lentamente la tela. Se engancha en la barba incipiente. Cuando deslizo mi mano por debajo, él reprime un estremecimiento, con un gemido atrapado en su garganta. Su gran mano me abarca la cintura.

No puedo evitar la sonrisa que se extiende por mi rostro.

Ese corte fuerte y masculino de su mandíbula. Piel olivácea. Labios malvados y carnosos ligeramente entreabiertos.

Justo antes de levantar la máscara por completo, él usa una de sus manos para ayudarme y se la quita del todo.

Y, cuando lo hace, la realidad me golpea como un puñetazo en el estómago.

Le conozco.

No por su voz o la forma en que se mueve. No, es ese rostro: mandíbula afilada, esos ojos oscuros y taciturnos, y la leve cicatriz que le cruza la ceja. Ha estado en mi gimnasio. Observándome. Es el tipo que me desafió, que me observaba, con una intensidad que hacía que mi estómago se revolviera con algo entre miedo y fascinación.

Me enorgullezco de fijarme en los detalles. No puedo creer que no lo haya descubierto antes.

Me echo hacia atrás.

—Tú —susurro, escapándoseme la palabra antes de que pueda detenerla. Mi pulso retumba en mis oídos y mis manos se aferran al olvidado vaso de café como si fuera mi única línea de vida.

Su sonrisa, ligera pero inconfundible, se curva en la comisura de su boca.

—Te he estado observando —admite con una voz grave, que se siente más íntima de lo que debería—. Y te has dado cuenta. ¿Verdad?

Quiero discutir, negarlo, pero no puedo. Por supuesto que me di cuenta. No olvidas a alguien con su aspecto, especialmente cuando te mira como si fueras lo más fascinante que ha visto jamás. Pero eso no explica por qué. ¿Por qué esconderse? ¿Por qué ahora?

—¿Por qué la máscara? —pregunto, sacudiendo la cabeza, forzando mi voz para que permanezca tranquila, controlada—. ¿Por qué todos estos juegos?

Su sonrisa desaparece, reemplazada por algo más serio, más pesado.

—Porque no mentí, pequeña reina —dice simplemente, como si fuera un hecho tan inamovible como la gravedad—. Mi nombre es Rodion Kopolov. Tercero al mando de la familia bratva Kopolov. Podrían encerrarme o matarme si pusiera mi cara en internet. —Se encoge de hombros. —Además, te gusta.

Sin embargo... Es como si la realidad de todo esto fuera tan extraordinaria que no puedo comprenderlo del todo. Estoy conflictuada. La audacia hace que mi sangre hierva y, aun así, no puedo ignorar la atracción de sus palabras. No está completamente equivocado. La intriga siempre ha sido mi droga preferida.

Me quedo enganchada en... Bratva.

Es real, peligroso y está demasiado cerca. Claro, podría estar mintiendo, pero de alguna manera sé que no es así. Hay una especie

de disonancia cognitiva. Está ante mí, con la marca de la bratva sobre él. Dice *que es* bratva*.*

—No me gusta esto —espeto, retrocediendo.

Ahora *soy yo* la que miente.

Definitivamente soy yo la que miente.

—Sí te gusta —dice, con esa sonrisa malvada que hace que mi cerebro se cortocircuite—. He leído tus publicaciones, Ember. Sé lo que quieres, lo que sueñas cuando nadie más te está viendo. He visto todos tus vídeos una y otra vez. He revisado los libros que lees. Conozco cada fantasía que has imaginado y sé que, si realmente tuvieras un problema conmigo, me habrías bloqueado hace mucho tiempo. Y no lo has hecho. Corrí riesgos haciendo esos vídeos, porque sé que... *Yo* soy quien puede darte lo que realmente quieres.

Mi corazón golpea contra mi caja torácica. Debería estar enfadada. Demonios, estoy enfadada. Pero debajo de eso hay algo más, algo que no quiero nombrar. Algo peligroso.

—No me conoces —repito, con las palabras saliendo más débiles de lo que quería.

Cuando se inclina, su aliento roza mi mejilla mientras habla. Su voz es una promesa, siniestra y eléctrica. Se inclina para que sus labios rocen mis mejillas, y lo siguiente que dice me hace estremecer.

—Sabes tan bien como yo que eso es mentira, y te dije que, si fueras mía, eso no funcionaría, ¿verdad? Vamos a entrar, pequeña reina. Alguien necesita una lección.



Capítulo Diez

Rodion

No le gustó, pero me volví a poner la máscara.

Me gusta cómo actúa cuando la llevo puesta.

—Esto no es lo que tenía en mente —dice con un adorable ceño fruncido. Reprimo una sonrisa burlona.

Cuando le dije que había una lección que tenía que enseñarle, pude saber exactamente lo que tenía en mente por la forma en que le brillaron los ojos. Eso casi hizo que la pusiera sobre mis rodillas en ese mismo instante, porque sé que lo ansía. He visto los vídeos. He visto sus reacciones. He hackeado su libro electrónico y leído todas las secciones que ha subrayado y recomendado desde que la encontré. He visto los mensajes donde habla sobre ser dominada y castigada por un hombre fuerte, preferiblemente enmascarado.

Sé que parte de esto es solo fantasía, pero también quiero asegurarme de que esté preparada. Es importante que sepamos defendernos.

—Así que dime: ¿Quién es Shawn?

Sé lo que descubrí, pero quiero escuchar lo que tiene que decir con sus propias palabras. Todo su cuerpo se congela. Solo por un segundo. Lo justo para que vea la verdad en sus ojos antes de que componga su rostro en algo desafiante.

—¿Cómo conoces ese nombre?

—Yo pregunté primero. —Mi voz se vuelve baja y tranquila, como el tipo de calma que precede a una tormenta. Lo odia; puedo ver el destello de ira en su rostro, pero no me importa. No cuando he visto los mensajes. No cuando sé que algo no está bien.

—No es asunto tuyo —espeta, rodeándose con los brazos como si eso fuera a protegerla.

—Incorrecto. —Doy un paso hacia ella, cerrando el espacio entre nosotros, con la máscara haciéndome sentir más afilado, más frío, como un arma. —No te deja en paz, y tú eres mía, así que él está *haciendo* que sea asunto mío.

Su barbilla se inclina tercamente, pero su voz tiembla cuando habla.

—¿Y qué vas a hacer exactamente al respecto? ¿Darle una paliza? ¿Matarlo?

—Si es necesario.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, pesadas e inamovibles. Lo digo en serio, y ella lo sabe.

Se burla, aunque sus mejillas se sonrojan, girando sobre sus talones y caminando hacia el otro lado de la habitación.

—No necesito tu complejo de héroe, Rodion. Puedo manejarlo, ¿sabes?

Me encanta oírla decir mi nombre, incluso cuando está enfadada.

Quiero oírlo otra vez.

—Quizás puedas, quizás no —espeto, más brusco de lo que pretendía. Ella se estremece, y me obligo a respirar, a alejarme del precipicio.

—Aún no.

Mi voz se suaviza, aunque la máscara la mantiene fría.

—Pero voy a enseñarte.

Ella gira para enfrentarme, con sus ojos verdes ardiendo. Quiero agarrar su barbilla y obligarla a mirarme a los ojos antes de reclamar su boca y enseñarle modales.

—¿Enseñarme *qué*, exactamente?

—A pelear. Por eso estamos teniendo tu primera lección de autodefensa.

Su risa es cortante, casi autodespreciativa, pero hay un matiz de algo, quizás inseguridad, por debajo.

—Estás loco.

—Y tú eres imprudente —respondo, acortando de nuevo la distancia entre nosotros. Esta vez no retrocede, y su mirada salta entre mi máscara y mis ojos. Cuando sus pupilas se dilatan y traga visiblemente, solo confirma lo que ya sé. Ember está jodidamente excitada—. No sabes a qué te enfrentas, pequeña reina. Ni siquiera sabes defenderte. No siempre voy a estar ahí para impedir que alguien te toque.

—Ah, ¿sí? —me desafía—. He estudiado autodefensa. Entreno duro.

Su voz es ronca mientras se lame los labios y encuentra mi mirada. Avanzo antes de que pueda reaccionar, invadiendo su espacio. Su respiración se entrecorta y levanta su pequeña mano como por instinto para advertirme que me aleje, pero su movimiento es lento y amplio. Sin apenas esfuerzo, agarro su muñeca sin hacerle daño, lo justo para inmovilizarla.

Su cuerpo se tensa, con sus ojos fijándose en los míos.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Demostrando algo —murmuro. Giro su muñeca un poco más, desplazando su equilibrio para que tropiece hacia adelante, con su pecho rozando el mío. Cuando su mano libre flota entre nosotros, es como si no estuviera segura de si quiere luchar o huir.

Yo sé lo que jodidamente quiero. Me estoy conteniendo, pero quiero demostrar esto.

—Suéltame —exige, pero el temblor en su voz la delata. Un mechón de pelo rebelde cruza su cara, y sopla para apartarlo de su boca con un gesto enfadado.

—Rompe el agarre. No tires —ordeno, guiando su muñeca fuera de mi agarre antes de soltarla. Ella retrocede tambaleándose, frotándose los brazos, con las mejillas sonrojadas. Aunque me mira con furia, puedo ver que su confianza está quebrantada.

—No me has dado una oportunidad...

—Exactamente mi punto. —Cuando me acerco esta vez, ella no retrocede. —En una pelea real, no *hay* oportunidades. Tienes un solo movimiento. Si no lo aprovechas... pierdes.

Sus labios se separan, pero no habla, solo se queda ahí, con el pecho subiendo y bajando y la frustración evidente en su mirada.

—¿Aún crees que sabes de autodefensa?

—Que te jodan.

—Cuidado, pequeña reina. —Niego con la cabeza, manteniendo su mirada. —Estás pisando terreno peligroso.

Ella traga con fuerza, con su garganta moviéndose mientras me mira.

—¿Y qué te hace pensar que te dejaré enseñarme algo?

Me inclino más cerca, con la máscara haciendo que mis palabras suenen más siniestras, más pesadas.

—Porque sabes que tengo razón.

—Dios mío, eres arrogante.

—Conozco tu café favorito y tus libros preferidos. Se necesitó todo mi autocontrol para no ir a la casa del cabrón que te acosó en línea; y sí, conseguí su dirección, pero me contuve de darle una lección sobre respetarte. ¿Y pensabas que no investigaría una amenaza real contra ti?

Niego con la cabeza. Sigue un silencio, roto solo por su brusca inhalación. Entonces, finalmente, suspira, mordiéndose el labio inferior mientras considera.

—Vale. Pero nada de jueguecitos de poder extraños, ¿de acuerdo? Solo muéstrame qué hacer. Por favor —añade.

Le doy media sonrisa.

—Lo que tú digas, pequeña reina.

Despejamos un espacio en su pequeño salón, aunque no es que haya mucho que despejar. Me quito la chaqueta, la tiro sobre su sofá y me remango. No me pasa desapercibido cómo me observa con cautela, con sus manos temblando como si ya estuviera lista para defenderse.

Cuando señalo el espacio frente a mí, una sombra cruza sus facciones.

—Ven aquí.

—No confío en ti.

—Bien —digo, con voz tensa—. Confiar en mí sería estúpido.

—No tienes sentido.

—Tú misma eres una contradicción andante, y no tengo tiempo para juegos. Ahora ven *aquí*.

Joder, me pica la palma por darle una palmada en el culo.

A regañadientes, entra en mi espacio, quedándose rígida como una tabla.

—¿Y ahora qué?

—Primera lección: Confianza —digo, moviéndome detrás de ella. Da un pequeño respingo cuando mis manos se posan en sus caderas, no con fuerza, pero lo suficientemente firmes para recolocarla. Me encanta cómo se sienten sus caderas bajo mi tacto, cálidas y suaves.

Cristo. Me obligo a volver a nuestra lección con esfuerzo.

—Nunca parezcas vulnerable. Mantente erguida.

Exhala bruscamente, elevando los hombros.

—¿Así?

—Mejor —murmuro, con voz más baja. Retrocedo para estudiar su postura—. Relájate.

—Es difícil relajarse cuando se supone que debes confiar pero no confiar en tu falso novio de la bratva mientras intentas mostrarte segura y no vulnerable pero relajada. ¿Se supone que debo estar excitada? ¿Enfadada? ¿En alerta?

Suelto una risa silenciosa mientras camino frente a ella.

—Sí. Ahora, pégame.

Levanta la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Pégame —repito, extendiendo los brazos—. Vamos, Ember. ¿Quieres pelear? Muéstrame lo que tienes.

—Eres ridículo.

—Loco, ridículo, demente. He oído cosas peores. Necesitas aprender. —Como no se mueve, la provoco. —¿Me tienes miedo? ¿No puedes hacerlo?

Antes de que pueda protestar, agarro su muñeca, no con fuerza, solo lo suficiente para sobresaltarla. Ella jadea y su cuerpo se tensa mientras la mantengo inmóvil.

—¿Qué haces ahora? —pregunto, con voz grave.

Sus labios se entreabren, pero no pronuncia palabra. Tira de su muñeca, intentando liberarse, pero no la suelto.

—Incorrecto —digo suavemente, aflojando mi agarre lo justo para guiarla—. Recuerda lo que dije antes. No tires. *Rompe*. —Giro su mano bruscamente, mostrándole cómo liberarse. —Rápido, seco. Luego ve a por los puntos débiles: muñecas, codos, rodillas.

Asiente, mordiéndose el labio mientras lo intenta de nuevo. Esta vez lo consigue, liberándose con un resoplido triunfal.

—Buena chica —murmuro antes de poder contenerme. La devoción brota en mi pecho.

Su sonrisa vacila y sus mejillas se sonrojan.

—No me llames así.

—¿Por qué no? —Inclino la cabeza. —Te gusta.

Con la barbilla en alto, mantiene mi mirada.

—No es cierto.

Me acerco más, alzándome sobre ella y bajando mi voz a un susurro peligroso.

—Mentirosa.

Su respiración se entrecorta. Me encanta ver la lucha en ella, la guerra entre el miedo y algo más, algo que no quiere admitir. Trazo con un dedo el contorno de su cara. —¿De verdad me estás diciendo que no te gusta? —Niego con la cabeza. —He visto tus vídeos, pequeña reina. Sé perfectamente que te vuelves loca por el *kink* de los elogios. —Levanto mi máscara por un momento, me inclino y beso su mejilla. —Lo estás haciendo tan bien, nena. Estoy tan orgulloso de ti. —Le mordisqueo la oreja y abarco sus caderas con mis manos. —Aprendes muy rápido.

—Uff —dice, en un susurro acalorado—. Quizá...

Me incorporo.

—Ajá. —Le doy una palmada seca en el trasero. —Volvamos al trabajo.

Una hora después, ambos estamos agotados, y Ember ha demostrado ser una alumna muy buena. Me siento un poco mejor sobre toda la situación.

—¿Tienes hambre? —le pregunto, sentándome con cuidado en el borde de su sofá para no romper el maldito mueble. Realmente no estoy hecho para un apartamento como este. Siento como si estuviera caminando en una maldita casa de muñecas. Apenas puedo pasar por las puertas.

—Normalmente no desayuno —dice, señalando su taza de café—. Con el café es suficiente.

—¿No desayunas? Joder. Tienes que desayunar.

—¿Y si no quiero? —espeta, cruzándose de brazos.

—Déjalo ya, pequeña rebelde. ¿Y si te digo que lo hagas?

—No recuerdo haberte dicho que eso fuera decisión tuya.

Pongo los ojos en blanco.

—Sigue así. Me estás dando una buena razón para provocar a nuestros seguidores en línea.

Ember niega con la cabeza.

—Ni hablar. Creo que debemos mantener la fachada. Que sigan con la duda. Creo que ambos estamos en peligro si empezamos a insinuar que realmente tenemos una relación porque, obviamente... —Levanta un dedo. —Seguimos sin tenerla. ¿Vale? ¿Entiendes eso?

Oh, lo he pillado. También he visto cómo se le sonrojaban las mejillas cuando lo rectificó, asegurándose de que yo sepa que no somos nada.

Ja.

—Lo que tú digas.

Nos sentamos en su sofá. Más exactamente, *ella* se sienta en su sofá, y yo me tambaleo en el borde, intentando no romperlo. Me siento como un padre en una reunión escolar tratando de meter las piernas bajo un pupitre de primaria. Es ridículo.

Ember se recuesta en el sofá.

—¿Sabes cocinar, *chico bratva*?

Entrecierro los ojos.

—Llámame *chico bratva* una vez más y verás dónde acabas.

La forma en que sus ojos se iluminan y sus mejillas se sonrojan... Mi polla está totalmente a favor de este siguiente movimiento.

—Solo he hecho una simple pregunta —dice con voz baja y seductora—. *Chico bratva*.

Agarro sus muñecas fácilmente con mi mano izquierda, engulléndolas, y la tumbo sobre mi regazo sin esfuerzo. Ella chilla, pero estoy preparado, y es tan fácil de dominar. Cojo mi móvil sin problema, enciendo la cámara de vídeo, pulso grabar y lo apoyo en

una de sus pequeñas estanterías. Tengo cuidado de que no se note que estamos en su casa.

—¡Dios mío! —dice, tratando de zafarse de mi agarre—. ¿Estás grabando? ¿Qué demonios?

Protesta justo antes de que le dé una palmada en el trasero. Mi palma cubre todo su culo. Es jodidamente satisfactorio.

Cuando se retuerce y mueve las piernas como tijeras, mi polla lo aprueba.

—Esto es lo que les pasa a las chicas malas que no hacen lo que se les dice —susurro antes de levantar la palma y darle otra palmada en el trasero—. Dices que quieres ser dominada, y luego, a la primera oportunidad, me contestas. Así es como acabarás. Pero creo que ya lo sabías.

La azoto una y otra vez hasta que los retorcimientos disminuyen y su respiración se vuelve pesada. Está tendida sobre mi rodilla, completamente dócil.

—¿Verdad que sí, pequeña reina?

—¿Que si... qué? —dice en un susurro entrecortado.

—¿Sabías que acabarías así?

—Yo... —Un golpe suena en la puerta, tan fuerte y brusco que la puerta tiembla.

—Ember. Sé que estás ahí. ¡Abre!

Antes ya quería matar a Shawn. Ahora, quiero que su muerte sea lenta y dolorosa por su terrible sentido del *timing*, ya que todavía ni siquiera sé qué demonios le hizo a ella.

—Qué momento más oportuno —murmuro, quitándola de mi regazo. Levanto su barbilla con mi dedo—. No hemos terminado aquí. Voy a abrir esa puerta.

—¿Con la máscara puesta?

Suelto un suspiro.

Vuelven a llamar a la puerta. Alcanzo el borde de mi máscara y me la quito de un tirón. Observo cómo sus ojos se abren de par en par. Le gusta cuando me la quito.

Extendiendo su mano hacia mí, recorre mi mejilla con su dedo índice. Cierro los ojos y me protejo contra una oleada de emociones para la que no estaba preparado.

—Nunca te deshagas de esa máscara.

Jodeeer.

Tomo su mano y beso su palma.

—Voy a abrir la puerta.

Hago un repaso mental de las armas que llevo encima, pero sé que si este tipo es el capullo que sospecho, no necesitaré nada más que mis manos. Ya soy un hombre muerto para mi hermano y no necesito forzar más la situación.

Me dirijo hacia la puerta con deliberada lentitud, haciendo crujir mi cuello mientras alcanzo el pomo. Cuando la abro de golpe, no hay duda de quién es el tipo que está ahí de pie. Shawn parece tan presumido y satisfecho de sí mismo como sugerían sus mensajes; alto, aunque más bajo que yo, rubio, bien afeitado, arrogante como el que más.

Sin embargo, su confianza flaquea en cuanto me ve ocupando todo el umbral. Observo cómo frunce el ceño e intenta mirar más allá de mí, tratando de ver el interior del apartamento.

—Eh, ¿quién demonios eres tú?

Me apoyo con naturalidad en el marco de la puerta, dejándole ver exactamente cuánto más grande soy.

—La mejor pregunta es: ¿Suele aporrear la puerta de alguien cuando nadie lo ha invitado? —Cruzo los brazos y niego con la cabeza antes de chasquear la lengua. —Esos son modales terribles.

—¿Perdona? —Se ríe nerviosamente, intentando acercarse más. —Estoy aquí para hablar con Ember. Este es su apartamento, ¿verdad? —Colocando las manos en sus caderas, intenta parecer más alto y fracasa. —¿Qué eres, su seguridad o algo así?

—O algo así.

No me muevo, manteniendo mi postura relajada pero inconfundiblemente dominante. Los capullos como él se intimidan con facilidad.

—Déjame simplificarte las cosas. Ella no quiere verte. Da la vuelta y podremos fingir que esto nunca ha ocurrido.

Mentiras, pero sé que no se lo tragará.

—Oye. —La voz de Ember resuena detrás de mí. Miro por encima de mi hombro para encontrarla de pie, con los brazos cruzados y un rubor aún visible en sus mejillas. Claramente está intentando recomponerse, pero hay dureza en su voz. —Shawn, vete. No quiero hablar contigo.

El rostro de Shawn adopta una máscara de dolor, pero capto el destello de manipulación en sus ojos. Se acerca más, intentando asomarse por mi lado.

—Ember, vamos. No dejes que este tipo hable por ti. Tenemos historia. Solo quiero hablar.

—La has oído —gruño, irguiéndome en toda mi estatura—. Ha dicho que te vayas.

No estoy seguro de que tumbar a este tipo, quienquiera que sea, sea la mejor manera de ganarme el favor de Ember, pero está forzando demasiado la situación.

La máscara de Shawn se resquebraja, y su voz se vuelve cortante.

—¿Quién demonios te crees que eres? Esto es entre ella y yo...

Doy un paso adelante, obligándole a retroceder tambaleándose hacia el pasillo. Mi voz adopta una calma peligrosa.

—Soy el hombre que con gusto te recordará lo que significa "no". Ponme a prueba.

No lo mates. No. Lo. Mates. Evoco los rostros de mis hermanos, listos para asesinarme si meto la pata aquí.

Por un momento, la fanfarronería de Shawn libra una batalla con su instinto de conservación. Su mandíbula se tensa, pero la diferencia de tamaño, y mi mirada imperturbable, sentencia el asunto. Alza las manos en un gesto de falsa rendición, retrocediendo con el ceño fruncido.

—Vale. Me voy —murmura, lanzando una mirada intencionada a Ember por encima de mi hombro—. Pero no hemos terminado, Ember.

—Sí, hemos terminado —responde ella, con voz firme a pesar de la tensión en su cuerpo—. No vuelvas.

Me lanza una última mirada furiosa antes de girar sobre sus talones y alejarse a grandes zancadas. Se oyen pasos en las escaleras. El portazo de una puerta. Observo hasta que desaparece completamente de mi vista y luego cierro la puerta, asegurándola firmemente tras de mí.

Cuando me giro, Ember me está mirando, con los brazos aún cruzados pero con su postura más relajada ahora. Sus labios se entreabren, pero no salen palabras. En vez de eso, se acerca a mí.

—Eso ha sido excitante —susurra—. ¿La diferencia entre realidad y fantasía? ¿Esa de ahí? Se cumple en ambos frentes.

No puedo evitarlo. Necesito besarla. *Tengo* que hacerlo.

Nos inclinamos el uno hacia el otro. Cuando sus labios encuentran los míos, reprimo un gemido. *Jodeeer.*

Deslizo mis manos hacia su cintura, atrayéndola contra mí mientras ella se alza sobre las puntas de sus pies, con sus dedos enredándose en mi cabello. No hay vacilación, no hay duda... Solo calor y deseo, y estoy igualando esa maldita energía.

Sus uñas raspan contra mi cuero cabelludo mientras inclina la cabeza, profundizando el beso. Mis manos se aferran a sus caderas, y la guío hacia atrás hasta que su espalda choca contra la pared. Jadea en mi boca, y aprovecho la oportunidad para morder su labio inferior, arrancándole un suave gemido que envía una descarga eléctrica a través de mí.

—Estás tentando al diablo —le advierto, con la voz ronca por el autocontrol.

—Quizás espero que muerda —susurra ella, con la voz entrecortada. Ardiente. Está haciendo honor a lo que su nombre significa.

No le doy la oportunidad de dudar. Capturo su boca de nuevo, con mis manos deslizándose por sus costados para mantenerla en su sitio. Se arquea contra mí, y estoy a segundos de perder todo el maldito control.

Pero esta vez, ella retrocede, con los labios hinchados y respirando en jadeos superficiales. Sus ojos verdes resplandecen cuando encuentra mi mirada.

—Dejemos algo claro. El hecho de que te haya dejado intimidar a Shawn no significa que vaya a dejar que me des órdenes.

Sonrío con suficiencia, apartando un mechón rebelde de su rostro.

—Eso ya lo veremos, pequeña reina.

Mirando su móvil, gime.

—¡Mierda! Tengo que ir a una sesión de fotos. Lo prometí.

—Y yo tengo que reportarme con mis hermanos.

Me aparto de ella con reluctancia. Sé que necesito irme. Tengo que asegurarme de que aprenda a confiar en mí, y ahora mismo, he presionado mucho.

—Esta noche, Ember.



Capítulo Once

Rodion

Es una forma extraña de salir con alguien, pero aquí estoy, fuera de su edificio, con el café en mano y la máscara puesta.

Anoche tomé mi decisión. Mi contacto aquí, en Los Ángeles, un detective que trabaja bastante bien por dinero y con discreción, averiguó lo que necesitaba sobre Ember... Y sobre su maldito hermanastro, Shawn.

La forma en que se estremeció al oír su nombre, cómo se quedó paralizada con sus mensajes... He visto suficiente. ¿Y los mensajes que le ha estado enviando?

Al diablo la discreción. Mis hermanos lo superarán.

Voy a matarlo.

Esta mañana, llegaron los mensajes de Rafail, cada uno más cortante que el anterior.

Rafail
La Gala de los Romanov es la próxima semana. Debes traer a una mujer, Rodion. Todos están pendientes.
Dios. Si al menos alguien fuera tu esposa.

No puedo centrarme en esto, aún no. Apenas me conoce, definitivamente no confía en mí y no hay forma de que lleve a nadie más.

Así que dejo la conversación para después y silencio nuestros mensajes.

Por ahora.

Pero, Dios, lo que no daría por hacerle una oferta. Una escapatoria de ese apartamento de mierda, de esa rutina imprudente de «artista muerta de hambre», vagando desarmada por callejones. No veía el peligro que cortejaba.

Ember Steele. Feroz, pero ciega a cómo la miraban los hombres.

El pensamiento de Shawn enciende algo oscuro en mi pecho. Ese cabrón no volverá a tocarla.

Ella merece un escarmiento por su descuido... Paseando por la ciudad como si no fuera un objetivo, una tentación. Si fuera por mí, la pondría sobre mis rodillas solo por eso. Una buena azotaina para recordarle a quién pertenece.

Por ahora, espero.

Tengo planes para ella, cosas que quiero hacer... Si pudiera hacer que todo esto funcionara *y* aplacar a mi hermano al mismo tiempo.

Pero no debo adelantarme.

¿Y si a la luz del día ha entrado en razón y me manda a la mierda?

Cambio de pie, agarrando los vasos de café con más fuerza mientras la puerta principal cruje al abrirse.

Necesito enfrentarme a esta mujer por su maldita imprudencia y vulnerabilidad, así que cuando me preguntó si quería pasarme hoy, ni siquiera dudé.

La puerta se abre y, durante unos segundos, mis pensamientos se detienen en seco.

Está aquí.

Acabo de verla, pero me siento como si la viera por primera vez otra vez.

Nunca en mi vida habría aceptado permitir que se quedara sola después de la maldita escena de Shawn; nunca habría imaginado que estaría por su cuenta, pero no quiere venir a mi casa y no me deja quedarme en la suya.

Supongo que, en su mundo, eso tiene sentido. En el mío, estoy haciendo concesiones y mi paciencia está llegando a su límite.

Contengo la respiración cuando sale. Sus labios, ligeramente entreabiertos, atraen mi mirada como un maldito imán, y el sol de la mañana capta el cobre de su pelo. Sus ojos verde esmeralda se ensanchan al reconocerme y su respiración se detiene momentáneamente. En un instante, esa amplitud se desvanece, reemplazada por una mirada afilada y entrecerrada.

Aunque se mueve nerviosa y sus mejillas se tiñen de rosa, su voz es relajada.

Interesante.

—Hola. ¿Así que seguimos con lo de la máscara?

No respondo de inmediato, dejando que las palabras se asienten entre nosotros mientras le extiendo uno de los vasos de café. No lo toma al principio, y su mirada va de mí a la bebida como si estuviera sopesando si tirármela a la cara o no.

Finalmente, lo arrebata, da un sorbo tentativo y luego entrecierra aún más los ojos.

—Esto está exactamente como me gusta.

Me encanta la forma en que suspira satisfecha al dar otro sorbo.

—Aunque supongo que el hecho de que sepas cómo me gusta el café debería ser la menor de mis preocupaciones.

—Y, sin embargo —digo, con voz baja y divertida—, te lo has bebido. En cuanto a la máscara... Es parte de mi identidad a estas alturas.

El sonrojo se intensifica cuando aparta la mirada. No sabe cómo jugar a esto, cómo lidiar conmigo.

Bien. Significa que la tengo desequilibrada.

—Camina conmigo —digo, volviéndome ya hacia la calle.

Por un segundo, pienso que no me va a seguir, pero luego escucho sus botas en el pavimento detrás de mí.

Caminamos en silencio, con la ciudad despertándose a nuestro alrededor. Agarra su café como si fuera un escudo y me mira de reojo cada pocos pasos.

—Deberíamos ir a la azotea —gruño, mirando la entrada que nos llevará al ascensor.

Con un asentimiento, está de acuerdo, gira una esquina y me muestra una puerta metálica oxidada escondida en las sombras. No he estado aquí antes. Caminamos por el pavimento agrietado.

—¿A dónde demonios lleva esto? —le pregunto con un gruñido, porque el solo pensamiento de ella aquí, sola...

—Arriba. ¿A la azotea? Dijiste que eso era lo que necesitábamos.

Su hombro roza el mío y puedo sentir la tensión que irradia de su cuerpo como estática.

Como *fuego*.

Tengo a Ember a solas, estoy enmascarado y tengo un recuerdo detallado de cada una de sus malditas fantasías.

Quizás sí exista un dios.

Ella no sabe que he catalogado una lista completa de todas las putas fantasías que ha publicado en línea... Y tengo toda la intención de cumplirlas.

Me estoy conteniendo. Ahora no es el momento. Tiene algo que decirme y debo ser paciente.

Quiero besarla otra vez.

Quiero empujarla contra esta pared y reclamar su boca. Quiero que grite y luche conmigo, arañando mi pecho, incapaz de alejarme hasta que finalmente se derrita en el beso.

Pero ahora mismo, estoy centrado en el hecho de que Ember corre riesgos que no debería, que vive al borde del peligro y en el hecho de que literalmente *cualquiera* podría aprovecharse de ella en este callejón.

Mis manos se cierran en puños.

—¿Por qué no...? —Las palabras se congelan en sus labios cuando me mira. —Llevas máscara. No puedo leerte las expresiones faciales y, aun así, puedo saber que quieres romper algo. ¿Qué demonios?

—¿Qué me ha delatado? ¿Han sido los puños apretados?

—No —dice pensativa. Con los brazos cruzados sobre el pecho en un intento de protegerse, parece pequeña, asustada—. Creo que es por la forma en que tu cuerpo está tenso como la cuerda de un arco y porque estás gruñendo como un animal.

¿Lo estoy?

Joder.

—Has venido hasta aquí como si fuera lo más natural del mundo. Como si fueras a tomar algo en una puñetera cafetería. Está claro que conoces bien esta entrada.

Cuando no continúo, ella niega con la cabeza y descruza los brazos.

—Entoooonces... ¿Qué? ¿Cuál es tu punto?

—Mi punto es que eres vulnerable aquí fuera, en ese apartamento de mierda con una cerradura que podría romper si estornudara, y crees que está bien entrar tranquilamente en este callejón oscuro como si alguien no pudiera simplemente *cogerte*. Aprovecharse de ti cuando tienes a un maldito depredador respirándote en la nuca. —Tomo una respiración profunda. —Y no estoy hablando de *mí*.

Poniendo los ojos en blanco, niega con la cabeza.

—¿Hablas en serio?

—¿Perdón?

Está muy cerca de que le dé una palmada en el culo...

—Dices que eres bratva. ¿Del tipo de hombres que violan la ley como algo rutinario? —Me mira como si esperara a que conectara los puntos antes de soltar un suspiro exasperado. —Simplemente, no tiene sentido que alguien que *supuestamente* se burla de la ley se ponga hecho un lío por un callejón oscuro. —Inclinando la cabeza hacia un lado, me clava en el sitio con la mirada. —Explícamelo.

—¿Hecho un lío? —Las palabras salen como un gruñido.

Quizás no necesitemos hacer una escena.

Quizás ella misma se ha metido en una escena real, aquí mismo, ahora mismo.

—¿Estás murmurando entre dientes?

Aprieto los dientes y considero quitarme la maldita máscara para poder respirar mejor.

—Abre la puñetera puerta, Ember. Subamos. *Ahora*. Ni una palabra más, o te juro por Dios...

Sus labios se separan en lo que solo puedo describir como un desafío teñido de humor, la pequeña y jodida *descarada*, arqueando

la ceja como si estuviera comprobando hasta dónde puede presionarme.

—¿O qué? —Un escalofrío teatral completa el efecto. —¿Me mirarás con más cara de enfado?

La sonrisa que se dibuja en la comisura de su boca es una chispa en yesca seca. Me acerco más, acortando la distancia entre nosotros, con el calor ahora palpable.

—O te mostraré exactamente lo que significa meterte en una escena de la que no podrás salir hablando. —Mi voz es baja y medida, pero lleva el peso de una promesa. Cuando traga, su garganta se mueve; es la primera señal real de miedo.

Ya era hora. Ahora estamos yendo hacia alguna parte.

Cuando levanta la barbilla, asiento hacia la puerta.

—Arriba. *Ahora* —repito, con un tono que no deja lugar a discusiones—. ¿Quieres una explicación, Ember? La tendrás. Pero no aquí. No así.

Su vacilación se prolonga mientras sus ojos buscan los míos como si quisiera comprobar la veracidad de lo que le estoy diciendo. Finalmente, exhala y se gira hacia la puerta antes de abrirla con un giro brusco de muñeca.

No puedo contenerme. Antes de que pueda pasar, mi mano la atrapa, atrayéndola hacia mí. Mi boca está junto a su oído antes de que pueda protestar.

—Y cuando hayamos terminado, pequeña reina —susurro—, entenderás por qué hay líneas que no deben cruzarse. Por *nadie*.

Su estremecimiento me dice que ha escuchado cada palabra... Que podría estar lista para ponerme a prueba de todos modos.

—Claaaaaro —dice con una sonrisa tensa, antes de escabullirse bajo mi brazo y desaparecer en la oscuridad. Me grita por encima del

hombro: —Ten cuidado con el segundo escalón. Se tambalea.

Quiero darle una palmada tan fuerte en ese culito perfectamente firme... Tropiezo en el segundo escalón y ella suspira. No puedo evitar que mis pies sobresalgan por el borde de los malditos escalones.

Varios tramos de escaleras después, estamos jadeando y sin aliento cuando llegamos a la azotea.

Se detiene en seco, obligándome a darme la vuelta y mirarla.

—Así que he de-deducido que... te gusto.

—Sí. Obviamente, sí.

Su risa es aguda, casi amarga.

—Ni siquiera me conoces.

Me apoyo en la pared.

—Sé más de lo que piensas.

Cruza los brazos, con el vaso de café encajado en el pliegue de su codo como un arma.

—Si se supone que eso me debe hacer sentir mejor, no lo consigue.

—Quizá no se supone que deba hacerlo.

Sus labios se aprietan en una línea fina y, por un momento, pienso que va a marcharse. Pero entonces suspira y me mira con sus ojos llenos de algo que no puedo identificar.

Me inclino lo suficientemente cerca para sentir el leve jadeo de su respiración.

—Dime, Ember, cuando publicas esas escenas de libros, ¿alguna vez imaginas a alguien como yo leyéndolas?

Veo cómo se dilatan sus pupilas y su garganta se mueve mientras traga.

—Siempre imaginé que un hombre como tú podría hacer un mejor uso de su tiempo.

Ay. Mi hermano estaría de acuerdo. Suelto un suspiro.

—Sí.

Ella se yergue.

—Escucha... has visto lo problemático que es Shawn.

Gruño en respuesta, pero no la interrumpo.

—Esto quizá sea la idea más loca del mundo, pero... Los comentarios de odio casi han desaparecido desde que has estado interactuando conmigo. Y creo que... bueno, quizá si él no acepta un no por *mi* parte, podría hacerlo si cree que eres mi novio.

Sus mejillas se sonrojan.

Lo sabía. No dudaré, no cuando me está dando exactamente lo que quiero.

—Primero, vas a decirme exactamente quién coño es Shawn y por qué necesito darle una paliza. Segundo, *no* vas a jugar con tu seguridad. Si voy a fingir ser tu novio o lo que sea, entonces no vas a meter la pata haciendo estupideces.

—No he dicho que tengas que darle una paliza...

—Como si fuera a fingir ser tu novio y no dar ese paso si tuviera que hacerlo.

Sus ojos se abren antes de que finalmente asienta.

Hago una pausa, dejando que mis palabras pesen.

—Y tendré una condición propia.

En realidad, más como *doce* condiciones, pero se las iré mostrando poco a poco.

El alivio parpadea en su rostro, pero rápidamente lo enmascara mientras sus muros vuelven a levantarse.

—Siempre hay alguna —dice con un suspiro—. ¿Cuál?

¿Siempre hay alguna? ¿Qué coño?

—Lo haremos según mis condiciones —empiezo, acercándome hasta que estamos frente a frente—. Lo haremos en mi casa, no en la tuya. No cabría en tu ducha.

Su mandíbula cae ligeramente, con un rubor subiendo a sus mejillas de nuevo.

—¿*Qué*?

—Ya me has oído —digo, recuperando mi sonrisa burlona—. Tu apartamento es un peligro. No voy a dejar que vivas allí mientras algún cabrón te está respirando en el cuello.

Ella da un paso atrás, negando con la cabeza.

—No estoy segura de esto.

—Entonces, se acabó. —Mi temperamento se enciende. No hay manera de que realmente se acabe. Me ha dado exactamente lo que quiero: una oportunidad para protegerla. Pero no me lo está poniendo fácil.

Ember se pone las manos en las caderas.

—¿Crees que te estoy pidiendo que me protejas, que me mantengas alejada de un depredador real, y voy a hacerlo poniéndome en estrecha proximidad con un desconocido que afirma ser de la bratva? ¿Cómo puedes decir que quieres que esté segura y tome buenas decisiones y luego hacer una oferta como *esa*?

Buen punto.

—Vale —digo, dejando escapar un suspiro exagerado—. Te dejaré salirte con la tuya. Por ahora. Quédate en tu casa, pero estamos saliendo. Oficialmente. *Públicamente*. Y si estamos saliendo, te llevaré a una cita.

—Es un noviazgo falso —corrige ella, con voz firme. Me mira con furia, pero hay un destello de algo más detrás de sus ojos. ¿Curiosidad? ¿Intriga? No me importa lo que sea, es suficiente para mantenerla aquí de pie, suficiente para mantenerme en su órbita.

—Escucha, Ember. Con gusto te mantendré a salvo, pero quiero que esto quede claro. Si vamos a fingir que salimos, vas a tener la experiencia bratva *completa*.

Ella asiente.

—De acuerdo, pero otra condición mía.

Le sonrío y asiento. El alivio me invade.

—Sin máscara.



Capítulo Doce

Ember

Así es como acabé aceptando ir de *viaje* con un tipo de la bratva duro y tatuado... Bueno, un *hombre* de la bratva.

¿Pedí algo épico? Pues resulta que nos vamos a Nueva York el próximo fin de semana.

Todavía puedo oír la pregunta de Shawn.

¿Eres su seguridad?

Sí. Sí que lo es, y me encanta, joder.

Quizá estoy loca. Quizá he pasado demasiado tiempo inmersa en fantasías y ficción.

O quizá, cada vez que estoy cerca de él, cada célula de mi cuerpo cobra vida.

—Espera. —Estoy tumbada en mi cama, con las rodillas levantadas y mi último libro llamándome, pero tengo a Rodion al móvil y tengo preguntas para él. Esta cosa de la relación falsa está saliendo mejor de lo que pensaba.

—Así que quieres que vaya a esta... gala, o lo que sea. ¿Necesitaré un vestido elegante? Y zapatos y maquillaje... —Mi mente da vueltas con los detalles.

—Dame algo de crédito. Ya conozco todas tus tallas y se las he enviado a los estilistas, junto con ese tablero de estilo que has creado.

Niego con la cabeza. Por supuesto que lo hizo.

Se está colando en mis fantasías como se coló en mis mensajes directos, como un novio de libro hecho realidad, y yo... No estoy muy segura de cómo me siento al respecto.

Hemos hablado cada noche desde aquel encuentro con Shawn y mis clases de defensa personal. Yo he tenido sesiones de fotos y él ha estado ocupado con el «trabajo».

No le he preguntado en qué consiste ese trabajo y él no ha ofrecido detalles. Quizá sea mejor así.

Trago saliva.

—¿Quién estará allí? ¿Será como...? ¿Ya sabes...? ¿Nadar en aguas infestadas de tiburones o…?

—Será exactamente eso. —Dice algo en voz baja en ruso que suena mucho a una maldición. —Por eso necesitamos asegurarnos de que estamos en la misma página con respecto a que hagas lo que se te diga, joder.

Vale, vale, hemos estado, eh... trabajando en eso.

Me estremezco.

Cuanto más hablo con él, más nos conocemos y más creo realmente que es legítimo.

—Tus seguidores se están impacientando, ¿sabes? —Me enrollo un mechón de pelo en el dedo. —Están tan ansiosos por tener noticias

de ti que me han estado mandando mensajes a *mí* sin parar. ¿Vas a publicar algo más?

—Tengo ese vídeo que podría publicar...

Mis mejillas se calientan al recordar estar tumbada sobre su regazo, con esa palma enorme suya sobre mi trasero.

—¡Ni se te ocurra!

No estoy preparada para cómo su risa baja y oscura me provoca cosas *deliciosas*.

—Nadie sabría que eras tú.

—¡*Yo* lo sabría!

—Escucha, deja que hablen. Tú eres la única cuya atención quería.

Trago con dificultad.

—¿Y ahora la tienes?

Le oigo suspirar al otro lado de la línea.

—La tengo, pero no de la manera que quiero.

—Ya te lo dije —susurro—. No estoy lista para ir a tu casa todavía.

Quizá tengo miedo de lo que pasará si lo hago. Pero este fin de semana nos vamos a Nueva York y compartiremos habitación...

—Lo respeto. —Dos pequeñas palabras que de alguna manera alivian mi preocupación. Ojalá más hombres lo entendieran.

—Tengo trabajo que hacer —dice enigmáticamente—. ¿Me avisas antes de acostarte?

—Sí, señor —digo en tono burlón, solo para escuchar el gruñido de aprobación al otro lado del teléfono.

Puedo notar lo duro que está trabajando por contenerse y no abrumarme completamente. Me resulta difícil saber qué parte de la

fantasía del novio de libro sería realmente agradable en la vida real.

Hasta ahora, tengo una lista que compruebo.

¿Arrinconada contra la pared y besada?

Cinco estrellas. Mucho mejor que cualquier cosa que mi mente haya imaginado.

¿Atrapada contra la pared, tan cerca que su aliento calienta tu cuello? ¿Su voz bajando a ese tono bajo y dominante, con sus manos flotando justo por encima de tus caderas, dejándote decidir si puede tocarte?

Traedme un extintor.

¿La mirada inescapable, con sus ojos sobre ti *en todas partes*? ¿Darte cuenta de que está memorizando cada detalle de tu día, hasta dónde compras el café?

Ehm...

¿Entrar en tu casa para dejar un «regalo considerado»?

¡Bandera roja!

Mi móvil vibra con un mensaje. Por un segundo, temo que sea Shawn. Quiero bloquearlo, pero me da miedo que, si lo hago, podría perderme algo crucial, y necesito estar alerta. Afortunadamente, solo es mi mejor amiga lectora.

Bookbabe
Hola, chica. ¿Dónde has estado? ¿Has estado en contacto con el chico bratva?

Mmm, sí.

Bookbabe
¿¡En serio?!

Jajaja.

Sí, le llamamos «chico *bratva*» a sus espaldas, y no, no le he dicho a nadie que es real y que lo he visto sin la máscara. Y no, definitivamente no he dejado que *él* lo descubra.

Me quito la ropa, quedándome en sujetador deportivo y bragas, y cojo un pijama. Lo tiro sobre mi cómoda mientras mis dedos vuelan sobre las teclas de mi móvil.

Bookbabe
¿Cómo Es?

¿Cómo es? Dios. ¿Cómo contesto eso? Ardiente y magnético, dominante y mandón como la hostia. Divertido, de alguna manera dulce... *Intenso.*

¿Literalmente? Como un novio de libro hecho realidad.

En todos los sentidos, hermana. Todos los sentidos.

Me da un poco de vergüenza hablar de él.

Bookbabe
¡¡¡DIOOOOS MÍO!!! ¿Pero es realmente de la bratva? No puede ser, ¿verdad?

Mis mejillas se enrojecen. Miro el cómodo pijama sobre mi cama y pienso en ello.

No estoy segura.

Es mentira.

En el fondo, *sé* que lo es. Obviamente no puedo decírselo, pero ahora sé que no hay otra posibilidad.

Tiro el móvil cuando un escalofrío de conciencia recorre mi columna vertebral.

Por alguna razón, siento como si... ya no estuviera sola.

—¿Hola?

Voy hacia el pasillo y me quedo mirando, con el corazón acelerado. Rodion dijo que tenía un trabajo que hacer...

Oigo que la puerta se abre justo antes de que se apaguen las luces.

Mi pulso se acelera. Dios mío.

Que sea Rodion, que sea Rodion...

—¿Hola? —Mi voz está ronca y apenas es audible. Repaso mentalmente lo que me ha enseñado sobre defensa personal, pero ¿por qué no puedo recordarlo ahora? —¿Rodion?

Ahogo un grito cuando una mano cubre mi boca y unos fuertes brazos me sujetan. Mi pulso se dispara durante una fracción de segundo antes de reconocer el olor de su gel de ducha y la sensación de su mano en mi boca.

—Silencio, pequeña reina. Joder. No esperaba encontrarte medio desnuda.

Ahora, mi pulso se acelera por una razón completamente distinta.

—Me has asustado —susurro mientras algo suave y sedoso cae sobre mis ojos.

Mi mente se llena de posibilidades. Hemos hablado de mis vídeos, de lo que me excita y de lo que él planea hacer, pero...

Su voz roza mi oído, baja y áspera, y enciende una chispa que recorre mi columna vertebral.

—Estar un poco asustada, temporalmente, es parte del atractivo, ¿no crees? Si vas a fantasear con tener los ojos vendados y ser secuestrada, Ember, más te vale estar preparada para lo real.

Se me corta la respiración. No puedo verlo, pero puedo sentirlo: Su presencia imponente, dominante e ineludible. La seda se anuda

firmemente en la parte posterior de mi cabeza, dejándome ciega, pero hiperconsciente de cada sonido, cada cambio en el aire.

—Rodion —susurro, y mi voz tiembla con una mezcla de excitación y aprensión.

No responde. En su lugar, escucho el leve crujido de la tela y el *clic* de la puerta cerrándose con llave detrás de él. Sus pasos son lentos, deliberados, rodeándome como un depredador que evalúa a su presa. Mi pulso late con fuerza, un redoble de anticipación que retumba en mis oídos.

—Hablas mucho sobre querer a alguien que tome el control —murmura, acercándose. Siento sus dedos recorrer el borde de mi sujetador deportivo; un toque ligero y provocador que me hace estremecer—. Pero hablar es fácil, pequeña reina. Veamos cuánto te gusta realmente.

Se me seca la boca cuando sus manos se deslizan hacia mis muñecas; su agarre es firme pero no brusco. Tira de mis brazos hacia mi espalda y escucho un suave chasquido... ¿Qué demonios? Su risa es baja, siniestra y perversa mientras asegura mis muñecas.

—Me lo pones demasiado fácil —dice, con el calor de su aliento rozando mi oreja—. Pensé que opondrías más resistencia.

—No me has dado la oportunidad —logro decir, aunque mi voz me traiciona con su falta de aliento. El calor me inunda, y mentalmente añado *ser tomada por sorpresa y con los ojos vendados* a la lista de cosas súper excitantes.

—No ganarías —murmura, con su voz como acero envuelto en terciopelo. Sus manos trazan un camino deliberado por mis costados, encendiendo un rastro abrasador que hace que mi respiración se entrecorte. Cuando sus dedos se posan firmemente en mis caderas, me atrae hacia atrás y choco contra el calor inflexible de su pecho.

Mis pensamientos se disuelven y se fragmentan en nada más que la dolorosa anticipación de dónde aterrizará su próximo contacto.

—Ahora —susurra con voz cargada de autoridad—, te vas a quedar aquí y aceptar todo lo que te dé.

Dios mío, ¿qué me va a dar?

No puedo evitar el suave gemido que se escapa de mi garganta. Él lo escucha, por supuesto. Se inclina, sus labios rozan mi cuello, y juro que siento su sonrisa contra mi piel.

—Buena chica —murmura, y me deshago.

Tiene razón.

Me encanta el *buena chica*.

Sí.

Reprimo una risita cuando recuerdo unas pegatinas de *fan art* que me envió una autora: blancas y negras con unas muñecas esposadas y las palabras *A las buenas chicas les encanta el romance oscuro* en la parte inferior.

—¿Algo gracioso, pequeña reina?

Niego con la cabeza y voy a hablar cuando desliza algo sobre mis labios y lo ata con firmeza.

—Adelante, nena. Grita. Déjame oírte.

Dejo escapar un pequeño grito, pero es tentativo y ahogado.

—Hazlo mejor. —Su palma aterriza con fuerza en mi trasero, y por instinto suelto un grito más fuerte.

—Mejor.

Mi corazón late con fuerza.

Me estoy metiendo en esto, sí, pero... ¿Confío en él completamente?

¿Y si esto no es solo un juego para él?

Yo...

Sus manos deambulan, explorando cada curva, cada centímetro de mí que él ha reclamado en su mente mucho antes de este momento. El contraste entre sus ásperas palmas y la suave tela de mi sujetador y mis bragas es embriagador. Cada toque es un recordatorio de que no tengo el control, de que se lo he entregado voluntariamente.

Y no lo quiero de vuelta.

—Estás temblando —dice, con voz casi divertida mientras sus manos se deslizan hacia el borde de mis mallas—. ¿Es miedo, Ember? ¿O algo más? Vi ese vídeo que publicaste anoche.

Mis mejillas arden. Por supuesto que lo vio.

Sinceramente, lo publiqué esperando que lo hiciera.

Una situación conveniente, en realidad...

—Te quejabas de no tener un novio de libro de carne y hueso que viniera a secuestrarte.

Quizá no debería haber sido *tan* obvia.

Mi ritmo cardíaco se dispara.

¿Secuestrarme?

Cuando dudo, él explora mi cuerpo con las palmas de sus manos, deteniéndose en la curva de mis caderas.

—Dios mío, eres preciosa —susurra en mi oído antes de tomar el lóbulo de mi oreja entre sus dientes—. *Kakaya ty krasivaya, budto sozdali angely*.

Quiero saber qué *significa*.

Sus manos liberan la mordaza. Tomo aire con fuerza.

—Dime que no deseas esto tanto como yo. Dime exactamente lo que quieres. Con lo que fantaseas. Dímelo, o rellenaré los huecos por mi cuenta, y no sé si querrás que haga eso.

—Primero, dime qué acabas de decir —exhalo.

—Eres tan hermosa que parece que te crearon los ángeles.

Tengo la boca seca.

—Esto es... Esto es un buen comienzo —logro articular.

—Bien. —Engancha sus pulgares en mis mallas, bajándolas lo justo para dejarme expuesta a su tacto. Sus dedos rozan la piel desnuda de mi cadera y me arqueo involuntariamente, desesperada por más. Con los ojos vendados, mis otros sentidos están intensificados.

—Paciencia —me reprende, y su agarre se intensifica antes de que su palma me sujete el trasero—. Te daré lo que quieres cuando yo esté listo. No antes.

Me muerdo el labio para sofocar el gemido que surge en mi garganta. La combinación de su dominio y la anticipación es enloquecedora. Nunca me he sentido tan fuera de control, tan expuesta, tan... Viva.

Me gira de repente, presionándome contra la pared. Mis manos atadas presionan la fría superficie, con la venda aún firmemente sobre mis ojos. Sus manos enmarcan mi rostro, con su pulgar acariciando mi labio inferior.

—Dilo —exige, con su voz estremecedora y llena de promesas—. Dime lo que quieres.

Dudo; las palabras se atascan en mi garganta. Su agarre en mi mandíbula se aprieta ligeramente, y sus labios están a un suspiro de los míos.

—Dilo, Ember —repite con un gruñido.

—Quiero que... me hagas cosas. —Mis mejillas arden ante su risa baja y siniestra. Se siente como la verdad más peligrosa que he pronunciado jamás.

—No es suficiente. ¿No publicas todos los días sobre tus fantasías literarias? *Asúmelo*, mujer.

Dios mío, *adoro* eso. Mis mejillas se sonrojan mientras lo digo atropelladamente:

—Quiero que me arruines.

Su sonrisa se profundiza y su agarre se aprieta, pero sin crueldad.

—Mejor —susurra; su voz es una oscura promesa—. Pero no es suficiente. Dime cómo.

Tiemblo bajo su intensidad, con mis mejillas *ardiendo*.

—Quiero que tomes el control. —Le sostengo la mirada. —Haz que me olvide de todo excepto... de ti.

—Buena chica —dice de nuevo, con su voz baja y satisfecha. Entonces su boca choca contra la mía, y me pierdo en la tormenta de él: Su dominio, su obsesión, su cruda e implacable necesidad, antes de que la mordaza se deslice en su lugar demasiado pronto.

Estoy jadeando, resoplando; mi cuerpo está en *llamas*.

Esto ya no es solo una fantasía. Es real.

Nunca he deseado nada más.

Con su boca en mi oído, susurra:

—Abre las piernas para mí. —Su tono áspero no deja lugar a discusión.

Dudo por una fracción de segundo, y su mano agarra mi muslo, con sus dedos presionando lo justo para hacerme jadear.

—Ahora —ordena, y mis rodillas se separan instintivamente, con el calor acumulándose en mi vientre mientras su control me invade.

—Así está mejor —murmura, con su voz impregnada de satisfacción. Su mano sube más, y su contacto es lento y deliberado, provocador, como si supiera cuánto deseo más—. Pero no pienses ni por un segundo que te lo pondré fácil, Ember. ¿Me quieres? Vas a ganártelo.

Ya estoy temblando, con sus palabras penetrando en mi piel como fuego. Gimo contra la mordaza.

—Silencio —espeta, haciéndome callar. Incluso con los ojos vendados, puedo sentir sus ojos oscuros sobre mí, desafiándome a desobedecer—. Tú no mandas aquí. Yo sí. Y yo decido cuándo consigues lo que quieres.

Sus manos se deslizan por el interior de mis muslos, con sus dedos rozando cada vez más arriba hasta que me muerdo el labio para no suplicar. Se inclina, con su aliento caliente contra mi piel.

—Llevas semanas con la lengua muy suelta —murmura siniestramente—. Publicando tus pequeñas fantasías. Hablando de hombres como yo. Pero ahora que estoy aquí, no tienes ni puta idea de qué hacer, ¿verdad?

Me estremezco, con sus palabras atravesándome como una cuchilla. Es cierto.

—Quieres mi boca, ¿no es así? —Su voz es baja y áspera. —Asiente si quieres mi boca sobre ti.

Asiento, ahogando un gemido, agradecida por la venda para no tener que mirarle a los ojos. Nunca he tenido un hombre que me hiciera *eso* antes, y no estoy muy segura de si será tan agradable como lo he imaginado.

Desde luego, les encanta en los libros…

Trago con dificultad, con mi orgullo luchando contra mi deseo. Pero él no me da opción. Su agarre se intensifica, con sus pulgares presionando mis muslos, abriéndome más.

Se ríe, siniestro y casi cruel, y me encanta.

Entonces, su boca está sobre mí.

No es suave. No es provocador. Es crudo, voraz e implacable. Su lengua se mueve con precisión, reclamándome como lo han hecho sus palabras: completa y sin disculpas. Mi cabeza cae contra la pared, y un grito amortiguado escapa de mi garganta mientras me devora.

No puedo verle, pero solo puedo imaginar su boca moviéndose como si estuviera hambriento, como si yo fuera lo único que pudiera satisfacerle. Hace que todo mi cuerpo se tense de necesidad.

—Eres mía —gruñe, con sus dientes rozando mi piel sensible, enviando descargas eléctricas a través de mí—. Dame ese coño. Abre las piernas y apóyate en mí.

Cuando hago lo que me dice, me concede una recompensa.

—Buena chica —dice, con su voz goteando oscura satisfacción—. Ahora mantén tus putas manos donde están y ríndete.

Intento moverme, cambiar de posición bajo la abrumadora sensación, pero sus manos sujetan mis muslos, manteniéndome en mi sitio.

—No te muevas, joder —espeta, y su tono es una brutal advertencia.

Cada caricia de su lengua, cada golpecito y presión, me empuja más cerca del límite. Sabe exactamente lo que está haciendo; sabe exactamente cómo deshacerme. Mis respiraciones se convierten en jadeos superficiales y mi cuerpo se tensa mientras la presión crece hasta un punto de ruptura.

—No te corres hasta que yo lo diga —gruñe, retirándose lo justo para hacerme sollozar de frustración—. Te correrás cuando yo te lo diga y ni un puto segundo antes.

Gimo, con mis manos apretándose en puños mientras lucho por contenerme.

Estoy temblando, tambaleándome al borde, y cuando finalmente gruñe «ahora», la palabra me golpea como una orden que no puedo ignorar.

No sé cómo correrme por una orden. No sé cómo…

—*Córrete* —ordena con una fuerte palmada en mi cadera. Algo se libera en mí.

Me deshago, y mi cuerpo se quiebra bajo su implacable contacto. No se detiene, no cede, me lleva a través de una ola y otra hasta que estoy destrozada, con mis piernas temblando y mi voz ronca contra la mordaza.

Mi cuerpo se desploma contra la pared, temblando, pero todo en lo que puedo pensar es que nunca le he deseado más. Mi respiración sale en jadeos entrecortados mientras lucho por recomponerme. Mis piernas tiemblan, mi garganta está irritada por los gritos ahogados y, aún así, todo en lo que puedo pensar es en él. Cómo me empuja al límite y me atrapa cada vez. Cómo nunca supe que rendirse podría sentirse tan embriagador, tan seguro.

Sus manos vuelven a estar sobre mí, firmes pero cuidadosas, sosteniéndome como si supiera que no puedo mantenerme en pie por mí misma, mientras me quita la venda y la mordaza. La suavidad de su tacto contrasta enormemente con los estragos que ha dejado atrás, pero hace que se me oprima el pecho. Cuando levanto la mirada hacia él, sus ojos son oscuros e indescifrables, pero su mandíbula está tensa, y su control es inquebrantable.

—¿Por qué? —consigo decir, con la voz temblorosa y ronca—. ¿Qué quieres conseguir con esto? ¿Conmigo?

Sus manos se detienen y, por un momento, creo que va a responder. Pero entonces murmura en voz baja y definitiva:

—Esta noche no —antes de desatar mis muñecas y tomarme en sus brazos.

Me lleva al baño como si fuera algo precioso, no un desastre tembloroso. El frío de los azulejos contra mi espalda cuando me deja en el suelo resulta reconfortante, pero no puedo apartar los ojos de él mientras se mueve con una determinación silenciosa. Coge una toallita, la moja bajo el grifo, escurre el agua y se arrodilla frente a mí.

El pecho se me oprime de nuevo cuando pasa suavemente la toalla por mi cuello sudoroso, con movimientos deliberados y tiernos. La tela húmeda y cálida roza mi piel y siento cómo la tensión de mis músculos comienza a deshacerse con cada pasada. No se apresura. Si acaso, se toma su tiempo, como si este momento importara tanto como los anteriores.

—Si estuviéramos en mi casa —murmura, más para sí mismo, con la voz áspera y casi nostálgica—, cabríamos los dos en la bañera. No tendría que hacer esto así.

No puedo evitar la pequeña risa que se me escapa.

—Realmente odias este lugar, ¿verdad?

Sus ojos se alzan para encontrarse con los míos y la intensidad que hay en ellos me roba el aliento.

—Es como tener un diamante encerrado en una caja de hojalata —dice en voz baja, con sus dedos rozando mi brazo mientras escurre la toallita—. No perteneces aquí. No es suficiente para ti. Ni de lejos.

Trago con dificultad, con el nudo en mi garganta casi demasiado grande para soportarlo. Él no se detiene en el peso de sus palabras. En su lugar, termina de limpiarme con cuidadosa precisión.

Cuando termina, me levanta sin esfuerzo; su fuerza hace que parezca que no peso nada. Rodeo su cuello con mis brazos instintivamente, y la forma en que me sostiene hace que mi pecho duela con algo que no quiero nombrar. Me lleva a la cama y me deposita suavemente antes de desaparecer en mi armario.

Cuando regresa, trae un conjunto de pijama que ni siquiera reconozco: suave, holgado y nada parecido a mis habituales camisetas desgastadas. Me viste con él, con sus manos cuidadosas pero seguras mientras desliza la tela sobre mi piel. La intimidad de este momento me impacta con tanta fuerza que no me doy cuenta de que estoy llorando hasta que su pulgar roza mi mejilla, atrapando la lágrima.

Espero que se vaya. Deseo que no lo haga. Pero, en lugar de eso, se sienta en el borde de la cama y coge uno de los libros de mi mesita de noche. Lo abre, y su expresión se suaviza con diversión mientras ojea la primera página.

Empieza a leer en voz alta, y su voz profunda con un ligero acento envuelve las palabras de una manera que hace que mis mejillas se sonrojen.

«Eres mía. Tus orgasmos me pertenecen. Tu coño me pertenece. Tu cuerpo es mío para hacer con él lo que quiera. Si quiero afeitarte, lo haré. Si quiero azotarte hasta que tu coño esté rojo, lo haré. Si quiero esposarte a mi cama para que me esperes, lo haré».

—¿Esto es lo que lees? —pregunta, arqueando una ceja hacia mí.

—No me juzgues —murmuro, pero no puedo evitar la pequeña sonrisa que tira de mis labios.

—¿Juzgarte? Jamás, ahora que sé cómo cosechar los beneficios.

Cuando lee, su tono es juguetón, y baja en los pasajes más sucios, pero hay algo cálido y casi indulgente en la forma en que se queda. Sigue ahí cuando mis ojos se cierran y mi cuerpo se hunde en la cama mientras el agotamiento se apodera de mí.

Cuando despierto, la cama está vacía, con las sábanas cuidadosamente colocadas a mi alrededor. El aire se siente más frío sin él, y el silencioso dolor en mi pecho me sorprende.

No me gusta.

Al buscar mi móvil, lo encuentro conectado en la mesita de noche. Cierro los ojos ante una oleada de emoción cuando veo que hay un nuevo mensaje esperándome. Es un vídeo. Se me corta la respiración cuando lo abro.

La pantalla se llena de oscuridad al principio y, por un momento, creo que es solo audio: el leve sonido de su respiración, constante y deliberada. Luego, la imagen se aclara. Una venda descansa en su mano, con la tela sedosa deslizándose entre sus dedos con movimientos lentos y deliberados.

Su rostro emerge después, enmascarado, sombreado y devastadoramente sereno. Sus ojos arden hacia la cámara, llenos de esa energía letal que siempre me deja temblando. Su voz es baja y peligrosa, una caricia privada destinada solo para mí.

—Cuidado con lo que deseas, pequeña reina —murmura, con sus dedos apretando la venda antes de que la pantalla se vuelva negra.

Se me corta la respiración, y el silencio que sigue es casi ensordecedor. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, con mi cuerpo cálido con el recuerdo de su tacto y la promesa de más. El vídeo me deja temblando, anhelándolo de maneras que no entiendo completamente.

Porque no son solo las palabras o la forma en que me mira como si fuera suya; es la certeza en su voz lo que me estremece y aterroriza.

No sé si hay vuelta atrás después de esto.

Capítulo Trece

Rodion

Odio estar separado de ella. Nunca he estado obsesionado con una mujer antes, pero todo en ella, absolutamente todo, me llama como el canto de una sirena. Solo espero no estrellarme contra la maldita orilla.

El móvil vibra en mi mano. Otra vez.

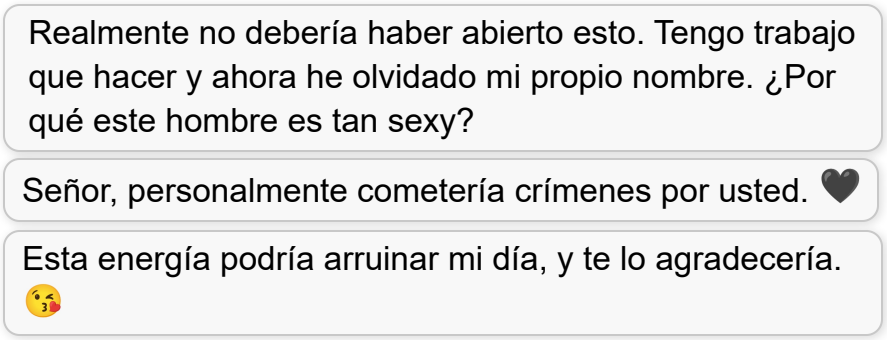
Rafail.

Debería contestar. Odia esperar, pero mi mente está atascada en otro lugar. Mi pulgar se cierne sobre la transmisión de vídeo de su apartamento. Ignoro a Rafail y pulso el botón, como un adicto incapaz de evitar su siguiente dosis.

Está dormida; su respiración es constante, su pelo se desparrama sobre la almohada como una especie de maldita aureola. Mis hombros se tensan mientras compruebo de nuevo los datos biométricos: ritmo cardíaco, temperatura corporal... Todo estable. Está bien. Perfecta.

Sin embargo, algo me carcome. Quizás es porque no me ha devuelto la llamada. O porque su nombre no ha aparecido en mis notificaciones ni en ningún comentario coqueto bajo mi vídeo. Nada.

Debería saber que no debo publicar ese tipo de contenido provocativo, pero no puedo evitarlo. Es el cebo más salvaje para la más salvaje de las mujeres, y me encanta cómo los mira en cuanto los publico. Desplazo en la pantalla los comentarios de la última subida dirigida a Ember.



Paso de largo, buscando, buscando... Nada de ella.

Estoy acostumbrado a tener el control. A planificar. A actuar. Pero con ella, es como si cada maldito segundo de silencio se sintiera como un fracaso.

El móvil vibra de nuevo y, esta vez, el nombre de Rafail parpadea como una advertencia. Va a matarme.

—¿Qué? —espeto al contestar.

—¿*Qué*? —repite él, afilado y mordaz—. ¿Qué coño te pasa? Llevo diez minutos esperando.

Me pellizco el puente de la nariz, intentando recuperar la concentración. No le hablo así normalmente y no puedo empezar ahora.

—Estoy aquí. ¿Qué quieres?

—Cuidado. Dímelo tú. ¿Vas a traer a alguien a esta gala o no? —Su tono es seco, pero hay un rastro de algo más profundo: tal vez curiosidad, tal vez diversión.

—Sí —digo, tensando la mandíbula.

—¿A quién?

Pongo los ojos en blanco con un suspiro.

—Ya sabes a quién.

No hay verdaderos secretos en nuestra familia, aunque de alguna manera milagrosa he podido mantener mi presencia enmascarada en internet fuera de su radar. Él ha visto grabaciones mías con Ember, y Semyon también.

Hay un momento de silencio. Luego se ríe, grave y siniestro.

—La guapa pelirroja. ¿Ya te has casado con ella?

La burla me enfada más de lo que debería.

—No —respondo con dureza—. Todavía no.

De nuevo se hace el silencio, pero esta vez no hay risa, ni respuesta. Solo silencio absoluto. Rafail sabe hacerse entender con el silencio mejor que la mayoría de los hombres con palabras.

Vuelvo a comprobar la transmisión en directo mientras espero, observando el suave subir y bajar de su pecho. Un leve movimiento, cómo acerca más las manos bajo las sábanas. Algo dentro de mí duele, agudo y… desconocido.

—Estás distraído, Rodion —espeta Rafail, devolviéndome de golpe.

—Solo estoy cansado —miento, conteniendo algo más duro. Debo recordar con quién estoy hablando.

—Mentira —contraataca—. Concéntrate. Si no puedes mantenerte concentrado, te sacaré de la gala por completo y enviaré a Matvei.

No, no lo hará.

—Estoy concentrado —digo bruscamente, aunque mis ojos vuelven al vídeo.

—Entonces demuéstralo. —Su tono se endurece. —Hablaremos más sobre este fin de semana después. Tengo un trabajo para ti. Ahora mismo.

Aquí vamos otra vez. Me enderezo, preparándome ya.

—¿Qué trabajo?

—Los detalles llegarán a tu línea segura. Encárgate de ello y no lo estropees.

La línea se corta antes de que pueda responder. Típico de Rafail.

Suena una notificación: Instrucciones encriptadas, tal como prometió. Escaneo rápidamente los detalles, obligando a mi mente a cambiar de marcha. Es una limpieza. Un objetivo con vínculos débiles con un rival de la bratva. No es un trabajo sucio, pero requiere toda mi atención.

Hijo de puta. Quería ir a ver a Ember. Solo han pasado unas horas, pero...

Aprieto el puño, conteniendo el impulso de comprobar su vídeo de nuevo. Está bien. *A salvo*. No necesito vigilarla cada segundo.

Pero, aun así, la idea de dejarla esta noche retuerce algo en mi pecho.

Cojo mi equipo.

La distracción en la que se ha convertido... Tengo que lidiar con ello. Con *ella*.

El trabajo me mantendrá ocupado por ahora, pero no es suficiente.

No hasta que le muestre exactamente lo que significa ser mía. Esta noche, me ocuparé del lío de Rafail. ¿Pero después?

Echo un vistazo a las herramientas que he apartado para ella (la cuerda suave, la venda para los ojos) y sonrío. Que empiece el juego, pequeña reina.

Entonces mi móvil vibra de nuevo y, por una fracción de segundo, pienso que es Rafail, ya respirándome en el cuello. Pero no, la notificación es de su cuenta.

@dreammafiaqueen ha empezado un directo

En directo

Mi pulso se dispara, abro la notificación de un toque y la transmisión cobra vida.

Ahí está. Su pelo todavía está revuelto por el sueño, y la sudadera se le cae de un hombro. La visión de ella, despeinada pero radiante, me golpea como un puñetazo. Está en su dormitorio, el mismo que he estado observando toda la noche, y mira a la cámara con una expresión que es puro fuego.

—Buenos días, pequeña reina —susurro.

Sus labios forman una pequeña sonrisa cómplice, y entonces habla.

—Esto es para ti —dice, con voz baja y provocadora. Se acerca más a la cámara, con sus ojos verdes clavándose en el objetivo como si supiera exactamente quién está mirando. *Yo*.

Mi sonrisa se desvanece, sustituida por algo más profundo, más afilado. El juego acaba de cambiar.

—Cuidado con lo que *tú* deseas —susurra, haciendo eco a las palabras de mi vídeo. Luego se recuesta, apartándose el pelo de la cara con ese tipo de confianza casual que me vuelve loco antes de darme cuenta: está sentada en bragas sobre un montón de libros, con la correa de cuero de su cámara colgando del borde de su mesita. Acaricia la correa de cuero y se la enrolla alrededor del pecho, justo debajo de sus pechos... La transmisión termina abruptamente, dejándome mirando la pantalla en blanco.

Dios santo.

Que empiecen los juegos.



Capítulo Catorce

Ember

No sé nada de Rodion en todo el día.

Lo odio.

Me sorprendo a mí misma abriendo la maldita aplicación cada minuto, comprobando si ha publicado un nuevo vídeo o un nuevo comentario, *algo*. Aunque la tengo configurada para que me avise cuando publique, me convenzo de que debo haberlo pasado por alto.

Intento concentrarme en mis tareas, pero mi mente no se puede concentrar.

El vídeo mostró que vio el mío antes, pero...

Ajusto el enfoque de mi cámara, centrando la lente en el motivo: un conjunto de luces brillantes de la ciudad reflejadas en un charco sobre el pavimento irregular. Debería ser una toma fácil, algo que he hecho mil veces antes. Pero mis manos no están firmes. El encuadre se siente mal y, sin importar cómo me reposicione, la composición no termina de encajar.

Suelto un suspiro frustrado y lo intento de nuevo, agachándome más, inclinando la cámara hacia arriba. El visor se desenfoca por un segundo y me doy cuenta de que ya ni siquiera estoy mirando la escena. Mi mente está en otro lugar.

No. No en otro *lugar*. En alguien.

Sacudo la cabeza y reajusto el enfoque, pero mis dedos permanecen en los botones demasiado tiempo. Pasa un segundo. Luego otro. Es inútil. La imagen en mi cabeza no son las luces, ni la lluvia, ni el fondo melancólico de la ciudad.

Es él.

Sus manos sobre mí, la forma en que se detienen justo el tiempo suficiente para dejar una impresión tan caliente como una marca. El tono grave de su voz cuando murmura algo burlón y mordaz; un desafío mezclado con una provocación. El calor en sus ojos cuando me mira, como si fuera algo raro, algo que ya ha decidido que es... suyo.

El pensamiento me hace estremecer y mi mano resbala, sacudiendo la cámara.

—Mierda —susurro, acunando el objetivo mientras intento recomponer la toma de nuevo—. *Concéntrate* —me digo—. Solo concéntrate.

Pero la verdad es que he perdido completamente el hilo. Mis ojos se desvían hacia mi móvil, que descansa en el borde de mi bolsa de la cámara. Resisto el impulso de revisarlo en busca de mensajes, notificaciones, cualquier cosa. No me ha llamado, no me ha escrito, pero sé que no está lejos.

¿O sí?

Las luces vuelven a desdibujarse en el objetivo y, esta vez, ni siquiera intento arreglarlo. Dejo la cámara y se me corta la respiración mientras mis pensamientos vuelven a centrarse en él.

Voy a concederme un minuto para dar rienda suelta a la fantasía, para estar tan jodidamente obsesionada con él como él lo está conmigo.

¿Qué estará haciendo ahora mismo? ¿Pensando en mí? ¿Planeando algo?

Mi corazón late más rápido ante ese pensamiento y presiono las manos contra mis muslos, deseando que la adrenalina disminuya. Pero no lo hace. No cuando cada parte de mí está sintonizada con él como un cable con corriente.

La cámara descansa olvidada en mi regazo mientras miro la ciudad, con el pulso latiendo al compás de su recuerdo. Entonces lo sé... Es inútil. Tengo un enorme, loco y apasionado flechazo por este tipo.

Le envío un mensaje, pero no me contesta. Apenas reprimo la necesidad de hacer pucheros.

Necesito hablar con alguien.

Abro la aplicación y le escribo a Bookbabe.

No he tenido noticias de mi acosador. 😢

Bookbabe
Nooooo. Publicó anoche, ¿verdad? ¿Coqueteaste descaradamente con él o...?

Lo hice, me respondió y luego nada.

Bookbabe
Oooh. ¿Suele... responderte con más frecuencia? Quizá está... No sé, como... Liquidando a alguien o haciendo lo que sea que hacen los hombres de la mafia. ¿Qué hacen los hombres de la bratva?

No quiero saberlo, pero ¿crees que es más que eso?

Jesús. *Espero* que sea más que eso.

¿Y sabes qué? No estoy mintiendo. Realmente no tengo idea de lo que hace porque me atrevería a adivinar que casi todo es... Bueno, no exactamente legal.

Bromeamos en la comunidad del romance sobre estos tipos moralmente grises. Pero, ¿cuán gris *es* él? ¿Estamos hablando de un poco de humo mezclado con un gris mayormente blanco? ¿O estamos hablando de un gris... como el carbón?

¿Gris acero?

Bah.

Dijo que tenía un trabajo que hacer antes de colarse en mi apartamento y... Mis mejillas se sonrojan.

> **Bookbabe**
> —¿Crees que algo va mal?

Oh, Dios.

Oh, *Dios.*

¿Por qué demonios nunca se me ha ocurrido que lo que sea que haga para su familia no solo es peligroso, sino que probablemente sea *potencialmente mortal*?

Es como si nunca hubiera leído ninguno de los libros que entran en gran detalle sobre los riesgos y peligros, por el amor de Dios. Esto es en parte culpa mía por habitar tanto en mi fantasía de finales felices que he olvidado que su trabajo es de alto riesgo.

Hago una búsqueda rápida en internet: «trabajos de la bratva».

¿Qué demonios estoy haciendo? Como si fueran a estar listados en una sección de clasificados en línea o algo así.

Pero los resultados aparecen rápidos y numerosos, y no puedo evitar leerlos.

Vacilo un momento, con los dedos suspendidos sobre el teclado. Luego, como una idiota imprudente, escribo las palabras en la barra de búsqueda: «muertes de la bratva».

La pantalla se llena casi al instante. Titulares, artículos, fotos sombrías. Es un diluvio de violencia y debería dejar de revisar, pero no puedo. Cada clic me arrastra más profundo y las historias se difuminan entre sí.

> *«Miembro de alto rango de la bratva encontrado muerto en un callejón de Moscú».*
>
> *«Atentado con coche bomba vinculado al crimen organizado ruso».*
>
> *«Redada federal contra operaciones de la bratva deja docenas de detenidos».*

Hago clic en un artículo. Luego en otro. Y otro. Cada uno que leo es más espantoso que el anterior.

Un político encontrado con un tiro en la cabeza a modo de ejecución a plena luz del día. El cuerpo de un empresario descubierto con pesas en el fondo de un río. Una discoteca arrasada en un atentado con bombas incendiarias.

Oh, joder.

Cada historia aprieta el nudo en mi estómago. Esto no es solo una fantasía romántica de novio de libro.

Este es... Este es su mundo.

El mundo de Rodion.

Profundizo más en la investigación. Las detenciones. Algunas aparecen en las noticias: Elegantes fotos de hombres con trajes a medida siendo llevados esposados. Otras... No. Desaparecen,

tragados por el sistema o algo peor. El precio de ser atrapado es el aislamiento, renunciar a cualquier posibilidad de tener una relación.

¿Y las muertes? Por lo que estoy leyendo, esos son los afortunados.

Se me oprime el pecho mientras leo sobre hombres que desaparecen sin dejar rastro, rumores que circulan sobre cómo fueron capturados, interrogados y torturados durante semanas. Familias destinadas a las conjeturas, con su silencio comprado con miedo.

Apago la pantalla.

¿Qué estoy haciendo?

Me recuesto, presionando las manos contra mi cara, intentando estabilizar mi respiración. Él es temerario. Impulsivo. Salvaje. Y, sin embargo, de alguna manera ha sobrevivido tanto tiempo. Pero, ¿cuánto tiempo más puede sobrevivir alguien con una vida así? ¿Y si un solo error pudiera hacer que todo se derrumbara?

Y, aun así, aquí estoy, enredada en la telaraña que ha tejido a mi alrededor.

Normalmente no soy neurótica ni tan nerviosa, pero...

Ya está. A riesgo de comportarme como la típica novia necesitada y desesperada, voy a escribirle *otra vez*.

> Hola. Soy yo. ¿Te acuerdas de mí? ¿La chica con la que estabas obsesionado y a la que ahora ni siquiera le has dado los buenos días?

No. Demasiado tóxico.

Lo borro e intento de nuevo.

> Hola. Sé que puede parecer exagerado, pero no he sabido nada de ti en todo el día y me pregunto si estás bien. Sé que las cosas que haces son... eh... arriesgadas. Avísame, ¿vale?



Añado un emoji de corazón y me quedo mirándolo un minuto.

¿Demasiado directo?

Entonces recuerdo la sensación de su lengua entre mis piernas y cómo me hizo correrme tan fuerte que grité.

Con las mejillas ardiendo, añado tímidamente dos corazones más y envío el mensaje.

Tamborileo con los dedos sobre mi muslo, esperando.

Nada.

¿Qué hago con toda esta energía nerviosa?

Podría ir al gimnasio... Eso podría funcionar. Pero hasta el gimnasio ha perdido su atractivo cuando voy sola y no tengo a mi guardaespaldas tatuado a mi lado.

Podría volver a casa y cenar como una persona *sensata*.

O podría...

—¿Señorita Steele? —Una mujer de aspecto amable con el pelo plateado recogido en un moño implacable me sonríe. —El señor Kopolov me ha enviado a buscarla.

¿A buscarme?

Parpadeo.

—¿Qué?

Ella sonríe ampliamente.

—Le envía sus disculpas, señorita, y dice que quería avisarle, pero no tuvo tiempo.

¿Qué demonios?

—Por favor. Venga conmigo. —Sonriendo, señala hacia un elegante coche urbano azul marino que ronronea junto al bordillo.

—Eh... ¿Quién es usted?

Sin dejar de sonreír, saca una tarjeta de visita y me la muestra.



—El señor Kopolov me pidió que la ayudara a prepararse para la gala de este fin de semana.

Ah.

—Eh... ¿sí? —digo vacilante, aunque siento la abrumadora necesidad de verificar lo que está sucediendo—. Solo un momento.

Saco mi móvil para llamar a Rodion, a pesar de que ha ignorado cada una de mis llamadas hoy. Me revuelve el estómago ver que no solo ha ignorado mis mensajes, sino que me ha enviado uno propio:

Bratvabloodline
Ve con Cindy y haz lo que te diga.

Te lo explicaré después.

Oh, qué cara más dura.

Aprieto el móvil, debatiéndome si llamarle de nuevo por puro despecho. En cambio, respiro hondo y me recuerdo que sus crípticas órdenes, por irritantes que sean, suelen tener algún propósito. Aun

así, no me hace ninguna gracia que me metan en una misteriosa agenda sin siquiera un aviso previo.

El coche ya está esperando abajo, con Cindy de pie pacientemente junto a él, con las manos pulcramente cruzadas frente a ella.

—¿Adónde vamos? —pregunto, con tono cauteloso mientras me acerco a ella.

—A Rodeo Drive, señorita —dice, sonriendo con un suspiro como si anticipara la diversión que está a punto de tener—. Uno de mis lugares favoritos para comprar, y hace tiempo que no voy.

Parpadeo. ¿Rodeo Drive? ¿El auténtico Rodeo Drive? He oído hablar de él, por supuesto... ¿Quién no? Esa calle llena de boutiques que prácticamente grita dinero, lujo y exclusividad. Un lugar que está tan fuera de mi presupuesto que resulta cómico.

Dudo, observando la apariencia pulida de Cindy. Comparada con su blazer chic a medida y sus tacones, mi falda informal y mi blusa parecen una pobre excusa de «esfuerzo». Pero al menos me he puesto falda, me recuerdo a mí misma. Es mejor que los habituales vaqueros y zapatillas.

—Bueno —murmuro, deslizándome dentro del coche—, supongo que, si Rodion está ocupado, yo podría encargarme de algo así.

Eso creo.

—¿Ha comido?

Niego con la cabeza, recelosa. ¿Qué tiene eso que ver?

—Ah. El señor Kopolov me indicó que la alimentara primero si aún no había comido. —Sonríe.

Abro la boca para protestar porque *¿cómo se atreve?*, pero cuando mi estómago ruge, recuerdo lo hambrienta que estoy.

Vale, entonces. Al parecer, la primera parada es la cena. Supongo que tomaré mejores decisiones con el estómago lleno, y puedo

asumir que él pagará, así que…

Cindy me conduce a un restaurante elegante y minimalista con acabados en madera oscura y lámparas colgantes que brillan. El tipo de lugar donde el menú no muestra precios, solo descripciones tan elaboradas que necesitarías un diccionario para traducirlas. Pido una hamburguesa gourmet y un acompañamiento de patatas fritas con trufa porque quiero comer rápido y llegar a las compras.

Lo que *realmente* quiero es llegar hasta *él*, y creo que una parte de mí sabe que hacer lo que planeó para mí es un buen primer paso.

Mentiría, sin embargo, si dijera que no me gusta la forma en que ella pasa su tarjeta y yo no tengo que pagar nada.

Empiezo a relajarme… Hasta que me doy cuenta de que no solo es amable. Es eficiente. Está dirigiendo toda esta salida como si estuviera orquestando un evento.

Cuando llegamos a Rodeo Drive, mi mandíbula prácticamente toca el suelo. Sabía que era elegante, pero verlo en persona es algo completamente distinto.

Cada escaparate reluce con elegantes exposiciones de vestidos de diseñador, bolsos y joyas brillantes. No pensaba que me gustaran tanto las *cosas*, pero al ver las preciosas exhibiciones frente a mí, no puedo evitar querer extender la mano y acariciar el suave cuero como mantequilla y los resplandecientes diamantes.

Cindy lidera el camino con una confianza que ni siquiera puedo fingir, deslizándose en una boutique donde inmediatamente nos reciben con sonrisas para ella y un sutil repaso visual para mí.

—Por aquí, señorita —dice la dependienta, guiándome hacia una fila de vestidos expuestos como obras de arte.

Cindy selecciona algunos y su ojo crítico me examina con severidad, pero amabilidad.

—Tiene usted unas proporciones maravillosas —dice, sosteniendo un impresionante vestido verde esmeralda—. Este color resaltaría sus ojos a la perfección.

Casi resoplo. No estoy acostumbrada a este tipo de halagos, y definitivamente no estoy acostumbrada a este nivel de atención. Pero sigo su ejemplo, deslizándome en el probador con el tipo de vacilación que hace que la dependienta incline la cabeza como si estuviera tratando de descifrar cómo he entrado aquí.

Pues que le den. Mi novio de libro de la bratva me ha traído aquí, así que aquí estoy.

El primer vestido me queda como un sueño, y me sorprendo mirando mi reflejo, casi sin reconocer a la mujer en el espejo. Hace que mis mejillas parezcan sonrojadas, mis pechos más llenos, mi cintura acentuada y mis curvas… Vaya.

—¿Champán? —pregunta la dependienta cuando salgo para mostrárselo a Cindy. No espera una respuesta y pone una delicada copa en mi mano antes de que pueda rechazarla. No es que fuera a hacerlo. ¿Champán gratis?

Las burbujas me hacen cosquillas en la nariz mientras bebo, dejando que Cindy se preocupe por el dobladillo del vestido. Me siento fuera de lugar, seguro, pero hay algo innegablemente emocionante en esto: la atención, la indulgencia, la forma en que esta ropa me hace sentir que pertenezco aquí.

Incluso si solo soy Cenicienta con un vestido prestado, voy a disfrutarlo por un rato.

Miro mi móvil, esperando algún tipo de actualización de Rodion, pero no hay nada durante la primera hora de nuestro viaje. Finalmente le envió un mensaje ciertamente petulante.

Gracias y todo eso, pero ¿DÓNDE estás? ¿Estás bien?

Mi corazón se acelera cuando veo un nuevo mensaje.

Bratabloodline
Sí, y prometo compensártelo.

Es simple, pero hace que mi pecho se apriete de todos modos. Una promesa. Estoy bebiendo champán, llevando un vestido precioso que nunca podría permitirme y mirando zapatos dignos de una princesa y su cita con el príncipe azul, y él me está diciendo que me lo compensará.

Tomo otro sorbo de champán, mirando alrededor de la boutique con su decoración opulenta y el personal de ventas susurrando. El mundo de Rodion no se parece en nada al mío. Es abrumador y glamuroso a más no poder, pero quizá, solo quizá, pueda navegar por él.

Si va a compensármelo, bien podría disfrutar de este extraño viaje mientras dure.

Estoy sentada sola en la parte trasera del coche. Cindy ha enviado todas mis compras a mi apartamento. Llegamos a mi edificio y veo la sombra de un hombre, pero no puedo distinguir los detalles. Desde la distancia, en la oscuridad, me pregunto si es él, pero rápidamente decido que no lo es porque no camina como Rodion.

Reprimo un suspiro.

Cuando se gira, el horror me invade. ¿Es… *Shawn*?

Oh, Dios. No puedo soportar esta montaña rusa emocional saltando de una cosa a otra así.

Mi mente va a toda velocidad. Las palabras se congelan en mis labios. Estoy tratando de pensar qué decir. Sus mensajes han cesado durante unos días y casi me había convencido de que iba a rendirse, pero entonces…

Miro otra vez y ha desaparecido.

¿Fue mi imaginación? ¿Me lo he inventado?

Sacudo la cabeza y saco mis llaves cuando una voz baja y peligrosa susurra en mi oído.

—Haz exactamente lo que te diga y no te haré daño.



Capítulo Quince

Ember

Las cuerdas se clavan en mis muñecas, pero no lo suficiente como para doler. Solo lo justo para mantenerme inmóvil. La venda es suave, aunque sumerge mi mundo en la oscuridad absoluta. Mi respiración resuena en el silencio del bosque, superficial y entrecortada.

Sé que esto no es real. No puede serlo.

Pero el terrible recuerdo susurra a pesar de todo, como un fantasma que roza mi oído. El peso de Shawn aplastándome, su aliento caliente y agrio persiguiéndome hasta el último rincón de mi infancia. Mi estómago da un vuelco, y la bilis y el miedo ascienden juntos hasta que lo oigo: una risa grave, inconfundiblemente suya.

Rodion.

Mis pulmones se aflojan lo suficiente para tomar aire mientras el alivio me inunda, empujando el pasado hacia la oscuridad. No dice mi nombre, pero no es necesario.

—Te lo advertí —murmura, rodeándome con sus pasos—. Cuidado con lo que deseas, pequeña reina.

El alivio me inunda mientras el calor recorre mi columna y combate el frío mordisco del aire nocturno contra mi piel. Él está haciendo esto, exactamente como lo había descrito en el vídeo que nunca pensé que vería. El momento, los detalles, incluso la tensión de las cuerdas.

—Estás enfermo —digo, aunque la voz me sale ronca y afectada, traicionándome.

—Y a ti te gusta. —Sus palabras son un gruñido bajo, demasiado cerca de mi oído. Me sacudo instintivamente, pero él retrocede y me da un espacio que no quiero.

—Di «para» si quieres. —Su tono se vuelve más suave; es una pregunta disfrazada de desafío. —Te escucharé, Ember. Lo pararé todo.

Odio lo mucho que no quiero decirlo. Odio lo mucho que confío en él, incluso ahora, atada, con los ojos vendados y vaya a saber dónde.

Cuando permanezco en silencio, su mano toca mi brazo y se desliza hasta mi muñeca, donde me aprieta la cuerda.

—Buena chica —dice, con voz espesa de aprobación—. No me tienes miedo.

—Debería tenerlo —replico, pero la voz me tiembla por una razón completamente distinta.

Sus dedos se alejan y el sonido de sus botas cambia, que crujen sobre las hojas mientras se mueve detrás de mí.

—Ah, no sé. Puede que estés más segura conmigo que con cualquier otra persona.

Hay algo siniestro en su voz y sé que no es mentira. Si supiera lo que realmente me asusta… Si le contara lo de Shawn…

No puedo contárselo.

Rodion me devuelve al momento al apartar el pelo de mi cuello. Sus labios apenas me rozan la piel y me estremezco.

—He pensado en esto —admite, mientras aprieta ligeramente las cuerdas como para mantenerme presente—. Tu pequeño vídeo… Tan orgullosa de tus palabras, pero tan ignorante de quién estaba mirando.

—Me estabas acosando —lo acuso, aunque las palabras suenan débiles, casi juguetonas.

—Tú lo pusiste fácil —replica, y luego su mano agarra mi cadera y me mantiene firmemente en mi sitio.

Cuando finalmente afloja las cuerdas, dejo escapar un pequeño jadeo, aunque no estoy preparada para la áspera seda que se desliza de mis ojos. Parpadeo mientras la luna se filtra entre los árboles y, frente a mí, él está de pie, más grande, más imponente que en la vida real. Su rostro es indescifrable, con los ángulos afilados suavizados solo por el fantasma de una sonrisa burlona que tira de sus labios.

Me toma la barbilla entre los dedos e inclina mi rostro para encontrar su mirada.

—Pensé en atarte a un árbol —dice con naturalidad—. Pero tengo una idea mejor. Por ahora.

Trago saliva; su realidad es mucho más que la fantasía. Me toma la mano y me arrastra suave pero firmemente por un estrecho sendero. Todo está inquietantemente silencioso; el bosque se traga cada sonido excepto el crujido de nuestra ropa y el ocasional chasquido de una ramita.

Cuando la cabaña aparece a la vista, casi se me doblan las rodillas. Es antigua, la madera desgastada pero robusta, el tipo de lugar que encontrarías en un *thriller* o en un sueño.

Dentro, el aire está cargado del aroma a pino y madera curada. La leña crepita débilmente en la esquina, aunque las llamas son bajas y proyectan una luz dorada por toda la habitación. Una cama grande pero rústica se encuentra en el centro, cubierta con gruesas colchas.

La mano de Rodion se desliza por mi brazo; su tacto es firme, pero nunca brusco.

—Dime que pare —dice de nuevo, con voz más suave ahora—. Dilo, Ember. Dime que te lleve a casa.

Niego con la cabeza, con la garganta demasiado cerrada como para hablar.

—Buena chica —murmura. Entonces me empuja hacia atrás sobre la cama, y su peso me inmoviliza lo justo para recordarme que estoy exactamente donde quiero estar. Sus manos recorren mis muñecas, atándolas al cabecero con destreza experta.

Dios mío.

Cuando se inclina, su aliento es cálido contra mi oído.

—Ahora, veamos cuánto te gusta esta fantasía tuya.

Intento tragar, pero me resulta difícil. Estoy excitada, nerviosa y tan jodidamente caliente… que probablemente llegaría al orgasmo si se atreviera a besarme.

Las cuerdas me rozan las muñecas, no lo suficiente para doler, pero sí para recordarme que están ahí, apretadas e inflexibles, igual que él. La luz del fuego danza en las paredes de la cabaña, la única luz en la habitación, y pinta a Rodion con tonos de oro fundido y sombra. Merodea al borde de la cama, su mirada me devora, y me estremezco a pesar del calor de la habitación.

—¿Sabes lo que has hecho, pequeña reina? He visto cuántas veces has hecho las maletas y te has mudado. Eres buena ocultándolo con la cámara, apuntándola hacia otros en vez de enfrentarte a ti misma. Pero yo lo veo todo. La forma en que te gusta mantener a la gente a

distancia para no tener que acercarte demasiado... —Su voz es un gruñido bajo, áspero, con el calor y el peligro justo para hacer que mi estómago dé un vuelco. —Quiero mantenerte quieta para que dejes de correr por un segundo. ¿No confías en mí? Inteligente. No estoy aquí para prometerte seguridad. Estoy aquí para mostrarte cómo se sienten realmente esas fantasías.

Mi cuerpo responde antes que mi cerebro, con mis muslos apretándose en busca de fricción. Él lo nota, por supuesto, porque a Rodion no se le escapa nada. Una siniestra sonrisa tira de sus labios mientras se arrastra sobre la cama, con su peso hundiéndose en el colchón. Huele a humo de leña y pino. El calor de su cuerpo contrasta con el frío de la cabaña. Sus ojos me queman como láseres, enfocados y afilados.

Me estremezco.

Quiero *más*.

—Te gusta esto —dice, con su mano rozando mi muslo desnudo antes de agarrarlo con fuerza para inmovilizarme—. Te gusta estar atada para mí. Te gusta estar indefensa bajo mi cuerpo, ¿verdad, pequeña reina?

Odio lo fácilmente que extrae la verdad de mí, incluso mientras niego con la cabeza.

—Mentir no te sienta bien —susurra, inclinándose hasta que su aliento se desliza por mi oído—. Pero no me importa. Haré de ti una mujer honesta.

Su mano abandona mi muslo y, antes de que pueda procesar la pérdida, la deja caer con fuerza sobre mi trasero.

Oh, joder.

El sonido retumba por la cabaña, agudo y castigador, y jadeo, arqueando involuntariamente la espalda. El escozor florece en calor

y lo siento por todas partes, irradiándose a través de mi cuerpo y asentándose en lo más profundo de mi ser.

Quiero más.

—¡Rodion! —jadeo, pero él niega con la cabeza, transformando su sonrisa burlona en algo más perverso.

—Sabes que te encanta, pequeña reina —dice, deslizando la palma sobre el punto que acaba de azotar, calmándolo antes de levantar la mano de nuevo.

La segunda palmada cae con más fuerza y me roba el aliento. Es ese tipo de dolor que se funde en placer demasiado rápido, demasiado fácilmente, dejándome temblorosa y anhelando más.

—¿Entiendes ahora? —pregunta, con voz de terciopelo y acero—. No puedes provocarme con tus fantasías y luego retorcerte cuando las hago realidad.

—No me estaba retorciendo —contesto, y las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Su risa es malvada y peligrosa.

—¿No? —Se inclina hacia atrás, arrastrando su mano por mi piel de nuevo antes de propinar otro golpe ardiente. Esta vez, no puedo contener el gemido que escapa de mis labios.

—Dilo, nena —ordena, con sus dedos trazando la curva de mi cadera, tentándome y atormentándome—. Di que eres mía.

—Estás loco —consigo decir, pero mi voz vacila y me traiciona.

Se mueve más abajo, con su boca presionando besos a lo largo de la piel sensible de mis muslos, cada uno más caliente y más cerca de donde más lo necesito.

—No quieres que pare, ¿verdad? —pregunta, con sus labios rozando el borde de mis bragas.

—No —admito, con la palabra siendo apenas un susurro.

—Buena chica —murmura, con su aliento caliente contra mí mientras despega la tela hacia abajo. Esta vez, *adoro* el «buena chica». Sus dedos se deslizan entre mis muslos y no puedo contener el grito agudo que se me escapa cuando descubre lo húmeda que estoy.

—Estás empapada para mí —dice, con su voz cargada de aprobación —. Mi pequeña reina, tan jodidamente mojada para su rey.

Gimo, arqueándome hacia su contacto, pero él se aleja antes de que pueda perseguir esa sensación.

—Oh, no, eso no —dice, sentándose sobre sus talones—. No conseguirás lo que quieres hasta que yo esté satisfecho.

Me retuerzo contra las cuerdas, con la frustración aumentando a un ritmo febril mientras él desliza sus dedos por mi estómago, entre mis pechos y de vuelta a mi mandíbula. La agarra, obligándome a mirarlo a los ojos.

—¿Sabes lo que les pasa a las reinas que desobedecen a su rey? — pregunta, con un tono engañosamente suave.

Niego con la cabeza, sin aliento como para hablar, y su sonrisa burlona regresa, malvada y conocedora.

—Son castigadas.

Antes de que pueda responder, me da la vuelta, con las cuerdas retorciéndose para mantenerme en mi sitio mientras me empuja sobre el estómago. Su mano cae de nuevo sobre mi trasero, y el agudo escozor envía una sorprendente descarga de placer por todo mi cuerpo.

—Cuenta.

Dios mío; realmente está representando cada maldita fantasía. Pero, espera... Necesito un minuto.

—Rodion...

—He dicho que *cuentes*, pequeña reina.

—Uno —susurro, y él me recompensa con otra palmada ardiente.

—Más alto —exige, con su mano libre descansando en la parte baja de mi espalda, manteniéndome quieta.

—¡Dos! —grito, y mi voz se quiebra mientras el calor entre mis piernas se intensifica, con el escozor de su mano alimentando un fuego que no puedo controlar.

—Eso es, esa es mi buena chica —murmura, con su voz impregnada de satisfacción. Su mano calma la quemazón con una caricia lenta y deliberada, pero no es suficiente. El dolor dentro de mí se agudiza y mi cuerpo tiembla de necesidad. ¿Cómo pude haber negado alguna vez que me gustaba lo de *buena chica*?

Lo es todo.

El siguiente golpe cae más fuerte, y me arqueo hacia él, con las cuerdas clavándose en mis muñecas mientras tiro de ellas.

—¡Tres! —jadeo, el sonido crudo y desesperado.

—Perfecto —gruñe, con su mano libre deslizándose entre mis muslos. Sus dedos encuentran mi calor húmedo, y me ahogo en un gemido mientras me provoca, rodeando lo justo para volverme loca, pero no lo suficiente como para empujarme al límite.

—Rodion, por favor —suplico, incapaz de contenerme más—. Por favor, no puedo...

—Shhh —interrumpe, con sus dedos retirándose justo cuando pienso que finalmente podría darme lo que necesito—. Relájate y creo que descubrirás que puedes soportar más de lo que crees.

Me da la vuelta de nuevo con una facilidad exasperante, y sus manos son fuertes e inflexibles. Las cuerdas se estiran y retuercen, manteniéndome en mi lugar, y sus ojos se encuentran con los míos, fundidos y salvajes.

—Has sido tan buena —dice, arrastrando un dedo a lo largo de mi cuerpo—. Pero quiero oírte suplicar como es debido.

—Estoy suplicando —susurro, con mi voz temblorosa.

—No es suficiente —dice, inclinándose hasta que su boca se cierne justo sobre la mía—. Dilo, Ember. Dime que eres mía.

—Soy tuya —exhalo, con las palabras saliendo precipitadamente antes de que pueda detenerlas.

Pero me gusta cómo me hace sentir.

¿Novio obsesivo, posesivo y celoso?

Sí.

Observo cómo se quita la ropa lentamente. Estoy hipnotizada por la visión de los duros planos de músculos y tinta, por sus muslos robustos. Se inclina sobre mí, besando mi mejilla, frotando su erección caliente y gruesa contra mis piernas. Alargando la mano hacia un lado, rasga un preservativo y se lo pone.

Lo quiero dentro de mí.

Gimo y trago saliva mientras sus manos van a mis caderas y las agarran con fuerza suficiente para dejar marcas mientras se coloca entre mis piernas.

—Dime que quieres esto. —Todo su cuerpo tiembla con el esfuerzo de contenerse. Ver su autocontrol rompe algo en mí, derribando un muro que no sabía que había construido. Mi cuerpo se arquea hacia él mientras susurro una súplica temblorosa:

—Sí. Rodion. *Por favor*.

—Así es, nena —susurra contra mi boca. Estoy conteniendo la respiración cuando embiste dentro de mí en un movimiento largo y devastador.

Grito. La sensación es abrumadora mientras me llena completamente, con su cuerpo presionándome contra el colchón. Las cuerdas me mantienen inmóvil; él controla cada movimiento, cada centímetro de placer.

—Mía —gruñe, estableciendo un ritmo brutal e implacable que me roba el aliento—. Dilo otra vez.

—Tuya —gimo, dejando caer la cabeza hacia atrás mientras el placer se enrolla más apretado, más caliente, amenazando con estallar.

—Más fuerte —exige él, deslizando una mano hasta mi garganta, sujetándome mientras embiste dentro de mí. Es todo lo que necesito. La presión de su mano en mi garganta, sabiendo que podría hacerme daño, pero no lo hace... La amenaza latente me excita y me inquieta. Al sentir sus manos en mi garganta, me *deshago.*

—¡Tuya! —grito mientras me rompo bajo su cuerpo, con un placer cegador y absorbente.

Él no se detiene, persiguiendo su propio clímax mientras gruñe mi nombre como una plegaria, con su agarre en mis caderas intensificándose. Cuando finalmente me sigue con un gemido de puro placer, su cuerpo se estremece contra el mío y se derrumba sobre mí. Suspiro, aún temblando por las réplicas de un éxtasis absoluto.

Durante un largo momento, el único sonido en la cabaña es nuestra respiración entrecortada. Las cuerdas aún me mantienen en mi sitio mientras él acaricia mi mejilla con una mano, con un tacto sorprendentemente gentil.

—Pequeña reina —murmura, con sus labios rozando mi sien—. Ember. Eres *perfecta*.

Mientras mi cuerpo se funde con el suyo, agotada y satisfecha, me doy cuenta de que en sus brazos no solo me siento reclamada; me siento segura.

Esto no se parece en nada a mis fantasías de libros y novios literarios. Estar con Rodion es mucho, *mucho* mejor que cualquier cosa que hubiera imaginado.



Capítulo Dieciséis

Rodion

El fuego crepita en la esquina de la cabaña y baña la habitación con un cálido resplandor parpadeante. Me siento al borde de la cama; mis dedos recorren la áspera cuerda que la sujetaba hace horas. Ahora yace enrollada en un montón, inofensiva, pero el recuerdo de cómo su cuerpo se tensaba contra ella, cómo suplicaba, persiste en mi mente y despierta algo profundo y primitivo dentro de mí.

Ella se mueve a mi lado, con la respiración entrecortada mientras se remueve contra el colchón. Su pelo es un enredo salvaje pegado a sus mejillas sonrojadas, y cuando se mueve de nuevo, lo veo: las tenues marcas rojas en sus muñecas y la huella de mi mano dibujada en su trasero.

Quizás me excedí. Quizás la línea entre fantasía y realidad se difuminó demasiado.

Despierta con un pequeño jadeo, con sus ojos verdes abriéndose para encontrarse con los míos. Por un segundo, parece desorientada, como si no estuviera segura de dónde está, pero luego una pequeña sonrisa le curva los labios.

—Agua —murmura con la voz ronca.

Joder. Le exigí más de lo que pensaba. Me dejé llevar un poco.

Alcanzo el vaso de la mesita de noche, pero antes de dárselo, le agarro suavemente la muñeca con mi mano. Mis dedos se mueven con cuidado y masajean las tenues líneas que la cuerda dejó marcadas.

—¿Te duele? —pregunto, con la voz más baja de lo que esperaba.

Ella se incorpora lentamente, toma el vaso y bebe un sorbo antes de responder.

—En realidad, no —dice, entrecerrando los ojos mientras me estudia —. ¿Por qué pareces sentirte culpable?

Hago un gesto hacia su cuerpo, las marcas en su piel y su estado aún desaliñado.

—Es solo que... Verte así. Las marcas, tu pelo... —Me interrumpo, negando con la cabeza. —No sé, Ember. Quizás me excedí.

No sería la primera vez. Cuando era más joven, siempre tenía problemas con Rafail por presionar demasiado, correr demasiados riesgos, no escuchar a...

—Dios, no. —Parpadea, mirándome, y luego su sonrisa se transforma en algo más brillante, más juguetón. —¿Excederte? Rodion, tienes que estar bromeando. —Se acerca más, con la voz suave pero firme. —No te excediste en nada. Fue perfecto. Todo. — Sus párpados se cierran como si aún estuviera medio dormida.

Escucho cómo sus palabras calan y disipan la inquietud que se asentaba en mi pecho, y suelto un suspiro.

—Bien —murmuro, apartándole el pelo revuelto de la cara—. Porque aún no he terminado contigo.

Sonríe, pero cuando su sonrisa flaquea, veo un atisbo de algo más difícil en su expresión, lo suficiente para hacerme detener.

—¿Qué ocurre? —pregunto, con la voz más cortante ahora.

Ella niega con la cabeza, pero capto el destello de duda en sus ojos.

—Nada.

—Mentirosa —digo, moviéndome para arrodillarme en la cama frente a ella y obligándola a mirarme—. Tenías miedo esta noche, Ember. No esperaba eso. ¿Por qué tuviste miedo cuando te tomé? Quiero decir, esperaba un poco de miedo, pero pensé que sabrías inmediatamente...

Su respiración se entrecorta, con su garganta trabajando en torno a una palabra que no quiere pronunciar. Finalmente, asiente.

—Sí —susurra—. Por un segundo, pensé... Pensé que podría ser él. Ya sabes.

La rabia que surge en mi pecho es instantánea e incandescente, pero la mantengo contenida, dejándola arder bajo la piel.

—¿Y ahora? —pregunto.

Traga saliva, y sus ojos brillan con algo parecido a la culpa.

—Ahora solo temo que pienses que te excediste. —Cuando aparta la mirada, hay tristeza en sus ojos.

Aprieto la mandíbula, obligándome a permanecer quieto.

—Odio que pensaras que era él. Odio que esté en tu cabeza. Esto es lo que jode la gente como él —digo con voz baja y áspera—. Hacen que la víctima piense que fue culpa suya. Como si debiera temer a la justicia en lugar de a él.

Sus labios se juntan, y veo las lágrimas acumulándose en sus ojos, aunque parpadea para retirarlas antes de que puedan caer.

—No tenemos que hablar de ello ahora —digo después de un momento—. Pero me lo vas a contar. No vas a cargar con esto sola nunca más, Ember. —Le dirijo una larga mirada. —Y quiero que admitas que ya no hay nada «falso» entre nosotros.

Ella asiente mientras sus ojos se iluminan, con sus dedos rozando los míos, y la conexión se siente frágil pero lo suficientemente sólida para mantenerse.

Me levanto y me muevo hacia la chimenea. Avivo el fuego para mantenerlo cálido.

—Verte atender el fuego es porno cavernícola delicioso.

Le dedico una media sonrisa y niego con la cabeza.

—¿Hay algo con lo que no fantasees?

—*Mmm*. ¿Romance amish? ¿Sexo vainilla?

Mis hombros se sacuden de risa.

—Siento no haber cocinado, pero traje nubes. Hay cosas para sándwiches en la nevera si tienes hambre.

Ella se ríe, y el sonido es como una chispa de luz en el pesado silencio.

—¿Nubes para cenar?

—Tienes suerte de que trajera esas —bromeo, agarrando la bolsa.

Se pone una de mis camisas, con la tela demasiado grande engulléndola, y camina descalza hacia la pequeña cocina.

Joder, es una visión por la que daría cualquier cosa por ver a diario.

—Te he echado de menos hoy —dice por encima del hombro, sin mirarme. Me pregunto si puede admitirlo mirándome a la cara. Las palabras me impactan más fuerte de lo que deberían. No lo ha dicho como un comentario casual. Hay peso en su tono, una confesión para la que aún no está lista para enfrentarme directamente.

Inclina ligeramente la cabeza y me mira por encima del hombro. La cabaña es tan pequeña que no tiene que moverse mucho para acortar la distancia entre nosotros.

—¿Quieres contármelo?

Niego con la cabeza, tensando la mandíbula.

—No puedo.

Su mirada se detiene, buscando en mi rostro algo que no puedo darle.

Veo de nuevo la cara del hombre, pálida y ensangrentada, en la trastienda de la discoteca. Había intentado quedarse con fondos de la bratva, nuestros fondos, pensando que nadie se daría cuenta. No se equivocaba al tener miedo cuando entré. Simplemente, no se dio cuenta de que yo era el menor de sus problemas.

No apreté el gatillo, pero observé. Escuché. Me quedé allí mientras suplicaba, mientras lo ataba y se lo enviaba a mis hermanos para ser castigado. Queríamos hacerlo sudar.

Interpreté mi papel como siempre lo hago: Impasible, silencioso.

Jodidamente cómplice.

No hay manera de explicarle eso a Ember.

—No tienes que contármelo todo, ¿sabes? —dice después de un momento, volviéndose hacia el fuego. Su voz es casual, pero capto el rastro de decepción que hay debajo.

Me levanto del sofá, acortando la distancia entre nosotros en unas pocas zancadas.

—¿Si te lo contara todo, saldrías corriendo?

Es lo más sincero que he sido con ella.

Me estudia durante un largo momento, con la luz del fuego bailando en sus ojos verdes.

—¿Estás seguro de eso?

Me inclino hacia ella, rozando su mandíbula con el pulgar, y la siento estremecerse bajo mi tacto.

—¿Crees que puedes soportar las cosas que he hecho? —murmuro, bajando la voz—. ¿La sangre, los cadáveres, las mentiras?

Sus labios se entreabren, pero no contesta, y yo no la presiono. En vez de eso, me recuesto en el sofá, con mi mano descansando ligeramente en su muslo.

—Yo también te he echado de menos —admito después de un momento. Las palabras me resultan extrañas, como si no me pertenecieran, pero las digo en serio.

Su expresión se suaviza y la tensión de sus hombros se desvanece mientras se inclina hacia mí. Su cabeza encuentra su sitio en mi hombro y, durante un rato, simplemente nos quedamos en silencio, observando el baile del fuego frente a nosotros.

Su mano se desliza hacia mi pecho, con el roce de sus dedos trazando la línea irregular de una cicatriz sobre mis costillas. No pregunta sobre ella, ni habla en absoluto, pero su tacto permanece. Es algo silencioso y deliberado, ligero como una pluma, pero lo suficientemente afilado como para atravesarme.

—Tienes muchas de estas —murmura. No hay lástima ni juicio en su tono. Solo curiosidad. Una suavidad que a la vez me corta y me calma—. Quiero trazarlas con mi dedo.

Mi mano atrapa la suya, sujetándola contra mi pecho. Mi corazón late con fuerza bajo su palma.

Sus labios se entreabren, con la sorpresa brillando en esos penetrantes ojos verdes.

—Tantas. Cada una tiene una historia. Una historia que te ha convertido en quien eres.

—Sí. Algunas merecidas. Otras robadas. —Dejo escapar un suspiro. —Todas mías.

Su respiración se entrecorta, pero no se aparta. Es más valiente de lo que parece, esta mujer hermosa y ardiente que me ha arrastrado a su órbita.

—¿Cuentas alguna vez esas historias? —pregunta, casi bromeando.

Casi.

—No. —Niego con la cabeza. —Pero te diré esto: si alguien te llegara a hacer una cicatriz, lo metería bajo tierra antes de que la sangre se secara.

Su aliento la abandona en un estremecimiento, con sus mejillas floreciendo con un calor que iguala la luz del fuego. Intenta liberar su mano, quizá para ocultar cómo su pulso la delata, pero no la dejo.

—Nadie te marca —gruño, acercándome hasta que mis labios rozan su oreja—. No mientras yo respire.

Por fin encuentra mi mirada, con una mezcla de desafío y algo más suave ardiendo en su expresión.

—¿Y si yo quisiera dejarte una marca a ti?

Le sonrío con suficiencia.

—Ya lo has hecho, *gatita*.

Con una sonrisa satisfecha, se dirige a la cocina.

—Me muero de hambre.

—Sírvete tú misma.

La oigo tararear para sí misma y me hace sonreír.

Un momento después regresa con un sándwich que parece... un crimen contra la humanidad.

—¿Qué demonios es eso? —pregunto, mirando el sándwich con sospecha.

—Mantequilla de cacahuete, pepinillos y patatas fritas —dice, sonriendo con picardía.

—Eso es asqueroso.

—No lo critiques hasta que lo pruebes —dice, dando un mordisco y masticando de forma exagerada.

Entrecierro los ojos, luego le arrebato el sándwich de la mano y le doy un mordisco. La miro fijamente mientras mastico, esperando que me invada el inevitable horror, pero… Maldita sea, está bueno.

—Vale —murmuro—. Es... tolerable.

—Admítelo —dice sonriendo.

—Delicioso —admito a regañadientes, negando con la cabeza—. Eres ridícula.

Su sonrisa se ensancha, su expresión finalmente se relaja y nos acomodamos junto al fuego, tostando nubes y cayendo en un cómodo silencio.

—Así que los mafiosos también se relajan, ¿eh?

—Llámame mafioso otra vez, pequeña reina —le advierto—. Odio esa mierda.

Con un mohín, niega con la cabeza. Un mechón rebelde de pelo cae frente a sus ojos y ella lo aparta con un soplido impaciente. Es lo más adorable que he visto.

—¿Tú puedes llamarme pequeña reina, pero yo no puedo ponerte un apodo?

Una sonrisa perezosa se extiende por mi rostro. Joder, me encanta cómo me hace sentir.

—No he dicho eso.

—Vale —dice, cruzando los brazos sobre el pecho—. No puedo llamarte *mafioso* y no puedo llamarte *chico bratva*, entonces ¿qué más hay?

—Podrías probar con *papi*. ¿*Señor? Mi señor*... ¡eh! —Esos pequeños cojines del sofá son más duros de lo que parecen. Agarro uno y lo lanzo a un lado antes de alcanzarla. Casi se escapa de mi agarre, pero la atrapo justo a tiempo y la inmovilizo en el sofá. —No pegamos a la gente. Nosotros buscamos tener un trato gentil.

La forma en que resopla de risa es tan jodidamente adorable.

—¿Nosotros? Creo que tienes un doble rasero.

La coloco sobre mi regazo de manera que queda frente a mí, con sus ojos verdes brillando como esmeraldas bajo la tenue luz de la cabaña y sus piernas ancladas a cada lado de mí. Reprimo un gemido. Trazo la parte inferior de su mandíbula.

—Pórtate bien antes de que tenga que ponerte en el rincón de pensar.

—Rodion —dice, y su voz está a medio camino entre una advertencia y una risita. El sonido hace que mi pecho se apriete de la mejor manera—. ¿Al rincón de pensar? —repite con incredulidad en la voz.

—Ajá —Rozo mi nariz contra la suya, mientras mi sonrisa crece. —Nos sentaremos juntos y te explicaré por qué tu comportamiento no fue aceptable. Podemos hablar de tus sentimientos. Se trata de redirigir hoy en día, ¿no?

Me mira fijamente, mordiéndose el labio para no reírse.

—Oh, esto es buenísimo. Tú, el ejemplo perfecto de la violencia como primera respuesta, dándome lecciones sobre crianza respetuosa.

—¿Necesitas que replantee tus opciones? —bromeo, inclinando la cabeza—. ¿Ofrecerte algunas alternativas apropiadas para tu edad?

Arquea una ceja.

—Por favor, ilumíname. Debo de haberme equivocado porque, por alguna razón, pensaba que las consecuencias que impondrías incluirían cuerdas, una habitación oscura y algunas palabrotas en ruso.

Tiro suavemente de un mechón de su pelo.

—Has estado prestando atención. Pero nada de palabrotas. Solo elogios, pequeña reina. Soy un firme creyente del refuerzo positivo.

Su risa es brillante y genuina.

—¿Así que aprendiste los métodos de tus padres?

Suelto una mezcla entre risa y gemido.

—Eh, no. Mi hermano mayor fue mi tutor después de que mis padres murieran, y es leal, dedicado, pero a veces un cabrón anticuado. ¿Sargento instructor? Gobierna con puño de hierro. ¿Me he dejado algún *cliché*? —Hago una mueca. —Su lema era *el dolor forja el carácter*.

Una mueca cruza su rostro.

—¿Tus padres murieron y tu hermano se convirtió en tu tutor?

Asiento.

—Sí. Yo aún era un crío, así que...

Con sus ojos fijos en mí, sonríe mientras su mano cubre la mía.

—¿Y aunque fue duro contigo, lo quieres?

Ja. Como si fuera algo del pasado.

La esperanza brilla en sus ojos como si todavía quisiera creer que los hermanos pueden amarse. Que no todo el mundo es tóxico y dañino. Será un punto sensible para ella. Pero no voy a mentir.

—Amo a mi familia hasta la médula. Haría cualquier cosa por ellos —le digo, con la voz un poco ronca. Trago saliva, inesperadamente emocionado. Echo de menos mi hogar. Echo de menos a mis hermanas. Echo de menos a mis hermanos burlándose de mí, dándome órdenes y contándome historias de sus andanzas. Echo de menos a mi abuelo cojeando con su bastón, repartiendo adagios y sabiduría rusa—. Haría cualquier cosa por ellos.

—¿Cualquier cosa? —Sus cejas se fruncen como si fuera un concepto que no pudiera comprender del todo.

—Cualquier cosa —repito—. Incluso llevar a una mujer que quiero mantener alejada de las miradas de todos al ojo público. Donde otros hombres podrían mirarla.

No muy lejos, aúlla un lobo. La atraigo más cerca de mí. Esta cabaña es robusta y segura, pero estamos en medio de la nada.

Ojalá pudiéramos quedarnos aquí.

—Creo que he leído demasiadas novelas románticas —susurra, con los ojos muy abiertos mientras pone ambas manos planas sobre mi pecho.

—¿Sí?

Asintiendo, continúa:

—Por un momento, pensé que ese lobo podría haber sido un cambiante rival.

—¿Un *qué* rival?

Está tan guapa cuando resopla de risa. Entrelazo mi mano detrás de su nuca y la atraigo hacia mí para poder besarla. Esta vez, el beso es suave, casi tentativo, mientras la provoco con el roce de mis labios contra los suyos. Pero cuando la saboreo, no puedo contenerme. Nuestras lenguas se rozan apenas. Le inclino la cabeza hacia atrás y toco su lengua con la mía de nuevo, deleitándome con el sonido de su suave gemido y la sensación de su cuerpo dócil en mis manos.

Nos separamos, jadeando.

—Cambiante —susurra—. Un alfa posesivo que se transforma en lobo cuando alguien amenaza a su mujer.

—Ah. —Asiento como si tuviera una puta idea de lo que está hablando. —¿No se transformaría cualquiera en lobo cuando alguien amenaza a su mujer?

La tristeza en sus ojos me toma por sorpresa.

—No, Rodion. Pero me encanta que hayas preguntado eso. Me *encanta*.

—Vosotras leéis las cosas más extrañas.

Con un encogimiento de hombros, reprime un bostezo. La he agotado.

Se siente como una insignia de honor.

—Vamos a llevarte a la cama. Por la mañana, volveremos a tu casa y haremos una maleta antes de coger nuestro vuelo.

Será una prueba para ambos. Aún no le he dicho que toda mi familia ha decidido venir a Nueva York. Resulta que Polina quiere pasar tiempo con su familia y Rafail quiere conocer a la mujer que traigo conmigo. Eso llevó a Semyon a querer explorar los territorios de la familia Romanov, seguido por Zoya diciendo que no quería quedarse sola en casa, y cuando Yana se enteró de que todos iban a Nueva York, reservó un vuelo desde Ciudad del Cabo para unirse.

—Pero quiero saber más sobre ti —dice mientras reprime otro bostezo.

Inclino la cabeza, sonriendo con suficiencia mientras me acerco más.

—Estás ganando tiempo. No me obligues a quedarme aquí y hacerte dormir. Tengo toda la noche.

—No te atreverías.

—Oh, claro que sí —murmuro, bajando la voz lo suficiente para que ella tiemble contra mí—. ¿Quieres ponerme a prueba? Incluso te leeré un cuento para dormir. Algo edificante, como *Crimen y castigo*.

—Oh, Dios. La peor forma de castigar a una chica de novela romántica. Eres implacable.

—Y *tú* ya deberías descansar. —Mi tono se suaviza mientras ella lucha por mantener los párpados abiertos. La levanto, acunándola en mis brazos mientras me pongo de pie y me dirijo a la cama. Sin decir palabra, la apoyo contra uno de mis hombros mientras bajo la manta y la acuesto.

Esto, justo esto...

Cuidar de ella cuando está cansada, arroparla y ver cómo se queda dormida... No sabía que necesitaba esto.

Está haciendo preguntas. Se merece respuestas. Respuestas que no estoy seguro de saber dar mientras la mantengo a salvo.

Ojalá pudiera envolverla en una burbuja donde nadie pudiera tocarla. Mi instinto me dice que le robaron su inocencia una vez. La he visto suspirar por sus libros y, aunque se ría como si fuera un pasatiempo, sé la verdad.

En su corazón, cree en el poder del amor. En su corazón, quiere ser tan amada y valorada como las mujeres de sus libros.

Y, maldita sea, quiero dárselo. Todo.



Capítulo Diecisiete

Ember

Los hoteles de lujo y los áticos suenan bien. Pero, ¿el olor a café y beicon en una cabaña de troncos antes de abrir los ojos? Eso sí que es el colmo del lujo.

Me estiro antes de abrir los ojos, consciente de que la bolsa de agua caliente que tenía a mi lado ya no está. Recrearme en los recuerdos de la noche anterior me hace sentir como si estuviera viviendo en las páginas de uno de mis libros: Él secuestrándome, sexo tan bueno que me hizo curvar los dedos de los pies, seguido de su adorable y sorprendentemente excitante sermón antes de meterme en la cama. Quiero coger mi móvil y grabar un vídeo, pero... Este es solo para mí.

Abro un ojo, adormilada. La luz de la mañana temprana se filtra a través de una pequeña ventana cerca de la puerta. Las paredes están hechas de troncos pulidos, cuyos cálidos tonos color miel brillan suavemente con la luz del amanecer. Gruesas vigas de madera atraviesan el techo. Es rústico y encantador. Solo le falta un perrito peludo junto al hogar que quiera que le rasquen las orejas.

Una chimenea de piedra domina una de las paredes, con su hogar perfectamente apilado con leña. El ligero aroma a pino, ceniza y los

fuegos de anoche persiste en el aire. Suspiro. Hay una robusta mesa de comedor de madera con sillas desparejadas y una alfombra de *patchwork* a los pies, que añade un toque de color a la paleta, por lo demás, terrosa. En la pared del fondo, una estrecha estantería de madera alberga algunos libros encuadernados en piel y una lámpara de aceite de cristal. No veo ninguno de los títulos de *mi* estantería, pero algunos clásicos de Austen y Brontë me hacen sonreír.

No sabía que describiría un lugar así como lujoso, pero aquí estamos.

—Pensaba que no sabías cocinar.

Rodion se da la vuelta, sexi como el demonio, sin llevar nada más que unos calzoncillos. Desde aquí, puedo ver las cicatrices que tracé con mis dedos la noche anterior y la característica tinta de la bratva. Sus músculos ondulan mientras se mueve. Es la puta personificación de la perfección masculina. Trago saliva y me relamo los labios.

—Eh, no —dice con una mueca—. Fue la única lección que Rafail intentó enseñarme. Fracasé estrepitosamente.

—¿Rafail? Es tu hermano mayor, ¿verdad?

—Sí. —Cuando se vuelve hacia mí, tiene una bandeja de comida apilada en el plato. —Este es beicon precocinado, pero la señora de la tienda me prometió que era a prueba de tontos. —Lo pincha con un tenedor. —¿Tiene... buena pinta?

Me siento en la cama, de repente hambrienta.

—El sándwich de anoche está más que olvidado, así que, a menos que esté quemado o crudo, me lo comeré.

—Déjame adivinar —dice, lanzándome una mirada recelosa—. ¿Necesitas pepinillos y mantequilla de cacahuete?

—¿Crees que estoy embarazada?

No estoy preparada para la forma en que su mirada se vuelve ardiente.

Sus ojos se oscurecen y la sonrisa juguetona desaparece de su rostro mientras algo crudo y primitivo toma su lugar.

—Si lo estuvieras... —Su voz es baja, áspera en los bordes, como si el pensamiento por sí solo hubiera encendido algo profundo dentro de él. —Podría lidiar con eso.

Dios mío.

Se me corta la respiración y parpadeo mirándolo, sorprendida por el repentino cambio en su tono, por la forma en que su mirada se clava en la mía como si estuviera reclamando algo que no existe... todavía.

—Rodion... —empiezo, sin saber si le estoy advirtiendo o cuestionando, pero él se acerca y su imponente presencia le quita el aire a la habitación.

Sus dedos rozan mi mandíbula e inclina mi barbilla hacia arriba para que no pueda apartar la mirada.

—Significaría que eres mía de una manera que nadie podría cambiar jamás. —Ya no hay burla, solo una posesividad silenciosa y feroz que me hace estremecer.

Debería haberlo sabido.

No estaba preparada para esto...

He leído sobre esto, ¿no? Hombres como él. Anoche bromeé sobre que era un lobo, pero ahora mismo no siento que eso esté lejos de la verdad.

Sacudo la cabeza, intentando salir del hechizo que está tejiendo.

—Eso... No es así como funciona.

Cuando sonríe, es siniestro y peligroso.

—¿Estás segura de eso, pequeña reina? Porque la idea de que lleves a mi hijo, de que estés unida a mí en todos los sentidos... Se siente *exactamente* como debería funcionar.

—Estaba bromeando, Rodion. —Mi mirada se centra en la bandeja. Hay un montón de beicon crujiente junto a *bagels* con queso crema y una taza de café humeante.

—Yo no.

—Lo sé. —Alcanzo el café. Me desconcertó la primera vez que me dio uno porque sabía exactamente cómo lo tomaba.

Pero, ¿ahora? Me encanta.

Comemos en un silencio amigable. Sé que volveremos pronto, pero no quiero dejar esta cabaña. Acabamos de llegar.

—¿Por qué ese puchero? —Me da un toquecito en la nariz y arquea una ceja.

—Solo pensaba que me gusta estar aquí. Creo que me... acostumbré a mi apartamento de mierda. Es mi hogar e intenté que se viera bonito, pero, al estar en una cabaña rústica que parece una versión moderna de *La casa de la pradera*, me doy cuenta de que he estado viviendo en los barrios bajos.

La profunda sombra que cruza su rostro y su gruñido de acuerdo me dicen todo lo que necesito saber. Nunca ha intentado esconder lo que sentía por mi apartamento.

Además, y no se lo admitiré a él, todavía no, pero... Se sintió tan jodidamente *perfecto* compartir cama con él. Nunca supe si me gustaría compartir cama con un hombre, pero ¿compartir cama con Rodion? El *cielo*. Durmió como una piedra a mi espalda, con su pesado brazo sobre mí. Estaba envuelta en un capullo, feliz y contenta.

—¿Has revisado tu cuenta? —pregunta Rodion.

Inicio sesión mientras mastico un trozo de *bagel* y esparzo migas sobre el plato. Él está flotando sobre mi hombro, con su presencia imposible de ignorar. Ni siquiera me está tocando, pero puedo sentir el calor que irradia, la silenciosa intensidad de su concentración. Es inquietante lo mucho que me gusta.

Mientras mi cuenta carga, su brazo roza el mío y levanto la mirada para encontrarlo mirando la pantalla como si pudiera explotar.

—Prácticamente me estás respirando en el cuello —bromeo, intentando aligerar el ambiente. Miro mi pantalla—. Joder.

—¿Qué?

—Algún trol...

Él no se ríe. En cambio, su rostro se endurece mientras lee los comentarios.

—Relájate —digo rápidamente, percibiendo ya la tormenta que se está gestando en él—. Esto es solo parte del trabajo. Me enfrento a esto constantemente.

Su mandíbula se tensa y sé que está a dos segundos de ir a cazar a este tipo. Antes de que pueda decir nada más, aparece otro mensaje... Pero es desde *su* cuenta.

> **Cuidado con lo que dices. No querrías que averiguara dónde vives.**

Me quedo paralizada, con el *bagel* a medio camino de mi boca mientras mis seguidores estallan en los comentarios, inundando mi *feed* con emoticones de risa, ojos de corazón y el equivalente en internet a chillidos caóticos.

—¡Rodion! —Giro en mi silla, con voz mitad regañina, mitad horrorizada. —¿Qué acabas de hacer?

Se encoge de hombros, completamente impenitente, con una sonrisa afilada y peligrosa.

—Lo he solucionado.

—¡Dios mío, no puedes ir amenazando a la gente por internet!

—¿Por qué no? Se lo merecía —dice como si nada, inclinándose hasta que estamos cara a cara—. Además, les encanta.

No se equivoca. Mis seguidores están devorando esto y los comentarios son una mezcla caótica de admiración y envidia.

¿¿Dónde consigo yo un hombre así??

¿¿Vibras protectoras de mafioso?? Sí, por favor. 💪

Por esto estoy soltera. Ninguno de mis ex podría jamás.

Antes de que pueda discutir más, él se endereza, con expresión más fría.

—Tenemos que irnos.

—Me gusta estar aquí —replico, reacia a abandonar la seguridad de esta pequeña burbuja de la cabaña.

Su mirada se suaviza solo una fracción.

—Entonces volveremos. Pero por ahora, necesitamos movernos. Quiero revisar tu apartamento y tienes esa sesión de fotos más tarde.

Le envié un mensaje sobre eso hace dos días y no puedo creer que no lo recordara yo misma.

—Vale —suspiro, recogiendo los restos del desayuno—. Pero hagamos esto de nuevo.

El viaje de vuelta a mi casa se siente extrañamente... natural. Rodion tiene una vieja canción rusa sonando bajito de fondo, el tipo de música que es sorprendentemente suave, incluso melódica. Lo miro de reojo: Tiene una mano descansando casualmente en el volante, y la otra sobre mi muslo.

Trago fuerte para ahogar un suspiro. No puedo evitar imaginar que esta es mi vida, que soy suya y que este hombre divertido, sexi y protector es... mío.

Pero en realidad no lo conozco.

Y él no me conoce a *mí*.

Aún así, me gusta la manera casual en que simplemente... encajamos. Se siente fácil. Se siente natural. Se siente... correcto.

Abro mi correo electrónico y me desplazo por una avalancha de actualizaciones de trabajo y facturas. Hay silencio entre nosotros, pero no es incómodo. Por una vez, no siento la presión de llenar el silencio. Me permito relajarme y me hundo en el ritmo del viaje, con su presencia extrañamente reconfortante.

Entonces él habla, rompiendo la quietud.

—La gala es dentro de tres días.

Levanto la mirada de mi móvil.

—¿Y?

—Y mi familia estará allí. Todos ellos.

Dios mío.

Su familia.

Su *familia mafiosa* al completo.

Mi estómago da un vuelco.

—No mencionaste esa parte antes.

Él se encoge de hombros con su hombro masivo.

—No lo preguntaste.

—Rodion... —Agarro el borde de mi móvil, repentinamente nerviosa. La idea de conocer a su familia, con sus ojos penetrantes y sus

inevitables juicios, es abrumadora. Pero hay otro pensamiento que también se está colando, uno que he estado evitando.

Si él es de la mafia, eso significa...

¿Qué *significa* eso?

¿Son tan despiadados y posesivos como él?

Y si Shawn... Espera. No he tenido noticias de Shawn. Un pensamiento repentino cruza mi mente.

—¿Le has hecho algo a Shawn? —suelto, con el corazón acelerado.

Gira ligeramente la cabeza, con expresión indescifrable. No estoy segura de que me guste lo buena que es su cara de póquer.

—¿Por qué?

—Porque no me ha escrito. No es propio de él quedarse callado tanto tiempo.

La sonrisa de Rodion es lenta, deliberada.

—Quizá por fin captó el mensaje.

—Rodion, *¿qué mensaje?*

No responde. Sólo gira hacia mi calle, con los neumáticos crujiendo suavemente contra el pavimento. Cuando llegamos a mi apartamento, no puedo decidir si sentirme aliviada o más asustada.

—Hablaremos de ello más tarde —dice con suavidad, aparcando el coche—. Tienes cosas más importantes de las que preocuparte. Y no, Ember. No he tocado a Shawn. —Con un ceño que siento directamente entre mis piernas, murmura: —No porque no *quisiera*.

Lo miro de reojo, con el pulso retumbando en mis oídos. La forma en que me mira, como si fuera dueño de cada pensamiento de mi cabeza, es a la vez emocionante y aterradora. Me gusta tanto que

me hace sentir expuesta y vulnerable. Vulnerable de una manera a la que no estoy acostumbrada.

¿Cómo puedo odiarlo *y* amarlo?

La puerta de mi apartamento me parece extraña antes incluso de tocarla. Percibo el más leve cambio en el aire, como si hubiera sido alterado. Mi estómago se anuda cuando alcanzo el pomo, pero la mano de Rodion se cierra sobre la mía, firme y estable.

—Pareces nerviosa.

Me humedezco los labios.

—Algo está… raro.

—Espera —dice suavemente. Su voz es una mezcla de orden y tranquilidad. Empuja la puerta para abrirla y entra primero, como si estuviera desafiando a lo que sea que esté dentro a que vaya a por él. La visión de sus anchos hombros tensos, preparados para cualquier cosa, no debería calmarme, pero lo hace.

El apartamento parece normal a primera vista, pero, al entrar, el aire se siente más pesado. Mi mirada se posa en la esquina de la mesa de centro, donde mis paquetes están apilados ordenadamente. Demasiado ordenadamente. Se me corta la respiración.

—Alguien ha estado aquí —susurro, con la voz temblorosa. Camino hacia el baño, con Rodion detrás de mí. A diferencia de los paquetes, aquí hay un desorden, como si alguien hubiera entrado y, deliberadamente, hubiera revuelto las cosas.

Aparto la mirada del desastre, con la bilis quemándome la garganta. Cuando era niña, siempre intentaba mantener las cosas ordenadas y limpias. Me hacía sentir que tenía una apariencia de control. Mi madre se burlaba de mí e incluso los profesores en el colegio escribían notas sobre mi «necesidad casi obsesiva de orden y limpieza».

A Shawn le encantaba burlarse de mí.

Contemplo los rollos de papel higiénico esparcidos por el suelo, las toallas desordenadas y mis artículos de aseo abiertos y volcados.

La mandíbula de Rodion se tensa.

—No ha sido cualquiera —dice, examinando la habitación con precisión depredadora.

—¿Qué-qué hago?

Se vuelve hacia mí y clava esos ojos oscuros en los míos con una intensidad que me roba el aliento.

—Probablemente estaba buscando pruebas de que vivo aquí —dice con un tono tan tranquilo como si estuviera hablando del tiempo—. Ahora que sabe que no es así, volverá.

Mierda.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Cuándo?

—Esta noche —responde sin dudar—. Por eso nos vamos.

—¿Nos vamos? —Mi voz se eleva. —¿Adónde…?

—A Nueva York —suelta como una piedra—. Necesito que confíes en mí, *kotyonok*.

Su mano busca la mía y me ancla en medio de la tormenta que se agita dentro de mí.

Mi pulso se acelera bajo su firme agarre. ¿Confiar en él? Escudriño su rostro, buscando algo, cualquier cosa que haga esto menos aterrador. Y ahí está: esa suavidad que no debería pertenecer a un hombre como él. Permanece en la curva de sus labios, en la más leve ternura en su voz. Casi me engaña.

Pero cuando menciona a Shawn, toda su expresión cambia. Esa suavidad se endurece en algo siniestro, peligroso. Protector. Y de

alguna manera… me hace sentir más segura de lo que jamás me he sentido en mi vida.

Ya sé mi respuesta.

Asiento con la cabeza; mi voz es apenas un susurro.

—Sí. Confío en ti.

Su pulgar acaricia mis nudillos, un roce fugaz que envía una espiral de calor a través de mí.

—Buena chica —murmura, y, con solo eso, mis rodillas flaquean.

—Nueva York —digo, más para mí misma que para él—. Nunca he salido de California.

La mirada de Rodion se dirige a mí, ahora más suave, pero no menos intensa.

—Quizá es hora de que veas lo que el resto del mundo tiene que ofrecer.

Toma mi mano de nuevo y la sostiene como si temiera que me escapara. Y, por primera vez, me permito apoyarme en él, dejando que me ancle en esta nueva, aterradora y emocionante realidad.

No puedo quitarme la sensación de que todo esto es solo un cuento de hadas. Solo un sueño inventado con personas inventadas. Que, cuando abra los ojos y despierte, recordaré quién soy y por qué estoy aquí.

No puedo mentir. Una parte de mí no puede evitar imaginar un futuro juntos. Pero eso no puede ser.

Puede que me emocione como una fan por un hombre enmascarado con tatuajes y vínculos con la bratva, pero en la vida real… ¿Es esto realmente lo que quiero?

Por ahora, voy a disfrutar de esto.

Por ahora, voy a… fingir que esto *es* real.



Capítulo Dieciocho

Rodion

Si ese hijo de puta se atreve a aparecer, es hombre muerto. Un *puto hombre muerto.*

Ni siquiera sé qué demonios le hizo cuando era más joven, pero no necesito todos los detalles. Cualquier enemigo de Ember es enemigo mío.

Hago una llamada rápida a Rafail. Cuando contesta, oigo el llanto del bebé de fondo y la voz de su mujer, Polina, intentando calmar al pequeño.

—Rodion. —Puedo notar la preocupación subyacente en su voz con esa sola palabra. Mi hermano es un tipo duro y, a veces, me pregunto si es completamente humano, pero este es el hombre que renunció a toda su vida para criar a nuestra familia.

Haría cualquier cosa por nosotros.

—¿Todo bien?

—Sí, por ahora. ¿Puedes reorganizar los detalles del vuelo para que podamos salir esta noche?

Sin dudar, responde:

—Por supuesto. ¿Cuánto antes?

—Cuanto antes, mejor.

—Dame un minuto. ¿Necesitas hacer el equipaje?

—Sí, nosotros lo estamos haciendo ahora.

—Nosotros —repite, pero no indaga más—. Llámame en treinta minutos.

Cuelgo el móvil para ver a Ember mirándome fijamente.

—Puedes simplemente... llamar para pedir un avión. Como yo pediría un Uber. —Me encanta cuando se muerde el labio y se enreda el pelo con los dedos, con esos brillantes ojos verdes observándome como si quisiera ver qué sucederá a continuación.

Me encojo de hombros.

—Puede que no sea un *avión*. —Siento que debo aclararlo para que no se lleve una idea equivocada. —Podría ser un jet, un helicóptero o algo así.

El sutil movimiento de sus cejas hacia arriba significa que eso no ayudó mucho.

—Así que tienes que ir a algún sitio y, *¡pum!,* aquí hay un avión. Tío, ¿sabes cómo llamamos a eso en el mundo literario?

—¿Me acabas de llamar *tío*? —Arrugo la nariz mirándola, pero ella no responde. Se acerca más a mí y coloca ambas manos sobre mis hombros, poniéndose de puntillas.

—Porno de competencia —suspira.

No voy a mentir: Mi voz suena un poco ronca y me siento como un adolescente enamorado ahora mismo.

—¿Has dicho porno?

Inclinándose, me traza los labios con su dedo índice.

Joder. *¿Quién sabía que eso era sexi?*

Trago saliva, con mis manos enmarcando sus caderas mientras nuestros labios se encuentran. El mundo desaparece, solo por un segundo, cuando nos besamos. Desearía poder profundizar esto, inclinarla y besarla hasta que esté jadeando y suplicando por mí, hasta que esté húmeda y necesitada, pero no puedo.

Tenemos que irnos.

—Porno de competencia —murmuro, negando con la cabeza—. Ni siquiera sé qué coño significa eso, pero si te hace feliz, lo haré de nuevo. Ahora ve. Haz tu maleta. Y no olvides tu cámara. La necesitarás.

—¿*Cuál*? —gime, y luego en voz baja: —¿Por qué la gente siempre piensa que tengo *una sola* cámara?

—Ember —le advierto. Cuando empieza a lanzar cosas en una bolsa y a vaciar el estante de su baño, echo otro vistazo al lugar—. ¿Necesitas ayuda?

—¡No! —dice con una mirada de triunfo—. Ya estoy lista. Vámonos. ¿Ahora vamos a tu casa?

—Ojalá.

He intentado llevarla allí desde el día en que la conocí. A un lugar donde podamos quedarnos en una cama *king size*, ducharnos en un sitio donde no parezca que el suelo se va a hundir y dormir donde sé que tengo seguridad de primera línea. Ella merece algo mejor, y pretendo dárselo.

Pero hoy no es el día. No tengo tiempo.

—Estoy bien. Tendré lo que necesito en Nueva York. Vivo allí.

Nuestro transporte espera en marcha junto a la acera. Rafail cumplió. Aunque esta vez conduciré yo.

Alcanzo sus bolsas. Solo necesita negar con la cabeza y gruñir antes de dejar que me las lleve.

Mientras cargo sus bolsas en el maletero del SUV, siento su mirada sobre mí como una marca. Miro por encima del hombro y ahí está ella, con los brazos cruzados y esos afilados ojos verdes siguiendo cada uno de mis movimientos. Está haciendo eso otra vez: morderse el labio como si estuviera a punto de decir algo mordaz, pero aún no ha decidido si vale la pena el esfuerzo.

—¿Qué? —espeto, cerrando el maletero de golpe.

Ella arquea una ceja, todo inocencia fingida.

—Nada. Solo me maravillo de cómo un tipo como tú pasa de ser músculo mafioso a maletero en menos de cinco minutos.

Me dirijo hacia ella con decisión, ignorando la sonrisa burlona que tira de sus labios. No me detengo hasta que me cierro sobre ella, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos.

—¿Tienes algún problema con eso, *gatita*? —Mi voz se vuelve baja, áspera como la grava, justo de la manera que sé que la hace estremecerse. No puedo esperar a estar a solas con ella otra vez.

Su sonrisa no vacila.

—En absoluto. Verte cargar mis cosas como una mula de carga es bastante sexi, en realidad.

Ella cree que es adorable. No se equivoca, pero eso no significa que vaya a dejarla ganar. Mi mano sale disparada, agarrando su barbilla, no con fuerza, solo lo suficiente para hacer que su respiración se entrecorte.

—Sigue hablando así y te enseñaré lo que es sexi.

Sus pupilas se dilatan y su respiración vacila, pero luego contraataca, inclinándose hacia mi tacto con una sonrisa maliciosa.

—Promesas, promesas.

Esta mujer. Va a acabar conmigo.

Ember mira por la ventana, con los dedos jugueteando en el dobladillo de su camiseta. No me pierdo cómo aprieta los muslos cuando mi mano roza la suya en la consola.

Dejo que el silencio se extienda. La conozco. No se quedará callada por mucho tiempo.

—Así que... —Su voz rompe la quietud, ligera y juguetona. —Porno de competencia. ¿Gran fan del género?

Sonrío con malicia, manteniendo los ojos en la carretera.

—Has dicho la palabra «porno», pequeña reina. No he escuchado nada más después de eso.

Ella se ríe, suave y gutural, y juro que se me va directamente a la polla.

—Por supuesto que no.

Antes de que pueda replicar, se vuelve hacia mí, cambiando de tono.

—En serio. ¿Qué pasa con esta gala? Actúas como si fuera una especie de Óscar de la mafia o algo así.

—No se trata de la gala —digo, con voz más fría—. Se trata de quién va a estar allí. Mi familia. Mis enemigos. La gente que cree que me posee.

Sus ojos se entrecierran y puedo notar que está dándole vueltas en la cabeza, diseccionando cada palabra.

—¿Y qué pasará cuando se enteren de mí?

La miro, tensando la mandíbula.

—Deja que yo me preocupe por eso.

—Eso no es una respuesta —espeta ella, con voz tensa por la frustración.

—Es la única que vas a obtener. —Mi voz es de acero ahora, más cortante de lo que pretendo. —No voy a permitir que te hagan daño.

No se estremece, pero veo cómo sus dedos se tensan alrededor del dobladillo de su camisa.

—¿Crees que puedes decidir eso sin más? No puedes controlarlo todo, Rodion.

—Mírame.

Giro el coche hacia el arcén y lo pongo en punto muerto tan rápido que los neumáticos chirrían. El silencio que sigue es ensordecedor. Su cabeza se gira hacia mí, con los ojos muy abiertos, pero yo ya me estoy inclinando sobre la consola, encerrándola con una mano apoyada en la puerta y la otra agarrando su muslo.

—Déjame aclararte algo —gruño, con voz baja y peligrosa—. Me importa una mierda lo que haga falta. Quemaré toda la bratva si es necesario para mantenerte a salvo. Y en cuanto a ti... —Mis dedos se aprietan ligeramente sobre su muslo y le arrancan un jadeo de los labios. —Eres mía, Ember. Has sido mía desde el momento en que te vi. Así que adelante. Lucha conmigo. Resístete. Dime que no me necesitas. Pero no pienses ni por un maldito segundo que te dejaré ir.

Su respiración se acelera ahora, y su pecho sube y baja mientras me mira como si estuviera dividida entre abofetearme y acercarme más.

—Estás loco —susurra, pero no hay enfado en ello. Solo hay algo crudo, algo necesitado.

Me inclino, con mis labios rozando su oreja.

—Te gusta.

Me empuja hacia atrás, no con fuerza, pero lo suficiente para demostrarme que sigue en esta lucha. Su sonrisa vuelve, afilada como una navaja.

—Conduce el maldito coche, *chico bratva*.

La agarro con fuerza para recordarle que pagará por eso.

Mientras conducimos, parece que está conteniendo algo, pero es un viaje corto y no quiero presionarla.

—Espera —dice Ember, dirigiéndome una mirada curiosa—. Este no es el camino al aeropuerto.

—¿Quién ha dicho que vamos a un aeropuerto?

—Emm...

—No me interesan los aeropuertos comerciales. Necesitamos privacidad, velocidad y discreción.

Ember parpadea. Noto que pone esa cara de ciervo deslumbrado por los faros que adopta cuando le recuerdo que no soy uno de los novios de sus libros, sino un verdadero mafioso.

—¿Y quizás evitar los ojos escrutadores del control de seguridad…?

—Exactamente.

—Así que vamos...

—A una pequeña pista de aterrizaje privada cercana. Es un lugar para jets privados y helicópteros.

—Oh, vaya. Vale. ¿Y esto es seguro? —Tan pronto como hace la pregunta, resopla y sacude la cabeza. —¿De qué demonios estoy hablando? Por supuesto que lo es. Después de todo, es *Rodion*.

Mi hermano se partiría de risa con eso. Soy el más imprudente de nuestra familia, pero cuando se trata de *su* seguridad, no estoy de broma.

El SUV se detiene con un rugido justo dentro de las puertas de la pista. La grava bajo los neumáticos cruje lo suficientemente fuerte como para hacer eco en el espacio abierto y silencioso. Las luces

tenues zumban desde los apliques superiores y proyectan largas sombras esqueléticas a través del asfalto agrietado. El aire huele ligeramente a combustible de avión y a aceite.

—Vaya —dice Ember suavemente, mirando alrededor. Lo observa todo: los hangares achaparrados con pintura descascarillada, las sombras imponentes de los jets privados inmóviles bajo charcos de luz, los musculosos de la bratva que están cerca del jet esperándonos. Van vestidos de manera informal, con sudaderas y vaqueros, pero con el revelador bulto de las armas de fuego en sus cinturas. Uno de ellos tira un cigarrillo al suelo y lo aplasta bajo una bota mientras me hace un gesto con la cabeza.

—¿Suficientemente seguro para ti? —pregunto, arqueando una ceja mientras saco sus bolsas del maletero.

Ella vacila, mirando a los guardias de la bratva.

—Déjame adivinar. El control de seguridad no está invitado a esta fiesta.

—No me interesa ese tipo de escrutinio —digo con voz firme—. Esto no es una escala en Newark.

Aprieta los labios como si estuviera conteniendo una risa.

—¿Y tampoco detectores de metales?

Gruño, desplazando su bolsa sobre mi hombro.

—¿Esa es tu conclusión de todo esto?

—Bueno, sí. —Agita una mano hacia los guardias y el jet. —Todo es muy *Misión: Imposible*.

Me detengo, observándola mientras examina la escena. No se estremece, no se echa atrás. Simplemente lo procesa como si estuviera marcando elementos en una lista mental. La forma en que asume este mundo con naturalidad, como si fuera solo otro giro inconveniente en una de sus novelas románticas, me provoca algo.

He visto a hombres que le doblan el tamaño palidecer ante la visión de mi familia bratva. Pero, ¿ella? Parece que lo está archivando bajo «decisiones pragmáticas de la vida» y siguiendo adelante.

Doy un paso más cerca, bajando la voz.

—¿Estás bien?

Ella resopla, pasándose una mano por el pelo.

—¿Que si estoy bien? Rodion, estamos a punto de subir a un jet privado porque tienes a tipos de la mafia esperando como si fuera tu servicio personal de aparcacoches. Esto es una locura.

Sus palabras dicen una cosa, pero su tono dice otra. Bajo su exasperación, hay algo más. Algo crudo. Sus hombros se relajan mientras me mira como si hubiera decidido confiar en esto. Confiar en *mí*.

—Estás a salvo conmigo —digo. Me sale más áspero de lo que pretendía, pero la verdad no deja espacio para la suavidad. Asiento hacia el jet. —Ahora vamos. Cuanto antes estemos en el aire, antes estaremos fuera de alcance.

El interior del jet es utilitario. Los asientos de cuero son oscuros, resistentes y están lo suficientemente gastados como para resultar cómodos. Las luces del techo brillan tenuemente y el zumbido de los motores es constante, casi tranquilizador. Ember toma el asiento frente a mí, mirando por la pequeña ventana mientras uno de mis hombres asegura el equipaje y cierra la escotilla.

Está callada por un momento, con sus dedos jugueteando con la correa de la bolsa de su cámara. Entonces me mira, con los ojos afilados.

—No dejas de decir eso. «Estás a salvo conmigo». Pero, Rodion... Apenas nos conocemos.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. Porque tiene razón. No nos conocemos de la manera que la mayoría de la

gente llamaría normal. No sé su color favorito ni el nombre de su maestra favorita de primaria. Pero la conozco. En las formas que importan.

Me inclino hacia delante, apoyando los codos en las rodillas mientras le clavo la mirada.

—Sé lo suficiente.

Ella arquea una ceja escéptica.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo qué?

—Sé cómo te gusta el café —digo con voz baja—. Lo cual, seamos sinceros, es jodidamente crucial. Sé que sueñas con una vida más grande que aquella con la que te has conformado. Sé que eres más fuerte de lo que nadie te da crédito. Y sé que he visto cada uno de tus vídeos en bucle porque no me canso de ti. Y en tus vídeos te menosprecias, pero eres divertida e ingeniosa, y sospecho que parte de la razón por la que pasas más tiempo en tu mundo de fantasía de libros que en la vida real es porque temes acercarte a las personas.

Sus labios se entreabren, pero no emite palabra. Por una vez, la he pillado desprevenida. Bien. No he terminado.

—He visto cómo miras a la cámara como si fuera lo único en el mundo que te entiende. Como si hubieras construido esta pequeña escapada perfecta, pero siguieras esperando a que alguien entrara y la destrozara. Alguien que pueda manejar a la verdadera tú. No la versión que *crees* que la gente quiere.

Su respiración se entrecorta y, por un momento, parece tan expuesta que casi me arrepiento de haberlo dicho. Casi.

—*Touché*, señor —dice finalmente, con ese adorable murmullo—. Pero tú no...

—¿No conozco a la verdadera tú? —Niego con la cabeza. —Sé más sobre ti de lo que probablemente debería. Y si eso te asusta, Ember, bien. Porque a mí también me asusta muchísimo.

Me recuesto y sonrío con suficiencia.

—Ahora veamos qué sabes sobre mí. —Esto va a ser bueno.

—Ah, mi turno. —El brillo esmeralda de sus ojos me derrite un poco. —Estás buenísimo y definitivamente se te ha subido a la cabeza.

Gruño ante su comentario, pero no la interrumpo. Recordaré eso la próxima vez que esté de rodillas.

—No es que te culpe, con todas esas seguidoras ofreciéndote su virginidad y demás, pero aún así. —Sus labios se contraen. —Eres seguro de ti mismo. Fuerte. Capaz de tomar el mando. Incluso valiente, como me imaginaría que sería un soldado. Eres protector e intenso. Cobras vida cuando tienes a alguien a quien cuidar, una batalla que ganar, un villano contra el que luchar. Lo cual, si lo piensas... —Su voz se apaga y se vuelve un poco tímida. —Es algo irónico, pero encantador.

Me recuesto en mi asiento y entrelazo las manos, escuchando.

—Pero, aunque seas peligroso, de alguna manera eres... familiar. Alguien que se parece más a mis novios de libro que ellos mismos y, por un lado, siento que te conozco... Pero por otro, siento que solo he arañado la superficie. —Se inclina hacia delante. —Pareces audaz y valiente, pero una parte de ti quiere demostrarse ante... alguien. Quizá tus hermanos. Quizá yo. —Se encoge de hombros. —Quizá ante ti mismo.

Una parte de mí desea poder volver a ponerme la máscara.



Capítulo Diecinueve

Ember

Volar a solas con Rodion se siente como si hubiéramos cruzado alguna línea invisible, precipitándonos hacia adelante más rápido de lo que los motores del avión pueden llevarnos. Hay algo en el hecho de estar encerrados a doce mil metros de altura con él que hace que parezca... serio.

No quiero que sea serio.

¿O sí?

Lo mejor de los novios de libro es que tú realmente llevas las riendas. Puedes escapar a la fantasía y explorar límites morales que quizás nunca tendrías la oportunidad de explorar en la vida real. Pero cuando el héroe de carne y hueso está sentado justo frente a ti... es mucho más difícil cerrar el libro.

Rodion se recuesta frente a mí, observándome con su mirada penetrante. Me miro a mí misma y suspiro.

—No tienes nada de qué preocuparte, pequeña reina —dice—. Les encantarás.

—¿Les? —Mis dedos juguetean con la esquina de mi libro; el ejemplar de bolsillo es un ancla de la que no me atrevo a apartar la mirada—. ¿Te refieres a tu elegante círculo de la bratva? No me mientas, Rodion. No encajo en tu mundo.

—Encajas donde yo decida que encajes —responde sin titubear, con una autoridad tranquila en su voz que hace que mi estómago se contraiga.

Ah, no, eso sí que no.

Eso enciende algo en mí, una mezcla de frustración y un calor que no quiero nombrar.

—Pues menos mal que soy yo quien decide dónde pertenezco —le suelto, finalmente alzando la mirada—. Y no necesito tu permiso.

Se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas; su atención ahora es tan intensa que resulta casi asfixiante.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Que voy a controlarte? ¿Que eres un peón para mí?

Su voz se vuelve más baja, más áspera.

—No juego con las cosas que quiero conservar. —El calor me sube a la cara y agradezco el zumbido de los motores que ahoga mi respiración entrecortada.

Decido cambiar de tema.

—¿Y qué hay de ti, Rodion? ¿Qué tiene de importante esta gala? ¿Por qué arrastrarme contigo?

Su mandíbula se tensa. Por un segundo, creo que no va a responder.

—Esto no es solo una fiesta. Es una prueba —dice finalmente, con palabras cortantes—. El tipo de prueba donde un movimiento en falso podría costarlo todo.

—¿Todo? —insisto, con el pulso acelerado.

Seguramente no *todo*...

—Mi familia. Mi lugar con ellos. —Su boca se tensa y vislumbro algo crudo en sus ojos. —Tú.

Mi corazón late más rápido. Sé que no lo dice a la ligera y, sin embargo, el peso de ello...

Inclino la cabeza y fuerzo una pequeña sonrisa desafiante.

—Eso es dramático, incluso para el señor Linaje de la bratva.

Sus ojos se oscurecen.

—Solo dilo, Ember, y hacemos que este avión dé la vuelta. Ahora mismo. Sin gala. Sin peligro. Solo nosotros.

No es la primera vez que me ofrece esto, pero...

Trago saliva.

—Esa no es una opción.

No puedo imaginar los problemas en los que se meterá, ¿y qué me espera a mí en casa? Le doy vueltas a todo, pensando, preguntándome...

—Estás pensando demasiado —dice, con voz baja y burlona. Incluso el sonido de su voz, ronca y profunda, me provoca un escalofrío por la espalda.

—No sabía que mis pensamientos necesitaran aprobación —respondo, con voz firme, aunque su mirada me dificulte respirar. Estoy bromeando, sin embargo, porque sé que él también lo hace.

Su mano áspera busca la mía y la sujeta. Contemplo mis dedos pequeños y pálidos, las uñas ligeramente afiladas pero sin pintar, aún en marcado contraste con su mano más oscura, bronceada, tatuada y de dedos anchos. Se siente extrañamente simbólico y no estoy segura de qué hacer al respecto.

Su sonrisa burlona se desvanece, reemplazada por algo más afilado. Se inclina hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, y el peso de su atención me clava en mi sitio.

—Tienes razón. No necesitas mi permiso. Pero yo no necesito el tuyo para mantenerte cerca. —Sus palabras caen como un puñetazo, robándome el aliento, y por un momento, ninguno de los dos se mueve.

Cuando vuelve a hablar, su voz es más suave, pero no menos intensa.

—Eres mía, Ember. Y todos lo verán.

Mmm. Eso es lo que él cree.

Una parte de mí quiere esto porque no soy inmune, pero otra parte aún se resiste a sus arrogantes afirmaciones.

Además... *todos. Todos lo verán.*

¿Todos quiénes?

Mi estómago da un vuelco. Me digo a mí misma que son nervios. Tiene que ser eso. Pero hay algo crudo en su mirada que me hace sentir completamente expuesta y, por una vez, no sé qué decir.

En cambio, bajo la mirada hacia el libro en mi regazo, mi tipo de escape favorito.

—¿Vas a leer? —pregunta, con esa sonrisa característica—. ¿Quieres que te lo lea?

—Eh, no. No necesito que me señales las inexactitudes, ni que te burles de los diálogos, ni que te mofes de las escenas de sexo. Me encanta, y tú puedes ver YouTube o… analizar una hoja de cálculo o algo así.

Mirando el título, sacude la cabeza.

—Por Dios.

Eso sí que me hace reír.

Cuando se levanta para ir a hablar con la tripulación, aprovecho el respiro para sacar mi móvil. Abro la aplicación; la reconfortante y familiar rutina calma mis nervios. Llevo mucho retraso con las publicaciones y esta es la oportunidad perfecta.

—Lecturas de avión —murmuro para mí misma, sosteniendo *La posesión de la bratva*, un título que me toca demasiado de cerca, y empiezo a grabar. El vídeo es simple, solo yo mostrando la portada, con mi voz ligera y juguetona—. Volando con mi obsesión actual. ¿Podríais decirle que no a esto? —Miro a la cámara y guiño un ojo juguetonamente antes de terminar la grabación.

Satisfecha, vuelvo a guardar el móvil en el bolso.

Rodion regresa justo cuando el piloto anuncia nuestro descenso, y su presencia domina inmediatamente el espacio. Su mano roza la parte baja de mi espalda cuando me levanto, enviando una oleada de calor a través de mí.

—¿Nerviosa? —pregunta, con los labios cerca de mi oído.

Trago saliva, asintiendo a pesar de mí misma.

—Millones te escuchan porque tienes algo real que decir. Te sumerges de cabeza en esta fantasía porque muestras a las mujeres que pueden adueñarse de lo que quieren tanto en la ficción *como* en la vida real. —Roza sus labios sobre mi mejilla, y su voz es un susurro ronco. —No renuncies a eso, preciosa. Hazlo tuyo. —Por un momento, con su calor contra mí y sus palabras que me dan estabilidad, casi le creo.

Asimilo cada detalle mientras nos subimos a la parte trasera de un coche que supuestamente nos llevará a su familia.

—Vale, de acuerdo —digo, como animándome, mientras me froto las manos a lo largo de los vaqueros porque tengo las palmas húmedas —. Puedo hacerlo. *Podemos* hacerlo, ¿verdad? —Justo antes de

comenzar una sesión de fotos o un vídeo, hay un momento de energía nerviosa, como si esta vez fuera a olvidar cómo hacerlo. Esta vez todos sabrán que soy un fraude... Y, cuando lo supero, encuentro mi ritmo. Los nervios se desvanecen y soy simplemente... *yo*.

Tengo que hacer lo mismo ahora.

Un suave beso en mi sien me hace tomar una respiración entrecortada.

—Sí, pequeña reina. Podemos.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —Sus dedos se entrelazan con los míos mientras conducimos por la ciudad. —¿Cuándo es la gala?

—Mañana. —Inclinándose, me acaricia el cuello con la nariz. —Así que te tengo toda para mí esta noche. Podremos dormir hasta tarde. Por la mañana, conocerás a mi familia.

Mi estómago da un vuelco.

¿Ya?

El viaje en coche es suave, ese tipo de deslizamiento lujoso que me hace hiperconsciente de todo. El cuero bajo mis dedos, el tenue aroma de su colonia, la forma en que su mano descansa posesivamente sobre mi muslo. No puedo dejar de inquietarme, con las palmas húmedas a pesar del frío aire acondicionado.

—Relájate —dice Rodion, con los labios rozándome la oreja como si fuera lo más natural del mundo—. Respira. Estás conmigo.

—Contigo —repito, forzando una sonrisa tensa—. Eso es lo que me preocupa —bromeo.

Su risa es profunda y rica, envolviéndome.

—Vas a sobrevivir a la noche de mañana sin problemas. Mi familia no muerde... Pero yo quizás sí.

Le lanzo una mirada fulminante.

—No ayudas.

Llegamos a un imponente hotel, todo de cristal y piedra relucientes, y mis nervios vuelven a dispararse.

Se siente un poco irreal: Guardias armados y asistentes uniformados, con cada detalle rebosando lujo y discreción. Mientras entramos en el ascensor privado, dejo escapar un suspiro tembloroso. El espacio es inmaculado, con paredes de espejo que reflejan la mirada penetrante de Rodion y mis ojos grandes e inquietos. Me quedo mirando los botones, observando cómo su mano se mueve para seleccionar el piso, pero en lugar de pulsarlo, vacila.

Oh, no.

Ya conozco esa mirada. Conozco la forma en que sus ojos se vuelven ardientes y peligrosos, y quizás sea mi imaginación cultivada por novelas románticas, pero juro que es cuando se transforma de humano en bestia.

—Rodion. —Extiendo mi mano en un esfuerzo inútil para detener lo que sea que vaya a hacer. —¿Qué estás...?

Antes de que pueda terminar, golpea el botón de parada de emergencia. El ascensor se detiene bruscamente entre dos pisos. La repentina quietud es ensordecedora, salvo por el rápido latido de mi corazón.

—¿Qué demonios? —exclamo, girándome para enfrentarlo, pero ya se está moviendo, entrando en mi espacio, devorando la distancia entre nosotros.

—Estás tensa. Asustada —dice simplemente, con un tono irritantemente tranquilo y controlado—. No me gusta. Y quiero recordarte a quién perteneces antes de que demos un paso más.

—¿No te gusta? —Mi voz se eleva, con mis puños apretándose a los lados. —¡Qué descaro! Pues perdona si conocer en persona a tu familia de auténticos criminales me tiene un poco alterada.

Inclinándose, su mano se curva en la parte posterior de mi cuello. Ahogo un gemido ante la instantánea oleada de calor que me recorre, conectándome a tierra al instante.

¿Cómo lo *hace*?

—No van a tocarte, pequeña reina. —Su pulgar acaricia la piel sensible en la base de mi cráneo, y, *maldita sea, funciona*. Dejo de temblar.

¿Fui yo quien se acercó o fue él?

Estoy contra el muro de su pecho, y una parte muy pequeña de mí todavía quiere apartarse, pero la pared de espejo está detrás de mí, sin dejarme adónde ir.

—Esto no es justo —susurro—. No puedes simplemente... *atraparme* para calmarme.

—¿Según quién? ¿Por qué no? —Su voz es acero envuelto en terciopelo, el peligroso ronroneo de un depredador, pero yo quiero... *más.* —¿Y quién dice que mi plan es atraparte para calmarte? Quizás tenga otros planes.

Abro la boca para discutir cuando me levanta, con sus manos bajo mi trasero, mientras me coloca en la barandilla del ascensor. La repentina intimidad de todo esto hace que mi piel se erice de calor y mi respiración se entrecorte.

—Rodion...

Esta vez, cuando mi voz tiembla, no es por miedo.

Inclinándose tan cerca que puedo sentir su aliento contra mi mandíbula y oler el aroma crudo, masculino y embriagador de su colonia, susurra:

—Adelante, pequeña reina. Dime que pare.

¿Cómo puede leerme la mente así?

Por supuesto que no puedo. No quiero.

Sus labios rozan mi cuello, con sus dientes raspando lo justo como para enviar chispas a través de mí.

—Tienes dos opciones, Ember. Primera, puedes luchar conmigo, porque sé que quieres hacerlo, aunque yo ganaré. O, segunda, dejas que te muestre cómo lidio con los nervios.

Mmm.

Déjame... mostrarte...

Pero no soy la chica que se rinde y muestra su vulnerabilidad. No, no. *Quiero* ser dominada. *Quiero* resistirme.

Quiero que me controle.

Mis manos ya están contra su pecho, empujando, probando, aunque es tan inamovible como la maldita pared de la azotea donde nos conocimos.

—Ah —dice, con una sonrisa y ese familiar brillo ávido en sus ojos—. Quieres pelea.

Cuando sus manos se aprietan contra mis caderas, atrayéndome hacia él, la presión es enloquecedora. La sensación caliente y firme de él entre mis piernas dispara mi necesidad.

—Estás jugando un juego peligroso —dice en un susurro gutural.

—Tú lo empezaste —replico, levantando la barbilla desafiante.

Con su boca en mi oreja, muerde suavemente mi lóbulo.

—Y voy a terminarlo —promete mientras me desliza fuera de la barandilla—. Date la vuelta y pon las manos en la barandilla. Si las

mueves, me obligarás a recordarte lo que les pasa a las pequeñas reinas traviesas que desobedecen a sus reyes.

Vaya.

¿Qué va a *hacer*?

Soy extremadamente consciente de los sonidos que hace mientras desabrocha diestramente la bolsa de mi cámara. ¿Qué está...? Oh, Dios.

Sus movimientos son pausados, medidos y enloquecedores. Sabe que lo estoy observando, ya al límite, atrapada entre pisos, consciente de cada sutil cambio de su cuerpo, de cada suave clic del broche de la cámara.

Con precisión deliberada, desata la correa de cuero alrededor de la cámara y dobla los extremos en su palma para formar un lazo flexible.

¿Está...?

—Quítate los vaqueros, Ember —ordena con voz ronca como la grava.

No me muevo. No puedo.

Se acerca más, y su altura y corpulencia me abruman. Sus nudillos rozan mi cadera mientras agarra la cintura de mis vaqueros y los desabrocha con un solo movimiento hábil. El sonido de la cremallera bajando resuena en el pequeño espacio.

—No me hagas repetirlo.

Estoy temblando mientras me los bajo por los muslos. El aire fresco acaricia mi piel desnuda y le oigo contener la respiración cuando me deshago de ellos. Mi pulso retumba ensordecedor en mis oídos.

La correa de cuero roza la curva de mi muslo mientras la arrastra lentamente hacia arriba, provocándome. Un escalofrío me recorre.

—¿Crees que es gracioso desafiarme? —Sus palabras son un gruñido bajo en mi oído, que envía una descarga directa a través de mí.

—Yo...

—Veamos si esto ayuda.

Entonces, sin previo aviso, su palma presiona la parte baja de mi espalda. La correa restalla contra mi trasero y grito, con la voz quebrándose entre el dolor y una oleada de calor fundido. La chasquea de nuevo contra mi trasero. Me pongo de puntillas y jadeo, incluso mientras el escozor se funde con una cálida y sensual excitación.

—No más contestaciones, pequeña reina. —La correa cae de nuevo, más fuerte esta vez. Me quedo sin aliento. —No más dudas ni vacilaciones. Te dije lo que podías esperar y te dije que confiaras en mí. Basta de hablar con esa bonita boca tuya cuando ya sabes quién tiene el control.

La correa aterriza de nuevo, cruzando la línea de calor ya palpitante. Gimo, y suena mucho más como rendición que como protesta. Mis dedos se clavan en la barra frente a mí, resistiendo su orden. Asiento, aun sabiendo que estoy dando la bienvenida a otro latigazo de la correa.

El cuero restalla con más fuerza y mis rodillas ceden, con mis dedos aferrándose a la barra como a un salvavidas. Mi respiración es superficial; cada escozor me atraviesa, desdibujando los límites entre dolor y placer.

—Sí —logro articular—. Sí.

—Buena chica. —Su mano libre acaricia la línea caliente de mi piel. —Te gusta esto, ¿verdad? La forma en que te manejo. La forma en que finalmente puedes dejar de intentar cargar con todo tú sola.

La retira y la chasquea de nuevo, con otra línea de dolor iluminando la primera.

—Manos en la barra, Ember. Justo así, nena.

De nuevo, me azota con la correa antes de desenrollarla, la desliza entre mis piernas y luego la levanta como una silla de montar invertida. Arrastra el cuero hacia arriba, provocador y deliberado, hasta que presiona contra el húmedo dolor que ha creado. Estoy tan mojada, tan excitada, que meneo mis caderas descaradamente contra el cuero.

—Qué chica tan mala —dice, negando con la cabeza mientras se inclina detrás de mí y susurra en mi oído—. Quieres correrte otra vez, ¿verdad, nena?

Desliza la correa hacia adelante y hacia atrás, lenta y tortuosamente, y la fricción me envía una sacudida. Mis caderas se sacuden y anhelo alivio.

—Mírate —dice con aprobación—. Tan ansiosa. Tan dispuesta a tomar lo que te doy.

Mi cuerpo tiembla mientras me arqueo hacia su contacto.

—Ruégame, pequeña reina. Dilo. Quiero oírte suplicar.

—Por favor... déjame correrme, por favor. —Mi voz apenas es audible mientras lucho contra la embriagadora oleada de excitación y necesidad, y me cuesta todo mi esfuerzo mantenerme en pie.

La correa se tensa entre mis muslos.

—Todavía no. Te correrás cuando yo diga que puedes.

Entonces, desaparece. Aire fresco y vacío en su estela.

Con su boca en mi oído, me tortura.

—Es el coño más bonito que he visto jamás. El trasero azotado más sexi que jamás he contemplado. Cuando conozcas a todos, quiero que la visión de esto esté en primer plano en tu memoria.

—Rodion...

Si no me deja correrme...

—Paciencia, pequeña reina. Quiero llevarte al ático primero. Hablaremos allí.

Con su boca cálida en mi hombro, planta un beso abrasador en mi clavícula antes de volver a colocar la correa en su sitio.

—Ya casi estamos —dice con una sonrisa maliciosa.

—*Nooo* —gimoteo.

Me tambaleo contra él, pero me endereza y me sostiene.

—Te prometo que la espera merecerá la pena. —Gimo cuando me sube los vaqueros por el dolorido trasero y me coloca bien.

—No puedo creer que estés...

Pero mis palabras mueren en mis labios cuando la puerta del ascensor se abre.

Mi estómago da un vuelco ante la visión que nos espera.



Capítulo Veinte

Rodion

Hijo de puta.

Vaya, si no es otra que la familia Kopolov, aquí en pleno, lista para recibirnos a mí y a mi pequeña reina.

Podrían haber avisado. ¿Y por qué parecen todos tan *cabreados*?

El agarre de Ember en mi mano se intensifica mientras salimos del ascensor. La tensión en el aire es asfixiante.

—No esperaba semejante comité de bienvenida —digo con suavidad, consciente de la respiración nerviosa de Ember y de sus temblores a mi lado. Sé que la imagen que tiene ante ella probablemente sea aterradora: Rafail, con sus ojos oscuros y evaluadores entrecerrados al mirarnos a ambos y sus labios curvados en una sonrisa inexistente. Semyon, con la mirada fría y calculadora tras unas gafas finas, tan distante y amenazante como siempre. Mi primo Matvei, corpulento y amenazante con el arma desenvainada, junto a ellos. Todos visten ropa informal de negocios, como si estuvieran listos para salir a cenar con consultores.

—Guárdala, Matvei —digo en voz baja—. Joder.

Tras un momento de duda, guarda la pistola en su funda, pero su postura no cambia.

—Así que esta es la chica que has traído —dice Rafail.

Vaya, gracias por el cálido saludo familiar.

—Ella es Ember. Y sí, está conmigo. ¿Por qué el comité de bienvenida?

Salimos del ascensor. Joder, espero que nadie haya oído sus gemidos en el hueco del ascensor.

El tono de Rafail es gélido.

—¿Estás seguro de que esto es una buena idea, Rodion?

Mis dedos se tensan sobre la mano de Ember, y mi voz es tan afilada como una navaja.

—¿Perdona?

—Esta es la que me pediste que enviara a casa urgentemente.

La rabia se extiende por mis extremidades mientras niego con la cabeza. No aprecio su tono de burla ni cómo habla de Ember como si fuera una maldita mercancía.

—Obviamente, sí. ¿Alguien quiere decirme qué coño está pasando? ¿Dónde están las mujeres?

Rafail señala con la cabeza hacia una esquina de la habitación.

—En la cocina. Antes de que las vea, tenemos que hablar un poco. ¿A qué coño están jugando ustedes dos, Rodion?

No había escuchado ese tono de voz desde que era un maldito crío.

—¿De qué está hablando?

Oh, mierda.

Quizás encontraron mi cuenta en las redes sociales. Si encontraron mi cuenta, estoy jodido. Pero, entonces... ¿por qué miran a Ember como si fuera el enemigo?

Rafail se mueve, metiendo las manos en los bolsillos, pero no lo hace parecer más relajado, solo más calculador. Él y Semyon comparten una mirada de complicidad.

¿Qué coño?

—No sabía que le permitías publicar vídeos sobre nosotros en internet —dice Rafail.

¿Qué?

—¿De qué estás hablando?

Semyon saca una tableta y toca algunos botones. ¿Realmente van a echarle la bronca por tener una cuenta sobre libros de mafiosos? Eso es ficción. Deberían saberlo...

Oh, no.

Miro fijamente el vídeo, con una fría conciencia retorciéndose en mi estómago.

Joder.

—¿Cuándo grabaste ese vídeo, Ember? —pregunto, apretando su mano. Tengo cuidado de no hacerle daño, aunque quiero *sacudirla*.

Es ella en el avión, sosteniendo un libro. En *nuestro* avión.

—¿Dónde estaba yo?

Es una publicación viral, con miles de mensajes y millones de visualizaciones entrando mientras hablamos. Condenatoria. Incriminatoria.

—No sé qué pasó —dice ella, negando con la cabeza. Aunque sus ojos están abiertos por el miedo, su voz está teñida con la ferocidad

que tanto me gusta de ella.

Así se hace, chica.

—Sí, tengo una cuenta, pero no tiene nada que ver con *vosotros*. Es sobre libros románticos. Publico sobre ficción, no sobre *vosotros*. Ni siquiera sé quiénes *sois*.

—Mire esto —dice Rafail, obviamente furioso mientras señala una esquina de la pantalla.

Ember se cubre la boca con la mano. No digo nada al principio, ya que estoy intentando mantener la calma.

—Te he hecho una pregunta, Ember. *¿Cuándo?*

—En el avión, te levantaste para hablar con la tripulación, y aproveché para publicar un vídeo rápido.

—Quizá no debería publicar vídeos rápidos —suelta Rafail. Odio la forma en que la regaña como si fuera asunto suyo. Mis manos se cierran en puños a mis costados—. Quizá debería tomarse el tiempo para editarlos antes de publicarlos.

Doy un paso hacia él. ¿Cómo se atreve?

—Quizá *tú* deberías cerrar la... —Cierro la boca ante la mirada ardiente que me lanza, justo cuando Semyon espeta:

—*Rodion.*

No puedo perder los estribos, no aquí, no ahora, no con mi hermano el *pakhan*.

Los ojos de Ember centellean hacia mis hermanos, y sus fosas nasales se dilatan.

—No sabía ni que la bratva era real hasta hace como dos semanas, así que perdónenme por no saber que no podía grabar un vídeo en un avión al que fui *invitada*. —Se vuelve hacia mí, con los ojos

brillantes por las lágrimas contenidas. —Me conoces. Sabes que nunca haría nada para herirte intencionadamente a ti o a tu familia.

Rafail señala con el dedo el vídeo.

Justo en la esquina de la pantalla están todos los detalles: un escudo en el fondo con nuestro apellido familiar. El título sugiere temática de la bratva, y todo el asunto *quizá* podría haberse descartado como ficción, si no fuera por la sección de comentarios.

—Joder —susurro, negando con la cabeza—. *No*.

Alguien lo investigó todo y publicó toda nuestra información para que el mundo entero la viera. Es el comentario más destacado.

—Bórralo —espeto, pero ella ya está en ello, con las manos temblorosas mientras desbloquea su móvil y accede a la aplicación.

—Ya está —susurra, sin expresar lo que todos estamos pensando: borrar la publicación no elimina las capturas de pantalla ni las visualizaciones. La filtración está ahí fuera, y no hay vuelta atrás.

—No lo sabía. No tenía ni idea. Pensé que solo estaba grabando un vídeo para mi cuenta. Es parte de mis ingresos, ¿sabes? Necesito seguir publicando, y llevo días sin hacerlo. No tenía ni idea de que tendríais información en el avión que os identificara. No pretendía...

—¿Burlarse de nuestra familia? —espeta Rafail—. ¿Convertirnos en el hazmerreír de...

—*Rafail.*

Me interpongo entre Ember y él. Nunca quise tener que elegir entre mi familia y Ember, y no quiero tener que hacerlo ahora.

—Basta. Ella no lo hizo con mala intención. Fue un accidente inofensivo. Esto es a lo que ella se dedica, y no tenía ninguna mala intención.

—*No es* inofensivo. —Sus fosas nasales se dilatan. —Esto se ha extendido más de lo que crees. Tenemos que hablar contigo a solas,

Rodion. —Su voz pone mis nervios al límite.

¿Qué demonios ha pasado?

—De acuerdo, pero nadie la toca —advierto, con voz de acero—. Si le tocan un solo pelo de la cabeza, responderéis ante mí.

Las cejas de Rafail se arquean. Semyon silba por lo bajo, y Matvei silenciosamente hace la señal de la cruz.

Rafail entrecierra los ojos mirándome.

—Tus hermanas están en la cocina. Lleva a Ember allí mientras hablamos.

Definitivamente no tengo elección, pero a ella no le gustará que nos separen. Joder, yo mismo creo que es una idiotez, pero sé que es mejor no replicar ahora.

Así que la tomo de la mano y la llevo a la cocina. Todavía estoy temblando. Todavía esperando las consecuencias de haberme extralimitado con Rafail. Me matará por esto.

—Lo siento —dice Ember en un susurro. Sus ojos están empañados de lágrimas.

—Solo haz lo que te digan por ahora. Déjame ocuparme de esto. —Le beso la mejilla. —No lo hiciste con mala intención. Lo sé. Sé que eres reservada sobre todo esto, y sé que solo estabas intentando publicar un vídeo. Pero tengo que hablar con ellos en privado, y lo arreglaré. Pasa el rato con mis hermanas. —Pongo los ojos en blanco. —Son mejor compañía, de todos modos.

La pequeña cocina está conectada con la sala de estar, pero aislada, así que no podemos ver ni oír a mis hermanas hasta que atravesamos la puerta. La dulce Zoya, menuda con pelo oscuro y cálidos ojos marrones, y mi hermana Yana, más alta y esbelta que Zoya, están de pie apoyadas en una encimera.

—Hola —dice Yana cálidamente, extendiendo sus largos y delgados dedos para tomar la mano de Ember—. Soy Yana. Ella es Zoya. Y tú eres...

—Ella es Ember. Cuidadla, chicas. Tengo que ir a hablar con Rafail.

Zoya hace una mueca.

—Buena suerte. Lo siento, está de mal humor, Rodi. —Se retuerce las manos, siempre nerviosa alrededor de mi hermano, que es como un nubarrón.

Yana, sin embargo, es menos fácil de intimidar.

—Vamos, Ember. Vamos a darte algo de comer. Ellos solucionarán las cosas.

—Me encanta tu cuenta —dice Zoya con una sonrisa—. No puedo creer que seas *tú* quien está aquí. Siento que estoy conociendo a una celebridad. Tus recomendaciones de libros son lo mejor.

—¡Zoya! —Estoy sorprendido por su confesión. Todavía pienso en la pequeña Zoya como una niña, la hermana menor. Y he leído esos malditos libros...

—¿Qué, Rodi? —Agita su mano, descartándome. —Relájate, ¿quieres? ¿Has olvidado que ahora soy adulta?

—Apenas —murmuro. Mis hermanos se estarán impacientando. —Necesito salir. *Cuidadla*.

Vuelvo con mis hermanos. Están esperando en la sala de estar.

Hay vodka, por supuesto.

Al menos sé que Ember está segura en la cocina.

Camino directamente hacia el vodka, agradecido de que mis hermanos hayan traído del bueno.

—¿Alguien quiere una copa? —Estoy eludiendo el tema, pero no me importa una mierda. Me acerco y me sirvo varios dedos.

—No quiero una copa, Rodion —dice Semyon con un suspiro—. Quiero respuestas. Todos las queremos.

Pero para mi sorpresa, Rafail se levanta y camina hacia mí. Es tan alto como yo, pero me llevó tiempo alcanzarle. Sé cuándo me he pasado de la raya, y Dios sabe que lo he hecho antes. Siempre ha sido como un padre para mí, pero quizás ahora, de alguna manera, es más un padre que un hermano.

Cuando se acerca a mí, reprimo un respingo, preparado para cualquier cosa después de lo ocurrido ahí fuera, pero en lugar de eso, me atrae hacia un abrazo.

Algo en mi pecho se afloja.

Lo reprimo de nuevo.

—Me alegro de verte, hermano, aunque tenga ganas de retorcerte el cuello.

Bueno, eso es lo más tierno que Raf puede llegar a ser.

—Me alegro de verte también.

Nos separamos, y doy un sorbo al vodka antes de sentarme junto a él.

—Bien. Voy a contároslo todo. Tranquilizaos, ¿vale?

Rafail se apoya contra un pequeño escritorio de madera y niega con la cabeza, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No. Habla.

Esto no va a sentar bien.

Doy otro sorbo. Dios, echaba de menos esta mierda. Sabe a hogar.

Suelto un suspiro.

—Estaba haciendo el trabajo que me dijiste que hiciera. Y entonces... Vi el vídeo que Matvei envió sobre los *thirst traps* de la mafia, y pensé... pensé que quizás podría divertirme un poco.

—¿Qué coño hiciste? —pregunta Semyon con un gruñido, negando con la cabeza.

Es hora de abordar esto de frente y prepararme para las consecuencias. Ember no puede cargar con la responsabilidad ella sola.

—Creé una cuenta —admito—. Pero no dejé que *nadie* supiera quién era. Llevaba máscara todo el tiempo, ya que es lo que a todo el mundo le gusta ahora mismo de todos modos.

—No a todo el mundo —murmura Semyon—. Continúa. No puedo esperar a oír el resto.

Rafail gruñe, pero no dice una palabra.

Trago saliva.

—Nadie tenía idea de que era yo.

—¿Qué puta cuenta? —pregunta Semyon, con voz peligrosa—. Enséñamela.

Dios. Mierda. Estoy en un buen lío. Aun así, abro la cuenta y se la muestro.

—Hijo de puta —murmura Rafail entre dientes—. ¿En qué demonios *pensabas*? ¿Tan desesperado estabas por llamar la atención? —Parece que quiere estrangularme, y honestamente, ahora mismo, no le culparía.

—Vaya —murmura Semyon, mirando mi móvil—. ¿Ya setecientos cincuenta mil seguidores? ¿Y apenas has empezado? Es impresionante, hermano.

—¿De qué coño estáis hablando? —Rafail parece que quiere darnos una paliza a los dos él solito. No sería la primera vez.

—Se necesita mucho para conseguir tantos...

—¡Me importa una mierda lo popular que sea! —ruge Rafail—. ¡Cuanto más popular sea, más vulnerables somos todos! Es la mayor estupidez que he visto en mi vida. —Se gira hacia mí. —Venga. Ve con Ember. Déjame adivinar. Es una de tus estúpidas seguidoras.

Ni siquiera me doy cuenta de que me he puesto en pie para ir a por él hasta que Semyon y Matvei me sujetan.

—*Siéntate*, hermano —advierte Semyon. Aparto la mirada. Rafail es el mayor, pero Semyon también es mayor que yo, y no es ningún enclenque. Tengo que controlarme.

Miro con furia a Rafail.

—Necesitamos tener esta conversación. Necesito arreglarlo. Pero tienes que mostrar respeto por esa mujer igual que lo harías con Polina.

Las cejas de Rafail se elevan.

—¿Quieres comparar a Ember con Polina?

Estoy furioso y haciendo todo lo posible por no decir algo de lo que me arrepienta.

—No tienes ni puta idea de quién es ella para mí.

Odio que conozcan su nombre, pero era inevitable. No puedo tenerla en mi vida y que sea anónima. Mi familia y yo somos uno solo. Es la ley de la bratva, firme y fiable, y ni siquiera yo desafiaré algo tan inmutable como la lealtad familiar. Joder, la tengo grabada en la piel.

Odio que esté en otra habitación, separada de mí, pero me alivia que esté con Zoya y Yana.

Rafail se calma, pero finalmente asiente.

—Continúa, pero vigila tu lenguaje. Te estoy dando mucha libertad, Rodion, solo porque has hecho cada maldito trabajo que te he

encomendado a la perfección y solo porque sé que serás tú quien se saque de este lío. Date prisa. Mi paciencia se está agotando.

No me digas.

—Vale, pues... Me quedé algo prendado de ella. La subestimación del año, pero no voy a aclarar más. Estoy profundamente, locamente, perdidamente enamorado de esa mujer.

—Y una mierda —dice Semyon, negando con la cabeza. Continúo y finjo que no existe.

—Nosotros, eh... empezamos a enviarnos mensajes.

Aparto la mirada. Odio compartir esto con ellos. Se siente especial y sagrado, y no quiero profanar lo que es nuestro. No tengo elección.

—Intenté mantenerme alejado, iba a borrar mi cuenta, pero no pude. Es la primera vez desde que la jodí que sentí... que algo iba bien. Pensaba que los vídeos eran ridículos, y entonces... vi a Ember. Y todo cambió. —Mi voz se desvanece y niego con la cabeza. Suelto un suspiro tembloroso. —Así que empezamos a... tontear por mensaje. Y luego la conocí, y yo... No puedo evitarlo. Quizá la acosé un poco. Tiene este jodido hermanastro, tío, y yo...

—Rodion. —La mirada de Rafail no se ha suavizado ni un ápice. —Incluso para ti, esto es una auténtica gilipollez. Pero ahora tenemos que arreglar esto con tu cita.

—No es una puta cita cualquiera —espeto, elevando la voz. Aprieto los puños y le miro fijamente.

No se le habla *así* a Rafail Kopolov. Nunca en mi vida le he levantado la voz. Nunca. Ni siquiera cuando era un crío. Siempre le respeté, le temí... Pero no puedo tolerarlo ahora, no cuando Ember está en juego.

—Rodion —gime Semyon.

Rafail se pone en pie mientras se quita la chaqueta. *Joder.*

—¿Quieres repetir eso?

Cuando Rafail baja la voz, la cosa está a punto de explotar.

Puede que sea mi hermano, pero también es el jodido *pakhan* de la familia Kopolov. Me he pasado de la raya.

Le miro directamente a los ojos. No me importa lo que me hagan. Soy miembro de esta familia y no dejaré que se metan con Ember.

—No es una simple cita, Rafail. No es un capricho adolescente. —Tengo que decirles la verdad. Tengo que arriesgar el pellejo y admitirles lo que ni siquiera me he admitido a mí mismo todavía. —La amo. Ella es la única mujer que amo. —Se me quiebra la voz. —Haría cualquier cosa por ella.

Rafail me estudia. En silencio. Por una vez, su mirada realmente se suaviza.

—No lo entiende —dice Semyon en voz baja. Miro de uno a otro.

Matvei solo sacude la cabeza.

—Todavía no le hemos mostrado todo.

Trago saliva, con un escalofrío recorriéndome la columna mientras Rafail abre su móvil.

—¿Ves esto? —dice con una voz que conozco demasiado bien, la misma que usaba cuando estaba en el despacho del director a punto de ser expulsado, o cuando cogí su coche y lo destrocé, o cuando me caí del tejado del garaje y me rompí la pierna. La calma antes de la tormenta—. La ubicación de nuestros enemigos. Este es el hombre que mataste la semana pasada, ¿verdad? Lo usaste como ejemplo. Bien, hay consecuencias, Rodion. No sabían quién estaba detrás. Ahora que han rastreado la cuenta de Ember hasta Los Ángeles, con el nombre de Kopolov en ese avión, *saben* que estuviste allí.

Joder.

Pensé que había sido muy cuidadoso. Sabía que estaba jugando con fuego.

Si me han traído aquí para deshacerse de ella, si le tocan un solo pelo...

—¿Qué pensáis hacerle?

Me pongo de pie, pero Semyon se interpone frente a mí, con voz baja y fría.

—Siéntate de una puta vez, Rodion.

Saca una tableta y me muestra imágenes de Ember tomando té con mis hermanas.

—Está bien.

Me siento de nuevo, pero no me relajo.

—Si le hacéis daño...

—No vamos a hacerle ningún daño —dice Rafail—. No si haces lo que te decimos. ¿Qué te he dicho cada maldita noche que has estado en California? ¿Qué te dije que necesitaba que consiguieras?

Me quedo mirándole fijamente.

—Una esposa.

¿Una esposa?

—Sí, dije que necesitas una esposa —repite Rafail—. Después de la mierda que aguantó Semyon. —Niega con la cabeza. El matrimonio concertado para hombres como nosotros es más complicado de lo que parece. Nuestra reputación nos precede.

Rafail continúa.

—Así que estas son tus opciones. Tienes dos. Deshacerte de ella o convertirla en tu esposa.

Me quedo mirándolo fijamente.

—Ella no es una de los nuestros, Rafail. No puede simplemente...

—*Todavía* no lo es.

Las mujeres de su mundo no se lanzan al matrimonio para salvar sus vidas.

¿O sí?

—Sabe que no le haría daño —niego con la cabeza.

Madre mía. Se va a volver loca.

—Lo sé. Pero conoce lo que nuestra familia exige. —La voz de Rafail se vuelve más baja. —Me disgustaría ordenar un golpe contra una mujer a la que estás apegado. O que quizás incluso amas.

La frialdad en su mirada me hace apartar la vista.

Dios mío.

No me ha dado dos opciones. Me ha dado *una.*

¿Casarme con ella? No está preparada para algo así, ni de coña. Por supuesto que no lo está.

—¿Cuánto tiempo tengo para solucionar esto?

Rafail se pone de pie.

—Te daré una hora. Debería ser suficiente para que averigües lo que tienes que hacer.

—Esto es temporal, Rafail.

—No hacemos cosas temporales, Rodion. Lo sabes.

Mueve la cabeza hacia Semyon y Matvei, que se ponen de pie y lo siguen, y grita:

—¡Yana! ¡Zoya! Nos vamos.

Las chicas vienen rápidamente, con Ember detrás de ellas.

¿Qué coño voy a hacer?

Rafail se vuelve hacia mí antes de irse.

—Te creo. Voy a perdonar que te hayas extralimitado esta noche, con una condición: arréglalo.

Yana extiende la mano y aprieta la de Ember antes de guiñarle un ojo. Al salir también me da un abrazo.

—Danila estará aquí mañana. Os ha echado de menos —dice con una sonrisa. Su marido ha estado fuera, y ella vino sin él, pero parece que la gala Romanov será una especie de reunión.

Le devuelvo el abrazo en una especie de estupor y veo cómo Zoya se despide de Ember agitando la mano.

—¡Te traeré ese libro mañana! Y tienes mi número por si necesitas algo.

Bueno. Ember ya se ha ganado a mis hermanas. Eso es algo, supongo.

Ember se queda sola, con los ojos muy abiertos y pálida, mientras la puerta se cierra tras ellos. Se gira hacia mí, y me parte el corazón cuando veo su cara descomponerse.

No, no, no. Haré cualquier cosa para evitarlo. Trato de alcanzarla, pero ella se aparta, negando con la cabeza.

—Lo siento, Rodion. No quería...

—Lo sé. —Me desplomo en una silla cercana e inclino el cuerpo hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

¿Cómo coño voy a decirle esto? Apenas confía en mí, y mantener su autonomía es de suma importancia para ella. No puedo simplemente... arrebatársela.

Tengo que hacerlo.

Nunca me perdonará.

Khristos.

—¿Qué... dijeron? Tus hermanas no me contaron nada. Fueron amables, pero dijeron que tú hablarías conmigo.

Asiento, sin querer posponer esto ni un minuto más.

—Ven aquí, Ember.

Ella traga saliva, mirándome con recelo, pero hace lo que le digo. Cuando llega hasta mí, se sienta en mi regazo y mantiene la espalda recta como si tuviera miedo de acercarse demasiado.

A la mierda con eso.

Le agarro la nuca y arrastro su boca a la mía. Nuestros labios se rozan y nuestras lenguas se tocan antes de que ella gima y suspire. La beso hasta que me siento fuerte otra vez, listo para hacer lo que viene a continuación.

—No me dijeron mucho, Rodion —repite, evidentemente muy nerviosa.

Asiento.

—Lo sé. Es porque me lo dijeron todo a mí.

La tensión flota entre nosotros como una tormenta inminente, pesada y húmeda.

Ella traza mi mandíbula con un dedo.

—Parece que hubieras visto un fantasma.

—Sí.

Necesito quitarme esto de encima. Exponerlo todo.

Estar preparado para perseguirla si intenta huir.

—Me dieron un ultimátum, y sé cuál voy a elegir.

Se lame los labios; su mirada se encuentra con la mía. A lo lejos, un perro ladra y un reloj hace tictac en la repisa.

—Y... ¿cuál es? —pregunta en un susurro— Rodion...

—Tu publicación ha sacado a la luz a nuestros enemigos. Han podido identificar mi ubicación y la tuya. No es bueno.

—Oh, mierda.

—Sí.

—Sabías que yo era bratva, pero no creo que entendieras las consecuencias, lo que eso significaba... —Negando con la cabeza, continúo. —Pero no voy a culparte. Fui yo quien te persiguió. Fui yo quien te convenció para que pasaras tiempo conmigo. —Aparto la mirada de ella. —Solo tenemos dos opciones, y no voy a hacerte daño, Ember.

Sus grandes ojos verdes registran una leve sorpresa, pero nada más.

—¿Y la otra opción?

—Matrimonio. Inmediatamente. Tú y yo.

Actúa como si le hubiera aplicado un hierro al rojo vivo. Salta de mi regazo como si la hubiera quemado.

—No puedo casarme contigo, Rodion. ¿Hablas en serio? ¿*Matrimonio*?

Le agarro la mano y la hago volver.

—Totalmente en serio. Puedes, y lo harás porque no permitiré la alternativa. Pero escucha... —Suavizo mi voz. No puedo gritarle.

Ella niega con la cabeza.

—*No*. No me casaré contigo. No puedo. Mira los problemas que he causado hoy...

La tomo por los hombros y la sacudo. Su pelo se mueve alrededor de su cara mientras ella se agita, tratando de alejarse de mí, pero la sujeto con fuerza.

—No *hay* otras opciones, Ember. No voy a hacerte daño. No voy a perderte por esta mierda.

La suelto como si estuviera en llamas. Odio la forma en que me está mirando.

Me paso una mano por el pelo.

—Es temporal. Nos casamos, aparecemos en la gala Romanov, y esto pasa. Lo vemos como algo temporal. Y luego, cuando las cosas se calmen... cada uno por su lado.



Capítulo Veintiuno

Ember

—Vaya, y esto cómo se ha puesto. —El tono tranquilo de mi voz no se corresponde con la energía de los rápidos latidos de mi corazón o con la forma en que mi cerebro hace cortocircuito ante la palabra *matrimonio*.

Rodion resopla. Esto probablemente será nuestra perdición, no voy a mentir. Nunca nos tomamos las cosas con la suficiente seriedad. Sinceramente, por eso estamos en esta situación, para empezar.

Trago saliva e intento hablar, pero no sé qué decir ni cómo proceder.

¿Por qué me da miedo escuchar la palabra «matrimonio», pero quiero llorar cuando él añade «temporal»?

Nunca pensé que quisiera estar... *casada*.

Y menos aún con un auténtico hombre de la bratva.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunto, con la voz ronca—. ¿Casarnos temporalmente como si fuéramos dos borrachos cachondos en una capilla de Elvis en Las Vegas?

—Por supuesto que no. —Su voz es áspera. No puedo distinguir si está enfadado, emocionado o qué. —Eres la mujer más hermosa que

he visto jamás. Y no me importa que no nos conozcamos desde hace mucho. Me siento vivo cuando estoy contigo. Y, por primera vez en toda mi vida, yo... Siento que realmente puedo imaginar un futuro con alguien. Pero no puedo obligarte a que me quieras.

¿Podría alguien hacerlo? ¿Tiene el amor algo que ver con esto?

Porque no confío en mí misma. No confío en cómo mi corazón late más rápido, imaginando una vida con Rodion, mientras que, al mismo tiempo, mi cerebro está intentando desesperadamente encontrar una salida de esta situación.

Lo que él no sabe es que... Estoy a medio camino. Tengo reservas, sí, pero me encanta estar con él. Sin embargo, ¿casarme con esa familia? Vi a esos hombres despiadados. Uno de ellos estaba *sujetando una pistola*.

Sé de lo que Rodion es capaz, y la idea de... de pasar el resto de mi vida con un hombre como él me hace derretirme como hielo en una sartén caliente.

—¿Has dicho que solo sería temporal? ¿Hasta que esto pase?

Se me oprime la garganta, con la realidad de la situación cayéndome encima.

—Sí. —Pero no me mira a los ojos cuando lo dice, y puedo sentir la tensión en su cuerpo.

Rodion no quiere algo temporal.

Y empiezo a temer que... yo tampoco.

—¿Tengo elección?

Cuando su mirada vuelve a la mía, mi corazón se entrecorta. Veo al hombre crudo y despiadado que está dispuesto a quemar el mundo entero si eso significa mantenerme a salvo.

Sus ojos se oscurecen con algo que no puedo identificar.

—*No*.

Aparto la mirada. Fui yo quien se enamoró de un hombre que sabía que era peligroso, un hombre de pleno derecho de la bratva. Dejé que la fantasía coloreara mi juicio, y ahora...

No hay vuelta atrás.

—Sé que no soy un buen hombre, Ember —dice en voz baja, pero no hay suavidad ni arrepentimiento en su tono. Nada más que una sinceridad brutal y pura.

¿No es esa una de las cosas que más me gustan de él?

—He acabado con vidas y he arruinado otras, más de las que jamás sabrás. Soy bratva. Siempre seré bratva. Y eso no cambia porque te quiera.

Parpadeo. Se me corta la respiración. Intento llenar mis pulmones de aire. Las palabras quedan suspendidas entre nosotros como una estrella caída, brillante e inesperada.

Porque te quiera.

—Yo no pedí esto —susurro, aunque una parte de mí se inclina hacia él, hacia *nosotros*, y me pregunto...

¿Lo hice?

—Yo tampoco. —Acuna el lado de mi cuello con su palma grande y áspera, con su pulgar rozando el punto donde mi pulso se acelera, como si quisiera asegurarse de que todavía estoy aquí. —Pero aquí estamos. Y no voy a dejarte ir.

Sus palabras son un juramento, dicho con determinación y seguridad. Sé que lo que me está ofreciendo no son corazones y flores, sino algo más profundo, más pesado, innegablemente manchado de sangre y peligroso... Más grande que nosotros dos.

—No sé cómo hacer esto —susurro, con las palabras ahogadas.

Se inclina y presiona su frente contra la mía.

—Tal vez aprendamos juntos.

Envuelvo mi mano alrededor de su hombro. Preparándome.

—¿Estás *seguro* de que no tenemos otra opción? ¿Ninguna?

—No. —Una palabra que cae como un martillo.

No hay otra opción.

Cierro los ojos, pero él levanta mi barbilla y me obliga a mirarlo.

—¿Quieres la verdad?

Trago saliva.

—Siempre.

Su mirada se endurece; algo letal brilla en las profundidades de sus ojos.

—Si otro hombre intentara alguna vez tocarte, le rompería las manos. Y si intentara alejarte de mí, lo ataría a una silla para hacerle ver cómo te poseo, lenta y brutalmente, antes de arrancarle los ojos y dejarlo desangrarse, sabiendo que lo último que vio fue cómo te hacía mía.

Oh, Dios mío.

No hay vacilación. No hay disculpa.

—Enterraría su cuerpo y dormiría como un jodido bebé, Ember.

Su suave caricia, con un pulgar rozando mi labio inferior, desmiente la total violencia de sus palabras.

—¿Me entiendes, pequeña reina? ¿Sabes lo que me das? No comparto a *mi esposa*.

Es muy diferente escuchar esas palabras en la vida real, oír la sinceridad y la devoción y saber que habla completamente en serio

en su declaración.

Su promesa.

No hay elección, pero me está diciendo en lo que me estoy metiendo.

—Una cosa más.

No sé si puedo soportar otra. Trago saliva y asiento.

—Tienes que eliminar tu cuenta —dice en una avalancha de palabras acaloradas—. *Ahora*.

Se me hunde el corazón. Cierro los ojos, luchando contra las lágrimas que pugnan por salir. Puse tanto en esa cuenta. Mi identidad como amante del romance es parte de quien soy. Por primera vez en toda mi vida, suspirar por un amor compartido hacia todo lo romántico me hace sentir que formo parte de algo más grande, una comunidad de personas que aún no han renunciado a soñar y que todavía creen que todos merecen ser amados apasionadamente. Que todos merecen un final feliz.

Cuando abro los ojos, él sigue mirándome fijamente.

¿Puedo renunciar a esta parte de quien soy por lo que podría ser real?

—Lo sé —susurro—. Ya me lo imaginaba. —Pero cuando abro mi cuenta y veo a mis amigos, las notificaciones, los vídeos pendientes de ver, me duele el corazón. Siento que estoy perdiendo una parte real de mí misma.

Pero me involucré demasiado. Llevé las cosas demasiado lejos. Ahora, me enfrento a las consecuencias.

Con manos temblorosas, hago clic en el gran botón rojo y confirmo el siguiente paso. Parpadeo. Una lágrima caliente y gruesa rueda por mi mejilla.

—Está hecho —susurro. Mi cabeza cae sobre su hombro—. ¿Y el tuyo?

Él exhala.

—Ya ha desaparecido. Debería haberlo sabido. Era demasiado arriesgado. —Mi corazón se hincha cuando besa la parte superior de mi cabeza. —Pero sé que ha sido más difícil para ti que para mí, pequeña reina.

Entonces, estoy llorando. Una parte de mí siente que es tonto reaccionar así, pero no es solo la cuenta o los seguidores o incluso el romance. He cortado una parte de quien soy y lo que amo, algo que forjé con mis propias manos. Me enfrenté al síndrome del impostor y asumí riesgos. Pero trabajé tan duro, horas y horas creando los vídeos y las fotos perfectos, leyendo miles de libros, destilando sentimientos, esperanzas y sueños...

Sigo presionada contra su pecho, con sus brazos rodeándome. Apoyo la cabeza en su hombro y lloro. No es solo la cuenta, es todo.

Que Shawn haya regresado a la ciudad y saber que estará allí cuando yo vuelva a casa.

Conocer a la familia de Rodion y saber lo que piensan de mí.

Mis elecciones ardiendo en llamas y verme obligada a tomar una decisión que me cambiará la vida.

Perder tanto de lo que he luchado, construido...

Su mano se desliza lentamente arriba y abajo por mi espalda. Constante. Reconfortante.

A pesar de todo, me derrito un poco. Los pensamientos y miedos comienzan a calmarse. No sabía que podía ser así.

—No lo has perdido todo —susurra en mi pelo, con voz baja y áspera—. Lo construiste una vez y puedes construirlo de nuevo.

Sorbo por la nariz mientras él continúa.

—Y has conservado lo más importante.

Lo miro. Por primera vez desde que llegamos aquí, sus ojos bailan con ese familiar humor cargado de calor que me atrajo hacia él desde el principio. Rodion nunca se tomará la vida demasiado en serio, y es la maldita cosa más sexi que nunca esperé necesitar.

—Ah, ¿sí? —pregunto, con mi propia voz entonada con humor—. ¿Qué es?

Él resopla.

—Yo, obviamente.

Abro la boca para protestar cuando sus labios aplastan los míos. Sabe a victoria y peligro, y me encanta. Se traga mi gemido mientras sus manos agarran mis caderas con fuerza suficiente como para dejar moratones. Me siento a horcajadas sobre él, jadeando contra su boca, pero no me suelta.

No quiero que lo haga.

—No te contengas —gruñe, arrastrando sus labios como un hierro al rojo vivo por el lado de mi cuello, antes de morder lo suficientemente fuerte como para hacerme estremecer—. Estamos solos ahora. Déjate llevar. —Atrapa mis manos en una de las suyas, mucho más grandes, y susurra en mi oído: —*Déjate llevar*, pequeña reina. Entrégate a tu rey. Dime que eres mía. Quiero oírtelo decir.

Levanto la mirada hacia sus ojos. Quiero que me reclame. Lo quiero *dentro de mí*.

—Soy tuya —susurro.

Veo cómo algo se quiebra en él. *Lo siento*.

Con una facilidad sin esfuerzo, tensando sus músculos, me levanta y me lleva a la enorme cama en la esquina de la habitación. Me suelta; y sus movimientos son apresurados, casi salvajes, mientras alcanza mi ropa y me la arranca. La tela se rasga y se desgarra. En

un frenesí apresurado, le ayudo. Nunca he deseado tanto tener a un hombre dentro de mí.

Su camisa cae al suelo antes de que pueda parpadear y me tomo un momento para tocar su hermoso y perfecto cuerpo. *Ninguno* de esos vídeos le hacía justicia. No captaban la fuerza y el poder brutos, o la forma en que se contiene para no aniquilarme por completo. Se me seca la boca al verlo ante mí: todo músculos, cicatrices y belleza letal y desgarradora.

—Me estás mirando fijamente. —Esa sonrisa hace llorar a mis ovarios. Pero hay una oscuridad en su mirada que casi me desafía a apartar la vista.

—Quizás me gusta lo que veo.

Está sobre mí en segundos, agarrando mis muñecas y sujetándolas antes de arrastrar sus dientes por la columna de mi cuello. Su lengua sale disparada y me arqueo hacia él con un gemido que no puedo reprimir.

—Eres mía —susurra contra mi oído—. Cada latido. Cada respiración. *Mía*, mi dulce y hermosa pequeña reina. ¿Me he explicado con claridad?

—Clarísimo —digo con un gemido.

Me inclino hacia él, con mis piernas enredadas con las suyas mientras empuja su rodilla entre mis muslos, separándolos. El calor se enrolla en mi estómago, y la presión construye un dolor desesperado entre mis muslos. Levanto las caderas, suplicando sin palabras que me tome.

Entonces, disminuye la velocidad como si me saboreara. Los besos apresurados se vuelven más suaves, más apasionados. Se toma su tiempo, con su áspera palma recorriendo la longitud de mi cuerpo como si me memorizara, mientras roza sus labios con los míos. Sus manos me exploran como si fuera la primera vez que nos tocamos. Su miembro se hincha, presionado contra mí, y gimo débilmente.

—No gimas así —dice con voz ronca—. No podré contenerme, Ember. Te romperé.

Me arqueo hacia él y suelto un gemido bajo y desesperado, presionándome deliberadamente contra la dureza que se tensa bajo sus vaqueros, moviendo mis caderas:

—Quizás quiero que lo hagas.

El agarre de Rodion en mis caderas se aprieta, con sus dedos hundiéndose lo suficiente para dejar moratones. Su boca roza el borde de mi oreja, y su respiración es entrecortada.

—Ty khocheš', shtoby ya tebya rastyanul na etikh prostynyakh i zastavil tebya kričat', da?

No tengo ni idea de lo que está diciendo, pero me hace estremecer. Las palabras suenan ardientes y pecaminosas, y me encanta.

He *subestimado enormemente* lo sexi que es su ruso. *Lo he subestimado muchísimo*. Voy a hacer que grabe su voz para poder reproducirla en bucle mientras yo...

Su mano está en mi cuello. Presionando.

Le dije que me rompiera. Quería esto.

¿Lo quiero?

Tomo una respiración temblorosa. Todavía puedo respirar.

Sí.

El calor inunda mi centro al sentir su pesada mano en mi cuello y la mirada posesiva de sus músculos en tensión, con el conocimiento de que *podría* romperme, pero no lo hará.

—¿Qué has dicho? —pregunto en un susurro, saboreando la lenta y malvada sonrisa que es todo Rodion—. Lo que dijiste en ruso.

—Te pregunté si quieres que te extienda sobre esas sábanas y llene la habitación con el sonido de tus gritos.

Trago saliva con dificultad, con mi pulso latiendo bajo su palma. Asiento.

—Es fácil en ruso —dice con voz áspera—. Di: «*Da, Rodion*».

Me humedezco los labios, apenas capaz de formar las palabras.

—*Da, Rodion*.

Su gemido de respuesta es música para mis oídos.

—*Khoroshaya devochka*. —Besa mi mejilla. —Buena chica. Muéstrame lo buena chica que eres.

Su mano se aprieta en mi pelo, con mi cuero cabelludo doliendo deliciosamente, hasta que mi cuello se arquea bajo su tacto, dejando mi garganta expuesta para él. Su respiración es caliente y entrecortada contra mi piel, y me encanta la forma en que sus dientes raspan a lo largo de la curva de mi mandíbula.

Sus labios recorren mi cuello, pero no besa... Muerde, lo suficientemente fuerte como para hacerme gritar.

—Eso es lo que quiero oír, pequeña reina. —Besa donde mordió antes de bajar su boca a mis pechos. Están llenos y doloridos por él, así que cuando atrapa un pezón endurecido entre sus dientes, me dejo llevar y grito con fuerza. Mi necesidad por él se convierte en un calor húmedo entre mis piernas, anhelándolo.

Succiona mi pecho y pellizca el otro, luego muerde y roza sus dientes por la piel sensible.

—¿Estás temblando? ¿Es miedo, pequeña reina? ¿O algo más?

—Eh... ¿Ambos? ¿Puedo decir ambos?

Sonríe.

—Puedes decir lo que quieras.

No puedo ocultar cómo mis caderas se mueven debajo de él, buscando fricción. Él se ríe siniestramente, deslizando su mano libre bajo mi trasero y apretando el lugar adolorido donde me azotó con la correa de cuero de la cámara antes de deslizarse entre mis piernas, con sus dedos rozando el calor que se acumula entre mis muslos.

—Esa es mi chica —susurra—. *Vot eto moya devochka*.

Gimo mientras me acaricia, lento y deliberadamente provocador, justo lo suficiente para volverme *loca*. Cuando retira su mano, me deja retorciéndome y desesperada. Anhelante.

—Empapada —dice con fingida desaprobación—. ¿Crees que dejaré pasar esto? ¿Crees que no te castigaré por ser una zorrita tan mala y perversa?

Inclino la cabeza hacia atrás en silenciosa rendición.

—¿Qué vas a hacer? —Apenas reconozco mi propia voz. —¿Castigarme? Oh. Estoy tan *asustada*.

Debería estarlo. Realmente *debería* estarlo. Soy muy consciente de que los azotes que me dio en ese ascensor no fueron ni de lejos lo que él era capaz de hacer, y si empieza a pensar en negarme el orgasmo...

—¿De verdad quieres jugar a eso? —pregunta, negando con la cabeza—. ¿No decías que querías ser mi niña buena?

Le hago un puchero silencioso y me giro.

—Mírate, tan jodidamente hermosa.

Se aparta, y yo gimo ante la pérdida de su calor.

—¡Rodion!

Lo observo mientras sus manos desabrochan hábilmente su cinturón. Dios mío, es la tentación personificada mientras tira del cinturón y lo dobla. Acaba de azotarme. No va a...

En segundos, me recoloca en la cama para que quede de espaldas a él, con mis muñecas en su mano.

—Dijiste que te gusta la competencia, ¿no? ¿Cómo lo llamaste, porno de competencia?

—Bueno, no quise... Quiero decir... *Rodion* —protesto, mientras enlaza el cinturón alrededor de mis muñecas y tira, asegurándolas.

—Veamos qué tan competente soy haciendo que te corras.

Dios santo. ¿Por qué eso me llena de temor y deliciosa expectación al mismo tiempo?

—No puedes... Tú... Bueno, yo...

—Silencio, pequeña reina. Una palabra más y te amordazaré. ¿Quieres rendirte ante mí? *Hazlo*.

Abro la boca para protestar cuando lo siento debajo de mí. ¿Qué está...? Oh, *Dios*.

Rodion se tumba en la cama debajo de mí y coloca mis muslos a ambos lados de su cara.

—Siéntate en mi cara —gruñe, con su aliento caliente contra mis muslos. Tengo suficiente espacio para mover mis manos arriba y abajo, aunque no puedo escapar.

Agarrando mis muslos, me tira hacia abajo. Estoy temblando al sentir su boca entre mis piernas. Mis ojos se cierran. Todavía puedo sentir el latido donde me azotó, su mano en mi garganta, la marca de su boca en mí, mientras su lengua lame perezosamente mi clítoris.

Jadeo.

—¡Rodion!

Su palma golpea contra mi trasero. Inspiro bruscamente.

—Acéptalo —ordena, su voz amortiguada entre mis muslos—. No hables sin permiso. Y si te corres sin permiso, te mostraré exactamente lo que puedo hacer con ese cinturón, preciosa.

Aprieto los labios y me estremezco al sentir sus labios cerrándose alrededor de mi hinchado clítoris. Mi espalda se arquea y mi cuerpo se tensa. Ya estoy tan cerca. Pero él... Él dijo que... No puedo pensar más.

Mis caderas se arquean mientras intento desesperadamente recordar. No puedo hablar excepto para pedirle permiso para correrme. Si me corro sin permiso, estoy perdida. Y eso puede sonar excitante, pero definitivamente creo que es una de esas cosas para las que *todavía* no estoy preparada.

—Esa es mi chica —susurra justo antes de hundir sus dedos en mi centro—. Buena chica. ¿Estás lista para correrte, preciosa?

Asiento sin palabras.

—Por favor —susurro—. ¿Puedo?

—Córrete, nena. Córrete en mi lengua. —Su voz es un gruñido bajo, que vibra contra mí mientras su boca trabaja sin piedad. Sus manos se aferran a mis muslos, manteniéndome abierta, negándome cualquier escape. Me arqueo, tensándome contra el cinturón. El cuero se clava en mi carne y me mantiene anclada.

—Dámelo, nena. Quiero saborearte. Córrete —ordena con una dura palmada en mi muslo.

Eso es todo lo que hace falta. Me deshago bajo él, un grito crudo sale de mi garganta mientras el placer inunda mis extremidades; un éxtasis violento y abrumador.

Gime debajo de mí como un hombre hambriento, saboreando las réplicas mientras estoy indefensa.

Su lengua se ralentiza y me provoca con cada pulsación hasta que mi respiración es irregular y entrecortada.

—Joder, mírate —susurra, arrastrando su boca por mi cuerpo mientras me aparta suavemente de él, con besos de boca abierta a lo largo de la curva de mi estómago y la parte inferior de mis pechos —. Tan jodidamente hermosa cuando te rompes para mí.

Todavía estoy jadeando cuando libera mis muñecas, pero, antes de que pueda recuperar el aliento, su mano se desliza hasta la nuca, con los dedos enredados en mi pelo. Inclina mi cabeza hacia atrás y me obliga a mirarlo a los ojos.

—Aún no he terminado contigo.

Reprimo un pequeño chillido.

—Te haré correrte hasta que olvides tu propio nombre.

Estoy sin huesos y dócil mientras me coloca debajo de él, de rodillas, con las manos plantadas frente a mí. Siento su dureza en mi trasero.

—Rodion —consigo protestar cuando lo siento moverse, y lo siguiente que sé es que un lubricante caliente gotea por mi trasero. Jadeo cuando sus gruesos dedos presionan mi ano. Un segundo orgasmo me toma por sorpresa y eclipsa al primero—. Oh, Dios. Oh, *Dios mío* —gimo, corriéndome en su mano justo antes de que la cabeza de su polla presione mi entrada.

Me arqueo hacia él, tan ansiosa por que su calor me llene. Por estar conectados aún más de lo que nunca hemos estado. Todavía me estoy corriendo cuando me penetra, estirándome centímetro a centímetro hasta que estoy jadeando, con los dedos clavados en las sábanas arrugadas. No sabía que podía estar tan llena, tan estirada, tan *excitada* incluso después de haberme corrido.

—Tomas toda mi longitud tan bien, nena. Qué buena chica. —Su voz suena tensa, como si se estuviera conteniendo.

No se mueve por un momento, solo me mantiene allí, con él enterrado hasta el fondo, con mi coño apretado y estirado, y su polla latiendo dentro de mí. Siento cada centímetro de él, cada pulso, cada latido de su corazón.

Este hombre va a ser mi esposo. *Mi esposo.* Ha prometido acabar violentamente con cualquiera que amenace con separarnos. Estar con él significará rendirme de maneras que nunca imaginé. Sin embargo, ahora mismo… No deseo nada más que *a él.* A él en todo su poder y brutalidad, peligro y tenebrosidad, *todo él.*

—Tómame —suspiro—. Quiero que me tomes.

Con un gruñido bajo, me agarra del pelo, tira de mi cabeza hacia atrás y embiste contra mí. Grito, clavando las uñas en la cama una vez más, pero eso solo hace que me penetre con más fuerza, más profundamente, construyendo un ritmo que me está llevando a otro clímax. Maldice en ruso, con palabras ásperas y desesperadas.

—*Krichi dlya menya, Ember.* Grita para mí, nena.

Sus manos agarran mis caderas mientras embiste una y otra vez, y hago exactamente lo que me dice. Grito mientras me hace correrme de nuevo.

Y otra vez.

Y otra vez.

Cuando sale de mí, todavía duro como una roca, gimo.

—Rodion, ¿qué estás…?

Y entonces me arrastra al borde de la cama y cae de rodillas ante mí como si fuera a adorarme.

—No puedo, Rodion, yo…

Un azote castigador me silencia.

—Puedes y lo harás. Abre las piernas para mí.

Separa mis piernas y su lengua se sumerge entre ellas de nuevo. Mi espalda se arquea. *Dios mío,* estoy tan mojada, tan resbaladiza, tan sensible que me trago las lágrimas cuando lame mi clítoris otra vez. Estoy imposiblemente excitada mientras la necesidad crece de nuevo, esta vez más rápido. No puedo pensar más allá de la necesidad de llegar al clímax otra vez cuando lame mi hinchado clítoris y ordena con un gruñido áspero:

—*Córrete*.

Me deshago en otro clímax más intenso que el anterior. No puedo respirar. No puedo pensar. Las estrellas ciegan mi visión mientras jadeo buscando suficiente aliento como para gritar. Todavía me estoy corriendo, todavía envuelta en el éxtasis y la pérdida total de control cuando está sobre mí otra vez, y me está llenando de nuevo.

Mis piernas rodean su torso. Me sostiene, y su mirada es abrasadora mientras embiste. Estoy dócil y relajada debajo de él cuando envuelve su mano alrededor de mi garganta.

—Dime que eres mía —susurra.

Se siente como rendición y victoria cuando susurro:

—Soy tuya.

Sus manos sobre mí se aprietan, y clavo mis dedos en su espalda con la suficiente fuerza como para dejar marcas, atrayéndolo más cerca mientras su frente toca la mía y él suelta una retahíla de palabras en ruso. Su cabeza cae sobre mi cuello y gruñe, más suave que antes:

—*Mía*.

Me corro otra vez, más suave esta vez, más dulce, encontrando sus embestidas y su éxtasis con los míos.

Él acaricia mi cuello con la nariz. Me hace cosquillas, y me retuerzo y sonrío.

—Estoy orgulloso de ti, nena —susurra—. *Shhh*.

No puedo moverme. Estoy inmóvil. No puedo pensar. Estoy medio dormida, en un estado de completa felicidad, mientras él me acomoda en la cama. Un paño caliente aparece entre mis piernas un momento después, seguido de una suave toalla y sábanas sedosas.

Una almohada bajo mi mejilla.

El peso de una manta sobre mis hombros.

Rodion acurrucado a mi lado.

Dormir.



Capítulo Veintidós

Rodion

Está oscuro fuera. Las luces de nuestra finca se han encendido y los guardias armados están en las puertas, como siempre, mientras espero en el despacho de Rafail. No puedo recordar qué hice esta vez o cómo llegué aquí, pero ya conozco la rutina: sermón. Decepción.

Castigo.

Cuando se abre la puerta de su despacho, siento el peso de su decepción antes de verle.

—Rodion, ¿alguna vez vas a aprender de una puta vez?

Esta vez, Rafail no está solo. Ha traído a... todos. Mi abuelo, apoyado en su bastón, con su arrugado rostro marcado por la desaprobación. Semyon, frunciendo el ceño sin mirarme a los ojos. Mi primo Matvei. Entran en el despacho y evitan mi mirada.

Abro la boca para protestar, pero descubro que no puedo hablar. Mis labios están sellados. Una frustración creciente se acumula en mí y me pongo de pie antes de que Rafail me devuelva a mi sitio con un gruñido y la promesa de un castigo peor si no me siento.

Intento decirles que ella me necesitaba. Intento decirles que no fue mi intención. Intento decirles que no les fallaré. Pero no puedo abrir la boca, las palabras no salen...

Me despierto sobresaltado del sueño, parpadeando en el silencio de la mañana. Palpo la cama a mi lado y la encuentro vacía.

El sueño se desvanece, pero su aguijón permanece.

—¿Ember? —Pronuncio su nombre, pero no recibo respuesta. Me incorporo en la cama, con el corazón golpeándome contra la caja torácica, y me digo a mí mismo que me calme. Solo porque no esté...

El agua corre en el baño. La puerta está ligeramente entreabierta. Giro la cabeza para ver... Ember está de pie frente al lavabo, con el pelo recogido en un moño desordenado sobre la cabeza, cepillándose los dientes con vigor.

Suelto un suspiro.

Lleva puesta mi camiseta.

Me recuerda a un vídeo que hizo, uno que se hizo viral, donde suspiraba y decía que perdía la cabeza por una escena en la que la protagonista llevaba la camiseta demasiado grande de su novio. La mía le queda *muchísimo* más grande. La miro fijamente. Cuando levanta los brazos para guardar el cepillo de dientes, el borde de la camiseta se eleva y muestra la curva de su trasero desnudo.

Sé que esto quizá no es lo que ella imaginó para sí misma, pero voy a hacer que cada maldito día sea como una escena que solo su escritora favorita podría haber soñado.

Trago saliva con dificultad.

Solo ha sido un sueño. Solo un puto sueño.

La observo en silencio mientras se salpica agua en la cara. Está tarareando para sí. El sonido es cautivador y hace que me duela el

corazón.

Mi memoria se desvía hacia las veces que decepcioné a mi familia, algunas no tan recientes.

Si *no lo hubiera hecho*, nunca habría estado en California. Puede que nunca hubiera conocido a Ember. Aun así, el escozor de ser el maldito descarriado de la familia persiste, y sé que lo estoy haciendo todo otra vez.

Le dije a Ember que esto era temporal, sabiendo perfectamente que un matrimonio temporal con la bratva es imposible.

—Eh —la llamo, más alto esta vez. Quiero tocarla de nuevo y ahogar los recuerdos del pasado y el miedo al futuro. Volviéndose hacia mí, me hace un pequeño saludo con la mano.

—Buenos días. Oye, ¿no sois los rusos muy supersticiosos? —Cuando inclina la cabeza hacia un lado de esa manera, parece tan inocente.

—Sí, ¿por qué?

—¿No deberíamos, no sé, no vernos el día de nuestra boda?

—Ya es demasiado tarde para eso. —Me levanto de la cama y me dirijo hacia ella.

—¿Pero y si nuestro futuro está condenado ahora? —Ese dulce pliegue entre sus cejas...

Nuestro futuro. Quedémonos aquí un minuto.

—Entonces supongo que será mejor aprovechar el tiempo que tenemos juntos antes de que llegue la fatalidad. —Me inclino y le beso el hombro desnudo, donde se ha deslizado la camiseta. Sus ojos se cierran mientras le beso el cuello a continuación, con mis manos ancladas en la cálida suavidad de sus caderas.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y treinta y dos.

Las ocho.

¿Las ocho?

—¡Joder!

La suelto como si me hubiera quemado y me giro para coger mi móvil.

—Rafail dijo que estuviéramos listos a las nueve como muy tarde. Enviará un coche para llevarnos a la finca de los Romanov.

Oh, Dios.

—¡Rodion! —Sus ojos se abren de pánico mientras tira el cepillo y mira frenéticamente por toda la habitación. —¿Qué me pongo? ¡No me lo dijiste!

Ahogando un gemido, corre a la habitación y rebusca entre sus cosas.

—No importa. Tendrán todo allí. —Estoy revisando mi móvil para asegurarme de que no la he cagado en algo más, leyendo los mensajes de mis hermanas. Lo tienen todo organizado con la esposa de Rafail, Polina, y su madre, la matriarca de los Romanov.

Mi móvil está sonando; Ember revolotea por la habitación tratando de arreglarse, y yo me estoy maldiciendo por no haberme levantado antes. No quiero empezar nuestro día así.

Perderá la cabeza cuando se dé cuenta de que nuestra boda no es temporal, y parece que todo esto es un mal presagio.

—¿Qué? —contesto bruscamente al teléfono. Rafail, por supuesto.

Le oigo soltar un suspiro por la línea y mentalmente me maldigo por no mantener la compostura. Espero que me diga que salgamos porque nos están esperando, pero no lo hace.

—Tenemos malas noticias, hermano.

Ember me mira y yo le devuelvo la mirada mientras escucho. Me pongo más erguido. Si alguien va a hacerle daño, si alguien está planeando...

—¿Sí?

Rafail no habla de inmediato, y eso es lo que me altera. No es del tipo que vacila. No a menos que sea algo grande… Algo que podría descarrilarlo todo.

—Rodion. —Su voz es baja, grave y cortante. —Su puto hermano está aquí.

¿Qué?

Todo mi cuerpo se bloquea. Al otro lado de la habitación, Ember se queda paralizada como si lo supiera, como si pudiera sentir la noticia directamente a través del teléfono.

—¿Qué quieres decir con *aquí*? —digo entre dientes. La puta osadía de este maldito capullo.

—Quiero decir que está en la puerta. Dice que es de su familia y exige llevársela.

¿Hasta qué punto puede llegar la locura de una persona?

Ember me mira fijamente, con los ojos muy abiertos y pálida y con los labios entreabiertos para hablar.

—¿Qué ocurre, Rodion?

Rafail continúa con voz cortante:

—Sabe lo de la boda. Lo de ella. Demasiado, Rodion. No es solo un imbécil celoso del pasado. Ha estado investigando y no está solo. Parece que se ha hecho amigos en los sitios menos convenientes.

—¿Como quién, joder?

—Federales.

De todos los malditos...

Las palabras se me atascan en la garganta mientras asimilo lo que Rafail quiere decir. Shawn no solo está husmeando para causar problemas, ha convertido su obsesión por ella en un arma, *utilizándola* como moneda de cambio. Una pequeña piedra en el océano, provocando una onda que se extiende kilómetros.

Joder.

La voz de Rafail corta la niebla de furia.

—Parece que les ha estado dando información. Podrían ser tonterías, podrían ser migajas, pero ya sabes cómo funcionan los federales. Convertirán una miga en un maldito festín si eso les acerca a nosotros. Probablemente se lo está vendiendo como si fuera un maldito niño de oro, un buen ciudadano. Y ahora nos están rodeando.

Aprieto los dientes.

—¿Por qué demonios les importa?

—Podrían utilizarla. Piénsalo. Saca la cabeza del culo y usa ese cerebro.

Aprieto los labios mientras él continúa.

Debería haber acabado con Shawn antes de salir de California.

—Ella no tiene que hablar. Podrían utilizarla para rastrear tus movimientos, seguir tus llamadas, vigilar cada uno de sus pasos.

—Entonces lo sacamos de aquí —gruño, dirigiéndome hacia la ventana como si pudiera verlo a través de las malditas puertas del hotel.

—Ya lo intenté —dice Rafail—. No se va a marchar. No sin ella. Y si montamos una escena... Bueno, la hospitalidad de los Romanov solo

llega hasta cierto punto. Se lo prometí a Polina.

Voy a matar a ese hijo de puta.

Pero, ¿cómo, cuando no puedo hacerlo abiertamente y tengo las manos atadas?

¿Me perdonaría Ember alguna vez?

Casi puedo oír la advertencia subyacente. Este no es territorio de nuestra familia. Los Romanov tienen sus propias reglas, y nuestra alianza con ellos es tenue, en el mejor de los casos. Si Shawn hace uso de sus contactos con los federales, en lugar de un día de boda, me tocará que me esposen.

Ember ya está a mi lado, con los ojos ardiendo de preguntas.

—Dame diez minutos —le digo a Rafail antes de terminar la llamada.

—¿Qué ocurre? —Ember se coloca frente a mí. Odio cómo le tiembla el labio inferior.

—No te lo vas a creer. —Niego con la cabeza cuando veo que lo comprende.

—Solo hay una persona de mi pasado que podría joderlo todo. Es él, ¿verdad? *Dios*. Esto es lo que intenté decirte... que no es inofensivo. No puedes tratarlo como tratarías a un depredador normal. Él... no se detendrá ante nada, Rodion, ante nada. Oh, Dios.

Cierra los ojos y dos gruesas lágrimas ruedan por sus mejillas.

No permitiré que esto suceda.

Alargo la mano hacia ella.

Me aparta.

—No lo entiendes. Shawn no para. No… no se *rompe*.

La atraigo hacia mí, esta vez sin aceptar un no por respuesta. Rompe a llorar.

—Nunca me permitiría tener nada bueno, normal o sano.

No puedo evitar sonreírle con suficiencia. La situación es tensa; ella está hecha un lío, mi hermano está cabreado y no tengo ni idea de cómo voy a salir de esta situación, pero no siempre puedo tomarme las cosas tan en serio.

—¿Así que te retractas de todo? Casarte conmigo es bueno, normal y sano. —Asiento como si estuviera orgulloso. —Me siento honrado, nena.

—*Rodion*.

Me pongo serio y la atraigo hacia mí. Le beso la frente con fiereza y la abrazo.

—Estoy bromeando, cariño. Yo me encargo de esto. ¿Dices que él no se rompe? —La mantengo frente a mí y levanto su barbilla con el dedo para que me mire a los ojos. —¿Que no se rinde? *Yo tampoco*.



Capítulo Veintitrés

Ember

Daría cualquier cosa por volver ahora mismo a la seguridad de uno de mis libros. Volver a donde siempre hay finales felices y los villanos nunca ganan... *A menos que* sea el villano del que te enamoras.

Como yo.

Porque ahora mismo estoy en la parte trasera de un coche blindado junto a mi futuro marido, forzada a un matrimonio que él me dice que es temporal cuando yo sé que no, huyendo del vengativo hijo de puta del que llevo años intentando escapar.

En los libros, esto es pan comido. Mi guaperas de la bratva entra con paso arrogante, inmune a las leyes y consecuencias. Derrota al villano y me reclama como suya; suspendemos la incredulidad y no hay repercusiones legales. Quizás tengo hijos con él y, de algún modo, nuestras dos vidas extremadamente diferentes se funden en un felices para siempre.

Pero esto no se parece en nada a eso. Ahora mismo, mis nervios están tan a flor de piel que tengo náuseas. Rodion está de todo menos romántico mientras maldice en ruso y me da respuestas breves y crípticas, pegado a su móvil.

Ahora mismo, nos precipitamos hacia nuestro *día de boda.*

Quiero mantener mi mente en el presente, anclarme en la realidad de lo que es tangible y real.

Estoy a salvo.

Vamos a casarnos.

Haremos que esto funcione.

Él me quiere.

¿Me quiere? Me siento como si estuviera recitando una de esas afirmaciones que te dicen que repitas, como si decir *soy guapa, soy rica, soy perfecta* fuera a hacerlo realidad de alguna manera. Pero hay una desconexión entre las palabras y la realidad.

¿Me quiere?

¿Cómo sabes realmente, verdaderamente, que alguien lo hace?

—Aquí estamos —dice Rodion sin mirarme, con la mandíbula apretada mientras observa por la ventana. Quiero alcanzarlo. Quiero que vuelva a mí. Quiero ver esa pasión en sus ojos que vi anoche. Daría cualquier cosa por ver esa sonrisa ahora mismo.

En su lugar, no veo nada más que la cara fría e impasible de la bratva. Mi futuro marido.

—Aquí estamos —repito. Suspiro y aparto la mirada.

La finca de los Romanov se extiende hacia el atardecer como si estuviera tallada directamente de la tierra: implacable e imponente, tan antigua como el pecado. Por la breve conversación que tuve con Yana y Zoya anoche, deduje que los Romanov prácticamente son los dueños de todo en The Cove, aquí en Nueva York, enclavado entre Coney Island y Manhattan.

El coche se detiene, pero no me muevo.

Él dijo que Shawn estaba aquí. ¿Dónde exactamente? ¿Cuán seguros estamos?

—Vamos.

—Rodion...

Cuando sus ojos se encuentran con los míos, algo en mí se ablanda. Me siento vulnerable y asustada, y nadie, *nadie*, me ha hecho sentir tan segura como Rodion. Mis palabras salen en un susurro tembloroso a pesar de mis intentos más valientes por hablar con firmeza.

—¿Dónde está?

Rodion toma mis dos manos, con su mirada penetrando la mía.

—Rafail dice que se ha ido por ahora. Le dijo que volvería y que habría que pagarlo caro. —Sacude la cabeza. —Como si pensara que puede enfrentarse a las familias Romanov y Kopolov juntas.

Pero hay un destello en sus ojos. Esto no es tan simple como parece.

Intento ocultar mis sentimientos, intento fingir que no soy un manojo de nervios sabiendo que Shawn ha volado hasta aquí para acabar con lo que sea que hay entre Rodion y yo. Y justo entonces, por una fracción de segundo... Me siento aliviada de que vayamos a casarnos. Aunque no sea mi elección. Aunque sea temporal.

Puedo sentir la tensión bajo la calma exterior de Rodion y su pulso acelerado.

Puedo sentir el mío propio.

Rodion envuelve sus dedos alrededor de mi nuca y acerca mi boca a la suya. El beso es tierno y casto, un recordatorio de que va a hacer todo lo que esté en su poder para protegerme. Para mantenernos a salvo.

Tengo que aferrarme a eso.

—Eres fuerte, Ember Steele. Hasta tu nombre es fuego en inglés. Inquebrantable. —Sacude la cabeza, manteniendo su mirada fija en la mía. —Y nadie, ni siquiera yo, te va a quitar eso. —Se inclina y susurra en mi oído, con su aliento caliente en mi cuello. —*Ni siquiera* yo.

Tengo que creerle.

No tengo otra opción.

Mientras el resto de esta situación se siente tenso e incierto, hay una cosa que sé con seguridad: Los Romanov no hacen nada *modesto*. ¿Acaso alguno de ellos lo hace?

Por un fugaz segundo, no me siento como Cenicienta con un vestido prestado, esperando a que el reloj dé las doce antes de volver a convertirme en una pobre. No. Mantengo la barbilla alta y, por un instante fugaz, no me importa Shawn. No me importa lo temporal o forzado o cualquier restricción que queramos poner a mi matrimonio con Rodion. Por un fugaz segundo, *pertenezco a este lugar*.

Tal vez *soy* una reina. Su pequeña reina, sí, pero... una reina.

El mundo fuera de la ventana parece algo sacado de un sueño. La magnífica finca es extensa y hermosa a pesar del mármol, el acero y los bordes afilados de un invierno neoyorquino. Varios cristales de hielo decoran las ramas desnudas de los sauces llorones que bordean el camino hacia la casa.

Las siluetas de columnas con aguja se recortan oscuras contra el fondo de la luz matinal.

Incluso desde aquí, puedo ver relucientes arañas de cristal brillando desde los enormes ventanales, y personal moviéndose dentro con eficiencia y decoro. La magnífica exhibición de esculturas de hielo me deja sin aliento; hay guirnaldas plateadas brillando en las verjas de hierro forjado y barandillas que rodean la casa.

Luego está la gente.

No conozco a la mayoría, aunque reconozco a Yana y Zoya, así como a los hermanos de Rodion, Semyon y Rafail. Siempre he tenido problemas para recordar nombres, así que no me esforcé en memorizar más que esos pocos.

Por ahora.

Yana está junto a un hombre que no conozco, de piel oscura y ojos negros vivaces. Tiene un rostro amplio, atractivo y afable. Ella sostiene su brazo con elegancia. Su marido.

Zoya juguetea nerviosamente con el borde de terciopelo rojo de su manga. Me ofrece una pequeña sonrisa vacilante y un pequeño saludo con la mano.

—Es dulce —le susurro a Rodion.

—Alguien tiene que serlo —murmura él en respuesta.

Detrás de Zoya, Rafail se alza como una sombra, corpulento e imponente. Su expresión es tempestuosa, como si el ceño permanente que lleva estuviera esculpido en sus rasgos. Semyon se mantiene a solo un paso por detrás, con los ojos moviéndose entre Rodion y yo como si catalogara cada uno de nuestros movimientos.

Probablemente lo esté haciendo.

Luego están los guardias.

Hombres armados se sitúan en cada esquina y entrada, con sus trajes negros impecables y perfectos, sin molestarse siquiera en ocultar sus armas.

Bueno, pues. Supongo que así es como funcionamos ahora.

No son sutiles. Tampoco lo es la riqueza de la bratva que emana de todo el entorno, así como de cada persona aquí: La hilera de coches importados y el césped perfectamente cuidado, incluso congelado en pleno invierno.

Rodion sale primero y se ajusta la corbata. Dios mío, ¿por qué resulta tan sexi? Mi cerebro, cultivado en novelas románticas, sufre un cortocircuito al verlo vestido con un esmoquin que apenas había procesado hasta ahora. Estábamos tan apresurados, y yo tan nerviosa. Llena el traje a la perfección, con su figura alta, ágil y poderosa apenas contenida. El más mínimo indicio de un tatuaje se asoma por debajo de su cuello, y sus ojos son de alguna manera serios y juguetones a la vez.

Mi corazón se hincha. Me encanta eso de él. Me encanta muchísimo.

Me tiende la mano en silencio, con la palma hacia arriba. Resulta extrañamente simbólico. Desearía poder capturarlo en una fotografía. Por ahora, tendré que guardarlo en mi memoria.

Su mano es áspera cuando coloco la mía sobre ella. El calor de su contacto es lo único que me mantiene conectada a tierra mientras salgo al aire frío.

Todas las miradas están puestas en nosotros. Sé que, en algún lugar, Shawn está captando cada detalle.

Espero que tome buena nota de mi *futuro marido*.

El agarre de Rodion se tensa mientras se inclina para susurrarme al oído:

—Sonríe, pequeña reina. Todos están mirando.

Levanto la barbilla, con el corazón golpeándome contra la caja torácica, y dejo que me guíe hacia adelante.

—Ember. Soy Ekaterina Romanova. Bienvenida. —Una mujer con una franja de pelo plateado recogido en un moño me sonríe; sus ojos son severos, pero acogedores. —Ah. Una mujer con una voluntad inquebrantable, pero con corazón. Eso me gusta. Supongo que es una combinación que le serviría bien a una mujer de la bratva.

Extiende una mano y la tomo agradecida. Luego, se gira hacia Rodion.

—Y bienvenido, Rodion. He oído que vosotros dos tenéis unas circunstancias bastante peculiares rodeando todo este asunto. —Retrocediendo, se inclina hacia mi oído. —A mí también me encanta el romance, Ember. Es tan... *escapista*, ¿verdad? —Con eso, se gira y nos hace un gesto para que la sigamos. —Afortunadamente, estábamos en plena preparación para la gala de esta noche, así que una simple ceremonia de boda fue fácil de organizar.

Continúa hablando sobre flores y comida, una lista de invitados sencilla y planes, mientras sigo a Rodion, con su familia detrás de nosotros.

Puedo sentir la tensión bajo la calma exterior de Rodion y su pulso acelerado.

—Hace un frío terrible aquí fuera. No tenían por qué salir todos —le digo en voz baja a Rodion mientras él abre la puerta.

—Han salido por si se les necesita.

Ah. Así que, bajo esas elegantes y refinadas ropas, todos van armados hasta los dientes.

Yana me guiña un ojo y la pequeña Zoya me aprieta la mano mientras Ekaterina nos conduce a un elegante salón. Apenas noto los detalles.

Estoy a punto de casarme.

—¿No hay... trámites legales que debamos hacer? —le pregunto a Rodion.

—Todo resuelto.

Le dedico una media sonrisa y él resopla por lo bajo.

—¿Un experto? —susurra.

—Ajá.

Sin embargo, al ver al oficiante, me quedo paralizada.

Esto es real.

Voy a casarme. *En la vida real.*

Con la bratva.

Rodion es rico, encantador y peligroso como el demonio, y yo tengo... sentimientos encontrados.

Shawn nos respira en la nuca como el depredador que es, pero la familia Kopolov nos presiona por todos lados, recordándonos quiénes son y qué prometemos.

Esto es real.

Pero mientras el oficiante recita monótonamente, apenas lo escucho.

¿Es así realmente como termina todo?

Miro a Rodion, con la incertidumbre creciendo en mi pecho. Siento como si estuviera esperando una señal de que, en cualquier momento, me dará la indicación para huir o me soltará otra bomba.

Pero no hay adónde huir.

Esto es demasiado real.

Intercambiamos nuestros votos en un apresuramiento de susurros. Esto no se parece en nada a las bodas formales sobre las que he leído en los libros, sino que es rápido y pragmático.

Cuando desliza el anillo en mi dedo... se siente más pesado de lo que debería.

Hecho.

Esta no es la boda de mis sueños.

Y cuando miro a Rodion, me pregunto:

¿Será la de él?

Contemplo el anillo en mi dedo, con la respiración superficial. Siento que debería decir algo, pero no sé qué, mientras la habitación estalla en vítores y alguien empieza a servir vodka. Acepto el vaso de chupito que me ponen en la mano, aunque no he desayunado y el vodka matutino suena como una idea terrible. Temo que, si lo rechazo, romperé algún tipo de regla no escrita.

Los ojos de Rodion se encuentran con los míos y me anclan. Cuando me roza los dedos en la mandíbula, deja un rastro de calor en mi piel. Inclinándose, me besa. Y recuerdo por qué estamos aquí.

Recuerdo su promesa de anoche. Recuerdo cómo dijo que me amaba, cómo me abrazó. La forma en que me dijo que nunca permitiría que nadie me hiciera daño, nunca más.

Recuerdo cómo prometió protegerme y dedicarse a mí.

Puede que seamos nuevos en esto, pero la esperanza florece en mi corazón.

Rodion lo está intentando. Yo también lo haré.

—Listo —murmura, con su mano apoyada en la parte baja de mi espalda mientras me aparta del oficiante.

—Tenemos café y desayuno para todos en el comedor —dice Ekaterina con una sonrisa—. Vamos a celebrar.

Después de que Rodion y yo nos sentamos, Yana se acerca con su marido.

—Bienvenida a la familia —dice con una amplia sonrisa—. Intenta no causar demasiados problemas. He oído hablar de esos libros.

Suelto una carcajada y la tensión en mi pecho se alivia un poco.

—No creas todo lo que oyes.

—Oh, no lo hago —responde con un guiño—. He... visto las portadas.

Zoya es la siguiente. Se acerca con una sonrisa casi de disculpa. La pobre chica es tan tímida.

—Si necesitas algo, por favor, házmelo saber —dice con una sonrisa y un rápido abrazo—. Puede resultar abrumador al principio. Aunque sé que Polina tuvo que esforzarse... —Su voz se apaga. —Ella también tuvo otros desafíos.

Abrumador es una forma de describirlo.

Semyon es quien hace que un escalofrío recorra mi espalda. Sus ojos son hielo y su tono es aún más frío. El ambiente cambia como un viento gélido. Se mantiene apartado del resto y sus movimientos son deliberados y medidos, como si me estuviera evaluando.

—Bienvenida —dice sin rastro de sonrisa. Las palabras son educadas. El tono no. Levanta una copa a sus labios.

Consigo esbozar una sonrisa tensa.

—Gracias.

La postura rígida de Rodion a mi lado parece una silenciosa advertencia, pero antes de que la tensión pueda aumentar, una voz atronadora irrumpe.

—¡Ah, así que esta es la mujer que cree saberlo todo sobre nosotros! —Matvei se acerca a grandes zancadas, con una sonrisa amplia y traviesa. —Rodion, no le advertiste sobre la iniciación, ¿verdad?

—¿Qué iniciación? —pregunto, entrecerrando los ojos con suspicacia.

La sonrisa de Matvei se ensancha.

—Esa donde tiene que demostrar que puede sobrevivir en una habitación llena de hombres que piensan que los héroes de sus libros de mafia son una broma.

—Matvei —dice Rodion en tono de advertencia, pero sus ojos brillan con diversión.

—Oh, no te olvides de la parte donde todos son multimillonarios —interviene alguien más—. Maldita sea, me perdí la inscripción.

—Dime —dice Matvei—, ¿en esos libros los hombres andan en traje todo el día? ¿Incluso cuando luchan contra ejércitos enteros con las manos desnudas?

—Manos desnudas y abdominales perfectos —añade Zoya, riendo.

No puedo evitar reír, aunque mis mejillas arden.

—Yo no los *escribo*, solo los leo, ¿vale?

—¡Pero es la experta! —dice Matvei, sentándose frente a mí con una exagerada inclinación hacia delante. Se desabrocha el botón superior de su camisa y me guiña un ojo—. Así que dígame cuán precisos son. Yo *estoy* soltero...

— Mejor empieza a marcarte... me refiero a marcarte unas cañas, ¿verdad? —dice Yana con un resoplido.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que, con todos sus perfiles peligrosos y reputaciones, hay una cosa que los libros reflejan correctamente: ese sentido de lealtad familiar que no se puede ignorar.

Miro y veo a Rafail de pie junto a un hombre al que el resto parece mostrar deferencia. Parece tener la edad de Rafail, con una complexión alta y musculosa y piel dorada y bronceada. Los observo charlar y escucho sus voces subiendo y bajando, incluso cuando mantienen el decoro.

—Mikhail Romanov —susurra Rodion en mi oído—. Esta es su casa. Su hermana Polina está casada con mi hermano.

Ah, cierto. Me había olvidado de eso. Por eso tuvieron que venir y demostrar su valía; algo sobre dar una buena imagen.

No se siente como una ceremonia. No me siento... *casada*.

Pero ¿Rodion? Su mano se cierra sobre la mía, sólida y segura, mientras habla con la familia Romanov.

No conozco a ninguno de ellos y no seré capaz de recordar sus nombres. Tengo suerte de recordar el *mío* a estas alturas. Pero hay uno alto, moreno y clásicamente apuesto hablando sobre seguimiento biométrico y drones con la esposa de Mikhail, una mujer enérgica con gafas y una melena de pelo rizado, junto con algunos tipos de la bratva de aspecto letal y amenazador, así como uno que es tan grande que tiene que girarse de lado para entrar en la habitación.

La finca resplandece con velas, y la atmósfera está suavizada con corrientes de música clásica. Se acerca la hora del almuerzo cuando Ekaterina dice que es hora de comenzar los preparativos para la gala. Mientras tanto, Rafail quiere que nos hagamos fotografías.

Se siente tan irreal. Anhelo escapar a una de las amplias habitaciones de esta mansión, solo un libro y yo, preferiblemente con unos auriculares con cancelación de ruido. El sonido, las imágenes y la intensa atmósfera son casi opresivos. No quiero seguir fingiendo. No quiero pretender encajar con personas con las que no tengo nada en común.

—Sonríe —murmura Rodion, y su voz es una vibración baja en mi oído—. Ahora eres mía, señora Kopolova. Es hora de interpretar el papel.

Siento el peso de esas palabras. La expectación.

Pero sonrío hasta que me duele la cara. Saboreo el peso de su mano en la parte baja de mi espalda y la forma en que dice *mi esposa*.

Y cuando todo parece demasiado, me recuerdo a mí misma que solo es temporal, que esta no será mi vida para siempre... aunque la idea de separarme de Rodion me hace doler el corazón.

No puedo tenerlo a él y renunciar a la vida bratva. Los dos están irrevocablemente entrelazados.

—¿Ember? Solo quería darte la enhorabuena.

Me giro para ver a una rubia alta y esbelta, de ojos azul claro y sonrisa amable, que me extiende la mano.

—Soy Polina Kopolova, antes Romanova. Mi madre ha dispuesto una habitación en el tercer piso para ti y Rodion para que podáis reagruparos y descansar un poco antes de esta noche. —Resopla. —Es la habitación marcada con globos blancos. Es tan adorable.

Le estrecho la mano.

—Ah, gracias. Espera, ¿así que *tú* eres la que unió a estas dos familias?

—Oh, bueno… —comienza, dubitativa—. Yo… todavía estoy en proceso de *intentarlo*.

—Y haciendo un excelente trabajo —dice Yana—. Las viejas costumbres son difíciles de cambiar, y todo eso. Ya sabes lo tercos que son nuestros hermanos. —Pone los ojos en blanco.

—Sí. Escucha, mamá me necesita en la cocina. ¿Hablamos luego? Tenemos tanto que hacer —dice Polina—. Mamá se pone un poco frenética antes de la gala.

—Lo hacen todos los años —explica Zoya—. Es *épico.*

—Tenemos que hacerlo —continúa Polina mientras se dirige a la cocina—. Es nuestra forma de mantener contentos a los lugareños y de tener dinero en las arcas de la comunidad. —Me dirige una pequeña mueca. —Créeme; ayuda.

Se marcha rápidamente a la cocina mientras Rodion se une a Rafail y Semyon. Me dejo caer pesadamente en una silla. El vestido que llevo se siente tan pesado, demasiado impresionante, demasiado

extravagante para alguien como yo; como un disfraz para un papel que no he ensayado.

Rodion mantiene una conversación acalorada con Rafail, aunque su mirada evalúa constantemente la situación. Lo observo examinar cada salida, cada ventana y cada persona que entra en la habitación.

—¿Cuándo empezará a llegar la gente para la gala? —le pregunto a Zoya. Yana se ha ido con su marido y me he quedado a solas con la tímida hermana menor.

Se muerde pensativamente una de sus uñas.

—*Mmm*. Poco después de la hora a la que se supone que deberían, diría yo.

—¿Ah?

—Ajá —dice con un asentimiento—. No son el tipo de gente que llega temprano a los eventos. —Pone los ojos en blanco. —Todos tienen que hacer *una entrada.* —Da un sorbo a su copa de champán. —Aunque no es aquí, sino en una galería o algo así, ¿no?

—¿Le has pedido permiso a Rafail para eso, Zoya? —Rodion arquea una ceja hacia ella.

Las mejillas de Zoya se sonrojan adorablemente.

—Me la han servido ellos.

Mi corazón da un vuelco por la forma en que arquea una ceja hacia ella. Rodion como hermano mayor es tan condenadamente adorable.

Le lanza una mirada severa.

—¿Crees que Rafail aceptaría eso como excusa?

Zoya suspira.

—*Rodi.*

—No le importará un poco de champán, ¿verdad? Es nuestra boda —le digo, con la mano en su pecho. Parece irónico que un hombre que se dedica a actividades ilegales a diario se resista a que su hermana tome un poco de burbujas.

—Realmente no conoces a Rafail —dice Rodion con una mueca, rascándose la mandíbula—. Que sea la última, Zoya.

Ella asiente. Pobre chica. Debe de ser insufrible estar bajo la atenta mirada de todos esos hermanos mandones.

Antes de que pueda intervenir y defenderla, el móvil de él vibra. Mira hacia abajo y tensa el cuerpo.

—¿Va algo mal? —Intento echar un vistazo a la pantalla. Juro por Dios, si es Shawn…

—Nada que no pueda manejar —responde, metiéndose el móvil en el bolsillo.

—Si es Shawn…

—Ember. He dicho que me encargaré. Confía en mí. —Dejo mi champán y presiono mi mano contra su pecho. Puedo sentir los rápidos latidos de su corazón bajo mi palma justo antes de que su mano se cierre sobre la mía, atrapándola contra su pulso.

Respiro profundamente y… lo dejo ir.

Uff.

¿Puedo confiar en él?

Me besa en la mejilla.

—Necesito salir un minuto.

Asiento.

—Polina ha dicho que tienen una habitación arriba donde podemos descansar si queremos.

Por supuesto, siendo el macho alfa de sangre caliente que es, me enarca las cejas sugestivamente.

—Me encantaría *descansar.* —De alguna manera logra poner comillas invisibles alrededor de la palabra *descansar*.

—*Rodi* —contengo una risita, repitiendo el apodo que Zoya usa para él, solo porque me encanta cómo entrecierra los ojos al mirarme.

—Vuelve a llamarme así, pequeña reina. —Chasquea la lengua. —Ve, Ember. Descansa. Subiré en unos minutos.

Pero es difícil descansar sabiendo que Shawn está ahí fuera, que nunca va a alejarse de mí, sabiendo que lo rechacé y sabiendo que acabo de *casarme con la bratva.*

¿Qué significa eso siquiera?

Considero quitarme el vestido, pero al final, me lo dejo puesto porque… Bueno, si soy sincera, quiero que *Rodion* me lo quite. Así que perdóname si todavía tengo fantasías de novio de libro que quiero vivir.

Me tumbo en la cama, apoyada en varios cojines, y saco mi móvil. Mi ritmo cardíaco se acelera cuando veo que he recibido otro mensaje de Shawn.

Dejo el móvil.

Lo vuelvo a coger.

Lo miro como si fuera una serpiente letal a punto de morderme.

Finalmente, hago clic en el mensaje para leerlo, a pesar de que todo en mi interior me grita que no lo haga.

Shawn

Estabas preciosa hoy. El blanco siempre te ha sentado bien. Estás preciosa ahora. Cuidado con no arrugar el vestido, Ember.

Me incorporo en la cama, con el corazón acelerado. Se oyen pasos fuera de la puerta. Intento recordar todo sobre defensa personal, pero no he practicado y mi mente está en blanco por los nervios y el miedo.

Oh, Dios.

Oh, Dios.

Miro alrededor en la habitación frenéticamente, pero es solo una simple habitación de invitados, bien equipada, sencilla. Almohadas, mantas y… Mis ojos se posan en una botella de champán sobre la cómoda.

Podría romperla. Si tengo que hacerlo, puedo usarla como arma, y podría…

El pomo de la puerta se mueve. Alguien golpea la puerta. Grito.



Capítulo Veinticuatro

Ember

—¡Soy yo! Ember. ¡Abre la puerta!

Dios mío. Es Rodion. Por supuesto que es él, como si Shawn pudiera pasar el muro de guardias armados de abajo.

Ahogo un sollozo mientras abro la puerta para encontrar a Rodion, frenético y medio enloquecido, con los ojos ardiendo mientras me empuja y entra en la habitación con una pistola en la mano.

—¿Qué estás...? Rodion, no puedes...

—¿Dónde está? Has gritado. Tu ritmo cardíaco se disparó. ¿Qué ha pasado?

Le muestro los mensajes de texto.

—Está mintiendo, cariño. Es mentira, te lo prometo. No puede estar vigilándote.

Mi voz tiembla.

—Pero… ¿y si lo está?

La mirada de Rodion se vuelve ardiente.

—Espero que se atreva a dar la cara.

Debería detenerlo. Debería decirle que no, que no puedo hacer esto, no ahora, no cuando estoy tensa, asustada y yo...

Debería.

Pero en el momento en que me gira hacia la ventana y me presiona contra el cristal como si no soportara el espacio entre nosotros, olvido cómo respirar.

Sus manos agarran las capas de tela de mi vestido de novia y lo arrastran hacia arriba lentamente, demasiado lentamente. Sé exactamente por qué está haciendo esto.

Lo ataría a una silla, obligándole a ver cómo te arruino, lenta y crudamente, antes de arrancarle los ojos y dejarlo desangrarse, sabiendo que lo último que vio fue cómo te hacía mía.

El aire frío besa la parte trasera de mis muslos mientras levanta el vestido más alto. Presiono las palmas de mis manos contra el cristal para mantener el equilibrio. Está gélido, como una lámina de hielo, con los bordes pintados de cristales helados, cuando algo más frío y duro se presiona contra mi muslo.

—Aquí tienes tu regalo de bodas, pequeña reina. Un arma de tu rey.

Mi corazón se hincha. No puedo pensar en un mejor regalo que él tomándome sin disculpas y otorgándome poder, todo a la vez.

Creo que amo a este hombre. Creo que sí.

Puedo vernos en el reflejo del cristal frío: él, detrás de mí, siniestro y posesivo, con sus ojos ardiendo con algo indómito y salvaje. Apenas me reconozco a mí misma, con los labios entreabiertos.

—Estás temblando, nena —susurra, con su voz áspera contra mi oído mientras me agarra los muslos con fuerza.

—Rodion... —Mi respiración se entrecorta. Suena como una súplica. No sé qué estoy pidiendo.

Sus dientes rozan mi hombro, raspando mi piel antes de morder lo suficientemente fuerte como para hacerme estremecer.

Dios.

Mi frente cae contra el cristal con un golpe silencioso mientras el calor se precipita entre mis piernas.

—No te escondas —gruñe Rodion, con su mano revoloteando sobre mi estómago mientras me jala hacia atrás para que nuestros cuerpos colisionen. Me encanta sentirlo en mi espalda. Su voz se vuelve más baja—. Quiero que vea exactamente lo bien que luces cuando eres mía.

Todavía puedo verme haciendo un vídeo, sosteniendo mi libro favorito de romance oscuro y agitándolo frente a la cámara mientras me entusiasmaba.

Y entonces se la folla, justo a la vista, para que el enemigo pueda ver todo.

Pero ahora mismo... Abro la boca mientras un escalofrío me recorre.

No me aparto.

No puedo.

Porque alguna parte retorcida y rota de mí... *también lo desea.*

Enterraría su cuerpo y dormiría como un maldito bebé, Ember.

Rodion sabe exactamente lo que está haciendo.

—Rodion —susurro, cerrando los ojos mientras su boca desciende más.

—Abre los ojos, Ember. —Su voz es áspera, exigente.

Dudo un segundo de más. Sus dientes se clavan en mi hombro para castigarme.

—Ojos en el cristal, Ember.

Un sonido desesperado se me escapa mientras me obligo a obedecerle. Quiero resistirme, desafiarlo, pero me estoy derritiendo y deseo tanto esta vía de escape.

—Buena chica —susurra, arrastrando su lengua a lo largo de la marca que acaba de hacer—. Querías esto, ¿verdad?

No puedo responder.

Porque... sí.

Lo quería. Lo quiero. Aún lo deseo.

Una parte de mí necesita resistirse, necesita luchar contra él. Una parte de mí necesita luchar por el control y que me lo quiten un poco... Solo un poco.

Pero en el momento en que sus dientes se hunden en el lóbulo de mi oreja, con su aliento caliente contra mi piel, con el conocimiento de que, si lo desobedeciera ahora mismo, no se lo tomaría bien y probablemente *amaría* cualquier cosa que hiciera en respuesta... El mundo exterior inunda mis pensamientos.

Ruidoso. Implacable.

El cristal frío es un choque contra mi piel. Sus dientes se arrastran por mi hombro para recordarme exactamente de lo que es capaz, que se está conteniendo... Y exactamente *quién tiene el control.*

Tiemblo contra el cristal, con mi aliento empañando la superficie frente a mí. Su agarre se aprieta en mis caderas; un recordatorio que sentiré mañana. El vestido de novia está arrugado alrededor de mi cintura, pero a él no le importa.

A mí tampoco.

—Estás temblando otra vez, pequeña reina —susurra—, te gusta esto, ¿verdad?

Asiento sin palabras.

Me muerdo el labio con fuerza, tratando de mantenerme erguida cuando mis piernas se sienten como gelatina.

Su mano baja por mi estómago, y luego más abajo, provocándome justo debajo del borde de encaje. Me retuerzo, pero él me presiona con más fuerza.

—No luches contra ello, nena. —Sus palabras extienden calor por mi pecho. —Ya estás tan mojada —murmura, satisfecho—. Esa es mi chica.

Dios mío, me encanta cuando dice eso.

Apenas puedo respirar. Mis ojos se cierran cuando la emoción me invade, pero él da una palmada fuerte en mi trasero.

—Ojos abiertos, Ember. Bien abiertos.

Separa mis muslos, con su mano deslizándose entre ellos, y escucho el zumbido revelador de una cremallera abriéndose.

Trago saliva y me lamo los labios, arqueando la espalda porque lo deseo tanto.

Grito con la primera embestida perfecta, con cada nervio de mi cuerpo encendido.

—Más alto —dice con voz ronca. Su agarre en mis caderas es brutal e intenso mientras me atrae hacia él con cada fuerte embestida.

No puedo detener el sonido que escapa de mis labios, una mezcla de gemidos y jadeos. No me importa quién escuche o vea; *lo necesito.*

—¿Ves esto? —gruñe, con su voz baja y animal, haciendo que mi necesidad aumente aún más—. *Eres mía. Jodidamente mía.* Nadie volverá a tocarte jamás. Nadie tomará lo que es mío.

Sus palabras me atraviesan, crudas y posesivas. La tensión aumenta, mi necesidad de llegar al clímax se apodera de mí.

—Rodion —exhalo.

Araño el cristal, con las uñas raspando la superficie plana y fría y mi cuerpo temblando mientras él embiste dentro de mí.

—Córrete, pequeña reina. Córrete para tu rey.

El clímax me desgarra, inundando mi cuerpo de euforia. Grito y gimo mientras él gruñe en mi oído, con su semilla caliente derramándose dentro de mí y sus caderas presionando contra las mías. Apenas puedo respirar, y mi pecho está agitado. Si no me estuviera sosteniendo ahora mismo, caería al suelo, sin fuerzas.

Encuentro su mirada en el reflejo.

El cristal frío me despierta de una niebla.

Acabo de dejar que me follara contra una ventana donde cualquiera podría vernos, sabiendo perfectamente *que esa era su intención.*

—Para. —Mi voz es tan baja que no estoy segura de que me oiga al principio, así que lo digo de nuevo, más fuerte esta vez. —*Para*.

—¿Qué ocurre? —Se aparta de mí y mira a través del cristal. —¿Lo has visto a él? —Su voz está impregnada de preocupación mientras me arregla el vestido y se sube la cremallera. Trago saliva con dificultad, desenredándome de él, pero los metros de tela lo hacen torpe e incómodo.

—No puedo... esto es demasiado. —Niego con la cabeza, alejándome de la ventana. No puedo dejar de temblar.

No puedo detener la oleada de recuerdos que me asaltan. Parece que cuanto más intento alejarlos, con más fuerza atacan.

Me limpio las lágrimas de los ojos y sacudo la cabeza.

Quizás los novios de los libros son más seguros.

Quizás estar sola es más seguro.

—Ember. —Rodion me observa con cuidado, con las manos sueltas a los costados.

No puedo mirarlo. No ahora. *No puedo.*

Porque los pensamientos arañan mi mente con un dolor feroz.

¿Y si Shawn realmente está observando?

¿Y si he cometido un terrible error?

¿Y si no hay *escapatoria?*

Cojo mi móvil de la mesita de noche, ignorando la mirada de preocupación de Rodion. Los mensajes me miran fijamente, pero ahora hay otro.

El blanco siempre le sentó bien.

Pero la prefería de rojo.

Rodion se acerca.

—¿Qué dice?

Niego con la cabeza.

—No importa.

—Claro que importa.

Me alejo.

—No puedes simplemente arreglar las cosas... *reclamándome*, Rodion.

Una parte de mí teme que lo esté alejando porque no sé qué hacer con todos estos miedos reprimidos, y él es el objetivo más cercano.

Otra parte me dice que tengo que ponerlo a prueba; tengo que asegurarme de que esto es real antes de que todo se convierta en

humo y vapor.

—No es eso lo que esto significa, Ember.

—No soy solo un premio que puedas exhibir. —Retrocedo hacia la puerta. Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros cuando recuerdo lo que dijo antes.

—Espera. Cuando entraste aquí. Dijiste algo sobre mi ritmo cardíaco. —Él aparta la mirada y aprieta la mandíbula. —Rodion, ¿cómo lo sabes?

Con el ceño fruncido, coge su móvil y me lo muestra.

—Biometría, por supuesto.

—¿Compruebas *mis datos biométricos*? —Parece una violación.

—Por supuesto. ¿Cómo voy a saber que si estás bien cuando yo no estoy allí? —Lo dice como si fuera lo más natural del mundo.

¿En serio?

Lo miro, desconcertada.

—¿Qué más has estado comprobando que convenientemente has decidido no contarme?

Rodion sonríe con suficiencia, deslizando su móvil en el bolsillo de su chaqueta. Sus ojos mantienen ese brillo irritantemente sexi, ese que hace imposible saber si está siendo juguetón o mortalmente serio.

Ese que me hizo enamorarme.

—¿Quieres la lista completa ahora o debería distribuir las respuestas? —pregunta, dándose golpecitos en la barbilla. Extendiendo la mano hacia mí, su mano roza mi cadera, con su pulgar acariciando la seda de mi vestido de una manera que me produce escalofríos en la columna.

—No estoy bromeando, Rodion. —Intento mantenerme seria, pero él lo hace difícil. Mi voz es ronca; está afectada.

Inclinándose, me besa en la mejilla.

—Pequeña reina, yo tampoco.

Algo peligroso hierve bajo la superficie.

—Veamos —comienza—. Sé que duermes sobre tu lado izquierdo cuando estás ansiosa. Sé que aprietas los puños mientras duermes cuando has tenido una pesadilla. —Su voz se vuelve más baja, poniendo su boca en mi oído. —Sé que dejas de respirar, solo por un segundo, cuando te toco aquí. —Su mano se desliza hacia abajo, presionando ligeramente contra la curva de mi cintura.

Dejo de respirar, solo por un segundo.

El calor me sube por el cuello. Trago con fuerza.

—¿Me has estado observando tan de cerca?

No responde de inmediato, pero sus ojos están fijos en mis labios. Los humedezco porque me encanta cómo le hace gemir.

—Eres mía, Ember. Eres mi esposa ahora. Observarte es lo mínimo que he hecho. —Sus ojos se oscurecen. —Y no pienso parar.

Sé que debería decir algo mordaz e ingenioso, pero las palabras parecen atascarse porque a una parte de mí... *le gusta* esto.

Mucho.

Esa es la parte peligrosa, creo.

Su mano permanece en mi cintura como para recordarme lo fácilmente que podría acercarme más... Pero no lo hace.

Debería recordarle que necesito algo de espacio, que todavía estoy enfadada, que no soy un premio como para ser observada o vigilada.

—Sé que te gusta —susurra.

Sal de mis pensamientos.

Me alejo, pero él me toma la barbilla y arrastra mi mirada hacia él.

No puedo negarlo. No lo haré.

Porque tiene razón.

De alguna manera, cuando mis ojos se encuentran con los suyos... Toda la ira, el miedo y la preocupación se derriten como la nieve bajo el sol abrasador.

Quiero dejarlo ir.

Quiero deleitarme en la libertad de la rendición.

¿Cómo puedo darle eso y aun así mantener... *mi esencia*?

¿Cómo no perderme totalmente en él...? ¿En nosotros?

Mi móvil vibra con un mensaje. Rodion me lo quita directamente de la mano y lo leemos juntos.

—Voy a matarlo —dice atropelladamente.

Shawn
Él nunca podrá protegerte.

Puedes correr, pero siempre te encontraré.

Me jodiste y vas a pagar por esto, mentirosa.

Se me hace un nudo en la garganta porque sé dos cosas...

Primera: Shawn acaba de firmar su sentencia de muerte.

Segunda: Esto no es temporal y nunca lo fue.



Capítulo Veinticinco

Ember

—Rodion. Ven aquí —dice Rafail desde el umbral de una puerta, junto a otros tres hombres.

Rodion suelta un suspiro, me besa en la mejilla y me susurra al oído:

—Quédate justo aquí.

Todos lo quieren, todos desean hablar con él, hacer contactos, felicitarle.

Sale de la terraza y se dirige al interior. Yo agradezco el aire del jardín. El leve murmullo de las voces del interior se desvanece, amortiguado por los altos setos que rodean la finca.

Unos minutos después, Rodion está encerrado con sus hermanos y esos hombres de aspecto oficial. Sé que está aquí por negocios y que sus hermanos intentan aprovechar al máximo su tiempo, así que paso la siguiente hora con Polina y Zoya. Aunque… echo de menos estar sola, por mi cuenta.

Vivo sola porque me gusta la soledad. Aquí dentro me siento asfixiada. Ha sido agradable, incluso reconfortante, charlar con las

chicas, pero con el tiempo he sentido que el aire a mi alrededor me oprimía.

Ahora, el silencio y el frío me hacen respirar un poco más fácil. Inclino la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Sobre mí, unas estrellas brillantes están profundamente incrustadas en el cielo nocturno, parpadeando sobre la neblina de la ciudad. Me doy espacio para respirar.

El sonido detrás de mí llega tan suavemente que, al principio, casi lo paso por alto. El leve crujido de unas pisadas sobre la grava. Pero antes de que pueda girarme, una mano se desliza sobre mis ojos.

Una venda.

—*Rodion.*

Este no es el momento ni el lugar. Si él cree que va a...

Una mano atrapa la mía y tira de las mías hacia la espalda sin decir palabra. Una cuerda, ¿quizás de seda?, se aprieta alrededor de mis muñecas.

—*Shh* —susurra una voz detrás de mí.

Esto no... No se siente como Rodion. No puedo distinguir si suena como él, pero...

Huelo con fuerza, intentando reconocer su aroma, pero es imposible en el aire gélido. Rodion huele a cedro y pólvora, intenso y peligroso, y tan absolutamente masculino que me hace estremecer. Esto... Esto es diferente.

Desconocido.

Aunque Rodion puede ser brusco, nunca me hace daño.

El agarre en mis muñecas no es solo restrictivo; hay una rudeza subyacente que se siente *incorrecta*.

Rodion nunca me haría daño.

Siento que esta persona podría hacerlo.

—¿Rodion? —susurro de nuevo, con el pulso acelerado, rezando para que me dé alguna pista de que es solo él y de que simplemente está recreando una de mis fantasías otra vez. Quizá tiene una habitación secreta o un cobertizo al que me llevará, quizá...

Una mano sobre mi boca es mi única respuesta.



Capítulo Veintiséis

Rodion

Doy un sorbo a mi bebida. El aire frío se cuela por el balcón abierto. Debería estar dentro. Interpretando mi papel. Estrechando manos. Sonriendo como si perteneciera a este lugar.

Me casé con Ember y le mentí. Le dije que esto era temporal, que conseguiríamos quitarnos a mis hermanos de encima. Apacigüé a los dioses de la bratva, sabiendo que, si aparecía casado, toda mi familia quedaría bajo una mejor luz.

Lo sabía.

Y sin embargo... Sin embargo...

Todavía puedo sentirla. Todavía puedo oírla.

En algún momento, la cagué.

Esto es demasiado.

Quizás fui demasiado intenso.

¿Fue por acosarla?

¿Por el matrimonio forzado?

¿O tal vez por follármela contra la ventana...?

Sonrío con ironía y niego con la cabeza.

Me dije a mí mismo que haría las cosas bien, pero cuanto más tiempo paso aquí fuera, más me doy cuenta de que me estoy mintiendo.

Doy otro sorbo y apuro el resto.

No sirve de nada para calmar mis nervios.

Necesito más.

Ember piensa que no sé lo que está haciendo, que no puedo ver cómo se desmorona bajo el peso de todo esto.

No permitiré que pase el resto de su vida mirando por encima del hombro por *él*. Por Shawn.

Su nombre es una maldición que quiero arrancar de nuestras vidas.

Ella merece una vida libre de preocupaciones.

No tengo muchos remordimientos, pero en lo más alto de la lista está no haberlo matado en el instante en que supe por ella exactamente lo que hizo.

Miro hacia dentro. Está de pie cerca de Zoya, con la cabeza ligeramente inclinada. Incluso desde aquí, puedo ver cómo le tiemblan las manos alrededor de la copa de champán que no ha tocado.

Intentando mantener la compostura.

Pero cuando la persona junto a Zoya se gira hacia mí, veo que no es Ember, después de todo.

¿Dónde diablos está?

Ve a buscarla.

Camino hacia ella como si me hubiera lanzado un hechizo y soy incapaz de luchar contra su encantamiento.

Joder. Quizás lo hizo. Mi pequeña reina, la hechicera.

Me aparto de la barandilla y me dirijo hacia ella, de vuelta entre la multitud. Los rostros a nuestro alrededor se difuminan: los Romanov, los líderes de la bratva, nuestros rivales y nuestros amigos. Refinados miembros de la alta sociedad envueltos en ropa de diseñador, todos fingiendo que una subasta benéfica de arte de alguna manera les comprará el favor de todos. Nada de eso importa.

No puedo encontrarla.

—¿Rodion? —Una mano pesada cae sobre mi hombro. Rafail.

Joder.

—Justo le estaba contando a Mikhail lo que encontraste en California. Un minuto más. ¿Puedes contarle el resto?

Su agarre se aprieta ligeramente como si quisiera advertirme. Mikhail Romanov me mira fijamente, y su mirada es implacable.

—He oído que tuvisteis problemas. Dime qué pasó. Tengo amigos en California.

Busco a Ember, pero no la veo.

—Lo haré —digo, asintiendo—. Pero primero necesito hablar con Ember.

—Rodion...

Me zafo del agarre de Rafail y me dirijo hacia Ember.

—Enseguida vuelvo.

Pero no puedo encontrarla. En ninguna parte.

La mansión de los Romanov es un enigma, habitaciones sobre habitaciones, y dondequiera que voy, encuentro más gente, más

personal uniformado, tintineo de copas y conversaciones superficiales. Todo... menos a ella.

Apenas reprimo la necesidad de gritar su nombre, de arrasar esta maldita fiesta para encontrarla.

Debería haberme quedado justo a su lado.

Lógicamente, sé que no debería temer lo peor. Los Romanov tienen una legión de guardias y medidas de protección, pero esta noche... esta noche hay demasiada gente.

¿Dónde está?

Me abro paso entre la multitud, con el pulso acelerado. El aire aquí dentro se siente asfixiante y mi paciencia está al límite. *¿Dónde coño estás, Ember?*

Es entonces cuando lo veo: El tenue destello de blanco girando en una esquina al final de un pasillo.

Su vestido.

Me muevo rápido y mis pasos son silenciosos contra el mármol, pero cuando doblo la esquina... Nada.

Solo otro pasillo vacío.

—¿Ember? —Sin respuesta.

Encuentro a Polina y Zoya charlando en una biblioteca.

—Eh —digo, intentando mantener la calma mientras me paso los dedos por el pelo—. ¿Habéis visto a Ember? No puedo encontrarla por ninguna parte.

—¿Estaba fuera? —dice Polina—. Le dije que teníamos acceso libre al jardín...

Mi corazón se acelera. No importa si ha salido, porque los Romanov tienen este lugar más protegido que el Kremlin.

Pero aún así... Aún así...

Me dirijo al jardín cuando oigo un grito.

Doblo la esquina, con el pulso acelerado y el arma en la mano, cuando veo algo... Y me detengo en seco.

No es Ember, sino una mujer que no he visto antes, con las mejillas sonrojadas.

—¡No deberías asustarme así! —reprende a un joven que se está partiendo de risa.

Me alejo antes de que me vean.

No es Ember.

Recorro los gélidos jardines, buscando alguna pista. No puede simplemente desaparecer...

Entonces lo sé. *Lo sé.*

No dejaré que Ember se vaya. Le dije lo que pensé que la apaciguaría, sabiendo que mis hermanos no aceptarían nada menos. Le dije lo que pensé que la mantendría aquí, sabiendo que, si está conmigo, yo soy quien la protegerá, sin importar el coste.

Sé que la amo. Amo su espíritu indomable y rebelde, y sus rarezas. Amo cómo se entusiasma con los libros que le alegran mientras se aferra a su independencia. Amo su fuego y su desafío, la forma en que brilla intensamente incluso cuando el mundo quiere apagarla.

Me encanta cómo me desafía con una sola mirada. Hay una terquedad en ella que me irrita... y amo cada maldito segundo.

Adoro su creatividad y visión, su valentía.

Puede que se sonroje y finja que no le gusta lo que tengo que ofrecerle, pero veo esa chispa que anhela no solo coquetear con el peligro, sino abrazarlo.

Necesito encontrarla. Mientras reviso habitación tras habitación, el miedo comienza a crecer.

Estoy tan absorto en mi búsqueda que he olvidado por completo los rastreadores que ella detesta. Me escondo en un umbral, saco mi móvil y compruebo rápidamente. Un destello rojo me advierte en la pantalla: *Alerta: ritmo cardíaco elevado, niveles de oxígeno bajando.*

Joder.

Está entrando en pánico.

Deslizo la pantalla hacia el rastreador y veo el punto parpadeante que me muestra dónde está. Esperaba encontrarlo en algún lugar de la casa, pero mis peores sospechas se confirman: el punto parpadeante se mueve erráticamente. Giros bruscos, caminos equivocados. Ember no está corriendo.

Se la están llevando.

Mi pecho se contrae mientras amplío y sigo el rápido cambio de su ubicación. Puerta oeste.

Corro a toda velocidad por la finca y me deslizo por la entrada lateral justo a tiempo para escuchar el rugido de unos neumáticos sobre la grava y el chirrido de un SUV negro.

Shawn.

No necesito verle la cara para saberlo. *Ese cabrón.*

Saco la pistola de la cintura y corro hacia la fila de coches que esperan al aparcacoches, con las llaves convenientemente aún puestas. Me deslizo en el asiento del conductor del que está al final, un elegante Mercedes negro.

Mi móvil vibra. Un mensaje de la aplicación de rastreo de Ember.

Señal perdida.

Aprieto con fuerza el volante de cuero. Intento calmar los latidos acelerados de mi corazón con otra respiración profunda. Debo mantenerme concentrado y alerta. Demasiadas veces he perdido los estribos y la he cagado. Esta vez... Esta vez será diferente.

Shawn debería haberme matado cuando tuvo la oportunidad.



Capítulo Veintisiete

Ember

Lo sé ahora, con cada célula de mi cuerpo: este no es Rodion. Él juega, juegos peligrosos, pero eso es lo que son: *juegos*. Me provoca, me atormenta y se esfuerza en hacer realidad esas fantasías.

Pero no me hace daño. Le encanta provocarme, jugar un poco con el elemento del miedo. ¿Pero esto? Esto es otro nivel.

Esto no es un juego.

Tengo que mantener la cabeza fría. Tengo que seguir el rumbo. No puedo perder los nervios. Ahora no.

Alguien se mueve en el asiento delantero. Luego su voz, la misma que me ha atormentado durante años.

—No tienes por qué tener miedo, Ember.

Shawn.

Mis peores temores se confirman.

Su tono es suave, casi persuasivo.

—Sé lo que realmente quieres, Ember. Está bien que te hagas la difícil. Sé que realmente me deseas; simplemente no lo has admitido ni siquiera a ti misma todavía.

Mi corazón late dolorosamente. Está delirando, es un maldito psicópata y *lo odio*.

—Dices que solo te gustan estos hombres de la mafia y las situaciones peligrosas en tus libros —continúa. El coche gira bruscamente. —Pero yo sé la verdad. Ansías el peligro. No le temes, para nada. —Se ríe. —Pequeña pervertida.

Cierro los ojos con fuerza mientras la bilis me quema la garganta.

—Te conozco mejor que él. Él no es como nosotros. —Su voz desciende a un tono peligroso. Quiero gritarle, pero estoy amordazada e incapaz. —Está fingiendo ser protector. Fingiendo que no te utilizó para ganar estatus cuando eso es exactamente lo que hizo.

¿Qué?

—Te veo, Ember. A la verdadera tú. Y sabes que te quiero, incluso si me has decepcionado.

Las lágrimas me queman la venda. Lucho contra un sollozo que amenaza con escaparse mientras retuerzo mis manos e intento encontrar un punto débil.

¿Sabe Rodion que he desaparecido?

¿Me está rastreando?

Las palabras de Shawn me presionan como el frío filo de acero de una navaja en el cuello.

—Puedes luchar contra mí, pero yo sé la verdad. Soy yo quien te merece. No él.

Mi respiración se entrecorta.

No.

Mi cuerpo puede temblar, pero mi corazón se estabiliza.

Recuerdo la sonrisa burlona de Rodion, la forma en que me levantaba la barbilla cuando me agitaba. Me dejaba luchar contra él. Me dejaba resistirme, me daba capacidad de acción y libre albedrío. Sabe lo importante que eso es para mí.

Quizá por eso le quiero. *Le quiero.*

Aquí, en la parte trasera del coche de Shawn, lo veo tan claro ahora que me duele el corazón.

Confío en él.

Quizá mis novios de libro ofrecen seguridad en el peligro, un lugar donde puedo explorar, pero mantener el control. La fantasía nunca fue sobre sumisión, sino sobre confianza.

No voy a perderle.

Quiero que me proteja. Quiero esa dedicación feroz, a veces irracional, sin disculpas, por mantenerme a salvo. *Poseyéndome.*

Lo quiero todo.

Shawn no ganará. Me aseguraré de ello. No lo hará.

Un motor ruge detrás de nosotros, cada vez más fuerte.

Oh, Dios, por favor, que sea Rodion.

Todavía puedo ver el destello letal de sus ojos mientras promete una brutal represalia a cualquiera que intente hacerme daño.

Le ataría a una silla y le haría ver cómo te destruyo, lenta y crudamente, antes de sacarle los ojos…

Rodion no fanfarronea. Me da todo lo que es, lo brutal y lo hermoso, cada gramo de moralidad gris que anhelo en mis libros aquí mismo,

en toda su gloria bratva, tatuajes y armas, y la protección feroz e imperecedera de un hombre que me ama.

No quieres un caballero, pequeña reina.

No lo quiero ahora, y nunca lo quise.

—Llega tarde —gruñe Shawn en el asiento del conductor—. No puede tenerte.

Retuerzo mis muñecas con más fuerza, sintiendo mi piel arder bajo las cuerdas.

Vamos. Vamos…

El coche vira violentamente mientras Shawn intenta perder a quien sea que nos persigue. Ahogo un gemido, completamente incapaz de evitar estrellarme de cabeza contra la puerta. El dolor se irradia por mi cráneo con estas estúpidas ataduras sujetándome con fuerza.

Unos disparos estallan detrás de nosotros. Shawn grita y maldice, y el coche se inclina peligrosamente hacia la derecha.

Shawn parece estar luchando por mantener el control, pero, quienquiera que sea, se está acercando. Algo golpea la parte trasera del coche.

¿Nos ha alcanzado?

Puedo imaginar exactamente lo que está pasando ahora mismo porque le conozco. Rodion quiere atraparnos y castigar a Shawn, pero no quiere hacerme daño a mí.

Por la forma en que Shawn conduce, puede que consiga su deseo antes de lo esperado. Tiro de mis muñecas cuando siento que algo me golpea la palma. ¿Es...? Lo recorro con los dedos y me doy cuenta de que es el extremo de las ataduras que ató descuidadamente.

Manipulo el nudo y noto que se afloja. *Puedo hacer esto.*

Rodion me deslizó un cuchillo en una funda en el muslo. Si pudiera llegar a él...

Tengo que mantener la concentración, tengo que centrarme. No se dará cuenta si deshago mis ataduras. Muevo la tela de mi vestido, maldiciendo las capas, cuando siento el frío y duro metal del cuchillo en mi muslo.

Trago saliva. Sí. *Sí.*

¿Quién demonios soy?

Quizá *sí* estoy hecha para la vida de la mafia.

Soy la esposa de un héroe.

Lenta y cuidadosamente, saco el cuchillo. Raspa contra mi muslo mientras lo saco y lo agarro con la mano. Shawn está zigzagueando y maldiciendo. Golpea algo con fuerza y ahogo un grito cuando me pincho en la pierna con la hoja.

Nunca sospecharía que tengo mi propia arma.

Con dedos temblorosos, deslizo el cuchillo por la palma de la mano y corto las ataduras. Puedo sentir que ceden, aunque no pueda ver. Finalmente, mis muñecas quedan libres. Agarro la venda de la nuca y me la arranco.

El rostro de Shawn es una máscara de furia mientras suena otro disparo. Contemplo la idea de apuñalarlo, de desgarrar realmente la carne de alguien con un arma, y la idea me da ganas de vomitar. Pero tengo que escapar. ¿Tiene sentido hacerle daño mientras conduce? Mis pensamientos se desbocan y no puedo controlarlos, por mucho que lo intente.

Shawn maldice y se desvía peligrosamente cerca de una barandilla. El SUV la roza y saltan chispas. Suena otro disparo. Escucho un estallido e inmediatamente el lateral del coche se desvía. Otro disparo seguido de otro *estallido.*

Está aquí y está disparando a los neumáticos.

El SUV se detiene con un chirrido porque no puede conducirlo ni un metro más. Se estrella contra la barandilla con un estruendo nauseabundo.

Mis oídos zumban.

Silencio.

Me quedo quieta, sin saber adónde ir, qué hacer...

Pasos pesados.

Medidos. Sin prisas.

Está aquí y va a impartir una justicia brutal. Tiemblo y respiro un poco más tranquila, aunque se me encoge el estómago.

La puerta del conductor se abre con fuerza mientras Shawn intenta aplastarse contra el otro lado del coche. Rodion se estira y, con su mano enorme y tatuada, agarra a Shawn por el cuello. Pero no lo mueve, no lo arrastra fuera como yo sospechaba. En cambio, se vuelve hacia mí, con sus ojos clavados en los míos.

—¿Estás herida, nena?

Hago un rápido recuento mental y niego con la cabeza.

—No —susurro.

Shawn intenta aprovechar la oportunidad y escabullirse del agarre de Rodion, pero eso no va a suceder.

—Sal. —La voz de Rodion es fría. Letal.

Enterraría su cuerpo y dormiría como un puto bebé.

Shawn se mueve, buscando algo, quizá una pistola o un cuchillo. Pero Rodion no duda. Le pone las dos manos en la camisa y lo saca del SUV como si fuera un muñeco de trapo. El sonido de huesos rompiéndose retumba como un trueno.

El cuerpo de Shawn se desploma contra el pavimento.

Miro frenéticamente a mi alrededor. Estamos en una carretera vacía por la noche, iluminada por brillantes luces. No hay nadie aquí. Detrás de la barandilla hay una hilera de altos pinos, una barrera natural.

Apenas puedo respirar mientras observo la puntería segura y mortal de Rodion. No puedo oírlo desde aquí, pero intuyo una mezcla de ruso y súplicas de piedad de Shawn antes de que Rodion coja una de las manos de Shawn y se la rompa. Me estremezco, pero no puedo apartar la mirada. Shawn grita, retorciéndose, mientras Rodion lo inmoviliza contra el suelo bajo su pie y le coge la otra mano. Se la dobla hacia atrás con brutal eficiencia, y los gritos de terror y dolor de Shawn resuenan en la noche.

Rodion me mira. Yo le miro a él a través del cristal agrietado. Siniestro. Peligroso. Ardiendo con una ferocidad que llama a las partes más profundas y oscuras de mi alma.

Echo mano a la manilla de la puerta e intento abrirla, pero el metal está abollado y la puerta no cede. Rodion me ve forcejear, mira a Shawn y luego se dirige hacia mí, con la pistola apuntando a Shawn. Shawn intenta escabullirse, y en un rápido movimiento, Rodion apunta su arma hacia él y aprieta el gatillo. Su rótula explota.

Observo. No puedo apartar la mirada. Shawn grita, un desastre de huesos rotos y sangre, pero Rodion simplemente aprieta el gatillo otra vez. Su segunda rótula explota.

Mientras se acerca a mí, grita por encima del hombro:

—Más te vale no morirte, joder. Todavía no he terminado contigo.

Rodion llega hasta mí, agarra la puerta y tira con fuerza, pero no cede. Detrás de él, Shawn llora como un bebé, intentando mover su cuerpo roto por el suelo, con sangre goteando de sus heridas abiertas, pero no llega muy lejos.

Me subo por la consola, caigo en el asiento del copiloto y Rodion fuerza la puerta para abrirla. Caigo en sus brazos.

—Debería matarlo ahora —murmura—. Pero todavía no. Quiero que sufra, Ember. —Sus ojos vuelven a los míos y hace esa cosa que me encanta. Su dedo bajo mi barbilla mantiene mi mirada. Nunca ha sido tan conmovedor. Tiemblo, mirando la brutalidad cruda y la devoción eterna reunidas en una sola persona. —Dime que quieres esto, Ember. Di la palabra y esto termina.

Mi respiración se entrecorta. Trago saliva con dificultad, con los ojos fijos en los suyos.

—Sí, por favor. —Mi voz tiembla. —No se detendrá. La próxima vez será otra mujer. Está loco, Rodion. Es un depredador. No puedo permitir que siga así.

La sonrisa de Rodion es afilada como una navaja. Aterradora.

El Rodion de la vida real hace que todos los novios de mis libros parezcan pálidas comparaciones.

Inclinándose, sus labios me rozan la oreja.

—Primero mirará —murmura mientras su mano ya tira de mis caderas—. *Después* morirá.

El pulso se me acelera y la sangre ruge en mis venas, palpitante de adrenalina. No sabía hasta que he estado aquí, hasta que realmente *he sentido* esto, que nunca me he sentido más poseída en mi vida.

Su boca reclama la mía, brutal e implacable. El cuchillo que aún sostengo se me desliza de la mano mientras sus dedos se enredan en mi pelo, inclinando mi cabeza hacia atrás para profundizar el beso. Me derrito en él y mi cuerpo se arquea mientras el calor me invade.

—Necesito un minuto —respira en mi oído—. Ese hijo de puta está intentando escapar. Quiero que mire. Ven conmigo, Ember.

Se me eriza la piel mientras el pulso se me dispara aún más. Asiento con la cabeza y camino con él; el frío aire nocturno me muerde la piel. Shawn grita y ruega mientras Rodion lo zarandea y lo ata con las mismas sujeciones que usó conmigo.

—No quiero oír tu puta voz —dice Rodion antes de amordazarlo y golpear a Shawn en la mejilla—. Ahí tienes, capullo.

Dios, joder, lo amo tanto. No sé qué dice eso de mí, pero no me importa.

Lo deseo.

Quiero que borre de mi mente el recuerdo de cada toque doloroso que he sentido. Quiero que se grabe a fuego en mi memoria, que derribe cada muro que he construido y me muestre lo que significa ser verdadera y completamente amada. Lo quiero a él. Nos quiero a *nosotros.*

Lo quiero todo.

Rodion avanza hacia mí y, al igual que la primera vez que lo vi, rezuma esa letal energía de la bratva. Mi cuerpo canta. Mi corazón se acelera. Cuando llega hasta mí, su boca quema la mía con una ferocidad que me deja sin aliento. Me agarra el trasero y yo aparto los metros de tela para enganchar mi pierna. Me encanta sentir su mano fuerte y caliente en mi muslo.

Me levanta en sus brazos y me lleva al claro protegido bajo los pinos. Su piel ardiente contra la mía me calienta a pesar del frío. La luz de la luna se filtra entre los árboles.

El agarre de Rodion se tensa alrededor de mi cintura. Cuando su boca encuentra la mía, todo lo demás desaparece. Su beso es salvaje y contundente, de esos que dejan marca.

Siento el áspero roce de su barba incipiente contra mi piel mientras sus manos me agarran el trasero, atrayéndome hacia él.

Levanto la pierna, deslizando la tela de mi vestido hacia arriba y dándole completo acceso a la piel desnuda de mi muslo. Él no pierde el tiempo: sus dedos se clavan en mí, provocándome hasta que ya no siento el frío, y siento el roce de sus nudillos ásperos contra el calor que hay entre mis piernas.

Rompo el beso, jadeando contra sus labios.

—*Rodion*.

Su gruñido vibra contra mi garganta mientras me levanta sin esfuerzo, acunándome en sus brazos como si no pesara nada.

La corteza rugosa de un pino raspa mi espalda mientras me sujeta contra él. Su cuerpo presiona el mío y su aliento está caliente en mi cuello. Sus manos vagan y bajan los tirantes de mi vestido hasta que el fresco aire nocturno me endurece los pezones.

Da un paso atrás y sus ojos, que arden en mí, me devoran con la mirada.

—Borraré de tu memoria todo lo que ha habido antes de nosotros —gruñe, alcanzando la hebilla de su cinturón con un movimiento fluido. Lo arranca de sus pantalones de un tirón—. ¿Me entiendes?

Asiento con la cabeza, sin aliento y ardiendo de deseo.

Su boca recorre mi clavícula, y sus dientes la rozan, la muerden y la chupan hasta que estoy mareada de necesidad y jadeando por él. Sus dedos apartan la tela acumulada en mis caderas, donde ya estoy húmeda y a la espera.

—Estás tan jodidamente lista para mí —susurra, con su voz espesa de aprobación. Su pulgar rodea mi clítoris lentamente, torturándome.

—Rodion —gimo.

Me dedica una sonrisa maliciosa llena de promesas.

—Suplícame, pequeña reina.

No puedo contener el gemido que se me escapa cuando sus dedos se deslizan dentro de mí, curvándose justo donde deben. Su otra mano me sostiene la nuca, atrayéndome hacia otro beso feroz.

Me deshago por él, temblando, jadeando su nombre, pero no se detiene. Siento la presión caliente y dura de su polla contra mis piernas.

—Dime que quieres esto. —Su voz es áspera, apenas contenida.

—Quiero esto, Rodion. Te quiero a *ti*. Todo de ti.

Al retroceder, sus ojos encuentran los míos con sorpresa. Sabe tan bien como yo lo que eso significa. Cada parte de él: El criminal endurecido y el tipo astuto, protector y marido. *Todo* él.

Entra en mí de una sola y fuerte embestida. Me arqueo hacia él, con las piernas envolviendo su cintura mientras me llena. Me encanta la forma en que me estira hasta el límite del placer y el dolor.

Rodion no se contiene: me penetra salvaje e implacablemente, con cada embestida empujándome con más fuerza contra el árbol. Estoy rogando y suplicando, loca de necesidad, mientras nos aferramos tan fuerte el uno al otro que nos dejaremos marcas.

—Eres mía, Ember. *Mi esposa*. Nadie más te toca.

Me aferro a él, destrozada y completa.

—Tuya.

Penetra más profundo, con su mano enredada en mi pelo para inclinarme la cabeza hacia atrás y así poder besar la piel sensible de mi cuello.

—Te quiero —susurro. El mundo y todos los que hay en él han dejado de existir. Todo lo que importa somos *nosotros*.

El placer explota en mis venas, caliente e implacable, mientras él se corre dentro de mí. Jadeo buscando aire, aferrándome a él, y todo alrededor se reduce solo a nosotros dos.

—Te quiero —repito mientras su semilla caliente se derrama en mi interior, y jadeo a través de las réplicas del éxtasis—. Te quiero.

Rodion gruñe contra mi piel, con sus labios trazando mi cuello como si me estuviera grabando en su memoria. Me aferro a él, y el calor de su cuerpo contra el mío es como un escudo. El fresco aire nocturno apenas nos roza.

Su pulgar se desliza por mi mejilla, tierno de una manera que solo yo veo.

—Dilo otra vez —susurra, con la voz en carne viva.

Acuno su rostro, con la barba raspándome la mano.

—Te quiero.

Rodion cierra los ojos por un breve segundo, exhalando como si las palabras aflojaran algo en su interior.

—Eres mía ahora, Ember. No hay escapatoria.

Le sonrío.

—No tenía pensado una.

Sus labios se curvan en esa sonrisa traviesa que he llegado a anhelar antes de mirar detrás de él.

Aprieta sus brazos a mi alrededor, protegiéndome de lo que ve. Pero no puedo apartar la mirada.

Esta soy yo. Estos somos *nosotros*.

—Sabes lo que tengo que hacer.

Trago saliva con dificultad y susurro:

—Sí, lo sé. Enterrar su cuerpo y dormir como un puto bebé.

Me besa, duro y apasionado; una declaración silenciosa de solidaridad.

Rodion me da un beso en la frente antes de colocarme su chaqueta sobre los hombros.

—*Shh*, cariño. Esto está a punto de terminar.

Retrocede hacia Shawn, que gime para sus adentros.

—Te lo dije una vez —dice Rodion, en un gruñido bajo y letal—. Que te arrepentirías de ponerle las manos encima, ¿no es así? Te dije que la dejaras en paz. Te dije que no quería volver a verte cerca de ella. ¿No es cierto?

Shawn suplica, con los ojos desorbitados de terror, pero a Rodion no le importa.

A mí tampoco.

La pistola de Rodion presiona la sien de Shawn antes de mirar en mi dirección. Le devuelvo la mirada, firme y segura. Esto no es solo venganza. Es purificación. Es castigo. Es asegurarse de que nadie, ni yo, ni otra chica inocente, vuelva a ser herida por este monstruo.

Rodion aprieta el gatillo.

El disparo resuena en la noche.

No grito. No aparto la mirada. Necesito ver que no volverá a hacerme daño a mí ni a nadie más. Observo cómo el cuerpo de Shawn cae al suelo con un golpe seco, y su sangre empapa la tierra a su alrededor.

Cuando Rodion finalmente se levanta, lo hace con la lenta deliberación de un hombre que ha hecho las paces con sus decisiones.

Lo amo por eso.

Me ciño más la chaqueta. Está caliente y huele a él. Se siente como un símbolo de Rodion como mi escudo.

Hace algunas llamadas antes de volver a mí y envolverme en sus brazos.

—¿Estás lista para volver a la gala?

Lo miro sorprendida, pero me lo pienso. Trago saliva.

—¿Puedo ponerme algo un poco más cómodo?

Él sonríe con picardía en la oscuridad.



Capítulo Veintiocho

Rodion

No me propuse ponerla a prueba. Pero sé que, si volvemos a la gala, ella quedará permanentemente inmersa en mi mundo: brutal, implacable, pero leal.

Estoy buscando señales de shock en ella, pero solo está callada, aferrada a mí.

—Para —dice finalmente—. No tienes ni idea. El recuerdo de lo que él hizo me atormentaba mucho más que lo que acabamos de hacer. Ha sido horrible, sí, pero estoy... Dios, estoy aliviada. Pero necesito una copa fuerte, ya.

La gala está en pleno apogeo cuando regresamos. Las risas se derraman desde las puertas abiertas, mezclándose con las notas de música de violín.

Le consigo una copa fuerte. En realidad, dos.

Debería parecer surrealista volver al mundo de celebraciones relucientes. Para mí no lo es.

No siento más que alivio. Quizás eso sea retorcido.

—¿Estás bien? —le pregunto a Ember. Se ha limpiado y cambiado, con el maquillaje renovado y el pelo suelto sobre los hombros, ondulado y libre.

—Sí —responde con esa energía majestuosa digna de la reina que es. Está de pie junto a mí, con la barbilla alta y su cabello rojo fuego cayendo sobre la seda de su vestido.

No se encoge ni se esconde.

Quizás esté tan jodida como yo.

Dios, cómo la quiero.

Observo cómo la miran, tanto hombres como mujeres, como si les atrajera su belleza, su energía magnética, y no pudieran expresarlo con palabras. Una parte de mí quiere gruñirles a todos que aparten la mirada.

Porque es mía.

Pero cuando Ember se vuelve hacia mí y hunde su cabeza en mi pecho, la rodeo con mis brazos de forma protectora. Ha sido mucho por esta noche, pero lo está manejando tan bien.

—¿Segura? —le susurro al oído.

—Sí —repite—. Siento que debería estar mucho más alterada por lo que pasó, pero yo... —Su voz se entrecorta un poco y no termina la frase. —Necesitaba un cierre. Necesitaba saber que no hay vuelta atrás, que no puede volver a ocurrir.

—No tienes que explicarte. Lo entiendo. —Levanto su barbilla con mi dedo y atraigo su mirada a la mía. Miro fijamente sus brillantes ojos verdes, y mi corazón se hincha porque lo sé: estoy mirando a mi «para siempre». —Pero quiero que confíes en mí para manejar los detalles. El resto de esto. ¿Puedes hacerlo?

Sosteniendo mi mirada, asiente.

—Sí.

Ekaterina hace girar su champán, ajena a lo que acabamos de hacer o de lo que estamos hablando, pero sé que incluso si conociera los detalles, no juzgaría. Después de todo, fue al equipo de limpieza de su hijo al que recurrí.

—He oído que eres fotógrafa, Ember —pregunta con una sonrisa de bienvenida—. Contratamos a alguien, pero no se presentó. —Pone los ojos en blanco. —A veces nuestra reputación interfiere en estas cosas.

—Lo soy —dice Ember. Se yergue. —¿Quiere que tome fotos?

—Solo mientras entregamos el gran cheque —dice con un guiño.

Ember entra en modo artista, con los ojos fijos en varias personas. La observo tomar una instantánea tras otra hasta que, finalmente, baja la cámara y se gira hacia mí, con sus mejillas sonrojadas ya sea por el calor de la habitación o por el peso de mis ojos sobre ella.

—¿Has terminado? —Me estoy impacientando por tenerla a solas. Mi pulgar roza la parte baja de su espalda.

Rafail y Semyon se unen a nosotros, con las manos en los bolsillos. Rafail me hace un breve gesto con la cabeza.

—Todo arreglado.

Semyon asiente.

—¿Necesitas algo más de nosotros ahora?

Niego con la cabeza.

—La promesa de que no pasará nada esta noche que me separe a mí y a mi esposa de un merecido descanso.

Rafail asiente.

—Concedido.

Me vuelvo hacia Ember. Parece que hemos tenido tres noches en una, y estoy al final de un maratón agotador.

—Vamos a descansar. Suficiente por hoy, cariño.

Su respiración se entrecorta antes de que su mano se deslice por el frente de mi chaqueta, atrayéndome más cerca. Le sonrío.

Me da apenas un atisbo de beso, pero es suficiente para hacer que mi sangre vibre.

Que lo vean. Que todos sepan exactamente a quién pertenece.

Me aparto, apartando un mechón de pelo de su cara y colocándolo detrás de su oreja.

—Salgamos de aquí.

—¿No tenemos que, ya sabes... esperar hasta que la gente se vaya a casa?

Niego con la cabeza.

—No.

Nos dirigimos a la habitación. Los dedos de Ember están entrelazados con los míos como si quisiera anclarse a mí. Apoyada en mí en el rellano, presiona su mejilla contra mi hombro.

—Sobrevivimos a la noche.

—Sí —digo en un suspiro—. A todo. Parece que hemos vivido toda una vida en veinticuatro horas.

—Pero lo hicimos juntos.

—Sabía que lo haríamos.

De vuelta en la habitación, cierro la puerta y echo todos los cerrojos.

No digo nada. Bajo la cremallera de la espalda de su nuevo vestido, viendo cómo se desprende el material sedoso. Se acumula a sus

pies, dejándola desnuda.

Sin decir palabra, ella me alcanza y desabrocha cada botón de mi camisa antes de quitármela. Inclinándose, besa la curva de mi bíceps.

—Qué fuerte —susurra con un guiño—. Qué jodidamente fuerte.

—Ah, ¿sí? —Flexiono solo para presumir, y ella, predeciblemente, gime. Se inclina y besa mi mejilla a continuación.

—¿Ducha? —pregunta, elevando sus ojos hacia los míos.

—Suena bien. ¿Y comida?

—*Mmm*. Me muero de hambre. ¿Podemos pedir algo a domicilio?

—Cualquier cosa para mi reina. —Saco mi móvil y abro una aplicación. —¿Algo en particular?

—Pizza —exhala—. Estilo Nueva York, con *pepperoni*, y si tienen tarta de queso... Se supone que es bastante buena por aquí.

Le sonrío y pido una pizza grande de *pepperoni* y unas porciones de tarta de queso estilo Nueva York. Le mando un mensaje a Yana pidiéndole que la suba cuando llegue, ya que es la que más probablemente se mantendrá al margen de nuestros asuntos.

Enciendo la ducha y dejo nuestra ropa sucia a un lado. El vapor se arremolina a nuestro alrededor. Abro la cortina de la ducha y le indico que entre. Agradezco el agua caliente mientras envuelve nuestros cuerpos.

En un día normal, esto sería como un preliminar. ¿Esta noche? El sexo es lo último en mi mente, y quiero asegurarme de que se sienta segura y cuidada.

Parece que ella quiere lo mismo para mí. La forma en que me toca con ternura, pasando una toallita sobre la espuma hasta que el agua corre clara.

La ducha es pequeña, no realmente construida para dos, pero nos las arreglamos.

—No me doy cuenta de lo antinaturalmente enorme que eres hasta que estás encajado bajo una alcachofa de ducha —dice, con la comisura de los labios temblando.

Le pellizco el trasero mojado con la palma, y ella suelta un chillido.

—Te voy a dar yo a ti algo antinaturalmente enorme —murmuro antes de agarrarle la otra nalga y amasarla. Me inclino y la beso.

El agua cae sobre nosotros, y su sonido rítmico es tan relajante como la lluvia sobre un cristal. Ella se apoya en mi pecho, con la frente presionada contra mi clavícula. Mi mano descansa suavemente en su nuca, con los dedos enredados en los mechones mojados de su pelo.

La giro y le inclino la cabeza hacia atrás. Sus ojos se cierran cuando le masajeo el champú en el pelo, la enjabono y luego la enjuago lentamente. Después, el acondicionador, seguido de otro enjuague.

Imagino que estamos lavando todo. El recuerdo de su agresión. Las mentiras entre nosotros. Cualquier cosa que pueda volver a separarnos.

Ninguno de los dos habla. No hace falta.

Mi pecho sube y baja bajo su tacto cuando ella se gira para mirarme, con jabón burbujeando bajo su palma. No he dejado que nadie me cuide así en... Dios, no puedo recordarlo. Mis padres murieron cuando era muy joven, y Rafail tenía bastante trabajo con una casa llena de niños. Aprendimos a ser independientes desde muy pronto.

Tomo su mano y beso su palma.

—Gracias, pequeña reina.

Su suave sonrisa me calienta por dentro. Cuando se acerca más a mí, reprimo un gemido. Mi polla se endurece entre nosotros, pero no

es el momento.

—¿Contento de verme? —dice con una sonrisa pícara y una ceja arqueada—. ¿O...?

Me inclino y beso su hombro cuando bosteza ampliamente.

—Siempre. Pero estás agotada.

—Sí.

Su voz es un susurro entrecortado.

—Tienes que mantenerte despierta hasta que llegue la pizza, y después puedes dormir durante días si quieres. Necesitas comer.

—Puedo con eso —dice con otro bostezo.

La giro para enjuagarla.

Parece que hemos atravesado algo que no podemos nombrar realmente... una batalla tácita que ninguno de los dos quiere admitir que estábamos librando.

Es más que Shawn. Más que sus miedos y los míos. Ninguno de los dos se muestra vulnerable con facilidad, y, sin embargo, aquí estamos. Permanecemos bajo el chorro de agua, desnudos en más de un sentido.

Me muevo, estirándome tras ella para ajustar la temperatura del agua. Me muevo con cuidado, casi con reverencia, como si pudiera romper este momento entre nosotros. Pero no hay nada frágil en la forma en que ella se vuelve hacia mí y se aferra, con sus brazos rodeando mi cintura.

El vapor nos envuelve. Mis cicatrices destacan sobre la calidez de mi piel. Sin decir palabra, ella recorre una de ellas, pasando por encima como si la estuviera grabando en su memoria.

Mi mano cubre la suya, deteniendo el movimiento. Mi pulgar acaricia sus nudillos en lentos círculos.

Sus dedos se deslizan por mi brazo, deteniéndose justo por encima de mi muñeca. Lentamente, traza la gruesa banda dorada en mi dedo. Su voz es queda.

—¿Y si no quiero algo temporal, Rodion?

Inclino la cabeza, besando su sien.

—¿Y si yo tampoco?

Ella aspira bruscamente como si quisiera creerme, como si quisiera creerse a sí misma, pero aún no pudiera confiar del todo.

Aparto el pelo mojado de su cara.

—Escucha, Ember. No voy a irme a ninguna parte. Lo de esta noche era cuestión de supervivencia. La supervivencia es solo el primer paso.

Ella traga con dificultad, apretando los dedos alrededor de mi muñeca. Nos quedamos de pie, envueltos en el calor y el silencio, dejando que el agua ahogue el resto del mundo hasta que nuestra piel está arrugada y su estómago gruñe audiblemente.

Estiro mi mano detrás de ella y cierro el agua justo cuando suena un golpe en la puerta.

—¡La comida está aquí! —grita Yana.

Ella sonríe con picardía.

—Parece que te vas a quedar entonces. Una forma de mantenerte aquí.

Le sonrío.

—¿De verdad tienes miedo de que me vaya, pequeña reina?

Ella mantiene mi mirada durante un largo momento, escrutándome, antes de finalmente negar con la cabeza y soltar un suspiro.

—No. No creo que lo hagas.

—Mujer, no podrías espantarme, aunque lo intentaras.

La envuelvo en una toalla, luego me pongo otra alrededor de la cintura. Sin decir palabra, ella se sienta en la cama, y yo recojo la comida de fuera de la puerta. Abrimos la caja sobre la cama.

—Rafail me mataría por esto —digo, cogiendo una porción y pasándosela.

Ella traga y se relame los labios.

—Rafail puede irse a la mierda. No se me ocurre mejor forma de pasar la luna de miel que con pizza y tarta de queso. ¿Y a ti?

Le doy un mordisco a la pizza y gimo.

—Yo habría dicho sexo, pero ahora mismo, esta pizza sabe mejor que el sexo.

Ember ríe suavemente, metiendo las piernas debajo de ella. La toalla se cae de su hombro y se acumula en su regazo. La calidez en sus ojos permanece más tiempo de lo habitual.

—¿Sabes? —dice, con un brillo en los ojos—. Si todavía estuviera haciendo vídeos, correría a grabar uno sobre esta escena justo aquí.

Niego con la cabeza.

—¿Por qué?

Ella se encoge de hombros.

—Podemos hablar todo el día sobre un tío bueno y tatuado que nos cuide. Pero estar lo suficientemente cómodos como para compartir una pizza, medio desnudos, en la cama... puede que sea por el hambre, pero esto es con lo que se sueña.

Comemos en silencio. En la distancia, todavía podemos oír los sonidos amortiguados de gente hablando y de música sonando, pero parece que estamos casi en un mundo aparte aquí.

Ella inclina la cabeza lo justo para encontrarse con mis ojos.

—Lo decía en serio, ¿sabes? Lo de no querer algo temporal.

—Lo dices ahora... —Quiero creerle, por supuesto que sí. Pero quiero que diga lo mismo después de que haya aceptado lo que esto realmente significa. No estoy hecho para bordes suaves y finales tranquilos. No me gusta la idea de que mi mundo la devore por completo.

Cuando miro hacia abajo, ella ya me está observando, con ojos firmes e inquebrantables. Como si viera la tormenta dentro de mí y no tuviera miedo de quedar atrapada en ella.

—Lo digo en serio —dice suavemente, con sus dedos apretándose alrededor de los míos—. Sé lo que estoy pidiendo.

Deja la corteza en la caja, coge otra porción de pizza y le da un gran mordisco.

Tomo su corteza y la muerdo.

—A veces las cosas se tuercen, Ember. No siempre tenemos finales felices. A veces...

Ella me detiene con su mano en mi brazo.

—Rodion. Lo entiendo. Lo sé. —Negando con la cabeza, me sonríe. —He leído todos los libros, ¿recuerdas?

—Ah, cierto. —Le sonrío. —Eres una experta.

Ella suelta una risita.

—No sé si quiero besarte o escribir *fanfic* sobre ti.

—Ah, ¿sí?

Ella suspira y dice con voz cantarina y burlona:

—La forma en que es moralmente ambiguo en todos los sentidos correctos...

Resoplo.

—La forma en que necesito que me *arruines*, señor.

Niego con la cabeza.

—¿Tienes un pasado trágico, una herida emocional profunda y un fetiche por la lealtad con una buena dosis de ser un experto? Ya sabes, ser un tipo duro y hacer cosas duras por razones duras. —Suspira dramáticamente y se lleva la mano a la frente. —Estoy *muerta*.

Por fin lo entiendo.

—Oh, Dios mío. Estás fingiendo ser una fan.

—Sí y no —dice encogiéndose de hombros—. En realidad, no estoy fingiendo. Escucha, Rodion. Sé que te preocupa que pierda la cabeza cuando las cosas salgan mal, pero yo... sé cómo eres cuando las cosas van *bien*.

Eso me llega más hondo de lo que pensaba. Le levanto el mentón con dos dedos, manteniendo su mirada. Ella se lame los labios adorablemente.

—Cualquier otra cosa, podemos resolverla.

Me sonríe.

—Para eso están los finales felices.



Capítulo Veintinueve

Ember

Moscú. Es. *Precioso.*

Resulta que nadie pudo vincular a Rodion con nada y mi vídeo causó sospechas momentáneas, pero nada más.

Aun así, decidimos abandonar la ciudad por un tiempo.

Pensé que querría volver a mi apartamento, pero descubro que los recuerdos de Shawn son demasiado difíciles de disipar. Sabía que era hora de marcharme, y ahora tengo una buena razón para hacerlo.

Siempre quise viajar por el mundo. Y después de ver casas como la mansión Romanov, no tengo ningún interés en volver a ese apartamento. Además, no pienso separarme de Rodion, y él necesita una cama y una ducha lo suficientemente grandes como para él.

¿Qué mejor manera de practicar mi fotografía?

Me siento en el balcón de la casa donde creció Rodion, con la cámara apoyada en mi regazo, y me pregunto... ¿Es el hogar realmente un lugar? ¿O es con quién estás?

Quizás el hogar es el peso de la chaqueta de Rodion sobre mis hombros, el leve aroma a él reconfortándome. Quizás es el suave

murmullo de voces que llega desde el interior de la casa, voces que poco a poco estoy aprendiendo a conocer y en las que confío.

Quizás el hogar es un lugar al que regresas, un lugar donde te aceptan y te cuidan, sin importar tu pasado. Quizás es esa sensación de pertenencia inquebrantable. Porque aquí, con Rodion, él es mi *hogar*. Y cuando estoy con él... Este también es mi hogar.

Levanto mi cámara, encuadrando los árboles cubiertos de nieve que bordean la propiedad. Su casa está a las afueras de Moscú, pero tiene la vista perfecta de la icónica ciudad. Una ligera niebla envuelve las ramas desnudas, heladora pero hermosa, como si suavizara la dureza del invierno.

Rodion sale al balcón detrás de mí, apoyándose en la barandilla.

—De todas las cosas que podrías robarme, nunca pensé que sería esa vieja chaqueta.

Me encojo de hombros.

—Lo tuyo es mío.

Me encanta el sonido de su risa baja y siniestra.

—Mientras tú seas mía, es lo único que me importa.

Sonrío. Lo sé. Tiene más ropa en su armario de la que yo he tenido en toda mi vida, un testimonio de la riqueza en la que creció, pero no le importa ninguna de esas prendas.

Su pelo aún está húmedo por la ducha, rizándose ligeramente en las sienes. Le da un encanto casi juvenil. Me observa en silencio, algo que hace mucho últimamente.

Llevamos ya un mes completo en Rusia. Soy absolutamente terrible hablando ruso, pero, afortunadamente, su familia tiene paciencia infinita.

Tomo foto tras foto, moviéndome por el balcón para conseguir diferentes ángulos. Él me observa en silencio.

—Si sigues mirándome así, tendré que cobrarte por los retratos. —Bajo la cámara mientras me encuentro con su mirada.

Sonríe con picardía.

—Pagaría.

Le sonrío. Se siente tan bien, tan liberador, simplemente sonreír y dejarlo ir, a todo. Disfrutar del momento sin preocuparme por el mañana. Saber que tengo todo lo que necesito, justo aquí.

Cuando tiemblo, él alcanza mi mano y frunce el ceño al encontrar mis dedos fríos.

—Ya es suficiente. Adentro. Te estás convirtiendo en un carámbano.

—Quiero tomar una más...

—Ember. —Su tono es implacable. Todavía hace que mi corazón dé un pequeño salto mortal en mi pecho.

—¿*Mmm*?

—Haz lo que tu rey te dice, pequeña reina —susurra en mi oído—. Pórtate bien.

Sé que tiene razón, pero es divertido resistirse un poco.

Bajamos, y el sonido de las risas viene desde el salón. Miro a través de las puertas de cristal y vislumbro a Zoya y Polina desparramadas por el mullido sofá, con las cabezas juntas mientras ven algo en un móvil.

Yana ha vuelto con su marido, pero el resto sigue aquí. Zoya vive aquí con Polina y Rafail, y aunque Semyon y Rodion tienen sus propios hogares, parece que pasamos más tiempo aquí que en cualquier otro lugar. No es que me queje. Este sitio es *épico*.

Semyon descansa en un rincón, con los brazos cruzados, pero hay un tic poco característico en sus labios. Rafail está sentado cerca de la chimenea, con una copa de whisky en la mano, observándolos a

todos con la tranquila autoridad de alguien que no necesita decir mucho para dominar una habitación.

Todo parece... normal. Extrañamente doméstico para una familia de la bratva. Esperaba que fueran más fríos, más distantes.

El brazo de Rodion se desliza alrededor de mi cintura.

—Les gustas, ¿sabes?

Me apoyo en su calidez.

—Y a mí me gustan ellos —digo suavemente, observando cómo Rafail revuelve el pelo de Zoya y ella aparta su mano de un manotazo—. Tu familia.

—No siempre son tan... fáciles —dice.

—No necesito que sea fácil, Rodion. Necesito que sea real.

Un golpe fuerte en el cristal nos sobresalta. Nos separamos como dos adolescentes pillados besándose detrás del instituto. Zoya está al otro lado de las puertas, sonriéndonos. Nos hace señas para que entremos, articulando algo que no puedo entender del todo.

Rodion me da un rápido beso en la frente.

—Vamos. ¿Quieres ver lo real?

Dejo que me lleve dentro. Me encanta estar aquí, pero me siento un poco tímida con todos ellos.

Zoya apenas espera a que entremos antes de dejarse caer en el sofá, balanceando sus piernas sobre el regazo de Polina.

—Llegáis tarde —dice en tono de broma—. Os guardamos un asiento, pero estabais muy ocupados besándoos.

Polina se ríe disimuladamente y da una palmadita juguetona en la pierna de Zoya.

—Pórtate bien, hermanita. Te dije que entrarían eventualmente.

Rodion resopla y me guía hacia un sofá de dos plazas vacío.

—Tenéis suerte de que os aguantemos a vosotras dos.

La mirada de Rafail se desplaza hacia nosotros.

—Parte del trato. Familia, ya sabes.

Familia.

Lo sé.

Me aclaro la garganta y decido abordar directamente lo que me ha estado preocupando.

—¿Ha habido alguna... ya sabéis... conversación o repercusión por lo de Shawn?

—Sí —dice Rafail con seriedad mientras me mira—. Varias mujeres han hablado con la prensa en California afirmando que las acosó sexualmente en el trabajo, y una dice ser una exnovia a la que agredió. La opinión general es que se alegran de que haya desaparecido, pero no les sorprende.

—Incluso hay comentarios en línea de algunas mujeres que dicen que esperan que las mujeres a las que hizo daño finalmente se hayan unido para impartir, ¿cómo lo llamaron…? *Justicia poética*.

Me duele el corazón. No es la respuesta que esperaba. Rodion me aprieta la rodilla con la mano.

Ahora que Shawn se ha ido, siento que puedo empezar a reconstruir mi vida de una manera que antes no podía, cuando siempre estaba mirando por encima del hombro, siempre esperando que cayera la siguiente bomba.

—Todo esto me ha hecho pensar, Ember. —La mirada de Rodion se dirige rápidamente hacia Rafail, como si no supiera qué esperar. Yo también espero.

—¿Sí?

—Quizás deberías volver a hacer tus reseñas de libros.

Siento que se me cae la mandíbula.

—¿Qué?

La habitación se queda inmóvil durante medio segundo.

No sé si el resto sabe cuánto significa esto para mí. Estaba dispuesta a dejarlo todo por el bien de su familia, pero siento que perdí una parte de mí en el proceso.

—¿Quieres... que retome las reseñas?

Rafail se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas.

—Puedes agradecérselo a Zoya. Señaló que nadie creerá realmente que te casaste con alguien de una familia de la bratva. Incluso si los medios o los comentaristas lo descubren, parecerá que es parte de toda la diversión.

Polina sonríe.

—Es verdad. Pareces demasiado inocente.

—¿Gracias? —Me río y me coloco el pelo detrás de la oreja. Siento las mejillas calientes. El brazo de Rodion cae pesadamente sobre mis hombros.

—Tiene razón —interviene Zoya—. Piénsalo. Nadie nos ve como... Bueno, normales. Pero ¿tú? Tú rompes ese estereotipo. —Sus ojos brillan con algo que no logro identificar. ¿Orgullo? —Además —continúa, negando con la cabeza—, no he tenido una buena recomendación de libros en *siglos* y me muero por tener otra.

Me río.

—Puedo darte muchas en privado.

Los ojos de Zoya brillan intensamente.

—No es lo *mismo*, Ember. Además, no soy la única que quiere saber de ti.

Tiene razón. Bajo la mirada a mis manos, de repente tímida. Todavía recibo mensajes y correos de mis amigos, y la verdad es... que lo echo de menos. Creo que ahora vería el mundo de los libros bajo una luz completamente nueva.

Como mi fotografía, mi amor por todo lo relacionado con el romance es parte de quien soy, una extensión de mis esperanzas y sueños. Vivo a través de las páginas de mis libros de una manera difícil de explicar. Me encanta el romance porque es un recordatorio constante de que incluso las personas normales merecen ser amadas, que es saludable querer soñar y que todos merecemos un final feliz.

—Quizás esta es la versión de Rafail de una gala local —me susurra Rodion al oído—. Encantar a los lugareños y todo eso.

Me giro hacia Rafail.

—No sé si mis reseñas de libros desquiciadas… ablandarán a la gente local.

Él se encoge de hombros.

—Ya veremos.

Por un momento, no respondo. Me han ofrecido una rama de olivo. No es solo la sugerencia, sino el saber que pertenezco aquí. Esta familia, que esperaba que me mantuviera a distancia, me está acogiendo. Es la aceptación subyacente.

Rodion me da un beso en la sien. El mundo de los libros tenía razón en una cosa: es de lo más dulce que te besen así. Reprimo la necesidad de pedirle que lo haga de nuevo.

—¿Ves? —me susurra al oído—. Te dije que les gustas.

Le doy un pequeño codazo juguetonamente.

—Cuidado, podría empezar a creer que pertenezco aquí.

—Mujer —gruñe Rodion en mi oído. Me estremezco y me acerco más.

—Dios, buscaos una habitación —dice Semyon, pero sus ojos nos miran con picardía.

No sé qué esperaba de ellos, pero no era esto.

Me acomodo más profundamente en el costado de Rodion, apreciando su calidez junto a mí. Es difícil imaginar que hace solo unos meses solo soñaba con un novio de la bratva, y ahora… Aquí estoy. Su familia, *nuestra* familia, sigue hablando, riendo, llenando el espacio con una comodidad que no sabía que anhelaba. Porque, aunque viven según un código ético que nunca conocí, la lealtad inquebrantable que los une a todos me hace sentir parte de algo mucho más grande.

Polina me mira. A medida que la he ido conociendo mejor, me ha atraído su resiliencia y su naturaleza práctica.

—¿Entonces? ¿Cuál será tu primera reseña, Ember?

—Oh, no lo sé. Pero definitivamente algo de la bratva, ¿no?

Zoya jadea, sentándose más recta.

—¡Debes de tener al menos diez libros esperándote ya!

—Como mínimo —digo riendo.

La mano de Rodion se tensa en mi cintura.

—Cuidado, pequeña reina. Empezarás a darles ideas.

—Lo siento, pero no lo siento —murmuro, lo que me gana unas cosquillas feroces—. ¡Eh!

Pero la pregunta permanece en el fondo de mi mente mucho después de que las risas se apaguen. ¿*Puedo* volver a como eran las cosas antes? Parece que la antigua Ember es una persona diferente. No ha desaparecido… Pero ha cambiado.

Solía sentarme sola en mi apartamento, asegurándome de que las grietas de las paredes y la pintura descascarillada no aparecieran en los vídeos. Me escondía detrás de una hilera de luces de hadas, hablando emocionada sobre el último novio literario… Y ahora que tengo un novio literario propio, el cuento de hadas no tiene el mismo atractivo.

¿O sí?

El hecho de que esta sea mi vida ahora no significa que no pueda seguir viviendo mil vidas más en las páginas de mis libros. ¿No es de eso de lo que se trata? No solo de encontrar al novio literario más perfecto sino de… encontrar amigos. De ser comprendida. De sentirse escuchada.

De encontrar *amor* de todo tipo. Romántico, sí, pero mucho más… Miro alrededor de la habitación a la dulce Zoya y a Polina, a Semyon y a Rafail.

Zoya lanza un cojín a Semyon cuando él vuelve a burlarse de ella, y Rafail agarra tranquilamente el cojín y les lanza a ambos una mirada de advertencia. Polina tira de la manga de la camisa de él y le susurra algo al oído que lo hace ablandarse un poco.

Tomo una respiración lenta y la suelto.

Esta es mi vida ahora.

—Quizá empezaré con ese último libro del que todo el mundo está hablando. Ese sobre la chica que sentía que no pertenecía a ningún lugar… Pero encontró su hogar en el sitio más inesperado.

Polina sonríe.

—A mí me suena a superventas.



Capítulo Treinta

Ember

Estoy sentada con las piernas cruzadas en el suelo de mi apartamento, con la cámara apoyada sobre una pila de libros y una taza de café que se ha enfriado a mi lado. La habitación está vacía en más de la mitad de su capacidad: Cajas apiladas en la esquina, a medio empaquetar, listas para marcharse. Pero mi rincón de lectura sigue en su sitio; la familiar pila de libros en mi mano tan reconfortante como una manta pesada, resplandeciendo bajo el brillo de la luz blanca. Las luces de hadas siempre tendrán magia para mí.

Rodion cuelga el teléfono tras hablar con sus hermanos. Una vez le dije que era competente, y me lo ha demostrado con creces en los últimos días. Cuando sus enemigos no pudieron probar nada de lo que había hecho, tras una investigación sobre la repentina desaparición de Shawn Steele, observé a mi marido... *mi marido*... ocuparse de cada detalle. Extinguió metódicamente cada incendio con una precisión tan inquietante como impresionante. Sin pánico, sin mal genio, sin titubeos. Cada paso que daba era deliberado; cada detalle era tenido en cuenta como si lo hubiera planeado todo antes de que los acontecimientos se desarrollaran.

Ya sabía que tenía una mente peligrosa, pero al verlo manejar cada faceta de una situación de alto riesgo, comprobé lo terriblemente capaz que puede llegar a ser.

Eso me *emociona*.

La pequeña luz roja de grabación parpadea ante mí, y por un segundo... Dudo. Ha pasado tanto tiempo desde que me enfrenté a esta pantalla, a este mundo, que casi he olvidado quién soy en el espacio literario. Pero entonces recuerdo a Zoya, con los ojos iluminados cuando habla de todo lo relacionado con el romance... y me enfrento a la pantalla.

Decidí que sería divertido volver en una transmisión en directo. ¿Por qué no?

Me inclino hacia delante, con el corazón latiéndome más rápido, sonriendo como si hubiera guardado el mayor secreto del mundo.

—He vuelto. ¡Y, madre mía, cómo os he echado de menos!

Las palabras resuenan en la habitación, juguetonas y familiares, y se sienten tan condenadamente bien. Suspiro satisfecha.

—Lo sé. Desaparecí durante un tiempo. Probablemente pensasteis que me había secuestrado uno de esos novios mafiosos moralmente ambiguos por los que todas suspiramos. —Hago una pausa dramática, ignorando cómo Rodion se atraganta con la cerveza que está bebiendo. Tendré que editar sus sonidos de asfixia. Hago una pausa, metiéndome el pelo detrás de la oreja. —Os diré... que no andaríais muy desencaminadas.

El chat se ilumina. Puedo oír las notificaciones sonando, pero las ignoro por ahora. Me recuesto, cruzándome de brazos.

—Entonces... ¿De qué me he perdido, además de todos los romances mafiosos publicados en el último *mes*?

Una sombra se mueve en el borde del encuadre, justo fuera de foco. Finjo sorprenderme como si no hubiéramos planeado todo esto.

Reprimo una sonrisa maliciosa.

—*Iba* a hacer todo este vídeo sola, pero parece que alguien ha decidido acechar por aquí.

Rodion se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo. Me observa con esa expresión siniestra e indescifrable que siempre hace que mi corazón se acelere. No sé si alguna vez me acostumbraré a verlo sin camisa, con los pantalones de chándal colgando bajos en sus caderas y una máscara negra cubriéndole la mitad inferior del rostro.

¡Zas!

Giro lentamente la cámara hacia él.

—¿Veis? Fiel a su imagen, chicas.

Él ladea la cabeza y entrecierra los ojos hacia mí.

—¿Qué se supone que significa eso, pequeña reina?

Con el «pequeña reina», la sección de comentarios se vuelve loca.

Sonrío.

—Exactamente lo que crees que significa, señor —le provoco, cambiando mi atención hacia él—. Mírate. *Eres* el estereotipo mafioso hecho realidad.

Él avanza y se baja la máscara lo justo para dedicarme una sonrisa burlona.

—Cuidado, pequeña reina. Estás bordeando el límite. Si sigues diciendo cosas así, puede que tenga que interpretar el papel.

Me llevo el dorso de la mano a la frente con dramatismo.

—No. No. Por favor, no lo hagas.

El chat *explota* cuando él se acerca sigilosamente y me agarra el pelo con el puño.

Delicioso.

No sabía que tenía una vena exhibicionista, pero aquí estamos.

Quizás necesite otro tema para mi cuenta...

—¿Puedes quitarte la máscara? —digo en voz baja, mordiéndome el labio.

Se la quita, mirando solo hacia mí, para que no puedan verle la cara en la pantalla. La deja caer sobre la pila de libros a mi lado. Sonrío y miro a la cámara. —Diría que he creado un monstruo, chicas, pero creedme cuando os digo... que él ya estaba firmemente establecido en ese papel antes de que nos conociéramos.

Rodion se inclina y roza mis labios con los suyos.

—Apaga la cámara ahora, pequeña reina.

Me inclino con una pequeña carcajada de alegría y la apago.

—Nunca voy a dejar de oír hablar de esto, ¿sabes? —digo riendo, aunque el corazón me late más rápido y la excitación se acumula entre mis piernas. ¿Quién iba a pensar que unir mis dos vidas, mis fantasías, esperanzas y sueños, aquí mismo a la vista con mi novio de libro hecho realidad, sería tan absolutamente adictivo y *excitante*?

Su mirada se detiene, perversa e intensa, con la comisura de su boca curvándose en esa sonrisa que siempre hace que mi pulso se acelere. El suave murmullo de la ciudad de fuera zumba en el fondo, pero aquí parece que existimos en nuestro propio mundo.

—Has disfrutado demasiado con eso —murmuro, apoyándome contra la pila de libros detrás de mí.

Él me sigue, con una rodilla presionando entre mis piernas mientras apoya sus manos a ambos lados de mí.

Oh, sí. *Me encanta.*

Me encanta tanto.

—No soy el único —dice, mirando hacia donde yo me muerdo nerviosamente el labio inferior.

Sonrío, sin molestarme en negarlo.

Su mano se desliza por mi costado y luego vuelve a subir, antes de enganchar un dedo en la cadena de luces de hadas.

—Rodion —digo en tono de advertencia—. No vayas a...

—Cuidado, pequeña reina. No estarás a punto de decirme lo que puedo y no puedo hacer, ¿verdad? —Sus ojos brillan peligrosamente. Me muerdo el labio. —Eso pensaba —termina, tirando de las luces de hadas hasta formar una hebra recta.

Se inclina y atrapa el borde de mi vestido con los dientes, arrastrándolo hacia arriba para poder despojarme de mi ropa. El pequeño vestido que llevo cae en un montón al pie de mi cama, seguido en poco tiempo por mi sujetador y mis bragas.

Dios mío.

Observo, hipnotizada, cómo enrolla la cadena de luces alrededor de mis muñecas, por debajo de mis pechos, sobre la curva de mi vientre, entre mis piernas, y termina en mis tobillos. Estoy adornada como un árbol de Navidad. No podría escapar ahora, aunque lo intentara.

El primer beso real es lento, deliberado. Su boca reclama la mía con una especie de paciencia pausada que hace que mi cuerpo cante de necesidad. Los libros detrás de mí se desplazan ligeramente cuando me arqueo hacia él, con las luces de hadas proyectando suaves sombras por toda la habitación. Beso el borde de su mandíbula cuando se inclina más cerca de mí, con mis muñecas demasiado aseguradas como para poder tocarlo.

—¿Es seguro esto? —pregunto, señalando con la barbilla las luces de hadas—. Estos libros no son precisamente almohadas, Rodion...

—Silencio, Ember. Ahora es mi turno.

Dispone las almohadas y mantas para que quede envuelta por ambos lados, con los libros colocados a mi alrededor, asegurándose de que nunca los miraré de la misma manera otra vez.

Jadeo cuando toma dos de los más gruesos y los desliza bajo mi trasero.

—*Shh*. —Inclina su boca y lame el costado de mi muslo. Succiona y sus dientes raspan la piel sensible. Mis caderas se elevan, necesitando el calor húmedo de su boca justo *ahí*.

—Te lo dije —susurra en mi oído—. Te dejaría hacer esos vídeos con la condición de que yo sea tu único novio literario en la vida real.

—*Mmm*, no sé si... *oooh*.

Me silencia con un firme lengüetazo justo donde más lo necesito. Dios mío, es como el cielo y el infierno envueltos en uno solo.

Sí, por favor.

Me provoca con la punta de su lengua antes de lamer perezosamente, anclándose en mis caderas con un gemido de placer. De alguna manera, escuchar cuánto le excita esto me hace sentir *aún más* excitada por él.

Tengo la boca seca y estoy conteniendo un jadeo cuando succiona de nuevo. La presión perfecta de su lengua hace que mis caderas se sacudan de necesidad. Una y otra vez, me ahogo en placer cuando alcanza mis pezones y los pellizca. El placer desciende por mi columna como lava fundida y tiemblo de alegría.

—Por favor —susurro—. Sí, *por favor*.

Su risa baja y perversa entre mis piernas me hace gemir. De nuevo, me lame antes de deslizar una mano entre mis piernas e introducir dos dedos gruesos dentro de mí. El placer estalla en mi interior y dejo escapar un gemido entrecortado.

—*Rodion* —susurro—. Dios mío, por favor, sí, sí, justo ahí.

—Suplícame —gruñe contra mis muslos, con su aliento caliente sobre mi piel.

—Por favor. Por favor, déjame correrme. Quiero... ¡Oh, Dios! ¡Sí...! ¡Por favor!

—Córrete para mí, pequeña reina —susurra—. Córrete en mi lengua.

Mi espalda se arquea y los libros debajo de mí se mueven, pero Rodion no se detiene.

Sus dedos se clavan en mis caderas, anclándome a la cama mientras me deshago, jadeando su nombre en un gemido. Mis muslos tiemblan a su alrededor, con cada nervio en llamas mientras olas de éxtasis me inundan.

Todavía estoy temblando cuando finalmente levanta la cabeza, con su boca trazando besos perezosos a lo largo del interior de mi muslo. Sus ojos se encuentran con los míos, oscuros de satisfacción. No sabía que realmente quería pertenecer a alguien como él... Ahora lo sé.

—Ahí está —dice, presionando un beso sobre el pulso en mi muñeca —. Esa es mi chica.

Su perversa aprobación susurrada me hace querer cantar. Vivo para esto.

Aún no puedo encontrar las palabras. Estoy sin fuerzas y sin aliento mientras me recoge en sus brazos y desenreda las luces alrededor de mis piernas. Su grueso y caliente miembro presiona contra mi vientre.

—Te quiero —exhalo, todavía en éxtasis debajo de él, mientras separa mis muslos con su rodilla y desliza su miembro hasta mi entrada. Mis caderas se sacuden cuando se mueve a través de mi húmedo calor, y contengo la respiración cuando roza mi entrada.

—Te quiero —susurra en mi oído justo antes de embestirme. Me encanta la sensación de estar tan llena, tan completamente suya.

Jadeo mientras se hunde más profundamente, estirándome con embestidas perfectas y deliberadas. Sus manos presionan mis caderas, anclándome. El calor entre nosotros es tan fuerte, tan penetrante, que el mundo se reduce a solo nosotros dos. Me aferro a él, a su poder crudo, mientras embiste de nuevo. Se queda quieto, enterrado hasta el fondo. Mi sexo se contrae a su alrededor, ansioso por más.

Besa mi mejilla, moviéndose con un ritmo perfecto dentro y fuera, llenándome y provocándome, hasta que soy un desastre balbuceante, arqueándome hacia él entre embestidas. Me estremezco, una ola de placer me invade y el placer aumenta de nuevo mientras me contraigo a su alrededor. Desesperada por más.

—Rodion... —Su nombre escapa de mis labios, mitad plegaria y mitad súplica.

Agarro su pelo, atrayéndolo más cerca de mí. Embiste con más fuerza, con su aliento caliente contra mí.

—*Mía*.

—Tuya —jadeo, haciendo eco del sentimiento. Mis piernas se aprietan a su alrededor, atrayéndolo más cerca, más profundo, hasta que los dos dejamos de existir mientras nos fundimos en uno solo.

La tensión dentro de mí se aprieta, enrollándose hasta que estoy jadeando y suplicando incoherentemente.

—Córrete, nena —exige, con su propia voz ronca—. Córrete cuando yo lo haga.

Me deshago bajo él mientras se hunde profundamente, persiguiendo su propio clímax. Se derrama dentro de mí con un estremecimiento y un gemido mientras el placer me inunda. Estoy medio cegada, ahogándome en éxtasis.

Se derrumba suavemente a mi lado, y su peso es reconfortante mientras traza besos perezosos en mi hombro. Las luces de hadas parpadean como un recordatorio silencioso de la magia entre nosotros.

Finalmente, después de un rato, levanta la cabeza.

—¿Qué tal lo he hecho?

Le doy una palmada en su enorme hombro y resoplo.

—No está mal, *chico bratva*. Quizá necesitemos otra ronda para hacer una prueba comparativa.

Gime y se deja caer a mi lado.

—De todas las veces para ponerme a prueba, mujer...

Nos acurrucamos en la cama. Las cajas a medio empacar pueden esperar.

Alcanza mi móvil y me lo entrega.

—Adelante. Mira lo que han dicho. Tal vez diles que estabas ocupada en otros asuntos, guiño, guiño.

Tomo mi móvil y le beso.

—Deja de ser tan perfecto ya.

—Ah, ¿sí? Puedo quitarte el móvil y hacer que me adores como tu rey. ¿Eso destruiría la ilusión de fantasía?

Refunfuño.

—Sí, de hecho, lo haría.

Me encanta cómo se ríe cuando le doy un golpecito juguetón con un libro en el brazo. Hago clic en las notificaciones y casi chillo de emoción.

Esto es muy divertido.

¡Chica, nooooo! ¿Lo has estado ocultando todo este tiempo? ¿Dónde me apunto yoooo? 😳🔥

¿La forma en que se quitó esa máscara y te susurró al oído? ¡Necesito agua bendita ya! ✝️

Yo, aquí, viendo el vídeo en bucle para captar cada detalle de su sombra acechando en el fondo...

¡DIOS MÍO! ¡Bienvenida DE NUEVO, «pequeña reina»! 🤪

La forma en que te mira como si LITERALMENTE fuera a quemar el mundo entero por ti. 😭💘

¡Olvida las recomendaciones de libros! Solo necesito saber cuándo sale la segunda parte de este vídeo, por favor, por favor. 👀🍿

Le sonrío.

—Sabía que les encantarías.

Leemos los comentarios y respondemos. Juro que su ego crece tres tallas.

—Mantén la humildad, *chico bratva*.

—Llámame así una vez más y reabriré mi cuenta *solo* para publicar ese vídeo de ti sobre mis rodillas.

No puedo evitar reírme de eso.

Me besa la mejilla.

—Cariño, te quieren a *ti*. Tú eres quien mantiene viva la fantasía, quien mantiene viva la esperanza. —Sacude la cabeza. —Me encanta eso de ti.

Suspiro y miro alrededor de mi apartamento antes de apagar el móvil. Apoyo la cabeza contra su pecho, sintiendo el constante latido de su corazón bajo mi mejilla.

—Supongo que estoy nerviosa. Se siente como cerrar una puerta.

Rodion levanta mi barbilla, y su pulgar recorre mi mandíbula.

—Entonces déjala abierta. Solo no permitas que te impida cruzar la siguiente.

Tiene razón.

Ya no hay nada que me ate aquí. Shawn se ha ido y, por primera vez en mucho tiempo, no estoy mirando por encima del hombro. Este apartamento, el que una vez consideré mi refugio seguro, ahora se siente como algo que he superado.

—Muy bien, terminemos de empacar. Todavía le debo a Zoya unas diez recomendaciones de libros antes de irnos.

—No estoy seguro de cómo me siento respecto a eso.

—No estoy segura de que sea asunto tuyo. —Esquivo por poco su mano extendida.

El apartamento se vuelve más silencioso mientras trabajamos, y las estanterías van vaciándose poco a poco. Pero incluso mientras el espacio se vuelve menos *mío*, lo siento: La emoción que vibra justo bajo la superficie.

Mudarme a Rusia no es el final.

Es el comienzo de algo nuevo.



Epílogo

Rodion

La tenue luz del amanecer invernal se filtra por la ventana, pero estoy hipnotizado por la figura dormida de mi esposa.

Mi esposa.

Esas dos palabras contienen un mundo de significado que nunca antes tuvieron. Su cabello rojo fuego se derrama sobre la almohada, una funda de satén que probó para su nueva tienda en línea, diciendo algo sobre que deja el pelo más suave y desenredado. No me importa mucho esa parte, pero anoche se retorció perfectamente como improvisadas ataduras. Je.

Está tranquila ahora, su respiración es constante, pero la tensión en su ceño aún persiste un poco. No todos los días tienen un final feliz, ni todas las noches traen dulces sueños. A veces tiene pesadillas. No le pregunto sobre qué son. Podrían ser recuerdos de su pasado o incluso más recientes, como el suelo manchado de sangre el día de la gala.

Solo la atraigo más cerca y le susurro al oído que está a salvo. Que estoy aquí. Que la protegeré. Le acaricio el pelo hasta que se queda dormida suavemente contra mi pecho.

Sin embargo, yo nunca vuelvo a dormir. No puedo. La vigilancia me fue inculcada por mi hermano, y eso no cambiará, especialmente ahora que tengo alguien a quien vigilar.

A veces, desearía poder desenterrar el maldito cadáver de Shawn solo para matarlo de nuevo. Pero no puedo ir al pasado para rectificar el presente. En su lugar, me centraré en el aquí y ahora. Prometo acabar con cualquier demonio que amenace con robarle la paz.

Con gusto.

Le doy todo a mi esposa, y eso jamás cambiará.

—Estás pensando demasiado fuerte —susurra Ember, con los ojos aún cerrados, haciendo eco de mi propia broma hacia ella.

Se mueve, y sus preciosos ojos esmeralda parpadean mirándome. Por un momento, parece aturdida, y tan vulnerable que casi parece una niña. Cuando me ve, sus labios se curvan en una suave sonrisa que me produce un dolor en el pecho.

—Buenos días —susurra, con la voz espesa por el sueño.

—Buenos días, *Zvezda Moya*. —Rozo sus labios con los míos. —¿Estás bien? ¿Mal sueño?

Ella niega con la cabeza.

—Ya no.

Sus dedos se entrelazan con los míos.

Se recuesta contra mí mientras su móvil vibra en la mesita de noche.

—¿Olvidaste silenciar las notificaciones otra vez?

—*Mmm. Alguien* me distrajo demasiado.

Niego con la cabeza.

—Tendré que hablar con Zoya. No tienes que ser su asistente personal de libros.

Riendo, Ember empuja mi pecho.

—Como si fuera eso.

—En serio, nena. Te has convertido en una estrella por derecho propio. —Su cuenta ha explotado absolutamente, ganando más de lo que jamás imaginó. El número de sus seguidores se ha disparado. Aquí en mi casa a las afueras de Moscú, ella no tiene solo un pequeño rincón encantado con luces de hadas para ocultar los techos agrietados y el papel pintado descolorido. Oh, no. Mi pequeña reina tiene su propia biblioteca.

La construí yo mismo y estoy condenadamente orgulloso de ella. La sonrisa en su cara valió la pena.

—Oh, por favor —dice Ember con un bostezo—. Mi cuenta va bien gracias a *ti*, no a mí.

Reprimo un resoplido.

—Sí… No lo creo. Mi ocasional aparición no tiene nada que ver. Eres *tú*, cariño. Quieren verte a ti. Dejas que brille tu autenticidad, y es por eso que están aquí. Les dices que sigan soñando y todo eso.

Sus ojos se entrecierran juguetonamente.

—¿Te refieres a todas esas reseñas sobre alfas masculinos siniestros y taciturnos? ¿De quién podría estar sacando inspiración? —Resopla. —No de mi marido, que apenas muestra su cara en mi *feed*.

—Claro. Tú deja que los libros sigan hablando por sí mismos, nena. —Quito las sábanas y le doy una palmada cariñosa en el trasero. —Vamos. Hora del gimnasio. Dijiste que tu propósito de Año Nuevo era volver al gimnasio para poder luchar conmigo. No más pereza.

Ella me lanza su almohada a la cabeza.

—No es mi culpa que me empotres cada vez que me pongo la ropa de gimnasio.

Me encojo de hombros.

—Sin arrepentimientos.

Mientras se pone las mallas, suspira.

—¿Qué?

—Echo de menos la atención que solía recibir en el gimnasio.

Me está provocando y va a lamentarlo.

—Compórtate, mujer.

Sonriendo con malicia, se ata los cordones de las zapatillas.

—Es más difícil llamar la atención en un gimnasio en casa.

—¿De verdad necesitas más atención? —Me aparto de la cómoda y me dirijo hacia ella, pero ella grita y corre hacia la cocina, probablemente para coger los batidos de proteínas que preparó anoche en la nevera.

Niego con la cabeza y la persigo, pero, cuando la encuentro, está rebuscando en los armarios.

—No puedo encontrar la mantequilla de cacahuete.

—¿Mantequilla de cacahuete?

—Sí —dice con un suspiro—. Me *muero* por un sándwich de mantequilla de cacahuete y pepinillos.

La miro fijamente. No ha pedido uno de esos desde que fuimos a la cabaña. Ahora parece que fue hace mucho tiempo. Aquí en Rusia, Zoya cocina para todos nosotros en la casa familiar, y Ember participa felizmente, como todos.

—¿Hablas en serio?

—Es que... suena *tan bien* ahora mismo, y estoy un poco mareada...

Ambos nos giramos para mirarnos al mismo tiempo.

—Ember… —Apenas me fío de mi voz.

—N-no estoy preparada, Rodion. N-no puedo, no ahora, no todavía. ¡Usamos protección!

Intento ser comprensivo, pero lo que realmente estoy haciendo es calcular mentalmente el lugar más cercano donde puedo conseguir una prueba de embarazo.

—La usamos, la usamos —le digo para tranquilizarla, asintiendo—. Pero no es infalible. Solo... Vamos a buscarte un sándwich de pepinillos con mantequilla de cacahuete y una prueba, ¿vale?

—Rodion —Su voz es un susurro.

Se ve tan pequeña, tan frágil, que algo se retuerce en lo profundo de mi pecho.

—Necesitamos averiguarlo —dice finalmente, temblando.

—Sí, tenemos que hacerlo. Pero escucha. —La atraigo hacia mí. Su miedo es palpable. —¿Y si no puedo con esto? ¿Y si yo...?

—¿Y si no estás sola? —termino—. ¿Y si estamos juntos en esto?

Sosteniendo mi mirada, sus ojos brillan, con su miedo aún perceptible.

—Juntos.

Asiento.

—Espera aquí —le digo, apartándome después de ver la notificación en mi móvil.

Es la hora.

—Rodion, ¿qué estás haciendo?

—Ya lo verás.

Salgo al exterior, ignorando la nieve calándome. El conductor me encuentra en la puerta, y tomo el pequeño bulto que sostiene. Se retuerce en mis manos, con el más suave gruñidito seguido de un chillido. No puedo evitar sonreír con satisfacción. Pequeña fierecilla.

Perfecto.

—Pórtate bien —susurro, dándole una propina al conductor antes de volverme hacia la casa. Respiro hondo y hago otro pedido antes de entrar.

Mi corazón se hincha. Nuestra pequeña familia podría estar creciendo de más de una manera...

Cuando vuelvo al calor de la cocina, Ember está encaramada en un taburete. En el momento en que me ve, frunce el ceño.

—¿Rodion...? ¿Qué has hecho?

—He pedido tests de embarazo.

—*Rodion...* —Su voz se apaga en un susurro cuando coloco el bulto a sus pies, al caerse la manta y revelar a la criatura más dulce tambaleándose sobre diminutas patas con grandes y esponjosas zarpas que prometen que crecerá para ser grande y fuerte, lo suficiente para proteger a mi chica en mi ausencia.

Las manos de Ember vuelan a su boca.

—Un cachorro.

—Puede que, eh... Haya pirateado esas carpetas tuyas, y cuando vi que tienes la misma cantidad de vídeos de cachorros que de libros... Bueno...

Su mirada va y viene entre el perro y yo, con el rostro indescifrable una fracción de segundo antes de derretirse.

—Es tuyo... Nuestro. —Me inclino y acaricio su cabecita. Cuando se gira y me da un lametón afectuoso, no voy a mentir... Yo también me derrito un poco.

Ella recoge al pequeñín y él le acaricia el cuello con el hocico.

—No me lo puedo creer —dice, besando la parte superior de su cabeza.

Me quedo observando, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Necesitas a alguien que te cuide cuando yo no esté. Puede que aún no sea feroz, pero lo adiestraré.

—¿En serio? —pregunta, con los ojos brillantes mientras su voz baja —. Gracias.

Me inclino y le beso la mejilla.

—Y te quiero. ¿Cómo vas a llamarlo?

—¡Dios mío...! Tiene que ser el nombre de un novio literario, por supuesto. ¿Rhett? No, no, Darcy. ¿Quizás... Jasper? ¿Romeo?

—¿Sería demasiado ponerle Bratvabloodline?

Cuando ella se ríe, le acuno el rostro con ambas manos.

—Mira lo lejos que has llegado. Ya no tienes que hacer nada sola. ¿Me oyes? Ni ahora ni nunca.

Deja escapar un suspiro tembloroso.

Le sonrío.

—También he pedido mantequilla de cacahuete.

—¿Y pepinillos? —pregunta esperanzada.

—Y pepinillos.

Para cuando llegan los tests, ella está felizmente sentada en mi regazo, comiéndose su segundo sándwich y mostrándome su último

vídeo, grabado en una librería de aquí, de Moscú. El cachorro está profundamente dormido.

Y para cuando el test positivo descansa en su palma, está tranquila. Me mira con los ojos brillantes.

—Un bebé.

Sonrío con suficiencia.

—Semyon ni siquiera puede conseguir una esposa y, ahora, mira. El muy cabrón tendrá que ponerse las pilas.

—¡Rodion! —Pero se está riendo. —Sé amable.

Me inclino hacia ella.

—Lo seré. Te conseguiré todo lo que necesites, pequeña reina. ¿Más mantequilla de cacahuete? ¿Almohadas? ¿Pepinillos?

Deja escapar un suspiro y apoya su cabeza en mi hombro.

—No necesito nada, en realidad. —La sostengo contra mí, mirando el pequeño test que cambiará nuestras vidas para siempre. —Ya tengo todo lo que necesito.

Le beso la mejilla.

Yo también.

FIN

Preestreno

Revelado: un oscuro romance de mafia con matrimonio concertado

Capítulo 1

Semyon

Sacudo la cabeza y salgo del almacén, recibiendo la mordedura implacable del invierno moscovita. Me ajusto más el abrigo y consulto mi reloj.

Detrás de mí, escucho los inconfundibles sonidos de Rodion limpiando el desastre que dejé: el pesado arrastre de un cuerpo por el suelo, el golpe sordo de un arma al caer y su inconfundible silbido despreocupado. Como uno de los putos siete enanitos.

Solo a mi hermano se le ocurriría silbar mientras dirige la brigada de limpieza.

Pero es impecable, fiable y se enorgullece de lo que hace.

No planeaba darle una paliza a nadie justo antes del gran evento benéfico al que debo asistir, pero aquí estamos.

Deslizándome en el asiento del conductor, bajo el espejo para examinarme. Tengo las manos limpias, el traje inmaculado y ni una mota de sangre mancha la tela. Bien.

Mi teléfono vibra, con el tono inconfundible de Rafail. —¿Dónde coño estás?

—Ha llevado más tiempo del que pensaba —contesto mientras aprieto la mandíbula y arranco el motor. El capullo tenía más resistencia de la que esperaba, y no permití que Rodion interviniera. Yo lucho mis propias batallas.

—¿Cómo ha ido?

—Tan bien como cabía esperar. El trabajo está hecho —suelto un suspiro y miro la hora—. Tengo diez minutos para llegar elegantemente tarde.

—Bien. —Hay una pausa. Demasiado larga. Sé inmediatamente que algo va mal. No me ha llamado para asegurarse de que me ocupara del trabajo. Rafail sabe más que nadie que no es necesario.

—Rafail, ¿qué ocurre?

Mi hermano mayor y yo somos muy unidos, y lo hemos sido desde que se convirtió en nuestro tutor legal tras la muerte de nuestros padres. Ha gobernado nuestra familia con puño de hierro, y como segundo hijo mayor, soy su mano derecha. No malgastamos palabras ni tiempo explicándonos cosas el uno al otro.

—Tengo malas noticias.

En el fondo, oigo a Polina, su mujer, murmurando con su voz baja y tranquilizadora. Susurra algo en ruso, y Rafail le responde antes de volver a dirigirse a mí.

Aprieto los dientes. Odio llegar tarde a cualquier sitio. Introduzco la dirección en el GPS y pongo la marcha atrás. Rodion llegará por su cuenta.

Cuando Rafail no me lo cuenta de inmediato, mi paciencia empieza a agotarse. —¿Me lo vas a contar o tú y Polina necesitáis charlar un poco más en la intimidad?

—Semyon —dice Rafail en tono de advertencia. Aguantaría cualquier mierda que le soltara, pero en cuanto meto a su mujer en la conversación, se pone a la defensiva. Es justo.

Pongo primera y salgo a la carretera antes de pisar el acelerador. —Acabo de partirle los dientes a alguien mientras me aseguraba de no mancharme de sangre esta puta camisa blanca, Rafail. ¿Paciencia? Agotada.

Rafail suspira pesadamente al otro lado de la línea. —Elizar Borozov fue visto en un avión con destino a Costa Rica hace doce horas. Te la ha jugado. Hemos sufrido emboscadas en dos envíos y han descubierto nuestra casa de seguridad alternativa por su culpa.

Agarro el volante con más fuerza, una neblina roja me nubla la visión. Eli. Mi puto amigo. El chico con el que crecí. En quien confiaba. Se ha largado, traicionándonos en el proceso.

—¿Estamos seguros de que se ha marchado? —Mi mejor amigo tiene tantos enemigos como yo.

—Sí.

Miro el GPS. Diez minutos. Mi voz se vuelve fría y venenosa. —Así que esta noche tomaré un avión a Costa Rica.

Ya estoy recorriendo mentalmente las calles.

—No. Quería hablar contigo primero.

—¿De qué hay que hablar? Eli debía darnos los detalles sobre el envío y la filtración de seguridad del puerto a cambio de perdonarle su puta deuda. Eso era literalmente todo lo que tenía que hacer para no acabar en nuestra lista negra. ¿Y ahora me dices que se ha ido? ¿Que ha desaparecido debiéndonos aún cuatro millones?

Este asunto es personal.

Pasábamos todas las tardes junto al arroyo en Zalivka, la ciudad a las afueras de Moscú donde ambos crecimos, tirando piedras y trepando a los árboles, jurando que nada se interpondría jamás entre nosotros.

Fue con él con quien lloré cuando murieron mis padres. De adolescentes, nos comprábamos condones y nos prestábamos las armas. Disparábamos junto al arroyo hasta que Rafail nos pilló y nos dio una paliza a ambos. No paramos, solo fuimos más discretos.

Pero el alcohol llegó con demasiada facilidad. Las mentiras eran más difíciles de detectar. Debería haberlo visto venir.

Le envío un mensaje a Eli y veo cómo queda pendiente antes de que falle la entrega.

Después de todos estos años, después de todo lo que hemos pasado, me *ha traicionado*. A todos nosotros.

Como si su familia pudiera permitírselo.

—El problema es más grave que eso, Semyon. —Mi pulso late fuerte y rápido. Suelto un suspiro mientras él explica—. El padre de Eli no pudo pagar a los irlandeses, así que puso a su hija como garantía. Si los irlandeses se quedan con ella y la panadería, obtienen acceso al puerto, lo que es peligroso para nosotros.

Sé que a Rafail le importa el puto puerto, pero yo estoy atascado en *Anya.*

Los irlandeses. Los putos *irlandeses.* Nuestros rivales, siempre buscando una oportunidad.

Rafail continúa. —Cuando no pudo pagar, puso a Anya como avalista del préstamo.

Silencio. Después, un rugido en mis oídos. Mi visión se estrecha. El volante cruje bajo mi agarre.

Anya. Joder.

Golpeo con el puño el salpicadero, y el plástico gime bajo la fuerza. Mi respiración se vuelve brusca y entrecortada. ¿Creen que pueden llevársela? ¿Creen que pueden tocarla siquiera?

Rafail sigue hablando, pero apenas lo oigo. Mi corazón palpita, mi pulso se acelera. Anya, en las sucias manos manchadas de sangre de los putos irlandeses. La destrozarían. La romperían.

Rafail continúa. —Y a los ojos de los irlandeses...

—Un contrato es un contrato —termino entre dientes.

Los irlandeses han estado dando vueltas como buitres. Si llegan primero a los Borozov y se quedan con la panadería, reclamarán el acceso al puerto... y a Anya.

Anya Borzova. La hermana pequeña de Elizar Borozov.

La chica que solía perseguir luciérnagas junto al arroyo, con el resplandor de estas reflejándose en su cabello salvaje, su risa haciéndome sonreír cuando el mundo parecía sombrío y sin esperanza. La chica que me miraba con ojos tan grandes y confiados que me partían el corazón. Se sonrojaba furiosamente y huía cada vez que la pillaba mirándome.

La vi crecer de una niña tímida con la cara llena de pecas a una mujer tenaz con demasiada luz, demasiada inocencia para este mundo. La mantuve a distancia.

Tenía que hacerlo.

Estaba prohibida. Intocable. Me dije a mí mismo que era para protegerla, pero la verdad era mucho peor: la deseaba demasiado. Ella no pertenecía a este mundo —mi mundo— y cuanto más se acercaba, más sabía que la arruinaría. Sabía con qué facilidad la corrompería. En mi mente, si seguía siendo la hermana pequeña de mi mejor amigo, se mantendría *a salvo.*

Si tan solo pudiera fingir —si pudiera congelarla en el tiempo, conservarla en mi memoria como la niña inocente que amaba más los libros que a las personas y soñaba con mundos más grandes que el nuestro—, quizás permanecería intacta ante esta vida.

Ante mí.

Mi mente rápidamente coloca todo en su sitio como las piezas en un tablero de ajedrez.

—Tenemos una opción, Semyon, pero necesito que estés de acuerdo.

—¿Cuál es? —maldigo entre dientes, agarrando el volante con más fuerza.

—Liquidamos la deuda de Borozov a cambio de la mano de su hija en matrimonio —una pausa—. Es una opción.

Ella nunca podría ser una puta opción.

—Es una cría.

—Lo era cuando la conociste. Ya no. El matrimonio con Anya asegura la panadería y, con ella, el puerto. Fortalece el poder de nuestra familia y deja a los irlandeses sin margen de maniobra.

Niego con la cabeza, agradecido de que no pueda verme ahora mismo. Se supone que debo protegerla, no utilizarla en este juego interminable.

Permanezco en silencio durante largos momentos, incapaz de responder.

Anya. Hermosa, decidida, obstinada y brillante. La recuerdo sentada en el rincón de su habitación con la nariz pecosa arrugada por la concentración, leyendo libro tras libro mientras ignoraba sus tareas, cuando no estaba arriesgando el cuello junto al estúpido arroyo.

Aprieto los dientes mientras Rafail continúa. —Te casas con ella. Heredas la panadería y se convierte en nuestra. Les quitamos ese

peón justo de debajo de las codiciosas manos a los irlandeses y, desde ahí, controlamos las rutas que han estado husmeando. Reforzamos nuestro control sobre la región.

Apenas lo escucho. Solo puedo pensar en Anya.

Casarme con ella.

Una fuerte pulsación de sangre recorre mis sienes mientras mis manos aprietan el volante. Mis dientes rechinan. —Anya ha crecido, su hermano se ha ganado enemigos —los nuestros y otros— y ella está ahí fuera —trago con dificultad—. Sola. Y los irlandeses están a punto de llevársela.

—Sí.

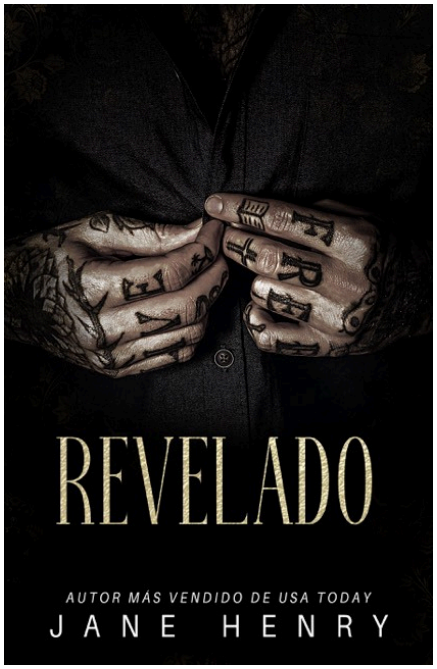
—Llama a su padre —espeto—. Y, Rafail...

—¿Sí?

—Hazle una oferta que no pueda rechazar.

Cuelgo y piso a fondo el acelerador.

¿Quieres descubrir qué ocurre después? Pide tu ejemplar de *"Revelado: un oscuro romance de mafia con matrimonio concertado"* haciendo clic en la imagen de abajo.o. ¡Disponible el 10 de julio de 2026:


REVELADO
AUTOR MÁS VENDIDO DE USA TODAY
JANE HENRY



Jane HENRY

Romance for "good girls" who love bad boys

Impulsada por el chocolate negro y un café aún más negro, la autora superventas de USA Today Jane Henry escribe lo que le encanta leer: romances con personajes bien desarrollados e irresistibles que presentan hombres alfa dominantes y heroínas poderosas que los ponen de rodillas. Ha creído en el poder del amor y el romance desde que Bella conquistó a la bestia, y finalmente decidió escribir sus propias historias de amor.

Boletín de Jane
Página web de Jane